This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

914.5
P171

STANFORD·VNIVERSITY·LIBRARY

RECUERDOS

DE

ESPAÑA

PRECEDIDOS DE

LA BOHEMIA DE MI TIEMPO

POR

RICARDO PALMA

LIMA

IMPRENTA LA INDUSTRIA
Calle de Amazonas, No. 7

1899

408100

A D. Eduardo Benot,
su compañero y amigo
Ricardo Palma

Lima, Abril 15 1899.

AGOTADOS los ejemplares de *La Bohemia de mi tiempo* y de *Recuerdos de España*, el autor reune ambos libritos en este volumen ó segunda edición de ellos, con ligeras alteraciones en el texto.

Lima, Enero de 1899.

LA BOHEMIA DE MI TIEMPO

1848 á 1860

(CONFIDENCIAS)

En 1887 dí á la estampa un volumen de versos, á los que sirvió de proemio un somero bosquejo de la historia (que, por la fecha, va picando en tradicional) de los primeros doce años de mi existencia literaria, y en los que fuí bohemio matriculado.

Quizá, los que ahora lean estas mis confidencias, vean en sus párrafos sólo un desahogo de fatuidad insustancial; pero sé que, cuando el presente sea lejano pasado, estas páginas serán estimadas por los desempolvadores de antiguallas, tanto como yo aprecio y aquilato hogaño la charla anecdótica de los viejos cronistas de convento.

I

De 1848 á 1860, se desarrolló en el Perú, la filoxera literaria, ó sea pasión febril por la literatura. Al largo período de revoluciones y motines, consecuencia lógica de lo prematuro de nuestra Independencia, había sucedido una era de paz, orden y garantías. Fundábanse planteles de educación; la Escuela de Medicina adquiría prestigio, impulsada por su ilustre decano don Cayetano Heredia; y el Convictorio de

San Carlos, bajo la sabia dirección de don Bartolomé Herrera, reconquistaba su antiguo esplendor. Por entonces llegaba de España don Sebastián Lorente, era nombrado rector del Golegio de Guadalupe, y ante un crecido concurso daba lecciones orales de Historia y Literatura. Lorente era un innovador de gran talento, y la victoria fué suya en la lucha con los rutinarios. La nueva generación lo seguía y escuchaba como á un apóstol. (1)

Abríanse, pues, para la juventud, nuevos y espléndidos horizontes, Arnaldo Márquez, Nicolás Corpancho, Adolfo García, Numa Pompilio Llona, Clemente Althaus, Luis Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Enrique Alvarado, José Antonio Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Lazo, Juan Arguedas, Trinidad Fernández, Toribio Mansilla, Melchor Pastor, Benito Bonifaz, Juan Sánchez Silva, Pedro Paz-Soldán y Unánue, Constantino Carrasco, Acisclo Villarán, Juan de los Heros, los hermanos Pérez, Narciso Aréstegui, y dos ó tres nombres más, que por el momento se me escapan, hacían sus primeros versos y borroneaban su primera prosa, desde los claustros del colegio. Por entonces, fuera de esa bohemia estudiantil, no había en Lima sino literatos que empezaban á peinar canas, y esos en reducida cifra — don Felipe Pardo y Aliaga, don Manuel Ascencio Segura, don Manuel Ferreyros, don José

1 Don Sebastián Lorente, español, y decano de la Facultad de Letras en la Universidad de San Marcos, murió á fines de 1884. Entre otras obras de mérito, dió á la prensa una Historia de la conquista, y otra de la época colonial

María Seguín (1) don Manuel Castillo, don Ignacio Novoa y don Miguel del Carpio.

Nosotros, los de la nueva generación, arrastrados por lo novedoso del libérrimo romanticismo, en boga á la sazón, desdeñábamos todo lo que á clacicismo tiránico apestara, y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García, Tassara y Enrique Gil.—Márquez se sabía de coro á Lamartine; Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García, más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández, hasta en sueños, recitaba las doloras de Campoamor; y así cada cual tenía su vate predilecto entre los de la pléyade revolucionaria del mundo viejo. De mí recuerdo que hablarme del *Macías* de Larra ó de las *Capilladas* de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto.

II

Gran Capitán de la bohemia limeña era un poeta español, oriundo de las montañas de Santander, mancebo de robusta y ardorosa fantasía, cuyas

1 Regresando de una misión diplomática á Estados Unidos, pereció Seguín en el naufragio del vapor *Central América*. La mayor parte de sus poesías se encuentran en el "Comercio," diario del que fué, por varios años, redactor principal. Un hijo de Seguín, joven que se iniciaba con brillo en el terreno literario, murió en la batalla de Miraflores. Antes de la guerra con Chile había desempeñado algunas Secretarías de Prefectura y dos Consulados. En el "Correo del Perú" publicó un notable trabajo titulado *Americanismo en literatura*.

composiciones nos cautivaban por lo musical de ellas y por la elevación, un tanto apocalíptica, de las imágenes. En los fluídos y armoniosos versos de Fernando Velarde, encontrábamos un vago perfume de idealismo y de misterio. Para nosotros, no era un poeta discutible sino un poeta que se imponía. Lo admirábamos..... por que sí....razón magna y contra la cual se estrella toda crítica. En sus versos había mucho de estruendoso, como en la música de Verdi. Cuando declamábamos este ramito de incoherencias:

Un eco *vago*,
fugaz retumba,
de tumba en tumba
zumbando vá....

parecíanos que entonabamos el coro de *I Masnadieri* con acompañamiento de bombo y trombón. Y nada digo de este pareado:

que tus entrañas de granito roa
el férreo nudo constrictor del boa,

con que los bohemios, á guisa de maldición gitanesca, agasajábamos á toda muchacha bonita que tuviera el mal gusto de responder á nuestras ansias amorosas con calabazas de á libra.

Está dicho que Velarde nos fascinaba con su genio, á pesar de los infinitos defectos de forma que caracterizaban su poesía. Al lado de una estrofa descuidada, pueril y estravagante, como esta:

Sublime Teide! tu grandeza admiro
mas no por eso la cervíz *prosterno*
que yo también, aunque pequeño, aspiro
á conquistar un porvenir eterno.
Yo también, Teide, yo también deliro,
con los furores de un volcán interno,

que mi existencia borrascosa absorbe
y la arrebata más allá del orbe,

¡pura música de Verdi! ponía octavas ricas, de orientalismo y belleza descriptiva, como esta:

Risueñas vencen mi genial tristeza,
brindando flores y arrancando abrojos,
esas tus hadas de oriental belleza,
de grandes, negros y rasgados ojos;
de inmaculada, virginal pureza,
de labios suaves, cual la grana rojos,
de talle esbelto, de turgente seno,
lleno de gracias y de amores lleno.

A veces en la lira de Velarde, había notas de encantadora sencillez, de ternura casi infantil. Véase una muestra:

Ayer me dijeron que luego partías
á climas remotos, muy lejos de aquí;
y entonces, mi vida, sentí tanta pena,
al ver que tan lejos te vas para siempre,
pensando que acaso te olvides de mí.

En fin, que no me he propuesto escribir un ensayo de crítica literaria, Velarde era, en Lima, el poeta á la moda, y no había frescos labios de rosa que no recitasen sus versos, ni estudiante que, leyéndolos, no se sintiese arrebatado de entusiasmo.

Velarde publicó un semanario (que tuvo gran boga y dos años de existencia) titulado el *Talismán;* y más tarde, coleccionó sus poesías en un libro, *Flores del desierto.* Entonces aparecieron, en un diario, varios artículos de hermosillesca y superficial crítica. Palabrería, hojarasca, relumbrón! Tratándose de tejer corona para la frente de un poeta, habrá siempre manos más listas para poner en ella espinas que no laureles.

Entre los bohemios de mi tiempo, poco ó nada fructificaba la envidia. Estábamos convencidos de que el camino no era estrecho como el del paraíso, sino ancho, muy ancho; y sabíamos, que, con perseverancia, llegaría á la meta todo el que hubiera sido favorecido por Dios con algunas dotes de ingenio. Lejos de nosotros el poner piedrecillas para hacer tropezar al que nos llevara un paso de ventaja. La bohemia entera salió, pues, en defensa del poeta español, que si no acataba mucho la gramática ni las formas, por lo menos rendía siempre culto á la belleza. No tengo presente cual de nosotros, (sospecho que Llona) fué el autor de estos magistrales versos:

No te amedrente el ponzoñoso dardo
de turba vil que, con rencor bastardo,
te provoca y te insulta.... ¡firme lidia!
porque jamás vió el mundo, noble bardo,
fuego sin humo, gloria sin envidia.

No obstante, Velarde cometió la niñada de amoscarse; de un trastazo le rompió la cabeza al criticastro, y éste contestó con otro varapalo que le descompuso un brazo al poeta.

Después de 1855 Velarde salió del Perú, recorrió las repúblicas de Colombia y Centro América, fijando por algún tiempo su residencia en Nueva York donde, en 1861, dió á luz un nuevo tomo de bellísimas composiciones. Presumo que á Velarde le escocía aún el garrotazo del crítico; pues tuvo la insensatez de execrar, no á su enemigo, sino á la nación á que este pertenecía. Velarde, á quien tanto había distinguido la buena sociedad de Lima, y á quien tanto habíamos amado los bohemios, respetándolo y admirándolo como á maestro, nos corres-

pondía, en su nuevo libro, con este sinapismo capaz de levantar roncha á un cadaver.

Maldita seas, sociedad inculta,
ruín y mezquina cual roñoso cobre;
no comprendiste la aflicción oculta
del peregrino infortunado y pobre.
Escupe al genio y la desgracia insulta,
mientras bastarda corrupción te sobre,
porque mañana yacerás hollada
de tu miseria en la espantosa nada.

Los que íntimamente conocíamos á Velarde nos empeñamos, entonces, en sostener que la insultadora octava reflejaba sólo la exentricidad del carácter del poeta; y el tiempo vino á probar que tuvimos razón al juzgar así. Cuando sonó para el Perú la hora de los grandes infortunios, Fernando Velarde envió, desde Londres, su ofrenda para la corona fúnebre de Miguel Grau, el bravo marino que sucumbió heroicamente en el combate naval de Angamos; y, con ella, palabras de aliento y de consuelo que revelan que, en su espíritu, hallaban eco las angustias y desventura de los peruanos. Aquella agresiva octava no pudo brotar del corazón, sino de lo exaltado de su sistema nervioso. Fué un arranque de mal humor, un delirio de febricitante, y.... nada más.

En 1871, Velarde publicó en Londres, su tercer tomo de versos, notables, más que por la exhuberancia de sentimiento poético en ellos encerrada, por el súbito cambio de sus ideas filosóficas y religiosas. A Velarde lo habíamos tenido por ortodoxo, tan á macha-martillo que picaba en fanático con ribetes de gilito descalzo. En su último libro se exhibió racionalista osado, furioso enemigo de la frailería y de

los jesuitas, é inclinado á las prácticas de la iglesia anglicana. Pero siempre poeta, y poeta admirable, á pesar de que el hielo de los años pesaba sobre su cerebro.

En 1881 murió en Londres, á los cincuenta y seis años de edad, el cántabro poeta que tanta influencia ejerciera en el movimiento literario que se inició en Lima, por los años de 1848.

III

La última carta que de Velarde recibí fué en 1871, contestando á una en que le pedía me remitiese alguna de sus poesías inéditas, para engalanar con ella las páginas de mi album de autógrafos. Hé aquí la, bajo varios aspectos originalísima, composición de nuestro amigo, y á la cual doy lugar en estas confidencias, así por la circunstancia de no haberse publicado antes como para que los pocos, de entre mis lectores, para quienes sea desconocido el poeta de las *Flores del desierto*, puedan formarse idea de su manera de versificar y de la entonación característica de su armoniosa lira.

Á UNA BELLEZA AMERICANA

Salud, mil veces, niña poética,
gloria inefable de las Américas!
Tu acento es grato como las músicas
de las celestes arpas querúbicas.
Eres esbelta como las palmas
que blandas mecen las brisas vagas.
Hay en tus ojos, cuando te inspiras,
glorias, misterios y profecías.

Tus ojos negros como la muerte,
hieren las almas íntimamente.

Como tus ojos son mis memorias,
dulces y tiernas y melancólicas.

Tu seno tiene deliquios suaves
de voluptuosas felicidades.

Entre tus labios, dulces y tenues,
bullen los ríos de los deleites.

En todo tienes tan dulce magia
que, al verte, aplauden todas las almas.

Si fuera joven como la aurora,
yo te brindara perlas y rosas.

Si fuera hermoso como los ángeles
¡alma de mi alma! yo osara amarte.

Mas ¡ay! la cólera de mi destino
entre nosotros puso un abismo.

Mi amor, profundo como los mares,
gime en desiertas inmensidades.

Mi pensamiento, triste y sombrío,
surca del éter el grande abismo.

De mis verdugos el odio negro
borra los astros del firmamento.

Pilatos viles y horrendos Judas,
abren sangrientos mi sepultura.

Mis huesos roen como antropófagos,
esos esbirros de los demonios.

Ay! en mis rotas entrañas llevo
el buitre horrible de Prometeo!
y tú, radiante de amor y vida,
eres un mundo de poesía.

Eres el tipo más rico en magia
de las beldades americanas.
Tu voz, más vaga que el arpa eólica,
es una amante, dulce salmodia.
Cuando sonríes, cándida niña,
eres la gloria de la alegría.
Cuando entre mudas sombras fatídicas,
tal vez soñando, tierna suspiras,
desciende entonces del alto empíreo
la eterna música de lo infinito.
Del universo solloza el alma,
cuando en tus ojos brilla una lágrima.
Si tú cantaras de amor un himno,
de amor temblaran mundos y abismos.
Eres más bella que la esperanza
de una alma virgen y enamorada.
Eres más pura que la inocencia....
¡alma del alma! bendita seas!

IV

No me atreveré á decidir si la sociedad limeña era más ó menos ilustrada que la de hoy. Lo que sé es que estimulaba con su aplauso á los poetas, que leía sus versos, y que se ocupaba de ellos tanto, y en ocasiones más, como de la política. Numa Pompilio Llona, nacido en Guayaquil en 1832, que se educaba en San Carlos, publicó una composición erótica titulada *Libertinaje.* El Fiscal se escandalizó con su lectura, y la acusó ante el Jurado, mandando recoger previamente el número del diario en que corría impresa. Aquello fué un acontecimiento é hizo más ruido que un temblor. Las beatas, los hipócritas y

los tontos se declararon por el Fiscal; se pagaba, á buen precio, una copia de los versos; los colegiales y las colegialas, á quienes costaba trabajo retener en la memoria el texto de Historia sagrada, se sabían al dedillo la anatematizada poesía; y el nombre de Llona volaba de boca en boca, y su fama poética se dilataba, fama que, haciéndole justicia, él ha sabido después robustecer. La acusación fiscal no tuvo consecuencia; pues el Jurado manifestó la suficiente ilustración para echar tierra sobre ella. Llona no es de los poetas llamados á morir junto con los hombres de su generación. Literato, en la más amplia acepción de la palabra, esmerado en la forma, clásicamente correcto, vigoroso en la expresión, y levantado en ideas, aunque lijeramente peca á veces de gongórico, Numa Pompilio Llona ocupará siempre culminante lugar en el Parnaso americano. (1)

Casi á la vez que la composición *Libertinaje* producía una tormenta, no menor era la que levantaba una novela que apareció en el folletín de «El Comercio». Su autora era una dama argentina — la señora Juana Manuela Gorriti — y la novela titulábase *La Quena*, producción inmoralísima, á juicio de los mojigatos; pero, al nuestro, después de ese idilio de Jorge Isaacs que se llama *María*, la más bella novela que se ha escrito en la América latina. (2) La Go-

1 En 1882 publicó Llona con el título — *Clamores de Occidente* — la colección completa de sus poesías — cuatro volúmenes, en 4.° mayor.

2 La señora Gorriti nació en Salta en 1819, y fué esposa del General Belzu, presidente de Bolivia. Desde 1845 se estableció en Lima, donde residió hasta la época

rriti, sin escribir versos, era una organización altamente poética. Los bohemios la tratábamos con la misma llaneza que á un compañero, y su casa era para nosotros un centro de reunión.

V

El doctor don Miguel del Carpio, magistrado, estadista y literato, era el Mecenas de la bohemia. El nos repetía siempre, con diversas palabras, estos alentadores conceptos que hace poco oí también, en la tribuna del Ateneo, á Manuel González Prada, joven literato llamado á conquistarse gran renombre: — « Acusar á su país de ingratitud, ha sido, es y será « recurso de ineptos y de pretensiosos sin mérito « real. Hoy todos pueden escribir y hablar, exhi- « biéndose tales como son. Si hay sabios ocultos, que « nos descubran su sabiduría; si hay literatos emi- « nentes, que nos enseñen sus producciones. En el « gran certamen del siglo, el que no alza la voz es por « que nada tiene que decir. Dudemos de los genios « mudos. El reinado de la inteligencia se afirma en « el mundo, y el hombre de verdadero talento pasa el « Rubicón, dejando atrás á la aristocracia de la san- « gre y la aristocracia del dinero.»—

Carpio se complacía en que asistiéramos á su tertulia nocturna, en la cual nos agasajaba con esquisito Moka, delicioso chocolate de Apolobamba, y riquísimos habanos. Corpancho, Mansilla, García,

---

de la guerra con Chile. Sus novelas forman tres volúmenes, impresos en Buenos Aires, por el editor Casavalle. Murió en Buenos Aires, á fines de 1892.

Camacho, Arguedas, Bonifaz, Fernández, Pastor, Sánchez Silva y yo éramos de los más asiduos.

Allí conocimos y tratamos á Ignacio Novoa, ilustradísimo literato que murió en Chile, en 1875, desempeñando la Legación del Perú y que, en la administración Pezet, sirvió la cartera de Hacienda (1); á Manuel Castillo, un vate tan incorrecto como sentimental (2); y á Aníbal Víctor de la Torre, Ministro de Relaciones Exteriores en la época de la presidencia de Manuel Pardo, poeta de las mismas condiciones que Castillo, y que, en 1881, abatido por las funestas noticias que sobre la suerte de su patria le llegaban, se suicidó en la ciudad de Buenos Aires, donde estaba en misión diplomática del gobierno peruano. (3) Como Carpio, Bonifaz y Fernández, los tres eran arequipeños, y hacía tiempo que, para ellos, se había puesto el dorado sol de la juventud. Sin embargo de la desigualdad de edades y de posición social, fraternizaban con nosotros, y se sentían como remozados con nuestra festiva y un tanto pedantesca cháchara estudiantil. Omito recordar aquí el nombre de otros jóvenes concurrentes á la tertu-

1 En la "Revista de Lima", y en el "Correo del Perú" se encuentran las principales producciones de Novoa

2 Castillo murió en 1869, pocos meses después que Carpio. Sus poesías se encuentran dispersas en "El Comercio" y otros periódicos de la época.

3 De La Torre hay un cuadernito de versos, impreso en Arequipa en 1846, y una leyendita — *La cruz de Limatambo* — impresa en Lima en 1852. Lo curioso es que aquel cuadernito principiaba con un soneto titulado *Suicidio*, siniestro presentimiento que, en los días juveniles, tuvo el desventurado poeta.

lia, que después han figurado ventajosamente en la política, en el foro, en el magisterio y en la tribuna parlamentaria. Cinco ó seis, de entre ellos, llegaron á ser hasta Ministros de Estado.

Carpio prefería su discutible reputación de poeta y literato, al merecido renombre que su acierto en el manejo de los asuntos públicos, y su honorabilidad é ilustración jurídica le habían conquistado. Así somos los hombres! Desdeñamos lo conseguido, y corremos afanosos tras lo que se nos resiste. El *bagaje* poético de don Miguel se reducía á media docena de anacreónticas á lo Meléndez Valdez, muy limadas en la forma, pero muy pobres en el fondo; otras tantas silvas amatorias, en las que las imágenes mitológicas abundaban; y una oda al Misti que, sin valer gran cosa, era la obra maestra de nuestro anciano amigo. Arnaldo Márquez la juzgaba así:

Carpio escribió como una especie de oda
á un cerro de Arequipa. En ella acaso
se consumió su poesía toda;
pero esta observación no viene al caso.
Como las odas ya no están de moda,
le han perdonado todos tan mal paso;
y esa, además, se abona en grande escala
con ser ya tan antigua como mala.

Pero si don Miguel del Carpio, en desapasionada crítica, no pasaba de aficionado ó *amateur* de las musas, en cambio poseía un corazón de oro para amar á los poetas. Su casa, su mesa sibarítica, sus libros, su influencia, y sospecho que hasta su bolsillo, eran nuestros. Cuando él era Ministro de Estado, los bohemios estábamos de plácemes: podíamos

aspirar á todo y alcanzarlo todo. Por fortuna para el Ministro, sus bohemios no eran pedigüeños ni pretenciosos en política. La juventud de entonces no tenía la petulancia de creerse en aptitud de imponer á los gobiernos un plan de conducta administrativa, ni se imaginaba que los claustros del colegio podían convertirse en centros ó *clubs* revolucionarios.

A dos ó tres de nosotros nos obsequió don Miguel del Carpio, y sin que lo solicitáramos, que en eso está el realce de su acción, unas canongías de merced, que no otra cosa eran los títulos ó nombramientos de oficiales del Cuerpo político de la Armada.—Conviene, decía Carpio, que la nación favorezca á estos muchachos, que son casi pobres de solemnidad, con un sueldecito que les permita seguir estudiando sin ser gravosos á sus familias; y en efecto, recibíamos mensualmente treinta y dos pesos (que eran la mitad del haber íntegro de esos canónigos) y teníamos derecho para usar el bonito uniforme de oficiales de marina. El gobierno no ocupaba en el servicio activo sino á los que así lo pretendían; y los favorecidos bohemios seguíamos nuestros estudios en el colegio, muy contentos con comer de la sopa boba del presupuesto, lejos del mar y de los buques de guerra.

Era el 7 de Febrero de 1852, día de mi cumpleaños, y don Miguel me había invitado á su mesa. Junto á mi cubierto, ví un pliego lacrado y con sello ministerial. Don Miguel sabía dar estas sorpresas con una delicadeza que ya no se usa. El por qué un año más tarde (y á los veinte de mi edad) abandoné el colegio y, haciendo uso del título encerrado

en aquel pliego, serví activamente en la Escuadra, resignándome á ser presupuestívoro, no es para referido en estas páginas. Eso no se relaciona con la literatura, sino con el corazón y las calaveradas de la mocedad. Además, no me he propuesto hacer todavía confesión general de mis culpas, aunque tenga segura la absolución plenaria por parte del lector, que de pecadillos como el mío tendrá henchida la conciencia. Al apuntar este episodio, que me es personal, he querido sólo tributar público homenaje de gratitud al venerable anciano á quien debí estímulo y protección.

VI

No siempre era don Miguel del Carpio Ministro, Consejero de Estado ó Vocal de la Excelentísima Corte Suprema; pero siempre era Censor de teatros. Los otros dos censores eran Ignacio Novoa y un viejecito antediluviano, notable por lo descomunal de su nariz y por su ignorancia en materia de letras; pero que calzaba muchos puntos en punto á presunción. Puedo afirmar que ninguno de los bohemios de mi comunión sometió jamás obra á su censura.

Para los escritores noveles no hay aplausos más codiciados que los obtenidos sobre el escenario teatral. Aquello de oír, en todos los tonos, el grito de —¡el autor! el autor! que salga el autor!—repetido, á la vez, por mil bocas, es para enloquecer á todo muchacho aspirante á sentar plaza de hijo mimado de las musas.

Arnaldo Márquez fué el primero de los bohemios que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se lanzó

á escribir para el teatro. Empezó con algo que él llamaba drama patriótico, y que yo no sé como llamarlo. Titulábase *La bandera de Ayacucho.* Los versos de Márquez que es, como Salaverry, Althaus y García, uno de los más notables líricos contemporáneos, entusiasmaron al público; pero argumento, caracteres y situaciones dramáticas no había en *La bandera de Ayacucho.* Pocos meses después dió á la escena *Pablo ó la familia del mendigo* y *La cartera del Ministro*, dramas no menos desventurados que el anterior en cuanto á condiciones de arte; pero bellísimamente versificados. Márquez, mozo de muy claro talento, llegó á convencerse de que, con sus producciones teatrales, no alcanzaría sino los aplausos de una noche, que en su lira no tenían resonancia la trajedia, el drama, ni la comedia, y no volvió á reincidir en el pecado. Oyó con docilidad los consejos de Ignacio Novoa; y á fe que su nombre literario ganó en ello. (1)

Nicolás Corpancho invadió la escena con *El poeta cruzado*, drama de zorrillesca versificación. Exito y ovación más espléndida no ha alcazando ni alcanzará quizá poeta alguno, en Lima. El drama de Corpancho se repitió durante varias noches, y siempre con entusiasta aceptación; pero .....no era drama, ni con mucho. A lo sumo, era una leyenda oriental escrita en versos más ó menos armoniosos,

1 Con el título de *Notas perdidas* llegó á publicar Márquez, en 1862, dos tomítos de poesías. Ha escrito, en verso, mucho y muy bueno; pero sus mejores composiciones andan dispersas en los periódicos. Recientemente ha publicado, en Barcelona, dos volúmenes conteniendo sus traducciones del teatro de Shakespeare.

que Corpancho era también hábil músico. Tampoco es drama *El templario*, que fué otra de las creaciones escénicas de nuestro malogrado amigo, acogida con no menor aplauso.

Corpancho se había ensayado escribiendo un dramita de argumento nacional — *El barquero y el virey* — que no llegó á representarse. Malito era desde su título; pues el *barquero* no era sino un humilde *pescador* chorrillano (José Olaya).

Corriendo los años, Corpancho era el primero en convenir con nosotros en que á sus dramas les faltaba no poco para ser tales, y se maravillaba de que su *Poeta cruzado* y su *Templario* hubieran alborotado tanto al público. Admirador entusiasta de Zorrilla, el culto que tributaba al bardo vallesolitano se transparentaba hasta en su manera de versificar. Un precioso tomo de poesías líricas, impreso en París, en 1854, un interesante estudio crítico sobre Olmedo, y otros varios escritos literarios, afianzan el merecido renombre de Corpancho.

Diputado á Congreso y después Ministro en México, terminó su misión diplomática tan luego como el desventurado Maximiliano puso los cimientos de su deleznable trono. El vapor que, en 1863, conducía á la patria á nuestro inolvidable amigo, se incendió en alta mar. El océano es la tumba del poeta.

Mucho tenía nuestra literatura que esperar del genio y consagración de Corpancho, cuyo gusto estético mejoraba de día en día, y cuya inteligencia no cesaba de enriquecerse con el estudio. Los bohemios lo amábamos por la dulzura de su carácter, por la lucidez de su talento, y hasta por lo delicado y casi infantil de su figura.

VII

Muy poco antes de que Márquez y Corpancho se lanzaran á escribir para el teatro, un ingenio (de cuyo nombre no quiero acordarme) exhibió una fenomenal comedia política titulada — *El barbero salvador ó la Confederación* — en la cual el aristocrático general Santa-Cruz descendía del solio presidencial para echar, en plena barbería, una mano de palique con el rapista. Recuerdo que la comedia terminaba con esta ramplona redondilla:

Si algo vale en este día
un barbero salvador,
perdónelo usted, señor,
y déjelo para cría.

El público se negó á dejar al autor para cría de malos poetas y, al caer el telón, estalló una silbatina que convirtió el teatro en plaza de toros.

Idéntica suerte tuvo, por aquellos días, un drama indijesto — *La decapitación de Luis XVI* — en la cual el verdadero decapitado fué el sentido común. Imagínense ustedes que, en ese mamarracho, se hablaba de un mundo de cuatro polos; que Maria Antonieta vomitaba chistes de manola; y que el Capeto hacía una alusión á Bolívar y á la batalla de Junín.

Parejas con estos engendros corrieron una comedia, cuyo título he olvidado, escrita, en colaboración, por un caballero de la aristocracia cuzqueña y el canciller de la legación francesa en Lima, comedia en la que aparecía en la escena un burro, el

cual fué saludado por el público con los gritos de ¡el autor! el autor!; los *Misterios de Lima*, desdichada producción de un italiano Rossetti; *Clemencia la desenterrada*, aborto de un señor Rodríguez Gutiérrez, hijo de Guayaquil; y *El insurgente*, despapucho de don Anselmo Yáñez, notable pintor quiteño avecindado en el Perú, pero infelicísimo dramaturgo.

Y ya que de disparates escénicos me ocupo, no debo dejar en el fondo del tintero — *El puñal de Bayaceto* — de Isidro Mariano Pérez, muy estimable como poeta lírico. Era eso un desatino en cuatro jornadas, con moros y cristianos, sultán y odaliscas. El dramita era una filigrana..... de cobre. Desde el título, hallaron los bohemios tela en qué cortar. Juan de los Heros improvisó este epigrama:

Al autor de esa obra zaina
le preguntaba un alférez:
dígame usted, señor Pérez,
¿ese puñal tiene vaina?

y Trinidad Fernández, criticando un discurso parlamentario, decía, refiriéndose al diputado orador:

Tal me fastidió el sujeto
que lo hubiera asesinado,
si á mano hubiera encontrado
el puñal de Bayaceto.

VIII

Los triunfos escénicos de Márquez y Corpancho despertaron en mí el deseo de ensayar mis fuerzas en el drama, y sucesivamente dí al teatro tres mons-

truosidades. Yo militaba, por entonces, en las filas del romanticismo, y era de los poetas que encienden el cigarrillo en una estrella del cielo. *La hermana del verdugo*, abominación patibularia en cuatro actos, fué mi obra de estreno. El protagonista era Juan Enríquez, el verdugo real del Cuzco, aquel que despachó al otro barrio á Gonzalo Pizarro y á Francisco de Carbajal; pero mi Juan Enríquez se parecía al de la historia como una góndola de pescador á un navío de tres puentes. Argumento y caracteres eran desatinados hasta dejarlo de sobra. Pero los versos gustaron al público, arrancaron aplausos, y el autorcillo fué llamado á la escena. Tenía yo diecisiete años, y aquella noche crecí un geme en estatura y otro geme en presunción.

Pocos meses después, en las fiestas del aniversario de la Independencia, echaba á la plaza otro torete — *La muerte ó la libertad.* — Lo que es el título no me negará nadie que era campanudo y prometedor. El patrioterismo de los parlamentos, y una lamparilla de aceite que puso mi abuela, no sé si á San Miguel ó al que está bajo sus plantas, me salvaron de que el público me tirase los bancos á la cabeza, que eso, y no palmadas y vítores, merecía mi petulante audacia.

Pero mi caballo de batalla, mi gran triunfo y mi último drama fué *Rodil*, representado en 1851 en la noche del beneficio del barba de la compañía, un señor Estruch, que, corriendo los tiempos, llegó á ser coronel y personaje político en Bolivia, que más tarde publicó en España varias novelitas, y que hoy figura entre los redactores del *Madrid cómico.* El primer acto fué recibido con tibieza.

y eso que había en él párrafos
de partir el corazón,

como dijo Bretón de los Herreros; pero, en el segundo, ponía yo en boca del galán alusiones políticas de actualidad, zurraba la badana al ministerio, y decía pestes contra la ley de represión dictada, no cuando Rodil comía pan en el Callao, sino pocos días antes de salir á luz ese precioso fruto de mi numen: y cata que el entusiasmo rayó en frenesí, y me llamaron tres veces á la escena, y la gratitud del beneficiado hizo caer, no de las nubes sino de las bambalinas ó del techo, sobre mi cabeza coronitas de laurel hechizo. Qué noche aquella! Víctor Hugo me la habría envidiado. Para colmó de venturanza mía, la autoridad prohibió (é hizo bien) que volviera á representarse el drama, salvo que me aviniese á suprimir algunas redondillas. Pero ¡quiá! ¿Era yo bobo para renunciar á la dicha de repetir, á grito herido, que era un mártir más de la buena causa y una nueva víctima de la tiranía?

A Dios gracias, ocupaciones prosáicas me alejaron por entonces de Lima, dando tiempo á que me convenciese de que para dramaturgo me faltaban dotes y estudio. Hice un auto de fe con mis tonterías escénicas y..... *c'est fini*, no volví á escribir dramas.

Tómeme Dios en cuenta, y en descargo de mis culpas, lo sincero de mi arrepentimiento y la franqueza con que confieso, *urbi et orbi*, mi pecado mortal contra las letras.

IX

Luis Benjamín Cisneros, nacido en Lima en 1837, se contagió con el mal ejemplo que le dimos, y escribió una alegoría patriótica, en un acto — *El pabellón peruano* — que, francamente, es bellísima y le mereció justa ovación. Algunos meses más tarde produjo su musa un drama, en cuatro actos — *Alfredo el sevillano* — que, en medio de grandes defectos, tiene situaciones de interés dramático. Hay poca originalidad en el argumento, que parece calcado sobre la escena del alfiler en la *Margarita de Borgoña* de Dumas y Gaillardet, y sobre uno de los *Cuentos de la reina de Navarra.* Alfredo es un Don Juan de pacotilla; pero en cambio, hay un tipo de beata, que es la Brígida de Zorrilla, mejorada en tercio y quinto. La virreina que nos presenta Cisneros es una virreina de fantasía, y las costumbres que pinta están en lucha abierta con la verdad tradicional ó histórica. A pesar de todos sus lunares, Alfredo es, entre los dramas que produjo la bohemia, el que mejores condiciones de tal reune. En cuanto á la versificación, ya se sabe que Cisneros ha sido siempre mimado por Apolo, y que es tan elegante poeta como culto y delicado novelista. Su *Julia*, más que su *Edgardo*, es, á mi juicio, una novela de la que puede enorgullecerse la literatura nacional.

A la vez que Cisneros, Narciso Aréstegui (el autor del *Padre Horán*, novela), que no supo hacer versos, dió un drama, en prosa, titulado *La venganza de un marido*, y que obtuvo mediano éxito. También Melchor Pastor, otro bohemio mal avenido con las

musas, y que era un jorobadito de inagotable y agudo chiste, hizo representar su drama, en prosa, *Rogerio ó la Fatalidad* que, para ensayo, no es del todo malejo.

X

El único bohemio que perseveró en escribir para el teatro fué Carlos Augusto Salaverry, nacido en Piura en 1830, é hijo del general Salaverry, jefe supremo del Perú, fusilado en Arequipa. Empezó con *Abel*, *El bello ideal*, *El pueblo y el tirano*, *Atahualpa*, *El amor y el oro*, y, para no alargar la nomenclatura, baste decir que pasan de veinte las producciones, que él llama dramáticas; pero que, en realidad, no son sino poemitas más ó menos ricos de lirismo. *Atahualpa* es acaso, entre todas estas obras, la única que puede ostentar algunas de las condiciones del drama.

Salaverry, á quien Dios acordara con profusión dotes de poeta lírico es, en mi concepto, pobrísimo dramaturgo. El último de sus dramas es siempre peor que el anterior; y lo que el público aplaude en ellos no es la trabazón metódica, ni los caracteres, ni la soltura del diálogo, ni la originalidad de las situaciones, ni la fidelidad histórica, ni lo típico de los personajes, sino lo armonioso, lo lírico, en fin, de sus galanos versos. ¿Por qué el eminente poeta de *Diamantes y perlas* y de *Albores y destellos*, que así se titulan los dos volúmenes de versos que impresos lleva, y que bastan para inmortalizarlo, persistió en

contrariar la voluntad del cielo? Debilidades y caprichos humanos!

Hoy Salaverry reside en Europa, atacado de gravísima dolencia, que lo imposibilita para toda labor literaria. (1)

Pero si el drama no ha logrado aclimatarse entre nosotros, puede sostenerse que en la comedia de costumbres, de que tan bella muestra nos legó don Felipe Pardo en su *Don Leocadio*, nuestro teatro cómico no tiene rival en América. Dejando para párrafo aparte hablar de Manuel Segura, el Bretón de los Herreros peruano, pasemos rápida revista sobre las comedias á que dió vida la bohemia de mi tiempo.

La Beata se tituló una comedia de don Manuel Ortiz de Zevallos. El autor procuró imitar, en el diálogo, á Moratín; pero quedó rezagado. Al poeta le faltaba espontaneidad, y á la comedia argumento.

Toribio Mansilla hizo representar una traducción, en verso, de la *Marión Delorme* de Víctor Hugo, traducción acogida con frialdad, sin embargo de ser buena. Los profanos negaban todo mérito al traductor, creyéndolo incapaz de producir algo de su cosecha. Mansilla probó con *El prisionero en Bolivia*, comedia en dos actos, que si traducía bien, escribía mejor. Tal vez en la comedia de Mansilla se inspiró el autor del *Postillón de la Rioja*, pues el argumento es idéntico en ambas producciones.

Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona) el más joven después de Constantino Carrasco, de los bohemios, compuso otra comedia en dos actos — *El intrigante castigado* — que abunda en situaciones

1 Salaverry murió en París, por los años de 1890.

cómicas, en escenas bien dialogadas, y en versificación fácil y acentuada de criollismo. (1)

Buscarle tres pies al gato, comedia en tres actos de Juan Vicente Camacho, ciertamente que no está á la altura de las anteriores. Sus tipos son más madrileños que limeños, principalmente el de don Pedro Advíncula de Albornoz, que no es ni más ni menos que el capitán hablador de *Marcela*. A pesar de sus lunares, la comedia gustó infinito, y con razón. Camacho no supo hacer malos versos, y todo cuanto salió de su pluma reviste corrección, y forma, y aquilatado buen gusto. (2)

XI

Hablemos del príncipe de nuestros poetas cómicos, don Manuel Ascencio Segura, el émulo de Bretón de los Herreros, y émulo hasta en lo físico. Segura era tuerto como Bretón. Ambos fueron militares en la mocedad, y en la edad viril empleados civiles.

Segura, aunque nacido en Lima en 1805, era gran amigote de los bohemios venidos al mundo después de 1830. Por la edad, podía ser padre de todos y cada uno de nosotros; pero por el buen humor y travesura era un excelente camarada. Quizá, en punto á escuela y doctrinas literarias, era el menos entendido de nosotros. Escribía y escribía bien.....porque sí,

1 Juan de Arona murió, en Lima, en 1895.

2 Muerto Camacho, en París, por los años de 1872, víctima de la tisis, su hermano Simón dió á luz un bellísimo tomo de sus poesías. Camacho era venezolano y sobrino del Libertador Bolívar.

sin preocuparse poco ni mucho del arte poética. En él todo era genial y espontáneo. En sus redondillas hay esa *difícil facilidad* que no es obra del arte sino de la naturaleza.

El sarjento Canuto fué, en 1839, su primer ensayo. ¡Cuánto chiste! Y á la vez ¡cuánto descuido rítmico! Pero de 1842 á 1845, en que escribió *La saya y manto* y *La moza mala*, el poeta mejoró infinito.

Fué en 1855 cuando los bohemios lo estimulamos para que sacudiese la pereza. En ese año dió á la escena *El resignado* y *Nadie me la pega*; en 1856 *Ña Catita*, esa admirable comedia cuya paternidad no desdeñaría el gran Moliére; en 1858, *Un juguete* y *Percances de un remitido;* y posteriormente, *Lances de Amancaes*, *El cacharpari* y *Las tres viudas.*

En la edición que de los artículos, poesías y comedias de Segura ha dado á luz, en 1886, el editor Prince, hay una pieza en tres actos — *El santo de Panchita* — que aparece escrita en colaboración conmigo. Pues de confidencias se trata, quiero ser expansivo y dar á conocer la insignificante participación que tuve en esa graciosíma comedia de Segura.

Una noche me leyó éste su obra, y aplaudiendo yo el tipo de doña Felicia na, como perfecta copia de original por ambos conocido, me permití decirle que había en el argumento campo para exhibir á otra vieja, que nos era igualmente familiar. Discurrimos largo, terminando Segura por dejarme el manuscrito, para que yo viera cómo y donde podría encuadrarse el nuevo personaje, al que convenimos en bautizar con el nombre de doña Chombita. Las escenas VIII, IX y X del segundo acto, y poquísimos versos en el resto de la pieza, es cuanto de mi pluma

hay en el *Santo de Panchita*, y, aun en esas escenas, mi amigo añadió varias redondillas.

Al César lo que es del César. Defraudaría el mérito de Segura si creyese que la insignificante colaboración mía aumentó en un quilate el valor de esta comedia, que se representó, por primera vez, en el beneficio de una buena característica, y en una noche de conmoción popular. Recuerdo que, á la hora en que se levantó el telón, supimos que el pueblo estaba batiéndose en el Callao, á dos leguas de Lima, contra una parte del ejército, á la cabeza del cual se encontraba el Presidente de la República don Ramón Castilla. Aquel día tuvo principio el famoso bochinche conocido por el de *las puertas y ventanas*, que no fué sino una protesta, nada pacífica, de los artesanos contra un decreto gubernativo, que acordaba ciertas franquicias aduaneras á los artefactos venidos del extranjero. A pesar de lo poco propicio de la noche, la beneficiada tuvo teatro lleno, y la comedia fué calurosamente aplaudida. Llamados los autores á la escena, éstos se hicieron sordos. Jamás se pudo conseguir que Segura se presentara sobre el proscenio, por más que el público y sus amigos lo exigieran. En una de las representaciones de *Ña Catita*, teníamos los bohemios preparada una gran ovación al poeta. Sospechólo éste ó súpolo con certeza y.....emigró hasta Chorrillos. En Segura la modestia igualaba al mérito.

Segura murió en Lima, á fines de 1871. Dos de sus comedias (*Percances de un remitido* y *Las tres viudas*) son las únicas que, por extravío del manuscrito, no se encuentran impresas en la colección

completa que, de las obras del vate limeño, ha publicado el editor Prince. (1)

XII

Repito que pecaríamos de ingratos los bohemios si dijéramos que la sociedad limeña, de 1848 á 1860, nos escaseó estímulo y aplausos. Los hombres de Estado, las eminencias en todas las carreras públicas, se impusieron el deber de alentarnos. Voy á comprobarlo refiriendo algo que me es personal.

Hice yo en 1859, la traducción de un capítulo— *La Conciencia* — de la *Leyenda de los siglos* de Víctor Hugo. Don Felipe Pardo que, como Bello y Olmedo, es una de las imperecederas glorias literarias de la América latina, quiso que le fuese presentado para felicitarme. Nada hay que halague tanto al soldado raso como alcanzar, en el campo de batalla, una distinción ó enhorabuena del general.

Aunque la parálisis tenía postrado su cuerpo, el cerebro del egrejio literato conservaba toda su lucidez. Nunca habría yo podido imaginarme que mi traducción, que es casi literal, realzara la grandeza del original francés, mérito que acaso no debo considerar como exclusivo de mi ingenio, sino que toca en mucho á la índole de la lengua. El monótono martilleo del alejandrino gálico, no alcanza á revestir

(1) Ha poco hemos visto el manuscrito de ambas comedias en poder del ilustrado catedrático de la Universidad de Lima Dr. D. Javier Prado y Ugarteche, quien tiene el propósito de publicarlas muy en breve.

la idea de la solemnidad que la prestan el endecasílabo y el eptasílabo castellano. Hoy mismo sigo creyendo, como don Felipe Pardo, que mi traducción de *La Conciencia* es de lo mejor que, en verso, ha salido de mi pluma.

Y á propósito de traducciones. En mi tomito, *Armonías*, que publiqué en París en 1864, hay una composición que, andando los tiempos, fué traducida al alemán por el poeta Luis Darapsky, en su libro *Andina*, y al portugués por el poeta brasileño Joaquin Serra, en su libro *Cuadros*. ¿Por qué no habré de confesarlo? En ambas traducciones mi poesía está mejorada.

Un crítico brasileño, Luis Guimaraes Junior, aplaude la finura, la melodía, la caprichosa sencillez de la traducción de Serra; y yo, á quien el amor de padre no ofusca, tratándose de mis versos, me apresuro á declarar también, franca y lealmente, que el vate del Janeiro ha sabido embellecer mi pensamiento. Sus cuatro versos finales, sobre todo, tienen un perfume de resignación cristiana que en los míos apenas se deja sentir. Si caen bajo de sus ojos estas confidencias, acepte el bardo maranhense mi más cordial y fraterno abrazo.

XIII

Tuvo nuestra bohemia una condición que la caracterizó é hizo temible: — el buen humor de los bohemios que, acatando la honra ajena, eran implacables para burlarse de los disparates con que algunos benditos, sin aplicación al estudio y sin la menor

dote literaria, ennegrecían las columnas de los diarios. La bohemia fundó un periodiquito semanal titulado — *El Diablo* — en el que zurramos lindamente á un señor Portillo, autor de *La novena de las Mercedes*, *Los amores de un marino* y *Lima de aquí á cien años*, tres pecados gordos que él bautizó con el nombre de novelas. *El Diablo*, aunque no gozó de larga vida, fué verdaderamente diabólico, y dió no pocos malos ratos á los hijastros de Apolo.

Las *ensaladas y pucheros* de Juan de los Heros, el bohemio más rebelde para acatar la forma estética, pero, después de Segura y de Ramón Rojas y Cañas, (1) el limeño de más sal criolla que he conocido, ocasionaron, no indigestiones, sino dolores de cabeza á tontos engreídos y pretenciosos. Nuestro cocinero salpimentaba, en prosa y verso, graciosísimas gacetillas ó revistas semanales. Recuerdo que un día, entre los avisos oficiales del «Comercio», apareció el siguiente: — «En la calle de Calonje se ha encontra-« do vagando un burro hechor. Su dueño puede ocu-« rrir á reclamarlo en esta Intendencia de Policía, « donde le será devuelto, previo el abono del gasto « que su manutención hubiera ocasionado.» — La calle de Calonje, vecina al convento de los frailes agustinos que entonces, como en los tiempos de Lope de Aguirre, eran de los que por cilicio, regalo y penitencia, mantenían mancebas, era calle habitada por

1 Rojas y Cañas fué periodista y escritor de costumbres. Su estilo, un tanto desaliñado, era chispeante y con frecuencia cáustico. El más notable de sus opúsculos es el "Museo de limeñadas", 200 páginas en 8.° publicado en 1853. — Murió en 1881.

mujerzuelas de vida alegre y pasaporte sucio. Juan de los Heros, después de comentar largamente, y en prosa chispeante, el aviso de la autoridad, terminaba así:

Pero en eso no está la pelotilla,
ni la cosa es la octava maravilla;
lo que encuentro de grave y climatérico
y que tiene á mi coima con histérico,
es el haberse hallado al tal borrico,
mucho más diestro picarón que Quico
y mucho más hipócrita que un monje,
paseándose en la calle de Calonge;
porque burro, y hechor, y en calle tal,
prueban que es delincuente el animal.

Por aquellos días un distinguido escritor chileno, Francisco Bilbao, publicó una *Vida de Santa Rosa*, opúsculo criticado por Heros en unas redondillas.

La polémica se enfrascó, hubo tiroteo largo entre los bohemios de Santiago y los de Lima, y, á la postre, fuimos nosotros los vencidos; porque nuestros rivales nos probaron por a+b que Santa Rosa nació.... no recuerdo si en Limache ó en Quillota. No teníamos, pues, para qué seguir plumeando, ni gastar el hierro de la sangre ni el fósforo del cerebro en defensa de Santa ajena. ¡Ojalá que, cuando lo de Antofagasta y el *casus fœderis*, hubieran nuestros hombres del gobierno imitado á los bohemios, en la polémica internacional promovida por Bilbao y Juan de los Heros!

Hasta esa mesalina llamada política daba, de vez en cuando, tema para nuestras burlas. Márquez, Corpancho, Cisneros, Camacho, Salaverry, Heros, el que esto escribe y otros, establecieron una subas-

ta pública de pollinos, y en verso se formulaban las propuestas y las adjudicaciones al mejor postor, y el público reía á todo reír. ¡Cuánto ingenioso y cáustico varapalo á ministros y diputados! ¡Cuánto gasto de agudeza epigramática! He olvidado cual de nosotros fué el autor de este pareado, que vive hoy mismo en boca de todo limeño, y con el cual inmortalizamos á tres copleros infelices:

Fuentes, Morante, Iturrino:
Suma total: un pollino.

Salaverry publicaba también sus *chirigotas* ó tundas á malos cómicos y peores poetastros. Uno de ellos dió á la prensa una versaina que concluía con este despapucho:

No hay en el mundo quien mi vuelo asombre.

Claro es que ni el autor entendió lo que escrito dejaba, ni nosotros tampoco. A Salaverry se le atragantó el pícaro endecasílabo, y exclamó *cálamo currente:*

Miren al candidón de piernas flacas
como no encuentra quien su vuelo asombre!!!
Se alza apenas del suelo en dos estacas,
y ya juzga su talla la de un hombre!
Y porque ensarta berzas y espinacas
quiere, el vate raquítico, renombre,
y se sorprende, al derramar su acíbar,
de no verse ya en busto cual Bolívar.

Líbrame ¡padre Adán! de tanto burro,
de tantos viles literarios cuervos!
Ya de escucharles su graznar me aburro
y sufro ratos de martirio acerbos!

Vanamente á los médicos ocurro.....
me matan, me asesinan los protervos!
Padre Adán! Si esta *cría* multiplicas
¿médicos para qué y á qué botícas?

También por esos tiempos, como en los actuales, había en el Congreso representantes que pronunciaban discursos que no tenían desperdicio en punto á disparates. La prensa se ensañó contra uno de esos infelices; pero los bohemios saltamos en su defensa con dos ó tres composiciones, fustigando en ellas á los críticos, de una manera aparente; si bien concluyendo siempre por darles la razón en el último verso. Recuerdo el fragmento final de una silva:

Honra á la patria dan los Cicerones,
y al mortal que á hablar sube á la tribuna
yo lo pongo en los cuernos de la luna.
Mofarse ¡vive Dios! no es dar razones
aquí, ni en China, ni en nación alguna.
No! no entra en mis honradas convicciones
(aunque paso por mozo de la tuna)
de un Diputado hacer *chichirimico*....
¡¡¡Pero también qué hacer, si es tan borrico!!!

Fué, igualmente, de aquellos días de juvenil fosforescencia, este soneto que se hizo muy popular:

Hablaba un Diputado en el Congreso,
en Lima, Quito, Bogotá ó Santiago,
pues fiel memoria de lugares no hago,
y nada importa el sitio del suceso.

—Si queréis gloria, libertad, progreso,
á Roma contemplad! Mirad que estrago
hace el puñal de un Bruto, á quien halago
del patriotismo dió sólo el exceso.

Y Roma se salvó! — Mas un tunante,
de aquellos que en la barra echan venablos,
le gritó, con alcohólicos erutos:

— Esa es *teta*, señor preopinante!
Si un bruto salvó á Roma ¿cómo diablos
no salvan á esta patria tantos brutos?

XIV

El párrafo anterior se habría hecho interminable, si hubiera consignado en él todas las travesuras geniales y poéticas de mis camaradas. Pero no debo ni quiero pasar por alto unas quintillas á las que tengo ley, porque me pusieron en peligro de sufrir un manteamiento que habría eclipsado la memoria del de Sancho Panza.

Entró de moda en los colegios celebrar el cumpleaños del rector ó el término de los exámenes con la representación de un drama; y el repertorio de Zorrilla era siempre el elegido para víctima de la afición declamatoria de los estudiantes. Una noche apareció en el «Comercio» esta

CARTA DE QUEVEDO Á ZORRILLA.

Querido Pepe: te escribo
desde el rincón infernal
donde por mis chistes vivo,
que, al no hacerlo, fuera esquivo
con bardo tan inmortal.

Con los diablicos me estaba
durmiendo muy sosegado,
cuando escucho que estallaba
tal gresca que enojos daba
al diablo más endiablado.

Era que, entre bastidores
pintados á mamarrachos,
con músicos rascadores,
con recios apuntadores,
farsa hacían los muchachos.

Juan Tenorio dan aquí;
acá *El rey y el zapatero*;
un papa moscas ví allí;
acá rey de turbio cuero:
y triste lloré por tí.

A un monago con cerquillo
lo ví de *Alcalde Ronquillo*;
y ví, Pepe, de igual modo
á una pava con moquillo
luciendo *El puñal del godo.*

Representa al Intendente:
no te quedes, Pepe, ledo,
y en este mundo caliente
quemaremos á esa gente. —
15 de Agosto. — QUEVEDO.

Dios de Israel, y la polvareda que levantaron las condenadas quintillas! Los estudiantes se echaron á averiguar cuyo era el padre de ellas. Antojósele á alguno adjudicarme la paternidad, y creo que no me calumnió, y cata que tuve que vivir tres días sin darme á luz por esas calles. Don Juan Tenorio acompañado de Ciuti; Don Pedro el Cruel con su capitán

zapatero; el alcalde Ronquillo con su jauría de alguaciles; y el rey Don Rodrigo con un pelotón de godos, no dejaban, ni á sol ni á sombra, los alrededores de mi casa. Habían jurado, no darme paliza que me rompiera hueso, sino mantearme, salvo que yo me aviniera á escribir otras seis quintillas cantando la palinodia y satisfaciéndolos cumplidamente. Y mis amigos parlamentaban con ellos, y no había forma de avenimiento. Al fin, los rectores de los colegios tuvieron que intervenir, y manejaron los bolos tan acertadamente que, sin el cacareo de la reciente intervención Hulburt-Blaine, llegamos á un tratado de paz, amistad y comercio.

Cosas del tiempo! En 1868 era yo Senador por el Departamento de Loreto; y tanto Don Juan Tenorio como el rey Don Rodrigo ocupaban un sillón entre mis compañeros de tareas legislativas. El alcalde Ronquillo había cambiado la toga por la espada, y era ya coronel con mando de batallón. En cuanto á Don Pedro de Castilla, era un acaudalado azucarero que nos obsequiaba con opíparos almuerzos, en los que, ellos y yo, brindábamos largo por las quintillas de marras.

XV

Voy á consagrar párrafo aparte á algunos de los bohemios.

Hablando con propiedad, José Antonio de Lavalle no era un bohemio. Perteneciente á la aristocracia de los pergaminos, hijo único y heredero de gran fortuna, si es cierto que no vagamundeaba y era

actor en nuestras bromas, no por eso dejaba de festejarlas, desde su encierro en el colegio de Guadalupe, y de estar íntimamente ligado con muchos de nosotros. No era, á fe, voluntad para ser bohemio lo que le faltaba!

Lavalle se dió á conocer con un buen libro — *Don Pablo de Olavide, su vida y sus obras* — interesante estudio histórico biográfico sobre el tan esclarecido, como infortunado, limeño, autor del *Evangelio en triunfo.* En seguida fundó con Toribio Pacheco, egregio publicista arequipeño, la *Revista de Lima*, publicación quincenal de 48 páginas, y que, como el antiguo *Mercurio peruano*, es considerada hoy como la iniciadora del gran movimiento intelectual que se ha desarrollado en el país. Manuel Pardo, deudo de Lavalle, y más tarde Presidente de la República, se dió á conocer como escritor en las páginas de la *Revista.*

Lavalle publicó en ella muchos y excelentes trabajos de interés histórico, como los titulados *O' Higgins*, *Antequera*, *Valdés*, *Abascal* y *la Perricholi.* Desde esa época empezó á figurar en nuestros Congresos y en la carrera diplomática, en que tanto ha sobresalido; mas no por eso ha desdeñado un solo instante el cultivo de la historia y de la literatura. Mucho y bueno ha dado á luz en los años posteriores á aquellos á que estas confidencias se refieren. Su estilo es castizo, elegante y sobrio, cualidades en que ninguno de nuestros escritores lo aventaja.

La *Revista* habría alcanzado á tener larga vida si Lavalle, forzado á servir á la patria en el extranjero, no hubiera tenido que abandonar su dirección, de la cual se encargó José Casimiro Ulloa, un bohemio que abundaba en dotes de periodista político. La po-

lítica obligó á Ulloa á poner, más tarde, la dirección de la *Revista* en manos de Camacho y mías; y tuvimos la mala suerte de ser los sepultureros de publicación tan valiosa en mérito, y tan ávidamente solicitada hoy por la importancia de los artículos contenidos en sus siete tomos. Carpio, Novoa, los Pardo (don Felipe, don José y don Manuel), Mariano Álvarez, Pacheco, Tejeda, Saldaña, la señora Gorriti, Francisco Lazo, cuantos, en fin, manejaban con algún brillo la pluma del prosador ó del poeta, engalanaron con sus producciones la publicación fundada por Lavalle. Después, sólo el *Correo del Perú*, en la inmensidad de periódicos literarios que han salido en Lima, podría, por sus seis años de duración y por el mérito de los artículos, rivalizar con la *Revista de Lima*. (1)

XVI

Los bohemios se van!

Cumple á nuestra pluma tributar en este párrafo un homenaje de cariño á la memoria del que fué nuestro íntimo amigo, en los ya lejanos días de la juventud, y depositario de nuestras primeras confidencias en la ruda batalla de la vida. Juntos, casi, entramos en la vida literaria é hicimos nuestros ensayos en la abrasada arena de la prensa política. La característica modestia de nuestro amigo ha impedido que su nombre tenga en el país la resonancia á que,

1 Lavalle murió en Lima, en 1893.

como escritor culto y pensador juicioso, tuvo conquistado derecho.

Esbocemos á la ligera, y antes de ocuparnos del bohemio, la vida pública del hombre.

Juan Sánchez Silva, nacido en la ciudad de Cajamarca el 12 de Mayo de 1826, vino á Lima, apenas concluída su educación en el colegio de su país natal, por los años de 1849. A la sazón, en competencia con el decano de nuestra prensa, acababa de fundarse un diario — *El Correo peruano* — redactado por Lazo (don Benito), Vigil, Mariátegui y otros prohombres de la época. Sánchez Silva encontró allí ocupación como corrector de pruebas; tuvo después la sección de crónica; más tarde la administración del diario; y por fin, á la muerte de Lazo, fué redactor principal. La energía de su pluma para combatir la administración que sucumbió en los campos de la Palma, le acarreó serias persecuciones, que terminaron con un destierro á Chile. Triunfante la revolución, en Enero de 1855, Sánchez Silva volvió á la patria, y mereció del mariscal Castilla el empleo de oficial auxiliar del Ministerio de Justicia. Allí sus aptitudes, su ilustración, su prodigiosa memoria, su constancia en el desempeño de las labores administrativas, y su acrisolada honorabilidad, le fueron captando general aprecio; y en grado tal que, cinco años después, alcanzaba título de oficial mayor en propiedad, cargo que ha desempeñado hasta el día de su fallecimiento (Diciembre de 1895). Las frecuentes perturbaciones políticas que, en esos veinticinco años, ha sufrido nuestra patria, pasaban sin que los Gobiernos que se sucedían, ni los aspirantes á empleos de la nación, le inquietasen en lo menor. Si hay hombres necesarios, es incuestionable

que Sánchez Silva había llegado á serlo para la oficialía mayor del Ministerio de Justicia, Culto, Instrucción y Beneficencia.

Diputado por la provincia de Celendín en dos legislaturas, terminó en 1864 sus tareas parlamentarias en las que, si no brilló como hombre de tribuna, distinguióse por lo patriótico y sensato de los dictámenes de comisión que le fueron encomendados.

En nuestra desastrosa contienda con Chile, se vió á nuestro camarada llenar el deber de buen peruano, como sarjento del batallón 6.° de Reserva. Y en los luctuosos días en que las violencias del vencedor se ejercitaron sobre el vecindario de Lima, Sánchez Silva que, á fuerza de economías y privaciones, había reunido algunos ahorros, tuvo que satisfacer el cupo de dos mil soles que se le impuso, para no experimentar vejámenes de otra especie, que habrían acaso puesto término á su ya quebrantada existencia.

Mas ya es tiempo de ocuparnos del bohemio.

Sánchez Silva no fué escritor dramático; pero tuvo marcada predilección por la crítica teatral. Bajo el seudónimo — *El invisible* — publicó, durante dos años, una revista semanal, juzgando las obras que se exhibían en nuestro vetusto proscenio y á los artistas encargados de representarlas. Como crítico literario, tuvo el talento de no abanderizarse en escuela alguna. Partidario del clasicismo en la tragedia y en la comedia, no quebraba lanzas contra el romanticismo encarnado en el drama moderno cuyos representantes, en Francia, eran Víctor Hugo, Casimiro Delavigne y Dumas (padre) y, en España, el duque de Rivas, García Gutiérrez y Rodriguez Rubí. Sólo contra esos dramones de efecto, á lo Bonchardy,

esgrimía sin piedad el látigo, tratando á sus autores como á mercaderes que profanan el templo del arte.

Un juicio de Sánchez Silva sobre *Antony*, *Teresa* y *Las señoritas de Saint-Cyr* motivó una larga, decorosa y bien sostenida polémica con José María Seguín, literato tan notable como infortunado. Dichosos tiempos! Entonces los hombres de letras esgrimían solo las armas del talento. La personalidad era para ellos sagrada. Seguín y Sánchez Silva fueron dos adversarios que, sin alardear de ello, calzaban guante blanco.

Como Segura, Corpancho, Salaverry, los Pérez y demás bohemios de mi tiempo, Sánchez Silva vivía íntimamente entre bastidores, mimado por los cómicos y por las actrices, siempre recelosos de los alfilerazos del crítico. Emilia Hernández, Toribia Miranda, las hermanas Fedriani y la Podio; O'Loghlin, Manuel Dench, Pepe Alonso, Rendón y demás artistas de mérito que pisaban el escenario de Lima, en aquella época, le debieron críticas que, si bien producían una *egratignure* en la epidermis de la vanidad, digámoslo así, en cambio no lastimaban la honra ni ridiculizaban la personalidad del artista.

Corriendo los tiempos, Sánchez Silva fué nombrado censor del teatro, y en el desempeño de ese cargo siguió ostentando el mismo atinado criterio de que tan claras pruebas diera en los días de la bohemia.

En su pluma había mucho de la de Jovellanos, que era su ídolo en materia de bien decir y de galano escribir. La memoria de nuestro amigo era prodigiosa, y tanto que se sabía de coro el *Pan* y *toros* del

admirable prosista español, y páginas enteras de sus demás libros.

Otra particularidad caprichosa de nuestro bohemio. Daba preferencia á don Modesto de La Fuente sobre Larra, lo que ocasionaba frecuentes disputas entre los *gerundistas* , que éramos los menos, y los *figaristas* que éramos los más.

Entrado Sánchez Silva en la carrera pública, se alejó de la bohemia; y aunque después escribiera mucho, y notable, sobre política y administración, juzgar las producciones del hombre serio no entra en el plan ni en la índole de este trabajo.

XVII

En puridad de verdad, Mariano Amézaga no fué un bohemio. Era un muchacho que llevaba adentro un viejo cejijunto, pues rehuía tomar participación en nuestras aventuras y calaveradas de mozos alegres y traviesos. Vivía ligado á muchos de nosotros sólo por el vínculo del compañerismo de colegio y por el de las aficiones literarias.

Amézaga fué siempre un pensador, un doctrinario, casi un apóstol. Fué un propagandista del credo radical, y el entusiasmo que desplegó en defensa de sus ideas le atrajo, como al sabio Vigil, el odio implacable de los jesuitas y de la gente de sacristía. Sus folletos en favor del matrimonio civil y en contra de la confesión auricular, le produjeron nada menos que una excomunión. Lógica consecuencia de ella fué el que muchos de sus clientes, que lo ocupaban como abogado, le retiraran la defensa de sus

causas, fieles á la prescripción romana de no dar pan ni agua á un hereje vitando. Aunque sitiado por hambre, el filósofo no abjuró de sus ideas ni el luchador cedió un palmo de terreno.

La policía autorizaba, por aquellos tiempos, una farsa y robo públicos consistentes en que tunos, vestidos con hábito penitencial, y beatas de correa al cinto, recorrieran las calles y penetraran en las casas solicitando limosnas para el culto idolátrico de tal ó cual imagen. Aquella socaliña escandalosa, esa explotación de las ricas vetas del fanatismo y la ignorancia, ejercida por una vieja que cargaba pesada efigie del Nazareno coronado de espinas, irritó al iconoclasta Amézaga inspirándole una terrible composición, que alborotó el gallinero. De ella recuerdo estos apóstrofes:

Mujer que, por vil rutina,
vas confundiendo, menguada,
la miseria de tu nada
con la grandeza divina,
Dios no ha de bajar al lodo
á mendigar compasiones,
ni ha de oprimir tus pulmones
de tan repugnante modo.

Amézaga, como escritor político, se distinguió bastante en el periodismo. Su carácter, como su pluma, fueron siempre de acero, y jamás entró en componendas que, en lo menor, pudieran estar en desacuerdo con sus íntimas y honradas convicciones. Transparentábase, en lo sarcástico de su estilo, algo de la amargura y de la hiel que las decepciones habían aposentado en su alma.

Amézaga murió en 1894.

XVIII

Manuel Trinidad Pérez, nacido en Trujillo el 30 de Mayo de 1832, era en esa falange de aficionados á las letras y calaveras del arte, el representante del vigor físico. Salaverry y Luis Cisneros lo bautizaron con el apodo de *Porthos*, nombre de uno de los mosqueteros inmortalizados por Dumas; y á fe que el *Porthos* peruano, cuando era asunto de andar á trastazos y mojicones, no le iba en zaga al francés.

Pérez vino á Lima por los años de 1851 y, á pocos meses, los bohemios lo dimos de alta en nuestro campo. Era un muchachote llano como camino real, siempre alegre, y bravo sin fanfarronería. Su color moreno, y su negro y poblado bigote; su alta estatura; el cabal desarrollo de su cuerpo y su fuerza muscular, imprimían en su persona algo del tipo árabe.

Contraste curioso! Los hombres de letras casi siempre tienen infame carácter de letra. Trinidad Pérez era, como Fernando Velarde, una lujosa excepción de la regla. En la sala de sesiones de la Municipalidad de Lima, se exhibió un precioso cuadro caligráfico trabajado por Pérez.

Dos comedias en prosa — *El emigrado* y *La Industria y el Poder* — fueron sus producciones de bohemio, acogidas ambas con aplauso. Ni quiero ni debo en esta leyenda de la bohemia nacional, en estos mis recuerdos de cincuentón, manejar el escalpelo de la crítica. Me esfuerzo por sentir y por pensar como sentía y pensaba en esas, ya para siempre desvanecidas, horas de mi vida de bohemio, ho-

ras de ilusión y de poesía. Recuerdo que *La Industria y el Poder* me pareció, por entonces, un feliz ensayo; hoy, no lo reelería por miedo de cambiar de concepto. Con los años me he vuelto muy exigente en materia de literatura dramática. Triste cosa es envejecer!

Mariano Isidro Pérez, hermano de Trinidad, muy estimable como poeta lírico, escribió y dió á la es-escena media docena de dramas bastante desdichados. Era un excelente camarada que murió, en 1880, por consecuencia de una afección pulmonar.

Entrados los bohemios en la edad del juicio, Manuel Trinidad empezó por establecer un colegio de instruccion preparatoria, é hizo luego un viaje á Europa, de donde regresó trayendo las prensas y tipos de la mejor imprenta que, hasta 1871, se hubiera conocido en Lima. En materia de tipografía, el antiguo bohemio era un artista. Dígalo «El Correo del Perú», semanario de literatura fundado por Pérez en 1871, y que, por la limpieza de impresión y buen gusto en el formato, mereció premio en las exposiciones de París, Filadelfia, Amsterdam, Lima y Santiago.

Débele la tipografía nacional las mejores y más elegantes ediciones, salidas hasta hoy de nuestras prensas. Los números de prima anual que el propietario del «Correo del Perú» ofrecía á sus suscritores, y en los que colaboró cuanta pluma notable poseía el país, bastan para inmortalizar el nombre de nuestro amigo, como hombre de letras y como soldado del trabajo.

Habiendo adquirido en 1878, por muerte del padre de su esposa, la propiedad de la hacienda San An-

tonio de Chancay, en la provincia de Chota, Pérez se vió forzado á entrar de lleno en la existencia del agricultor, dando de mano á sus gustos literarios. Así desapareció el «Correo del Perú», desaparición con la que han perdido no poco las letras nacionales. Innumerables semanarios de literatura se han exhibido después, sin alcanzar los seis años de vida que tuvo el fundado por nuestro amigo.

Pérez fué asesinado, el 9 de Setiembre de 1879, por un grupo de bandidos, en una de las pampas de su hacienda.

XIX

Clemente Althaus, nacido en Lima en 1835, vivió en plena bohemia, y fué activísimo colaborador en todas las publicaciones literarias de su época. Althaus, como poeta, se distingue por la corrección de la forma, llegando hasta á sacrificar ante ella la claridad del concepto. Para mí, Althaus fué el más académico de nuestros literatos.

En 1872 coleccionó, en un volumen de 600 páginas en 4.°, las poesías que escribiera en los veinte años anteriores, volumen que honra al fecundo poeta, á la vez que á la literatura nacional. Encuéntranse en ese tomo composiciones espléndidas.

También, en sus últimos tiempos, cultivó Althaus la poesía dramática. Su *Antioco*, drama de riguroso clasicismo, es más para leído que para representado.

Como individuo, Althaus rayaba en excéntrico ó extravagante, y su pulcritud en afeminamiento. Era

un romántico *pur sang* que vivía en lucha con el prosaísmo social. Se había creado para sí un mundo ideal, fantástico, y, naturalmente, mortificábanlo infinito las realidades de este mundo sensual y materializado.

En 1876, atacado de gravísima enfermedad cerebral, marchó Althaus á París, donde se sometió á los cuidados de un célebre médico alienista. Los recursos de la ciencia fueron estériles, y el más culto de los poetas peruanos de mi tiempo, murió, completamente loco, en 1881. Sus restos reposan en el cementerio del Padre Lachaise.

XX

Nacido en Lima, por los años de 1828, era Adolfo García, entre los colegiales del Convictorio carolino, en 1849, uno de los que mayor prestigio gozaban, por su talento y la bondad de su carácter. Calderón de la Barca, Arolas y Víctor Hugo eran sus ideales en literatura, transparentándose en su musa la influencia fascinadora del primero.

Quebrantos de fortuna, en su familia, lo obligaron á abandonar el colegio en 1851, y á desempeñar un empleo en el Ministerio, donde su laboriosidad y aptitudes le merecieron, en breve, el ascenso á jefe de sección, puesto que sirvió por más de veinte años.

Las composiciones de García andaban dispersas en los periódicos hasta que, en 1871, casi violentamente, le arranqué uno de sus cuadernos; y obtuve del Presidente, Coronel Balta, á quien yo servía como Secretario privado, que lo mandara imprimir en París formando un bonito volumen, á la vez que el

mismo gobernante costeaba, también en Europa, la edición de *Albores y destellos* de Salaverry.

Hay en ese libro de García unas quintillas á Bolívar, que bastan para inmortalizar al poeta. Júzguese por este fragmento:

Tú, el más grande, sin segundo
en el mérito y loor,
genio en victorias fecundo,
al que llama todo un mundo
su padre y libertador;
Tempestad de la montaña,
rayo vestido de saña
que, en ímpetu vengador,
estallaste con fragor
contra las huestes de España.
Triunfar! Tal fué tu destino;
por eso á temple divino
fué para tí trabajada
tu nunca vencida espada,
fué entre palmas tu camino.
Tu vida, aurora de mayo;
tu muerte, del sol desmayo;
el sosiego de tu alma,
del océano la calma;
tu cólera, la del rayo.
En los campos tu bandera
volador meteoro era
que al contrario daba espanto;
tu nombre de guerra canto,
y tu corcel una fiera.
Dios de nuestros patrios lares,
campos fueron tus altares,
crudas batallas tus fiestas,

y tus sonoras orquestas
las músicas militares.

Los Andes, esas montañas
que con su pie las entrañas
del globo rasgando van,
páginas son donde están
bien escritas tus hazañas.

Leo allí toda tu historia,
donde dejaste memoria
de que tu constancia pudo
dejar de palmas desnudo
todo el árbol de la gloria.

En pocos hombres de mérito he visto cebarse, más tenaz y cruelmente, la desgracia como en Adolfo García. Agoviado desde 1881 por todo linaje de infortunios, entre los que no fueron los menores la miseria extrema á que se vió reducido, durante los nefastos años de la ocupación chilena, y el suicidio de su hija Cristina, tuvo el poeta ataques de furiosa locura, y murió el 15 de Octubre de 1883, debiendo á la caridad pública un nicho en el campo santo. Recientemente se trasladó el cadáver á nicho perpetuo, por iniciativa del Municipio.

Además de las composiciones que dió á luz en el «Correo del Perú», y entre las que se encuentran dos muy bellas tituladas *Luz* y *A mi hija Cristina en su matrimonio*, dejó inéditos tres libros de versos. García versificaba con la facilidad de un Lope de Vega.

XXI

Aunque Constantino Carrasco, hijo del Contralmirante don Eduardo Carrasco, nació en 1841, ya en 1855 era guardia-marina, y se relacionaba íntimamente con los bohemios. Datan de esa época sus primeros versos.

Consagrado al estudio de lenguas, era medianamente conocedor del latín, griego, hebreo y quechua; el italiano, francés é inglés le eran también familiares. Pocos jóvenes he conocido más estudiosos que Constantino; y esta dedicación, en un hombre de débil organismo físico, desarrolló en él la tisis. Carrasco tuvo siempre un aspecto infantil y delicado, en armonía con su carácter dócil y modesto.

El americanismo en la poesía era su ideal literario; y dan testimonio elocuente de esta aspiración del poeta su inspirada silva *Al árbol de la quina*, en la que hay trozos dignos del cantor *A la agricultura de la zona tórrida*, y su galana traducción del *Ollanta* (drama originariamente escrito en quechua,) que le mereció entusiasta ovación en el Club Literario, donde dió lectura pública á su trabajo.

La víspera de su fallecimiento, el 1.° de Mayo de 1877, Constantino Carrasco llamó á su amigo el literato don Eugenio Larrabure y Unánue, y le entregó los originales de sus poesías. Cuatro meses más tarde, Larrabure las dió á luz en un volumen de 560 páginas en 4°, volumen que estimamos como una joya literaria.

Sabido es que los enfermos del mal que arrebató á Carrasco conservan, hasta en su agonía, la lucidez intelectual, y fué, en esos angustiosos momentos, cuando el moribundo poeta improvisó este soneto.

Ay! valle es este de perpetuo llanto!
¿ quién se entrega á dormir en blando lecho
mientras oye, en el fondo de su pecho,
del ajeno infortunio el eco santo?
¿ Quién eximirse puede del quebranto
al ver, del mundo en el turbión deshecho,
la virtud sucumbiendo sin provecho,
y sordo el cielo á sacrificio tanto!
Cuando veo ¡oh dolor! que mis hermanos
son vil presa de bárbaros tiranos
ó esclavos gimen de destino adverso,
ni paz encuentro ni placer diviso....
Para ser yo feliz, era preciso
que lo fuese también el Universo!

Con un cariño intenso, que no es de estos tiempos, amaba el poeta á la humanidad, y no podía ser indiferente á sus reveses y sufrimientos. Si debiera hacer yo la inscripción funeraria de Carrasco (añade Larrabure en el conceptuoso prólogo del libro) me limitaría á grabar, en letras de oro, ese soneto sobre su losa. Sería el epitafio más sencillo y, acaso, el más elocuente.

XXII

José Toribio Mansilla, nacido en Lima en 1823, fué enviado, á la edad de once años, á educarse en Francia en el liceo de Enrique IV, y regresó á su patria

en 1841. Mancebo de carácter exaltado y romancesco, se entusiasmó ante el propósito de ser uno de los vengadores de nuestro desastre bélico en Ingavi, y sentó plaza de oficial en el ejército que se alistaba para abrir nueva campaña sobre Bolivia. En 1845 se separó del servicio militar, en la clase de capitán, y entró de lleno en la vida de bohemio. Fundó un diario — «El Album» — que tuvo poco más de un año de existencia, y en él se dió á conocer como poeta y como polemista.

Pero si bien en Mansilla hay que reconocer talento é ilustración, para ser veraces, debemos confesar que su poesía pecaba de ampulosa y sus artículos de gálicos ó afrancesados. Era natural Se había familiarizado poco con escritores y libros castellanos.

Hasta 1860 fué Mansilla obligado colaborador en cuanto periódico, político ó literario, saliera en Lima, y como camarada fué el más bohemio de los bohemios. Aunque hijo único, su anciana y acaudalada madre tenía el capricho de mezquinarle recursos, obligándolo á pasar por todas las estrecheces soportadas siempre con buen humor por los bohemios que no teníamos padre ó madre con caudal. Y Mansilla era, entonces, muy feliz en su forzada pobreza.

Desgraciadamente para él y para las letras nacionales, el bohemio se dispertó una mañana heredero de una fortuna que excedía de un cuarto de millón. Con la riqueza brotaron en su alma ciertos humillos, que obligaron á los altivos bohemios á alejarse de él; y Mansilla se echó en brazos de amigos nuevos que lo arrastraron al juego y otros excesos. Antes de tres años la miseria tocaba á las puertas del derrochador.

Fortuna, salud y hasta el talento se evaporaron en nuestro compañero. Hace veinte años que su cerebro se ha esterilizado, que su pluma nada produce. Hoy....es un anciano que arrastra un cuerpo achacoso y un espíritu *hebeté.* (1)

XXIII

Acisclo Villarán nació en Lima, por Diciembre de 1841.

Fué bohemio, es bohemio y morirá bohemio.

Hoy su orgullo se cifra en ser el decano y el porta estandarte de la bohemia nueva.

Todos sus compañeros, después de cumplir los que Espronceda llama *malditos treinta años*, se pasaron al campo de la gente seria. Acisclo es refractario á la formalidad.

Los años vuelan, y Villarán no envejece. Para él nunca llegan los malditos treinta diciembres, y eso que ya en su cabeza lucen canas no pocas.

Ha escrito cosas muy graciosas, muy bonitas; pero nada en forma. Chispazos de ingenio y de agudeza. Ni siquiera ha coleccionado sus epígramas, entre los que hay algunos bastante felices.

Tiene, desde hace diez años, terminado casi un libro sobre el origen de los nombres de las calles de Lima, libro que podría rivalizar con el *Madrid viejo* de Mesonero Romanos, á juzgar por los pocos capítulos que publicó en *La Broma.* Para concluirlo, no tendría Acisclo más que trabajar con ahinco por

1 Mansilla murió en 1889.

dos ó tres semanas. Pero ¡quiá!..... Él terminará su libro el año en que escupan las gallinas.

Si ha escrito dos ó tres piecesitas cómicas, en un acto, llenas de chiste, y otros tantos artículos áticamente traviesos é intencionados, ha sido porque no le exigieron más de un par de horas de trabajo. Versifica con soltura, y la composición que no termina en ese lapso de tiempo ....ahí se queda para que la rematen sus choznos.

Acisclo es mucha pereza y mucho bohemio!

XXIV

En el diccionario biográfico de Cortés escribimos el siguiente artículo, cuya reproducción es aquí oportuna:

Francisco Lazo nació en Tacna en 1823. Desde muy joven manifestó entusiasmo por la pintura; y su padre, don Benito Lazo, magistrado distinguido y eminente hombre de Estado, se sobrepuso á las ridículas ideas de un falso sentimiento de orgullo que ha anulado tantos talentos en el Perú, y comprendió que su hijo, como artista, podría honrar su nombre. El joven Lazo fué enviado á Europa, y tuvo por primer maestro al célebre Paul Delaroche. En la Exposición de París de 1855, fué premiado un cuadro de nuestro compatriota — *El habitante de la Cordillera.*

De regreso al Perú, el pincel de Lazo dió vida á muchos lienzos magníficos, entre los que su *Santa Rosa* ha merecido juicios muy ventajosos de los inteligentes.

Diputado á la Asamblea Nacional de 1866, nuestro amigo se distinguió por su independencia, tanto como por la energía de su palabra.

Sus artículos en la *Revista de Lima* están llenos de arranques vigorosos, sensatez y erudición. Como escritor, Lazo es notable por el aticismo de su estilo.

Lazo murió en 1869, en viaje para Jauja, á donde se dirigía en busca de alivio para sus enfermos órganos respiratorios.

En Lazo, el artista y el hombre de letras estaban en admirable consorcio.

XXV

De 1846 á 1850 no tenía Lima, después del de don Miguel del Carpio, otro centro ó círculo literario que la librería de Pérez, situada en mitad de la calle de las Mantas. Era Pérez un gallego locuaz, chistoso, gran tañedor de guitarra, al compás de la cual cantaba zorcicos, seguidillas y coplas, llenas siempre de picaresca intención, y verdes como ramita de verbena.

Desde las cinco de la tarde invadían la librería los *literatazos* de aquella época. Allí concurrían don Francisco Miranda y Vengoa, periodista español, autor de muy sabrosas letrillas; Manuel Segura, nuestro original poeta cómico; el satírico don Buenaventura Seoane; el espiritual cojo Flores; Angelito Quiroz, el Diógenes de la poesía; el soldado de los Andes, coronel don Juan Espinoza; dos canónigos de campanillas y cuatro ó seis prógimos más, gente toda de

talento, salivazo y empuje. Para que nada faltase á tan escogida sociedad, había en ella hasta un correveidile. Era este don José Ramírez, conocido, más que por su apellido, por su apodo de *Cacaseno*, vendedor ambulante de libros en pergamino.

El que arranca hoy estas páginas al libro de los recuerdos de su juventud, iba muchas tardes y deteníase largo rato en la tienda, con el pretexto de cambiar las obras que algunos de sus compañeros de colegio le encomendaban. En la librería de Pérez había lectura por suscrición ó á domicilio.

Recuerdo, con profunda melancolía, que han desaparecido de la haz de la tierra todos los que, hace un tercio de siglo, cruzaban, alegres y respirando juventud y vigor, por este valle de lágrimas y desengaños, dándose cita para la librería de *Cuatro ojos*, que así llamaban á Pérez, aludiendo á los espejuelos que usaba.

A esa cita risueña ha sucedido otra fúnebre, solemne, misteriosa — la de la eternidad.

En aquel areópago se politiqueaba que era un primor. Hacíase picadillo de don Ramón Castilla y de su Ministro de Hacienda el *zonzo* Río; y leíanse el *Correo Peruano*, diario que editaba un santo varón conocido por *Chasqui-pututo*, y el *Zurriago*, periodiquito de oposición furibunda, en el que Espinoza escribía los famosos diálogos del padre Anselmo y su lego Tifas. ¡Quién les hubiera dicho, á los politiqueros de la librería, que este Perú no admite compostura y que, comparados con los que después vendrían, los tiempos de *Don por lo mismo* fueron de gloria, papilla y agua bendita!

Cuando se agotaban los tópicos de política, literatura y teatro, á falta de mejor plato, se descuartizaba al prógimo; tanto que la tertulia de Pérez llegó á tener fama en Lima, y gente hubo que, por miedo de un tijeretazo, no se atrevía á pasar por la calle de las Mantas, antes de las siete de la noche.

Llegó una tarde don Pepe Pardo (*el sordito*) con su melena romántica á lo Zorrilla, y Cacaseno le entregó una esquela. Era ésta una de esas invitaciones que la gente de bastidores reparte para las noches de gracia ó beneficio. Un cantante, barítono ó tenor, quería *codear* á Pardo los cuatro ó cinco pesos con que se pagan tales preferencias que, de paso sea dicho, son preferencias que halagan como un lobanillo en la nariz.

Apenas se impuso Pardo de la misiva cuando, cogiendo pluma y papel, escribió rápidamente:

Es una atroz irrisión,
una torpe cuchufleta,
enviarme á mí una luneta,
convidarme á su función.
¿Cuándo he dado á usté ocasión
para soplarme ese dardo?
¿No sabe usté que soy *tardo*?
Sí señor; sépalo usté;
por consiguiente, no iré.
Febrero 10 — José Pardo.

Y después de leer, en voz alta, la improvisada y graciosa décima, que se nos quedó impresa en la memoria, la metió bajo un sobre, enviándola con Cacaseno á la boletería del teatro.

Si la Bohemia de aquellos días hubiera elegido un rey, nadie habría disputado la elección á don Pepe

Pardo. Corriendo los años, lo tratamos íntimamente, cuando su carácter de Ministro del Perú en Chile, le daba ínfulas de hombre grave. Y sin embargo, en el poeta laureado, en 1859, por su magnífica oda «A la independencia de América», en el diplomático severo, vivía siempre el bohemio.

Estaba á la moda ese purgatorio de los poetas llamado «Album», y un caballero atosigaba diariamente á don Pepe, Ministro del Perú á la sazón, para que borronease algo en una de las hojas del terrible y lujosamente encuadernado libro. Una noche, aburrióse Pardo é improvisó este soneto:

Versos, tenaz, de mi amistad reclama
el señor don José Pérez Anguita,
en homenaje á cierta señorita
de quien pretende eternizar la fama.
Pero calla las dotes de la dama;
no me dice si es alta, si es chiquita;
si es morena, si es rubia, si es bonita;
yo ni siquiera sé como se llama.
Y no obstante de ser terrible aprieto,
digno del Cid y digno de Bernardo,
el de cantar á incógnito sujeto,
¡loca temeridad! no me acobardo
y, bien ó mal, hilvano este soneto —
31 de Enero — José Pardo.

Don José Pardo, nacido en 1820, se educó, como su hermano don Felipe, en Madrid, en el famoso colegio de San Mateo que dirigía don Alberto Lista. Los dos Pardo, don Juan de la Pezuela y Manuel María del Mazo, otro bohemio que pintaba admirablemente y que ha escrito con mucha galanura verdades como un templo, bajo el seudónimo *Ibrahim Clare-*

te, fueron los cuatro únicos limeños educados por Lista, que figuraron en esa bohemia española, á la que pertenecieron Espronceda, Vega, Ochoa, Romero-Larrañaga, Roca de Togores y otros nombres ilustres en las letras castellanas.

Cuéntase que, de regreso á la patria, enamoróse Pepe Pardo de una graciosa limeña, y que ya los amores andaban nada menos que en vía de noviazgo; pero asegúranme que la boda se deshizo porque una noche improvisó el galán, en el album de su amada, estas preciosas quintillas:

Bendígate el cielo, Rosa;
Bendiga Dios de ese talle
la oscilación magestuosa
con que, andando por la losa,
obstruyes toda la calle.
En romántica canción
te dirán — ¡angel de luz!
trayéndote á colación
herética maldición,
una tumba y una cruz.
Yo no, chica; pues confieso,
aunque inocentada tal
pueda costarme un proceso,
que nunca con buen suceso
he sido sentimental.
Yo no te diré iracundo,
con rostro grave y mohino:
me aqueja pesar profundo!
conozco que es mi destino
padecer en este mundo!
Ni te diré: — si no escucha
tu corazón mi suspiro,

por término de la lucha,
ó me planto la capucha
ó me descerrajo un tiro.
Que si bien me despepito
por tí, no me lo reproches,
(cada cual sigue su rito)
yo conservo el apetito
y duermo todas las noches.
Ancho es el mundo. No temas,
si calabazas me dieres,
que te fulmine anatemas,
ni maldiga á las mujeres,
ni me entretenga en pamemas.
No me oirás reconvención
sobre la cruel estocada
que me parta el corazón:
yo tocaré retirada
en completa formación.
No me exponga á un *quid pro quó*
sonrisa, dengues ó seña;
lo que necesito yo
es redondo un *sí* ó *nó*,
como Cristo nos enseña.

La niña era poética y romántica, y encontró demasiado prosaico y clásico al poeta. Las consecuencias de las quintillas fueron unas calabazas mayúsculas.

Pepe Pardo, cuya salud estaba lijeramente quebrantada, resolvió en Enero de 1873, venir á Lima á hacer una visita á su sobrino Manuel Pardo que, hacía pocos meses, había cesado de ejercer la presidencia de la República. El clima natal, del que por mas de veinte años había vivido ausente, le fué fa-

tal. A los dos meses de llegado el poeta á la patria, murió en la villa de Chorrillos.

En 1885, un periódico literario de Chile publicó una letrilla atribuyéndola á don Felipe Pardo. «Si mi voto, decía el redactor de la Revista chilena, no fuera «bastante para asignar al poeta limeño este hijo que «no reconoció ó que olvidó reconocer, quede al me«nos planteada la cuestión: dén la solución otros más «entendidos en la literatura peruana.»

Confesamos ingenuamente que nosotros, al hacer reproducir en las columnas de «El Comercio» de Lima esa bellísima letrilla, también incurrimos en el error de adjudicar á don Felipe Pardo la paternidad de ella. Posteriores investigaciones, y hasta la circunstancia de que el poeta, en uno de los versos, habla de su *sordera*, nos han convencido de nuestra equivocación. Por eso, y como quien honradamente canta la palinodia devolviendo el hijo á su verdadero padre, copiamos aquí la inimitable letrilla de Pepe Pardo, titulada *La Carta.*

De padecer y sufrir
mi mente cansada y harta,
me he decidido á escribir
esta carta.
Trabajillo me ha costado!
Hablando á usted con franqueza
he sudado:
la cabeza
la tengo como un tambor.
Ya me acosaba el temor
de un prudente — Dios le guarde —
ó de un — beso á usted la mano —

ó — ha llegado usted muy tarde —
ó — viene usted muy temprano —
Y aun pensé, tal vez me espete
mi billete
sin abrirlo.
Á más de eso, yo no osaba
dirigirlo;
la vergüenza me abrumaba.
Al fin y al cabo, vencí;
lo que ahora falta es un *sí*.

He escrito, sin ponderar,
la carta décimo-sexta,
sin poderme contentar
ni con ésta:
pero ya me duele el brazo
y el negro fastidio asoma;
ya no trazo
ni una coma;
bien ó mal, tal como está,
señora mía, allá va.
Y no tome usted á afrenta
si la epístola dirijo
por la vía de la imprenta.
Lo hago así, porque colijo
que es un medio sin apuro,
y seguro,
de que vea
usted mi pasión escrita,
y la lea
en el diario á que suscrita
está usted, según sé yo.
No me diga usted que *no*.

Empiezo, pues. Seré breve,
que ya mi cachaza irrita.
Hoy, sábado veintinueve—
señorita:
apenas la divisé
sentí en mi interior (no embromo)
no sé qué,
ni sé cómo;
mas lo cierto es que estoy sordo,
que ya ni duermo ni engordo,
por más que procure yo
un consuelo á mi destino
con *fricasé* y *fricandó*,
con cerveza y con buen vino.
Ay! sin que nadie me atrape,
al escape,
mi señora,
al otro mundo me largo.
Me devora
un pesar negro y amargo....
No sé qué será de mí
si usted no contesta un *sí*.
Mis días huyen, corriendo
en contínua agitación,
y los paso repitiendo
¡maldición!
y otras palabras groseras,
y otros votos indiscretos.
Calaveras,
esqueletos,
duendes, y brujas precitas,
y visiones infinitas
agitan mi triste mente,
la conmueven sin cesar,

como el agua de un torrente
al precipitarse al mar.
Velada el alma de luto,
ni un minuto,
ni un segundo,
paso tranquilo y contento
en el mundo....
No tengo ya sufrimiento!
¿En qué vendré á parar yo
si usted sale con un *no*?

Si usted á tanto suspiro
no encuentra de alivio un medio,
mañana me pego un tiro
sin remedio;
que ya el pesar me derrumba
y ya aborrezco la luz....
Una tumba
y una cruz!!
Una tumba, vida mía,
es lo que mi mente ansía!
Una cruz triste y sencilla
y (en obsequio del afeite)
una lámpara amarilla
con su mecha y con su aceite.
Y sólo de este hombre pulcro
un sepulcro
quedará!
¿Y quién sobre el mármol yerto
verterá
sus lágrimas por el muerto?
Paloma, y tu irás allí?
Por la Virgen, di que *sí*.

Mas no, tórtola; mejor
es que oigas mis tiernas quejas,
y que tiendas á mi amor
tus orejas;
que, escuchando mi reclamo
y apiadándote mi lloro,
un — yo te amo —
ó — yo te adoro —
contestes á mi delirio.
Darás fin á mi martirio;
nos colmará de placer
el lazo más bendecido;
yo, te llamaré *mujer*,
tú, me llamarás *marido*.
Si Dios no nos es adusto,
bien robusto,
rozagante,
nuestra dicha colmará
un infante,
otro y otro, otro vendrá
que, si el cielo nos oyó,
no ha de decirnos que *no*.

Recoja gozo ó dolor
por fruto mi loco amor,
soy ahora y soy después
tu seguro servidor
que atento besa tus piés.

Sensible es que, en periódicos de Chile y del Perú, anden dispersas las poesías del rey de los bohemios. Tarea digna del amor filial sería reunirlas en un volumen.

XXVI

Después de 1860 desapareció la bohemia; porque todos principiaron á hacerse hombres serios, ó porque la guadaña de la muerte empezó á segar entre nosotros.

Márquez, Llona, Cisneros y Arguedas Prada, servían al país como cónsules en el extranjero. (1)

Yo peregrinaba por Chile, á consecuencia de una aventura revolucionaria en que anduve comprometido.

Benito Bonifáz, nacido en Arequipa en 1829, había encontrado honrosa tumba de soldado defendiendo, en 1858, una trinchera de su ciudad natal.

Dos años antes, la muerte nos había arrebatado á Enrique Alvarado, una de las inteligencias más claras que he conocido, y que estaba llamado á brillar, y mucho, como orador, periodista y literato. (2)

Como Corpancho, Narciso Aréstegui pereció en 1869, ahogado en el lago Titicaca. Era, entonces, coronel de ejército y prefecto de Puno.

La tisis concluyó en 1873 con Trinidad Fernández, que había empezado sirviendo en la marina y en el

---

1 Arguedas Prada publicó, tres años antes de su muerte, 1870, un volumen de poesías.

2 Enrique Alvarado, hijo del último conde de Cartago, nació en Lima en 1835, y murió en 1856. En la corona fúnebre que, en 1857, le consagramos los bohemios, se encuentran compiladas sus principales producciones.

ejército, y que terminó de empleado subalterno en un ministerio. (1)

XXVII

La señora Gorriti, Llona, Márquez, Lavalle, Cisneros, Paz Soldán, y yo, somos de la antigua bohemia, los que aun peleamos la batalla de las letras y permanecemos firmes en la brecha, alentando á la juventud llamada á relevarnos, y dándola por toda consigna esta palabra: — PERSEVERANCIA.

Las letras no han sido ingratas para con nosotros, los ex-bohemios. Llona, Lavalle, Camacho, Paz Soldán, Cisneros y el que estas líneas escribe, han merecido de la Real Academia Española la más honorífica distincion á que, en América, puede aspirar el que se consagra á la literatura.

Y á propósito de la Academia. No creo fuera de lugar consignar aquí, por orden de antigüedad, los nombres de los escritores peruanos que, hasta hoy, han alcanzado la honra de ser nombrados correspondientes de tan respetable como ilustrada corporación.

† D. Felipe Pardo y Aliaga. (2)
† General D. Manuel I. de Vivanco.
† Dr. D. Pedro J. Tordoya, obispo de Teberiópolis.

---

1 Trinidad Fernandez, nacido en Arequipa en 1830, publicó en 1870, una colección de sus versos con el título *Margaritas silvestres.*

2 Los marcados con este signo † han fallecido.

† D. Juan Vicente Camacho.
† D. Manuel Pardo.
Dr. D. Ricardo Palma.
† D. Pedro Paz Soldán y Unánue.
† General D. Manuel de Mendiburu.
Dr. D. Francisco García Calderón.
† D. José Antonio de Lavalle.
D. Eugenio Larrabure y Unánue.
Monseñor José Antonio Roca.
† Dr. D. Juan Antonio Ribeyro.
Monseñor Manuel Tovar. (1)
D. Luis Benjamín Cisneros.
D. Emilio Gutiérrez Quintanilla.
D. Ricardo Rosell.
D. César Goycochea.
† Dr. D. Félix Cipriano Coronel Zegarra.

En cuanto á D. Numa Pompilio Llona, electo pocos meses después que Camacho, es considerado entre los correspondientes del Ecuador, república á la que ha representado en 1886, como Ministro en el extranjero.

Timbre es también, para el Perú, y para la América que un día fué española, que dos limeños — Carvajal y Vargas, duque de San Carlos, y D. Juan de la Pezuela, conde de Cheste — hayan sido Directores *per vitam* de la Real Academia.

XXIII

Tocóme pertenecer al pequeño grupo literario del Perú, después de su Independencia, Nacidos bajo

1 En 1898 ha sido electo Arzobispo de Lima.

la sombra del pabellón de la República, cumplíanos romper con el amaneramiento de los escritores de la época del coloniaje, y nos lanzamos audazmente á la empresa. Y, soldados de una nueva y ardorosa generación, los revolucionarios bohemios de 1848 á 1860 luchamos con fe, y el éxito no fué desdeñoso para con nosotros.

Por poco, pues, en que hoy los valorice, con versos me inicié en la vida literaria, y no tengo el derecho de renegar de ellos. No son mi propiedad. Pertenecen á una época determinada de la literatura nacional y, relegándolos al olvido, negaría un contingente, necesario acaso en el porvenir, para todo el que se proponga estudiar el desenvolvimiento gradual de las bellas letras en la patria de Caviedes, Peralta, Olavide, Valdés y Felipe Pardo.

Además, yo creo que los poetas y rimadores que, merecida ó inmerecidamente, han logrado la buena suerte de llamar la atención sobre su nombre, deben también tener el buen sentido de saber retirarse á tiempo, y no esperar á que la vejez, y con ella la debilidad del cerebro, los jubile ó haga caer de ridícula manera. Para mí, juzgo sonada la hora de declararme cesante, en esto de alambicar consonantes.

Rompo el escudo, y arrojo en la arena las armas del combate. ¡Paso á la nueva generación!

Lima, Diciembre de 1886.

RECUERDOS DE ESPAÑA

1892 á 1893

SEGUNDA EDICIÓN

Corregida y aumentada

RECUERDOS DE ESPAÑA

POR

RICARDO PALMA (1)

El libro viene de Buenos Aires, la Cosmópolis de Sud-América, y en su portada trae el retrato del poeta de la andaluza Lima.

Pocas veces he imaginado una efigie que me haya salido exacta. Arrebujado Ricardo Palma en su abotonado *macferland*, con quevedos que atenúan el brillo intenso de sus ojos, aparece tal como mi juventud, ávida de imaginarse á los que admiro, me lo había presentado. Un buen camarada! Si bien un respetabilísimo maestro en letras, ante el que hay que llegar — la bulliciosa juventud de América, entre la cual tengo á orgullo florecer — con el sombrero bohemio en la mano, con la jubilosa confianza del muchacho para con el viejo Mentor, retozona en la

---

1 De entre los diversos y muy benévolos juicios bibliográficos que la primera edición de mis *Recuerdos de España*, impresa en Buenos Aires, mereciera de la prensa latino-americana, he escogido el presente artículo que apareció, en el diario *La Patria*, de México, para que, á guisa de prólogo, patrocine esta segunda edición.

boca la pregunta impertinente, y el oído presto á deleitarse en una disertación impregnada en la lectura de los sabios libracos que forman la Biblioteca virreinal del Perú.

¿Cómo un viejo amigo que nos cautivó, desde que contábamos doce años, con sus primorosos cuentos cascabeleantes, con su batir flamenco de castañuelas, habíase de mostrar esquivo y huraño?

A Ricardo Palma hay que leerlo una vez sola, para saber como es, en cuerpo y alma. El ingenio satírico delatado en la mirada aguda; el poder aristarquino de la vida humana vista al través de un temperamento sano, estereotipado en su sonrisa entre sardónica y amable; la luz de su frente por la que apenas han rozado las funestas alas de la duda, dánle heráldica magisterial; y se aprende con delectación lo bueno y lo nuevo que, en lingüística, en observación y en arte, traen siempre sus deliciosas tradiciones peruanas.

Y una vez delineado el Mentor, viajemos en tan buena compañía por España.

Claro está que un artista no iba á afocar su análisis en lo que constituye los problemas de los hombres prácticos, de los pensadores y de los utopistas. Ricardo Palma iba á ver lo bueno que, en arte, tiene España, sus medioevales palacios, sus castillos milenarios, la armazón portentosa de los arabescos de sus mezquitas trasformadas en catedrales, sus empolvados rincones donde meditan los cartujos, los monasterios donde los siglos han acumulado su orín y sus creaciones de arte, su cielo visto á través de las ojivas caladas y los ajimeces muzárabes, sus arquitraves que sostienen las angostas bóvedas bajo

las que resonaron las plegarias de los muezzines y las oraciones de los monjes, sus basílicas, la España visigoda, la España gótica, la España del renacimiento, la España monumental que todos los americanos conocemos vagamente por lo que de ella hacinaron nuestros abuelos, en las soberbias arquitecturas que nos legaron, y en las apolilladas bibliotecas fundadas por los cruzados de las órdenes monásticas que vinieron á América.

La Odisea es breve. El voluble Palma no quiere empaparnos en la nomenclatura de los códices que ha leído y archivado en su memoria. Palma está nervioso por echar una mano de palique con sus grandes amigos intelectuales, con los hombres de letras que mantienen la grandeza de España.

Hélo ya en Madrid, radiante al estrechar las manos que han producido tantos primores de arte; festivo y alegre, como el que se halla en plena posesión de lo soñado; orgulloso de recibir por respuesta á una tarjeta de salutación dos brazos, los de Zorrilla, que vienen abiertos á buscarlo. Aquí Ricardo Palma ha vuelto á ser el regocijado platicador de las cosas de Lima; el narrador risueño que nos presenta á los blasonados literatos de España con la franqueza de un republicano de América dotado de una educación exquisita, delineando con su claro ingenio los perfiles literarios de sus amigos los grandes escritores, agrupados en constelaciones, sin hieratismos ni cábalas, viviendo entre sus contemporáneos, iguales al que pasa por la vía bajo la lluvia ó bajo el sol.

A Ricardo Palma le debemos los americanos el que nos haya dado á conocer á los españoles ilustres

con el único blasón del talento que respetamos, como simples mortales, sin ditirámbicos arranques líricos, sin subirlos á las nubes, que no se sube hoy tan fácilmente sin Pegasos á los Olimpos.

¡Qué llaneza en la pintura de Valera, de la Pardo Bazán, del tribuno Castelar y de su reverendísimo compatriota Pezuela! Se goza ampliamente de sus conversaciones familiares, de sus opiniones francas, de sus ideas expuestas sin el atildamiento de sus obras de arte. Aparecen tal como son, y como nos los habíamos imaginado los demócratas americanos, sin que por eso pierdan la justa y grande estimación que se han conquistado con sus obras.

Difícilmente pueden hallarse perfiles de contemporáneos mejor trazados, con la magistral sobriedad del artista que, con un rasgo, delínea un contorno de pensador de frente plegada y meditativa en sus abstraciones gestatorias, pero de saladísimo ingenio en la plática jovial de la tertulia hebdomadaria.

¡Con qué sagrado cariño nos pinta á Zorrilla el leyendista de las viejas tradiciones españolas, el viejo declinante que se apareció al leyendista peruano como un fantasma del romanticismo que se hunde!

El delicioso viejo Campoamor aparece con su meridionalismo de real cepa, con el dejo amargo de su copla retrechera que habría regocijado á Anacreonte. El homérico Núñez de Arce pasea su caudalosa grandeza con sencillez, y su nerviosidad vibra electrizada al través de las páginas del peruano. El atildado don Juan Valera va caballerescamente puesto, con el ambiente de exquisita elegancia que le da su título de primer prosador español. La señora Pardo Bazán deslumbra en su otoñal hermosura de estilista

magnífica y exuberante. Salvador Rueda asoma apenas su rostro sonrosado de juventud — la encarnación española de la moderna literatura hispano-americana — pletórico, audaz y libre. El sapientísimo Menéndez y Pelayo es apenas entrevisto, *flaneando* en la Puerta del Sol embozado en la capa; pero su silueta queda imborrable. Don José Echegaray se condensa brillantemente en sus prodigiosas facultades de dramaturgo. A Cánovas y Castelar, literatos y políticos, se les ve retratados de cuerpo entero; y don Víctor Balaguer está fotograbado con el habano que envuelve en nubes de humo sus sueños de poeta.

Y multitud de artistas de la pluma desfilan por el vitascopio del poderoso retentivo peruano, cuya memoria briosa de juventud, á pesar del tiempo, vigoriza su nervioso temperamento de americano.

Hermoso libro éste, sabrosa plática que se paladea con delicia, que huele á frutas sazonadas de Lima, que tiene la tenaz vida de nuestras cácteas, que alienta salud y juventud, frescura y amor.

Palma es uno de los poquísimos que nos quedan de los antiguos prosadores, vigorosos y sanos. Nuestra floración contemporánea está gastada y hastiada; producimos poco; producimos con dolor: producimos con incurable mal de hastío. No poseemos el dón de deleitar, de arrullar, de hacer reir y gozar. Para vivir necesitamos herir, y herir hondo, en el corazón, con nuestras vaguedades enfermas que no tienen más verdad que la del dolor, el dolor que grita, el dolor que blasfema, la rebelión satánica, incurable y perdurable.

Por eso cuando surje un libro sano y alegre como éste que paladeo con fruición, me siento refrescado

y bueno como en mi perdida adolescencia, me siento niño para el idilio, para la vida contemplativa y soñadora, para las obras que perfuman toda una existencia. Despierto del horrible batallar diario, y bebo las frescas brisas peruanas que me traen canciones limeñas, canciones de bocas frescas y tentadoras, canciones que son bambucos sud-americanos.

Y es que Ricardo Palma personifica la alegría criolla hija de Andalucía, la gloria y orgullo de los cuentistas que escriben en español, y si algún lunar tuvieran sus RECUERDOS DE ESPAÑA, apenas sería un pequeño lunar, en tan nítidas y deleitosas páginas, el haber solfeado al pobre Carulla.

México, 1898.

RUBÉN M. CAMPOS.

Estas páginas no son más que rápidos apuntamientos y apreciaciones no menos sintéticas. El autor no ha pretendido escribir lo que se entiende por un libro descriptivo de viaje. Algunos amigos le pidieron que diese forma á sus impresiones en España, y los complace. El librejo es, pues, sólo para los de casa, que el lector peninsular nada encontrará en él que, por la novedad, despierte su interés.

Este es un librito íntimo, individual: y por eso ha vacilado el autor más de dos años para consentir en que se imprima. No hay libros más peligrosos que aquellos en los que, por algo, entra la personalidad del escritor; pues saldría bien librado si sólo cosecha reputación de vanidoso. En fin, á Roma por bulas.

En la primera parte — *Notas de viaje*, observará el lector que nada escribo sobre el Escorial, Toledo, Málaga, Cádiz y otras poblaciones de menor importancia en las que estuve por brevísimas horas. Mis apuntes eran muy deficientes.

En la segunda parte — *Esbozos*, he preferido á hablar de Madrid, ocuparme en dar á mis lectores de América noticias personales, no sólo escribiendo apreciaciones y datos míos, sino utilizando ajenos, sobre los literatos con quienes, en esa capital, man-

tuve cordiales relaciones. Sé que eso interesaba á la curiosidad de mis lectores más que descripciones de San Francisco el Grande, del palacio en que se efectuó la Exposición colombina, de los suntuosos edificios de la Equitativa y el Banco, del Real, del Alcázar de la plaza de Oriente, del tan justamente famoso Museo de Pinturas, de la Puerta del Sol, de la plaza de toros, de la Cibeles, del Retiro y del paseo de la Castellana.

Sólo la tercera parte, en que defiendo el uso de muchos de nuestros neologismos y americanismos, desdeñados hasta ahora por la Real Academia Española, puede ofrecer relativo interés, aquende y allende.

Y como el libro es pequeño pongo punto, no sea que, por alargarme en el preludio, diga algún prógimo que imito al guitarrero del Tajamar, á quien todo el tiempo se le fué en templar y templar.

RICARDO PALMA

Lima, Julio de 1895.

NOTAS DE VIAJE

EN SAN SEBASTIÁN

A las siete de la noche del 12 de Setiembre de 1892 pisé tierra española. Las formalidades aduaneras de Irún son para hacer perder los estribos de la paciencia al hombre más cachazudo. A todo el que llega á Irún le hallan los empleados aire de contrabandista, lo que es nada halagador. El registro de equipajes es de lo más engorroso que cabe, y si en las maletas encuentran prenda que parezca no haber sido aún usada, se amenaza al propietario con decomiso, si resiste á pagar los derechos fijados por el arancel. Como el pasaporte oficial, que me investía de fuero diplomático, me libertaba de pesquisa que yo estimé vejatoria, resolví dejar depositado en aduana mi equipaje, hasta que de Madrid se enviase (como sucedió seis días después) orden para el libre tránsito.

Confieso que esta pequeña contrariedad me fastidió bastante. En Francia me había bastado exhibir ante el aduanero mi pasaporte, para no ser mortificado con el registro de baúles. En España me veía en la misma condición del que, invitado á ir á una casa, se encuentra con que el portero, á pesar de que

le mostramos la tarjeta de invitación, nos pone dificultades para pasar adelante.

Después de las nueve de la noche, tomaba alojamiento en uno de los muchos buenos hoteles que San Sebastián posee.

Puede decirse que el actual San Sebastián sólo data desde 1814, pues el antiguo fué incendiado en la guerra de independencia.

La Casa Municipal me pareció uno de sus más notables edificios.

San Sebastián, en mi concepto, es superior á Biarritz en perspectiva y en animación; y en cuanto á lujo y elegancia, la villa balnearia de los parisienses no supera á la de Guipúzcoa.

La reina, y la corte por supuesto, se encontraba veraneando en San Sebastián. Entre las muchas casetas, diseminadas en la playa, había una con el estandarte real. A ella, después de las diez de la mañana, hora del baño, ví llegar á la regente acompañada del rey niño y de las infantas.

Visité las tres iglesias que me indicaron, y á fe que nada encontré en ellas que llamase la atención.

Viajando en ferrocarril urbano estuvimos en Pasajes, pintoresco lugar poetizado por Bretón de los Herreros en su comedia *La Batelera*, y en Rentería, que es una alegre aldehuela.

También hicimos una escursión por Hernani, pueblo famoso por la virilidad de sus habitantes, que tan bravamente se batieron en la guerra carlista.

El Casino, ó Club de San Sebastián es edificio moderno y, en su género, uno de los más lujosos de Europa; como que en la fábrica y ornamentación se

gastó medio millón de duros. Parece que en los últimos años se jugaba fuerte, y muy fuerte, durante los meses veraniegos, lo que motivó rigurosas medidas por parte de la autoridad.

Los socios se encapricharon en no ceder; y hoy el Casino está cerrado, permitiéndose visitarlo á los viajeros.

En San Sebastián no hay vecino que viva en la holganza. Todo el mundo come el pan ganado con su trabajo.

El pueblo, en su mayoría, es carlista. Así lo deduje de la charla que tuve con varios labradores en Rentería y Pasajes.

Hay que confesar que, en España, se disfruta de más libertad política que en el resto de Europa, y que en muchas de nuestras Repúblicas.

El derecho de asociación no tiene trabas; los partidos evolucionan sin obstáculos, y todos tienen, en la prensa, órganos que defiendan y hagan propaganda de sus ideas y aspiraciones. En el terreno electoral, el sufragio libre se impone; y sólo así pude explicarme que, en la capital misma de la monarquía, en las elecciones para las Cortes de 1893, hubieran tenido los republicanos triunfo completo sobre los candidatos del gobierno.

EN BURGOS

Provisto de una carta de recomendación que el General Azcárraga, Ministro de Guerra, me dió en San Sebastián para don Carlos Cristar, gobernador de Burgos, llegué á la legendaria ciudad del Cid. El señor Cristar, tratándome con exquisita cortesía, ordenó á uno de sus ayudantes que me acompañase á visitar los principales monumentos.

Exceptuando su calle y paseo del Espolón, Burgos es una ciudad por la que no ha pasado el soplo del siglo XIX. En Burgos se vive en pleno siglo XIV. La piqueta demoledora poco ha trabajado allí.

Tristísima impresión me produjo la abundancia de mendigos. Sólo pude olvidarla cuando, en Madrid, encontré que no puede el viajero transitar por las calles de Alcalá, Carretas, Carrera de San Jerónimo ó Puerta del Sol, sin ser, en un cuarto de hora, cinco ó seis veces detenido por pedigüeños ó pedigüeñas. No se diría sino que, en España, la mendicidad se ha elevado á la categoría de industria lícita y lucrativa. ¿Será el gobierno impotente, y estéril la acción municipal, para extirpar de la vía pública esa lepra? No lo sé, ni he querido averiguarlo. En cambio, y sea dicho en encomio del pueblo, la plaga de borrachos no existe en España.

Los *Chuping-houses* (1) no abundan en Madrid, por ejemplo, tanto como en mi tierra. No diré que no se beba en España; pero sí que no son muchos los que beben hasta embriagarse, y, lo que es peor, lucir la mona.

Tocóme visitar la majestuosa catedral de Burgos en momentos que en ella se celebraba una fiesta solemne, á la que asistieron los cabildantes, precedidos de timbaleros y maceros.

Tienen razón los burgaleses en vivir orgullosos de su monumental basílica, en la que el arte ha realizado prodigios.

La forma del templo es la de una cruz, y consta de tres espaciosas naves. La linterna del crucero, las capillas del Condestable, del Santo Cristo y de los Lerma, y la sillería del coro de canónigos, son notabilísimas. En cada silla se ve tallada la imagen de un santo.

Entre las curiosidades que nos mostraron, se encuentra el estandarte que el rey llevaba en la sangrienta batalla de las Navas de Tolosa, y el baúl ó cofre del Cid. En uno de los cláustros nos designaron el sitio en que, no ha muchos años, fué asesinado el gobernador de la ciudad, por consecuencia de un motín.

Como versos graciosamente intencionados, no creo que estarán fuera de lugar en estas mis reminiscencias de viajero, los que, *cálamo currente*, escribió el

---

(1) Chuping-houses, *borracherias* y *bebederos* son las palabras con que, en Lima, se conocen los lugares en que hay venta de licores. Son tres limeñismos que no carecen de gracia.

joven poeta español don Carlos Cuenca, que viajaba por Burgos en los mismos días que yo.

INVESTIGACIÓN

(*En la Catedral de Burgos*)

En célebre iglesia, ya casi arruinada,
siguiendo del cláustro la gótica arcada,
se encuentra un sepulcro (digámoslo así)
que, al ver deficiencias en el epitafio,
¿quién sabe si es tumba ni si es cenotafio,
según que el difunto repose ó no allí ?

***

De piedra el sarcófago, de aspecto severo,
y encima la estatua de un noble guerrero,
que vivo trasunto de un muerto será.
No tiene narices, como es consiguiente;
nariz esculpida de estatua yacente,
y en templo de España ¿quién sabe do vá?

***

El traje, las armas, la misma figura,
nos prueban ser obra la tal escultura,
del siglo duodécimo, ni un año después.
Sujetan al pecho sus manos cruzadas
un largo montante, como un as de espadas,
y un feto de perros se encoge á sus piés.

***

¿Quién era aquel noble de faz peregrina?
Mi ciencia epigráfica en vano examina
un trozo de lápida que incólume está.
Tan solo *Aqui yace Don Pero* está entero:
se sabe que el noble llamábase *Pero;*
empero se ignora qué *Pero* será.

En vano he revuelto legajos y archivos;
no hay datos de Peros ni muertos ni vivos,
y no los menciona ni un mal cronicón.
Mas tengo un espíritu que nunca transige
con tales obstáculos, y al punto me dije:—
¿No hay datos históricos? Habrá tradición.

***

Busqué los recuerdos de viejos vecinos,
contáronme todos cien mil desatinos,
mas nada del héroe saber conseguí.
Allí no conocen del nombre de Pero
mas que á Pero Grullo y á Pero Botero....
¡Y sea usté arqueólogo en un pueblo así!

***

Volvíme á la iglesia con ansia creciente,
y punto por punto miré nuevamente
las caras y exornos de aquel panteón;
mirando en lo claro, palpando en lo obscuro,
y ya....en las molduras que tocan al muro,
tacté caracteres de extraña inscripción.

***

Siguiendo el adorno de dichas molduras
hallé doce *siglas* (vulgo abreviaturas)
labor de algún monje que allí las grabó.
O. L. y E. L., el grupo primero,
A. G. A., el segundo, R. T. el tercero,
I. J., era el cuarto, y el último O.

***

Tres horas seguidas pensé....pero en vano...
¡cuán ciega mi vista! ¡cuán mudo el arcano!
¡qué torpe mi ciencia! ¡qué inútil mi afán!

Llegóse á mí un viejo, miróme y me dijo:
—¿Verdad que está claro? OLÉ, LAGARTIJO....!
Lo ha puesto mi yerno que fué sacristán.

Estar en la catedral y no ver al Papamoscas de Burgos habría sido imperdonable. Estuve, pues, á las diez en punto de la mañana, debajo del reloj, para ver al grotesco muñeco abrir y cerrar la boca á cada campanada. Este reloj es obra de la primera mitad del siglo XVII.

En la casa del Ayuntamiento, en sarcófago de cristal, están los cuerpos, en buen estado de conservación, del Cid y de doña Jimena, su mujer, y la primera vara de medir que se adoptó en Castilla.

Visitada la tumba del Cid y el arco de Santa María, sobre el cual hay un pequeño museo, que, en las hornacinas exteriores, luce las estatuas de Laín Calvo, Fernán González, Nuño Rasura, Carlos V y el Campeador, recorrimos las iglesias de San Gil y San Nicolás, que son también clásicos monumentos, á los que da mayor sello de vetustez el polvo de que están cubiertos los altares y molduras. Sospecho que, en Burgos, los sacristanes no conocen el uso del plumero.

La casa de Miranda es un destartalado palacio cuyo mérito estriba en no haberse aún derrumbado, pues ha tres siglos que no se cambia en él una baldosa, ni se compone un tramo de escalera, ni se reemplaza una puerta, ni se enluce una pared. A lo sumo se barren patio y corredores una vez al año. Sirve actualmente de hospicio á un centenar de mendigos. Parece que los burgaleses se proponen ver cuántos siglos se mantiene sobre su base el edificio.

Dirigíme después á la Gran Cartuja de Miraflores, á la que llegué en momentos que un lego repartía pan y comida á muchísimos pobres. Reina allí el silencio de un cementerio, como que la Cartuja tiene la forma de una tumba rodeada de blandones de piedra.

La estatua de San Bruno, primorosamente tallada, se ve sobre un altar. Cuentan que, visitando el templo un rey de España, dijo uno de sus cortesanos que á esa imagen no le faltaba más que hablar. — Pues no lo necesita, contestó el rey, porque es cartujo.

En la Cartuja me esperaba una gran sorpresa. Entre sus treinta moradores había tres sud-americanos. Rogué al prior que me permitiera visitarlos, y me dijo que en cuanto á un novicio, joven bogotano, apellidado Urdaneta, no podía acceder á mi pretensión; pero que me acordaba un cuarto de hora para conversar con los que él estimaba como compatriotas míos.

Después he sabido que otro colombiano, don Emilio Quijano, maestro de capilla en la catedral de Bogotá, se ha encerrado en la Cartuja.

Cada fraile vive secuestrado en su celda, y la llave está en poder del superior. Las celdas son espaciosas, y tienen un jardinillo de diez metros cuadrados, cuyo cultivo es la única distracción del recluso.

Los frailes á quienes visité son dos hermanos nacidos en Sucre, y llevaban más de quince años de vida conventual.

Su apellido es Huertas. El mayor tenía 41 años, y el segundo 38. El primero desempeñaba el cargo de sub-prior.

El noviciado entre los cartujos dura siete años, tiempo más que suficiente para que entre el arrepentimiento en quien no tenga firmísima decisión de sepultarse en vida.

Los dos frailes apenas si vivían en este mundo. La lectura de periódicos está prohibida á los hijos de San Bruno. De la guerra del Pacífico no tenían otra noticia sino la de que bolivianos y peruanos fuimos vencidos. Ignoraban hasta el nombre de los Presidentes de su país, después de Belzu, Córdoba y Melgarejo.

Eran dos cadáveres; pero el sentimiento de la patria no estaba aún del todo muerto en ellos; porque al hablarles yo de América, de Bolivia, del Perú, de nuestros infortunios bélicos, de nuestra fe en el mañana, algo como vislumbre de entusiasmo asomó en sus pupilas. Seguramente que después pidieron perdón á Dios y á San Bruno por haber olvidado, durante breves instantes, que habían abdicado de toda pasión humana, inclusive la del patriotismo. Para ellos fuí el maligno tentador.

Me despedí conmovido. ¡Qué drama tan sombrío debe esconderse en la existencia de esos dos hombres que, en la edad de las risueñas ilusiones, casí en la plenitud de la vida, abandonan patria y hogar para soterrarse, á tres mil leguas de distancia, en una tumba, que no otra cosa es la Cartuja de San Bruno!

Con ánimo melancolizado visité luego el aristocrático monasterio de las Huelgas del Rey, de la orden bernarda del Cister, habitado actualmente por solo quince monjas, casi todas título de Castilla, marquesas y condesas. Sólo el rey y los nobles que lo acompañan, pueden penetrar en el monasterio por una

puerta que está tapiada con ladrillos, y que se quitan un cuarto de hora antes de llegar el monarca, volviéndose á levantar la tapia inmediatamente después de salido éste. Contáronme que el rey don Alfonso VIII erigió este suntuoso monasterio, como pública muestra de arrepentimiento por los escandalosos amores que mantuvo con la judía toledana doña Raquel. Dijéronme también que cada monja (á la que se da el tratamiento de *señora* y no de *madre*, como en los demás monasterios del mundo católico) tiene por celda, para ella y su servidumbre, un pequeño palacio con jardin, fuentes y cuanta comodidad sibarítica pueda desearse. ¡Qué contraste con la humildad y pobreza de los cartujos!

Si un Concilio decidiera que el Papa dejara de ser célibe, si anhelaba esposa digna de él, tendría que escogerla entre las huelgas.

Tal es la frase con que el pueblo español pinta gráficamente los humos aristocráticos de las orgullosas bernardas burgalesas.

La iglesia es un crucero, maravilla arquitectónica, y la ornamentación de coro y altares bastante rica. Entre otras tumbas de reyes y princesas, guardan las huelgas la que contiene los restos de don Alfonso el Sabio.

Olvidaba apuntar que en la Cartuja llama la atención la silla del preste oficiante; pues esa orden tiene el privilegio de que sea un solo sacerdote, sin auxilio de diácono y subdiácono, quien celebra la misa mayor. Esa silla es caprichoso trabajo de arte. Hay también un retablo, dorado con el primer oro que Colón llevó á España.

EN HUELVA Y LA RÁBIDA

Huelva, elevada en este siglo por don Alfonso XII á la categoría de ciudad, no ofrece á la avidez del viajero monumento notable por su antigüedad ó mérito artístico. Todo lo que en Huelva llama la atención es contemporáneo, como su estación del ferrocarril, su muelle y depósito de metales de Rio Tinto, y su hotel Colón que ocupa dos hectáreas de terreno, con bonitos parques y jardines, y un comedor que mide cuarenta metros de longitud por doce y medio de ancho, con doscientas luces de gas. Asistí en él á un banquete en que éramos cerca de cuatrocientos los comensales, y bien pudieron hallar holgada colocación otros cien.

De lo antiguo, sólo la iglesia de la Merced, con su fachada de orden mixto y sus tres naves interiores, vale la pena de verse. Siento no haber visitado, á corta distancia de Huelva, el santuario de Nuestra Señora de la Cinta, fábrica de que me hablaron con elogio.

La explotación de las minas de cobre de Rio Tinto por una compañía inglesa, ha traído á Huelva vida mercantil, á la vez que crecimiento de población.

En la mañana del 6 de Octubre, después de veintidós fatigosas horas de tren, llegamos á Huelva los

delegados de las Repúblicas al Congreso de Americanistas.

El secretario de éste, señor don Justo Zaragoza, había cuidado de contratarnos alojamiento en diversos hoteles; pues Huelva, población que no alcanza á 25,000 almas, aumentó en un diez por ciento en los días de las fiestas colombinas. En solo el hotel Colón hubo más de trescientos huéspedes. La vida era carísima, pues todo costaba triple precio del normal. Nada más justo que, pues éramos aves de paso los americanistas, sacase algún provecho de nosotros el vecindario onubense.

En la tarde del día de mi llegada fuí á visitar las carabelas de Colón. La nueva *Santa María* mide veinticuatro varas castellanas de eslora, por ocho de manga y cinco de puntal en el castillo; carga ciento veintiocho toneladas.

La *Pinta* es de dieciocho varas de largo; y la *Niña*, casi un juguete, mediría de once á doce varas. Increíble parece que, en tan pequeñas embarcaciones, se hubiera acometido por el nauta genovés y sus no menos heróicos compañeros, la aventurada empresa de echarse á buscar un mundo surcando mares procelosos é ignotos. Las carabelas actuales son perfecta copia de las primitivas.

Visitamos también, en el fondeadero de la ría de Huelva, una embarcación norte-americana bautizada con el nombre de «Sapolio», y que es símbolo genuino del carácter y audacia del pueblo yankee.

El «Sapolio» tiene la forma de una boya, y su diámetro apenas alcanza á dos metros. Es tripulado y manejado por un solo hombre (Mister Andrews) quien hizo la arriesgada travesía de Nueva York á

Europa, únicamente por razón de *mercantilismo* — anunciar la venta de un jabón para lavar el piso. El «Sapolio», al lado de una fragata de línea, es como un dije en la cadena del reloj.

A las nueve de la mañana del día 7 nos reunimos los delegados oficiales en uno de los salones del Círculo Mercantil, bajo la presidencia del académico señor Fabié, y se acordó que en el acto inaugural del Congreso, ceremonia que tres horas más tarde se efectuaría en la Rábida, tomaran la palabra los señores Adam y Amy en nombre de Francia, el señor Cora en nombre de Italia, y el autor de estas páginas en nombre de las Repúblicas americanas. Se convino también en que los discursos fueran muy breves, á fin de que toda la ceremonia no excediese de media hora, pues la una del día era la designada para el almuerzo oficial.

A las diez de la mañana, más de trescientos americanistas y doble número de personas notables, se embarcaban en los vapores *Pinzón*, *Piélago y Cocodrilo*. La travesía, desde el muelle de la ciudad onubense hasta la Rábida, fué viaje de setenta minutos.

Allí nos esperaban coches que nos trasportaron á la pequeña eminencia sobre la que se alza el convento franciscano. Los congresistas mostráronse conmovidos y llenos de religioso respeto al trasponer los umbrales de la portería; y en tanto llegaba la hora de comenzar la sesión, nos ocupamos en recorrer la iglesia y claustro recientemente restaurados.

La iglesia es pequeña y muy parecida á la de los franciscanos descalzos en Lima. Dáse en ella culto á una imagen de Nuestra Señora de los Milagros que,

según la tradición, es obra escultural del evangelista San Lucas, obsequiada por el Papa Macario, á principios del siglo IV, al monasterio de la Rábida. La efigie es de mármol blanco, y representa á la Virgen con el Niño en el brazo derecho.

Juzgándolo por esta obra, San Lucas, como escultor, debió ser pobrísima cosa.

Pasamos luego á conocer la celda del ilustre fray Juan Pérez, guardián del convento y entusiasta patrocinador de Colón. La fantasía encuentra en esa celda ancho campo para volar, desdeñando verla como hoy se exhibe para reconstruírla como debió ser en las postrimerías del siglo XV.

Al salir del Perú nos pidió un amigo [Rómulo Cúneo Vidal] que le trajésemos, por vía de recuerdo, un trozo de madera de alguna celda ó árbol de la huerta. Conversando con el ingeniero encargado de los trabajos de restauración, nos acordamos del encargo, y lo manifestamos con toda llaneza al afectuoso cicerone, quien tuvo la amabilidad de complacernos enviándonos á Huelva un trozo de umbralada y un tronco de pino, con la siguiente carta:

« Provincia de Huelva. — Ingeniero Jefe. — Señor
« don Ricardo Palma. — Muy distinguido señor mío:
« Tengo el gusto de remitir á Ud. el tronco de un pi-
« no (piñonero) arrancado del sitio que hoy ocupa el
« nuevo monumento erigido en la Rábida. Dicho ar-
« bolito se trasplantó á la margen de la carretera de
« Palos, con la esperanza de que arraigara, y en ella
« se ha conservado hasta ayer mismo, aunque ya se-
« co. El otro trozo de madera es del umbral de una
« puerta antigua del histórico monasterio. Respondo,

« pues, de la autenticidad, y si Ud. queda complaci-
« do tendría gran satisfacción su atento S. S. q. b. s.
« m. — *José Rubio.* — Huelva, 9 de Octubre de 1892.»

Del tronco de pino hice tres pedazos iguales. Uno para obsequiarlo al presidente de la Sociedad Geográfica de Lima: otro para el amigo, quien ha hecho de él un alegórico juguete; y yo conservo el tercer fragmento sirviendo de base á un busto de Colón, obra del escultor peruano Suárez. Igual distribución hice del trozo de umbralada.

Volvamos á la Rábida. En el patio del claustro mudéjar, generalmente llamado Patio de Isabel la Católica, que mide quince varas cuadradas, se habían colocado cuatrocientas sillas, para los congresistas, y un dosel con las armas de España.

Los corredores, alto y bajo, estaban destinados para el público.

Las señoras congresistas, entre las que sólo se encontraba una sud-americana (doña Soledad Acosta de Samper) estaban vestidas con severa elegancia; y los hijos de Adán todos de rigurosa etiqueta.

Por la variedad de idiomas en que se conversaba, podría decirse que el Congreso, momentos antes de principiarse la sesión, era una Babel.

A las doce y cuarto, los acordes de la marcha real anunciaron la entrada del señor Cánovas en el claustro. Vestía de frac el jefe del gobierno, llevando por toda condecoración (él, que tantas posee) la medalla de académico de la Historia.

Ocupado el sillón presidencial, tomaron asiento á su derecha é izquierda, los señores obispo de Badajoz, académico Fabié, generales Primo de Rivera y Aldana, los alcaldes de Huelva y de Palos, Mr. Adam,

fundador del Congreso Americanista de Nancy, Mr. Amy, director del Museo del Trocadero, en París, el comendador signor Cora, delegado de Italia, y el que estas páginas escribe, delegado del Perú. Los señores Zaragoza y Eduardo Toda funcionaron como secretarios.

El acta de la solemne sesión y los discursos en ella pronunciados, los encontrará, quien curiosidad por conocerlos abrigue, en el grueso volumen en que se han compilado las trabajos del Congreso. (1)

A la una del día, los americanistas empezaron á saborear un abundante y bien servido almuerzo en que los brindis se sucedían sin descanso. Uno de los más notables, en mi concepto, fué el del poeta alemán Fastenrath, que terminó con estas palabras: — Un solo Colón, una sola Rábida y una sola España.

Después de las tres de la tarde, los congresistas fueron conducidos en carruajes al puerto de Palos, que dista más de un kilómetro de la Rábida. Es Palos un pueblecito de mil quinientas almas, en el que no hay de notable más que la capilla ó parroquia de San Jorge, donde Colón y sus compañeros oyeron misa antes de hacerse á la mar, en pos de lo que se creía quimérica fantasía de un marinero loco. El lienzo, en que se ve la imagen de la Virgen á quien invocaron los navegantes, se conserva cuidadosamente en el altar.

A las seis de la tarde desembarcábamos en Huelva, satisfechos y hasta orgullosos de haber visitado los sitios en que aún nos parecía que vagara el espíritu del inmortal aventurero.

---

1 Por fallecimiento del señor Zaragoza, está aún inédito el segundo volumen.

En la noche hubo gran baile en el hotel Colón. Todas las señoritas lucían mantilla y una flor en el peinado, pues así se previno en las esquelas de invitación. La mujer onubense tiene toda la sal de Andalucía, si he de juzgarla por la gracia con que las ví bailar *sevillanas*.

Desde el 8 funcionó el Congreso, de nueve á doce de la mañana, y de dos á cinco de la tarde, en uno de los espaciosos salones del Colón. Además de la señora de Samper, ocupaban asiento entre los congresistas Zelia Nuthal, norte-americana, que dió lectura á un original trabajo sobre el calendario azteca; la condesa rusa Paulina Ouvaroff, directora de la sociedad arqueológica de Moscow, y su hermana la condesa Catalina; las señoras Kunne y Seler, delegadas de las sociedades etnográfica y geográfica de Berlín; Luisa Goldman, la simpática é ilustrada esposa de Fastenrath; Victorina Drapeyron, redactora de una Revista geográfica de Francia; la señorita María Lecog, distinguida institutriz francesa; las señoras de Cordier y de Cetres, escritoras francesas; la señora de Gullick, inglesa: la señora Fanny Hale Gardiner y seis ú ocho señoras más, en su mayoría españolas.

La presidencia de las sesiones matinales se acordó siempre á un hispano-americano, dispensándoseme tal distinción en la del dia 9. Mi amigo el delegado argentino D. Angel Justiniano Carranza leyó un interesantísimo trabajo sobre los viajes realizados por Juan Diaz de Solís, el descubridor del Río de la Plata, y tuve el placer, antes de levantar la sesión, de felicitarlo en nombre del Congreso, que caluro-

samente había aplaudido al señor Cerranza durante la lectura de su notable estudio histórico.

En la noche del 9 fué el gran banquete de cuatrocientos cubiertos, presidido por el señor Cánovas, en el extenso y bien decorado comedor del hotel.

Que se usó (y aún se abusó) de la palabra, está de más decirlo, cuando se habla de fiestas en pueblos de raza latina. También el Club de Comercio obsequió, en esa noche, con un baile á los americanistas.

En la mañana del 10, después de la junta matinal en que se designó á Stockolmo para la reunión del próximo Congreso americanista, rechazándose una moción para que éste se celebrase en México, los congresistas se dirigieron al muelle para presenciar la llegada de la reina regente.

Al pasar el *Venadito*, vapor de guerra en que venía la real familia, por en medio de las escuadras, no fué poca la pólvora que se consumió en salvas.

El estrépito de los cañonazos afectó seriamente la delicada salud del rey niño. Las serenatas, fuegos artificiales é iluminación, en la ciudad y en los buques, fueron magníficos y la animación inmensa.

A las cuatro de la tarde del 11, la reina ocupó el asiento de honor en el Congreso, al que declaró *clausurado* después de un discurso del señor Fabié.

En esa noche dió la regente un té á los americanistas. El número de tarjetas de invitación ascendió á mil cuatrocientas. Era difícil abrirse paso en los espaciosos salones del hotel.

Doña Cristina vestía un elegante y sencillo traje de seda color violeta; sólo lucía un riquísimo brillan-

te en el cuello; y en su peinado no había intervenido la mano del peluquero. Está muy lejos de ser una belleza; pero es simpática, á pesar de su glacialidad semi-alemana ó semi-austriaca. Rodéala una aureola que vale más que la corona regia: la aureola de buena y abnegada madre.

Recorrió por tres veces los salones, pasando entre filas de señoras y caballeros, é inclinando ligeramente la cabeza en contestación á los saludos.

Allí admiramos, los republicanos de América, la flexibilidad de la espina dorsal en los súbditos de una monarquía.

Muy desmañados debimos parecer los que nos inclinamos ceremoniosamente ante la dignísima señora, por ser mujer, no por ser reina; por ser la dama que hace los honores de su casa á los invitados, y no por ser una soberana.

Al día siguiente debía efectuarse, en la Rábida, la inauguración del monumento conmemorativo del cuarto centenario, ceremonia á la que asistirían la reina, el cuerpo diplomático y los americanistas; pero yo, que evito ocasiones de hacer gimnasia con la cintura, tomé el tren para Sevilla, cumplida como quedaba la misión con que, para el Congreso de Huelva, me honrara el gobierno de mi patria.

EN SEVILLA

Sevilla despertó, en mí y en mis hijos, el recuerdo de Lima. En el viaje de Madrid á Huelva habíamos pasado una noche en la regocijada ciudad andaluza; y apenas si recorrimos su angosta y larga calle de la Sierpe, que es, lo que, para Lima, las calles de Espaderos y Mercaderes, el centro más animado del comercio y el pecadero obligado para el bolsillo, que no resiste á la tentación que ofrecen las telas á la moda y los objetos de fantasía. Como en Lima, por la tarde, de cuatro á seis, las elegantes, bonitas y salerosas sevillanas recorren, de ocho á diez de la noche, la bien alumbrada calle de la Sierpe, mariposeando de almacén en almacén.

Mi permanencia en Sevilla debía ser muy corta, pues tenía obligación de encontrarme en Madrid para asistir al Congreso Geográfico que se inauguraría el 21. En nueve días me había propuesto visitar Sevilla, Granada y Córdova.

Fatalmente, para mí, los tres días que permanecí en Sevilla fueron de huelga para la ciudad, entretenida en las fiestas con que se agasajó á la familia real.

Mi primera visita fué para la Catedral, que no pude apreciar en toda su solemne grandeza por hallar-

se en reparación. Todo era andamios y escombros. Dijóseme que hay obra para quince años por lo menos, y que actualmente se ocupaban en ella cuatrocientos trabajadores.

La primitiva Catedral, allá en la primera década del siglo XV, amenazaba ruina; y reunidos los canónigos y vecinos principales acordaron levantar una Catedral *tan grande que la posteridad nos tenga por locos.* Las familias acaudaladas de Sevilla tomaron, de padres á hijos y nietos, á punto de honra, la fábrica que se terminó en ciento veinte años, conservando de la antigua sólo el morisco patio de los Naranjos y la Giralda, gigantesco atalaya de donde se contempla el precioso panorama de la ciudad, y á cuya eminencia se llega por más de treinta rampas ó planos inclinados. Desde la altura de la Giralda siente uno vértigo al mirar hacia abajo.

Imposible era, pues, recorrer las cinco naves, ni visitar las capillas, ni ver las ciento quince sillas del coro de canónigos, ni hacerse enseñar por los sacristanes las joyas, tapices y ornamentos sacerdotales, ni los cuadros de grandes artistas, y ni siquiera, entre otras curiosidades que describen con entusiasmo los viajeros, contemplar las quince estatuas que forman el *tenebrario.* La Catedral estaba cerrada para el público, y sólo como una muestra de personal deferencia, que agradecemos al canónigo para quien llevábamos una carta de recomendación, se nos permitió la entrada. Era imposible formarse cabal concepto de nada, pues hasta en algunas capillas un lienzo cubría los altares para resguardarlos del polvo.

Desgraciados igualmente estuvimos en nuestra visita al Alcázar. Eran las diez de la mañana, y para las once, hora en que llegaría el tren de Huelva, se esperaba á la reina regente con el *real* niño, que venía muy enfermo é inspirando seria alarma su dolencia.

Ni en Madrid se permite visitar el palacio de la plaza de Oriente cuando la familia real lo ocupa. Sin embargo, por consideración al carácter oficial que investía, se me concedió media hora para recorrer el vasto palacio construído por los moros y embellecido más tarde por don Pedro el Cruel, que hizo del Alcázar su residencia favorita.

Apenas pudimos, pues, admirar el famoso *Salón de Embajadores* y el oriental patio de las *Doncellas* que, según la tradición, tomó ese nombre porque en él se hacía la entrega de las cien muchachas que Sevilla daba por tributo al Califa de Córdoba. Visitamos también el patio de las *Muñecas*, en el que don Pedro hizo matar por un macero de la guardia á su hermano don Fadrique, y el bien cuidado *Jardín de la Danza*, en el que se encuentra el suntuoso *Baño de la Sultana*, que se conoce generalmente con el nombre de *Baño de la Padilla*.

Y á propósito de este baño, contáronme que tanto el rey como sus cortesanos, solían beber del agua en que se había bañado la favorita, y que observando don Pedro que uno de los magnates no los imitaba, le dijo: «Probad de esta agua, y veréis cuan fresca y sabrosa es.» — «No lo haré, señor, contestó el caballero, porque temo que, si llego á encontrar sabroso el caldo, de seguro se me antoja comerme la perdiz.»

En la fábrica de tabacos recorrí varios patios y muchísimos talleres. Me quedé con las ganas de ver trabajando á las seis mil y pico de cigarreras que el establecimiento sostiene. Aquellos días eran de huelga para el pueblo sevillano.

La *Casa de Pilatos* es un palacio cuya construcción data de hace cuatro siglos.

Principió su fábrica el marqués de Tarifa, en conmemoración del tiempo en que estuvo peregrinando por Jerusalem. La arquitectura es mezcla de morisca y cristiana; y ciertamente que no encontré el parecido que nuestros abuelos la daban con la llamada, en Lima, casa de Pilatos, antes de que su actual propietario la *modernizara*. Enseñan á los viajeros una columna, que dicen ser copia fiel de aquella en que los judíos ataron á Cristo.

La *Casa de Contratación* es contemporánea del descubrimiento de América, y servía de lo que se llamaba Lonja, y hoy Bolsa ó centro de comerciantes. Consta de dos pisos; el alto de orden jónico y el bajo pertenece al dórico. El patio de la Biblioteca de Lima, la arquería y corredores, el aspecto general del edificio se parece al de la que fué Casa de Contratación, y en la que se encuentra hoy establecido el Archivo de Indias. Gracias á la amabilidad del único empleado que en él encontré huyendo de las bulliciosas fiestas, pude pasar dos horas hojeando un catálogo, tomando apuntes en mi cartera, y viendo algunos autógrafos.

Parecióme todo escrupulosamente arreglado, y el catálogo que tuve entre manos bastante minucioso.

Como la huelga amenazaba prolongarse por tres ó cuatro días, mal podía visitar en ellos otros estable-

cimientos oficiales; y después de ir á la *Torre del Oro*, que no es más que un torreón circular á orillas del Guadalquivir, vagar por el barrio de Triana, unido á la ciudad por un puente que recuerda el de Lima, y de recorrer en carruaje la bonita y muy extensa Alameda ó paseo de las *Delicias*, continué viaje para Granada.

EN GRANADA

¡Quién, en la juventud, no ha soñado con la oriental Granada, sobre todo si ha leído el precioso libro de Washington Irving y el inmortal poema de Zorrilla!

Llegué á la ciudad de Boabdil en la noche; y tanto por la fatiga del viaje como por la distancia que hay del hotel Roma ó Siete suelos al centro de la ciudad, preferí no salir del alojamiento. Además, el deseo de visitar la Alhambra se impone, en el espíritu del viajero, con tal fuerza que no deja campo para otros anhelos.

A las ocho de la mañana penetraba en esa antesala de la Alhambra que se llama Palacio de Carlos V, edificio muy descuidado y que, como obra arquitectónica, apenas si interesa.

Describir la Alhambra después de Washington Irving sería una profanación, amén de que yo no encontraría en mi pluma la suficiente poesía y vigor para hablar del patio de los *Arrayanes* con sus columnas de mármol, sus ajimeces y alhamíes: ni de su majestuoso salón de *Embajadores*; ni de la bóveda estalactítica de la sala de las *Dos Hermanas;* ni del caprichoso salón de los *Abencerrajes*, en que la

imaginación nos hace descubrir huellas de sangre; ni del alicatado mirador de *Lindaraja*, ni de tanto y tanto sorprendente detalle.

Lo que en la Alhambra cautiva más al viajero es el patio de los *Leones* con sus glorietas afiligranadas, sus arcos festonados, sus estucos, molduras, arabescos y calados, sus mosaicos y azulejos, y sobre todo, su cuadrado templete y su fantástica fuente sostenida por doce leones que, allá en los dias del esplendor morisco, debieron arrojar de sus fauces raudales de agua. Sin embargo, los leoncitos, como obra de arte, son pobrísima cosa.

En la Alhambra no discurre el espíritu; no hace más que extasiarse. La Alhambra se impone á la admiración entusiasta del viajero, como se impone todo lo que, á más de ser bello, solemne y grandioso, está poetizado por la historia.

Cuatro horas que, para mí, pasaron con la fugacidad de gratísimo ensueño, apenas son suficientes para formarse *embrionario* concepto de las magnificencias de la Alhambra.

Los jardines del Generalife, que distan muchas cuadras de la Alhambra, y á los que se llega por una larga y pintoresca cuesta, conservan entero su carácter morisco; y quizá por ser propiedad de un particular, y no del Estado, se encuentran esmeradamente atendidos. Bellísimo es, desde la altura del Generalife, el panorama que Granada presenta.

La real capilla, con el soberbio túmulo en que reposan los católicos reyes don Fernando y doña Isabel; la capilla de Gonzalo de Córdoba, en la iglesia de San Jerónimo; la Catedral que, aunque una de las más modernas de España, pues sólo cuenta dos si-

glos y medio, es bastante notable; y la Cartuja, en la que hay una capilla admirable por la riqueza y variedad de los granitos y mármoles en ella empleados, es cuanto, verdaderamente digno de ser conocido por el viajero, ofrece Granada.

Granada es una ciudad que tiene mucho de la calma de un cementerio.

Apenas si se siente en ella ruido. Hay que imaginarse lo que fué, y no considerarla como es hoy. Al recorrer su espacioso barrio del *Albaicín*, con calles deshabitadas, con casas cerradas que amenazan derrumbarse por falta de moradores, barrio habitado ahora por gitanos desarrapados, un sentimiento de honda tristeza se apodera del alma. Granada difícilmente tendrá la quinta parte de la población que albergara antes de la expulsión de los moriscos. Es una ciudad que sufre lenta y ya muy larga agonía.

EN CÓRDOBA

Wilfredo de la Puente, hoy conde del Portillo, nos esperaba á las dos de la tarde, en la estación de Córdoba. Hijo de padre peruano y de aristocrática dama española, vivió en Lima desde los catorce hasta los veintiocho años, y fué oficial en la marina de guerra del Perú, allá en los tiempos en que yo *dragoneaba* de contador y comisario en la escuadra. Pero sobrevino aquello de la toma de las islas de Chincha y lo de la *reivindicación* ó amenaza de reconquista, y Wilfredo, que no podía combatir contra la patria donde naciera ni contra sus compañeros y deudos del Perú, solicitó y obtuvo separación del servicio, yendo á domiciliarse en Córdoba, donde encontré, al cabo casi de un cuarto de siglo, al que yo conociera gallardo y alborotador mancebo, convertido en todo lo que hay que ser de tranquilo *pater familias*.

Sólo hasta el siguiente día podía yo permanecer en la ciudad donde César pasó á cuchillo á veinte mil partidarios de Pompeyo, y de suyo se adivina que no pude encontrar mejor cicerone que Wilfredo.

Córdoba que, en los tiempos del califato de Abdelrhaman, llegó á tener doscientos mil vecinos, hoy

escasamente tendrá treinta mil. Es, como Granada, una ciudad enferma con la nostalgia de su pasado. Los dioses del Olimpo, dice Pi y Margall, no pudieron salvarla del furor de César; el Profeta no quiso tenderla una mano desde su sepulcro; y Cristo la dejó aniquilar por las tropas francesas al mando de Dupont.

Lo primero que se anhela visitar en Córdoba es su renombrada mezquita, principiada en el siglo XIII por Abdelrhaman y concluída bajo el gobierno de su hijo Hixem, sobre terreno que fué templo cristiano. Yo no me propongo describir, ni aunque me lo propusiera atinaría, lo que tantos viajeros han descrito con brillantez y superabundancia de detalles.

Penetramos por la puerta del Perdón al patio de los Naranjos, donde aún existe la fuente destinada á las ablusiones; y tres minutos después nos hallábamos en la Catedral, que parece un bosque artificial, de columnas labradas con los mármoles, jaspes y granitos más preciados. Me dijeron que, en la época primitiva, las columnas excedían de mil cuatrocientas; pero que, para formar el coro de la Catedral cristiana, hubo que eliminar muchísimas, siendo hoy sólo ochocientas sesenta las que forman las veinte naves principales y las treinta y cinco laterales. En el espacio que ocuparon quinientas cuarenta columnas, está hoy la Catedral católica con sus capillas, que son más de treinta.

Dígase lo que se quiera. Esa Catedral no es Catedral. En ella el alma se remonta más á Mahoma que á Cristo.

Cuéntase que, en los primeros años de fundada, las golondrinas, que anidaban en los techos, turba-

ban con su canto el rezo de los fieles. Para libertarse de ellas no se encontró más remedio que el de acudir á las armas espirituales, y después de una procesión en forma se pronunció sentencia, no sin que el *abogado del diablo*, á quien, por prescripción canónica, se encomendó la defensa de las golondrinas, hubiese agotado su arsenal de argumentos para probar que las aves cantaban en ejercicio de un legítimo derecho. No valieron razones ni citas legales, y las golondrinas fueron comminadas, bajo pena de excomunión mayor, á no cantar ni revoletear en el templo durante las horas destinadas al culto. Y ¡cosa rara! desde que se las leyó la sentencia no han vuelto á ser indiscretas.

De una capilla que se llama de «La Sangre», refiérese que tomó tal nombre porque un judío escondió en uno de sus zapatos una hostia consagrada, descubriéndose el sacrilegio por la huella roja que, al caminar, dejaba.

No visitar la capilla de «Las Animas» habría sido indisculpable en un peruano. Esta capilla la fundó, en la primera década del siglo XVII, nuestro compatriota el Inca—historiador Garcilaso de la Vega. En una lápida de mármol negro se lee esta inscripción:

«El Inca Garcilaso de la Vega, varón insigne, dig-
«no de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito
«en letras, valiente en armas, hijo de Garcilaso de
«la Vega, de la casa de los duques de Feria é Infan-
«tado, y de Elizabeth Palla, hermana de Huayna-
«Capac, último emperador de las Indias, comentó la
«Florida, tradujo á León Hebreo, y compuso los

«Comentarios Reales. Vivió en Córdoba con mucha «religión y murió ejemplar. Dotó esta capilla y en«terróse en ella. Vinculó sus bienes al sufragio de las «ánimas. Sus patrones perpetuos, los señores Deán «y Cabildo de esta Santa Iglesia. Falleció á 22 de «Abril de 1616. Rueguen á Dios por su ánima.»

Todas las capillas que, como he dicho, pasan de treinta, tienen su historia más ó menos curiosa y singular. A poca distancia de la de Garcilaso de la Vega se ve, en una columna, una imagen de Cristo en la cruz que, dice la tradición, fué labrada sobre el mármol en tiempo de la dominación morisca, por un cautivo cristiano, sin otro buril que la uña, y durante años y años de pacienzuda labor. ¡Valiente uña! De acero debió ser la de ese prójimo! A este prodigio aluden unos versos latinos que se leen en un cuadrito, con la traducción que copiamos:

El cautivo con gran fe — en aqueste duro mármol — con la uña dibujó — á Cristo crucificado — siendo esta iglesia mezquita — donde lo martirizaron.—

Tres horas pasé en la monumental mezquita, horas en las que mi espíritu estuvo abrumado por la admiración de tanta y tanta maravilla.

Cuando después recorrí la ciudad deteniéndome en el famoso puente romano, visitando el espacioso y elegante Club ó Casino de construcción moderna, y hasta el muy bonito paseo del Gran Capitán, nada encontré que fijase mi atención.

En la mañana volví á pasar otras dos horas en la Catedral para, con el ánimo más sereno, acabar de formarme idea de un monumento en que las civilizaciones cristiana y morisca parecen competir, sin gran ventaja para la primera.

EN BARCELONA

La antigua Barcino tiene un sello particular, un *cachet*, como dicen los gali-parlistas, que la distingue del resto de España. De las pocas grandes ciudades que he visitado en la madre patria, Burgos, Toledo, Granada y Córdoba, digo que en todas he hallado algo de cementerio. Hablan al espíritu con el encanto misterioso del pasado, como que cada piedra trae á la memoria una tradición. Se ve bien que la ola del progreso no ha pasado sobre ellas. Viven, en las postrimerías de nuestro gran siglo, en pleno siglo XV. Son ciudades que cautivan al poeta y al artista, cuando éstos buscan la fuente de inspiración en el ayer henchido de fábulas teogónicas y de fantásticas patrañas.

Yo creo que el poeta y el artista han de ser, ante todo, hombres de la época en que les cupo en suerte vivir. Bello es soñar, imaginarse lo que fué; pero más bello es aún extasiarse en las conquistas del presente, para deducir las maravillas que lo porvenir encierra.

Barcelona, como ciudad, poco ó nada tiene que envidiar á la capital de España. Madrid tiene el fausto de una ciudad cortesana, en la que, como es na-

tural, no escasea la miseria dorada, que es la más terrible de las miserias. El pobre de levita y guante, es el más infortunado de los pobres. Madrid es la villa que consume y no produce, la villa de la holganza y del goce. En Barcelona, ciudad rica por su industria y comercio, sólidas fuentes de social riqueza, hay más actividad, más animación, más holgura. En Barcelona se siente palpitar la vida. Hasta la naturaleza es alegre, porque la tierra produce flores, y los árboles verdean, robustos y no enfermizos como los del paseo de la Castellana en Madrid, donde los jardines no merecen nombre de tales.

La acción municipal es más fructuosa en Barcelona que en el resto de la Península, donde parece que todo bien, todo progreso, todo embellecimiento deben venir de arriba, de la iniciativa gubernamental. Lo que no hace el gobierno, con el dinero del erario público, difícilmente lo realizan los vecinos con los recursos, grandes ó exíguos, de que el ayuntamiento dispone. En esto, americanos y españoles, justo es decirlo, nos parecemos como dos gotas de agua.

Pero en ello, teniendo las generosas y heroicas virtudes, así como los grandes defectos y aún vicios (¿por qué no confesarlo?) de la raza latina, es Barcelona excepcional. Barcelona ha producido en mi ánimo la impresión de una mujer bellísima que, para embellecerse más, no descuida la adquisición de joyas, sin reparar en el precio que el mercader exija. No la bastaba su espaciosa y elegante *Rambla*, con su delicioso *Mercado de las flores*. Aspiró á más paseos centrales, y la *Gran Vía*, el *Parque*, la *Avenida de Colón* y el caprichoso *Acuario* surgieron mágicamente. ¿Era pobre su teatro principal? Pues

construyamos, dijeron los entusiastas catalanes, el *Liceo*, al lado del que, ciertamente, muchos de los de las grandes capitales europeas no pueden aspirar á superioridad. ¿Convenía un monumento colosal? El del glorioso descubridor de un mundo deja maravillado al viajero más exigente en prodigios del arte.

En Barcelona no es todo mercantilismo, ni el bullicio y actividad de los negocios absorben por completo la existencia. También el arte y las letras encuentran ancho campo de expansión.

Al no ser así, no tendría Cataluña críticos como Sardá y como Ixart, el digno presidente del Ateneo; ni líricos como Balaguer y el cantor de la Atlántida; ni dramaturgos como Federico Soler y Angel Guimerá; ni novelistas como Narciso Oller; ni periodistas como Mañé Flaquer y Miquel y Badia.

Diputación provincial que compra en diez mil duros el gran lienzo del catalán Fortuny — *La batalla de Tetuán* — en que el inmortal pintor se prometía dar aún pinceladas complementarias; y que paga en cuatro mil pesos el *Spoliarium* de Luna, no es corporación ajena á estimar y aquilatar las creaciones del arte.

Catalanes son los dos lápices más populares en América. Me refiero á Apeles Mestres, envidiable personalidad, en la que no sé si dar preferencia á sus portentosas dotes de poeta lírico, ó á su ingenio, travesura y vigor de lápiz; y á Pellicer, dibujante no menos espiritual y correcto.

Saliendo de visitar los magníficos talleres tipográficos de Simón y Montaner, feliz circunstancia me detuvo en la puerta de Campeny, descendiente de

escultor tan ilustre como el que dió vida á la estatua de Lucrecia, quien con exquisita cortesía me invitó á recorrer su estudio.

¡Cuántas y cuántas preciosidades escultóricas pude admirar allí!

¡Qué valentía de cincel!

Y más tarde, recorriendo establecimientos oficiales, mal pude dejar de sentirme entusiasmado contemplando las magistrales creaciones de los Vallmitjana, Fuxá, Suñol, Querol y tantos otros.

Cariñosa invitación me llevó á visitar, en Villanueva y Geltrú, la Biblioteca-Museo Balaguer, donde rarezas bibliográficas, cuadros de eximios pintores, preciosidades numismáticas y curiosidades etnológicas y arqueológicas se ostentan con profusión. En mi concepto, la perseverante acción de mi noble amigo y egregio compañero en la Real Academia habría sido estéril, si su audaz iniciativa no hubiera encontrado simpática resonancia en los hijos de Cataluña. Ella debe estar orgullosa de poseer la primera de las bibliotecas populares de España, biblioteca que es también la glorificación en vida del ilustre literato que la fundara.

Pueblo que, ante todo, rinde culto al trabajo, y que ama el arte y las letras, es árbitro del porvenir. Depáreselo Dios al pueblo catalán tan espléndido como á él le dan derecho las conquistas que ha realizado en el terreno de la civilización y del bien.

EN LA HABANA

I

Después de cuatro horas de permanencia en San Juan de Puerto Rico, ciudad de aspecto triste y en que sólo la Catedral me pareció notable edificio, regresé al *Santander* que, á pocos minutos de pisar su cubierta, zarpó con rumbo á la Habana. Fué en una serena tarde de Mayo, cuando, después de pasar frente á los bien artillados castillos del Morro y la Cabaña, ancló el vapor en la espaciosa y no muy abrigada bahía.

La Habana, fundada en 1519, esto es, dieciseis años antes que Lima, ocupa una área doble á la de ésta, y casi la duplica en población. La parte nueva es formada por calles anchas y rectas; pero la antigua, en la que se encuentran las calles del Obispo, de O'Reilly y otras de animación comercial, es de callejuelas moriscas y mal delineadas.

En la Plaza de Armas, que es pequeña é irregular, se encuentra el Palacio que, aunque costó un millón de duros y veinte años de fábrica , vale poco como edificio; y frente á él está situado el Templete, capi-

llita de cinco metros cuadrados, levantada en el lugar en que, según la tradición, se celebró por los conquistadores la primera misa. Es algo así como nuestra capillita del Puente, si bien la de la Habana está mejor cuidada, y luce tres lienzos de algún mérito artístico.

El Palacio se ha construido en el sitio que ocupó la primitiva Catedral. En 1741, un rayo produjo el incendio del navío *Invencible*, y la explosión del polvorín motivó el derrumbamiento del techo y de uno de los muros, á la vez que la destrucción de varios altares.

La actual Catedral data sólo de 1788, y es muy inferior á la de Puerto Rico, excepto en la magnificencia del altar mayor. Mide sesenta y cinco varas castellanas de fondo, por cuarenta de latitud y veinte de elevación. Las dos torres no salen de la esfera corriente, y la plazuela en que está el edificio raya en mezquina.

Aunque Colón nunca estuvo en la Habana, sus restos, cuya autenticidad niegan los dominicanos, reposan en un nicho (con lápida de mármol y el busto del gran marino) abierto en uno de los muros, á la izquierda del altar mayor. En la lápida se lee este ramplón epitafio:

Oh restos é imagen del grande Colón!
Mil siglos durad guardados en la urna
Y en la remembranza de nuestra nación.

Cuando visité la Catedral, estaba construyéndose monumental túmulo digno del Descubridor de un mundo.

El paseo de Isabel segunda, con parques, fuentes, estatuas, glorietas y alamedas, es hermoso y alegre. En uno de su costados se encuentran el teatro Albizu y el Casino ó Centro asturiano, famoso por el lujo de sus salones y por el crecido número de socios que contribuyen á su fomento. La noche en que Eva Canel me llevó á visitarlo, díjome el amable presidente que excedían de siete mil los inscriptos. Otra noche visité el Centro gallego que es, en muy poco, inferior al asturiano.

El renombrado teatro Tacón, construído en el decenio de 1830 á 1840 y bautizado con el apellido del general que á la sazón gobernaba la Isla, tiene pobrísima fachada; pero en lo interior es tan elegante como el Real, y admite con holgura más de tres mil espectadores. Hoy es propiedad de una Compañía que pagó por él setecientos mil pesos.

A no mucha distancia de este teatro se encuentra el de Payret, nombre del arquitecto que lo construyó hace un cuarto de siglo. Admite, sobre poco más ó menos, el mismo número de espectadores que el de Tacón, y parecióme superior á éste en condiciones acústicas.

Indudablemente que la Habana, á pesar de sus grandes calores, de su cielo no siempre apacible, y de la insalubridad de su clima para el extranjero, es una de las ciudades más animadas y bulliciosas de América. Allí se vive en constante fiesta; y los habitantes, aún los que llegan de España en busca de la madre gallega, se hacen gastadores hasta el derroche. La vida, en la Habana, es casi tan cara como en Nueva York. Verdad que eso consiste en que la isla de Cuba brinda facilidades para ganar dinero

al hombre que tiene voluntad para el trabajo, y, más que voluntad, perseverancia. A cada paso me señalaban, en el paseo de Isabel segunda, millonarios gallegos, asturianos, montañeses y catalanes, que habían desembarcado en la Habana sin un ochavo moruno, y que alcanzaron á labrarse la holgadísima posición de que hoy disfrutan.

No se recomienda la Habana por la limpieza de sus calles, sobre todo en los barrios de la ciudad antigua; y en el centro mismo hay angosturas en las que perennes lodazales dificultan el tránsito. Parece que la autoridad, en materia de higiene y buena policía, no es muy escrupulosa.

II

LITERATOS CUBANOS

No olvidaré jamás, que de agradecido blasono, las atenciones que de la gente de letras merecí en los doce días de mi permanencia en la Habana. La prensa toda me honró con cariñoso saludo. Yo creía ser casi un desconocido en esa Antilla; pues, personalmente, sólo había tratado en Lima á Joaquín Palma, el caballeresco poeta que ha resuelto vivir y morir lejos de su patria, mientras ésta no sea una nacionalidad en la comunión de los pueblos americanos. Otros dos literatos cubanos, Pedro Santacilia y Rafael María Merchán, también voluntariamente proscriptos, el primero en México y el otro en Bogotá,

mantenían antigua correspondencia epistolar conmigo. Al pisar la Habana únicamente contaba en ella con dos amigos: Eva Canel y Manuel de la Cruz.

Eva Canel residió, por algunos años, en Lima con su esposo, Eloy Buxó, escritor humorístico de prodigiosa chispa, comparable sólo á la de mi viejo camarada Juan Martínez Villergas. Eva ama al Perú, porque en él corrió, durante la ocupación chilena, muy peligrosas aventuras en unión de su marido; y ama á los peruanos porque su hijo único, inteligentísimo muchacho que se educa en Nueva York, se obstina en no tener otra patria que la peruana. Eva, en la labor literaria, es tesonera como buena asturiana, y cuanto lucra lo consagra á la educación del niño. Vive rodeada de privaciones para que el ángel de su amor disfrute, en el extranjero, acaso hasta de lo superfluo. — Ya que él no quiere ser español como sus padres, no omitiré esfuerzos ni sacrificios que contribuyan á hacer de él un hombre útil para el Perú — nos dijo, una tarde, la buena y abnegada madre.

Eva ha publicado en la Habana varias novelas, entre las que dos, tituladas *Manolín* y *Oremus*, son notables; ha dado á la escena un drama que la hizo merecedora de gran ovación; y últimamente realizó viaje á la Exposición de Chicago como corresponsal de uno de los diarios de la Isla. Redactaba, en los días en que nos vimos, un periodiquín semanal — *La Cotorra* — periodiquín de combate que llevaba dos años de vida. Este es, para mí, el lado flaco, el lunar de la literata. No soy devoto de la mujer *politiquera*. ¿Qué nos queda á los hombres si las faldas se echan á abrir cátedra, y á dictar resuelta

mente lecciones de gobierno, *parlamentarismo*, *finanzas* y conveniencias políticas para los pueblos?

Mujer en cuyo cerebro se agita el microbio *politiquero*, y hombre que hace calceta, allá se van. El cordial y antiguo afecto que á Eva profeso me hace aconsejarla que no sea periodista de partido, que no moje su pluma en la tinta de los odios y de las pasiones banderizas, que no sea más que literata, que dotes la ha concedido Dios para brillar en el campo de las letras.

MANUEL DE LA CRUZ

Manuel de la Cruz, joven muy correcto, de aspecto delicado, y de fácil y culta palabra, fué, después de Eva Canel, el primero en visitarme. Hacía tres ó cuatro años que cambiábamos cartas, y con frecuencia me enviaba á Lima libros cubanos con destino á la Biblioteca Nacional. Es un literato batallador, y sus polémicas más reñidas han sido sobre estética y sobre historia patria. Ha publicado dos libros deliciosos — *Cromitos cubanos* y *Episodios de la guerra*, llenos de aticismo en el lenguaje y de criterio recto en las apreciaciones. (1)

1 Mi inolvidable amigo Manuel de la Cruz falleció en Nueva York, en 1896. Había sido, pocos meses antes, ex-

Manuel de la Cruz, fué, para conmigo, amabilísimo cicerone que me hizo conocer los principales edificios y establecimientos de la Habana, á la vez que se impuso la obligación de llevar al hotel y presentarme á los escritores más distinguidos de su país. Recuerdo, entre otros, á Julián del Casal, Ramón Meza, Enrique Collazo, Alfredo Zayas y Andrés Clemente Vásquez. Rápidamente expresaré el concepto en que tengo á cada uno de ellos.

Julián del Casal, para quien tan prematuramente se abrió la tumba, fué uno de los poetas que más honra dan á la literatura cubana. Aunque con tendencias al modernismo, como lo prueban sus dos lindísimos libros — *Nieve* y *Hojas al viento* — no entró de lleno en esa escuela. Sus versos, siempre musicales y espontáneos, se imponen por la elevación del pensamiento y por lo galano de la forma. Fué, como hombre de letras, todo lo que se entiende por un espíritu superior; y en la intimidad prosaica de la vida, un joven que encantaba por su llaneza y su modestia. Él, fantasía soñadora y corazón sin hiel, llevaba:

JULIAN DEL CASAL

---

pulsado de Cuba, por adepto á la causa de la Independencia antillana.

la esperanza del cielo en la mirada
y el perdón generoso entre los labios.

Ramón Meza es un ameno cultivador de la novela, y tiene el mérito de desarrollar siempre, en estilo muy castizo, argumentos nacionales. De Meza, dice el autor de los *Cromitos*, «que es así, por su elevación «moral como por sus facultades intelectuales, una «de las figuras más interesantes de la nueva gene«ración, de esa generación que poblaba las escuelas «cuando la guerra, á la vez que arrasaba la Isla, apor«taba elementos nuevos para la formación de los ca«racteres.» En efecto, Meza, aunque bastante joven, tiene la seriedad del hombre que aspira á dejar huella luminosa de su tránsito por este valle de mezquindades y de grandezas.

Enrique Collazo es un bizarro caballero, que figuró bastante en la desastrosa guerra á que puso término el pacto del Zanjón, pacto sobre el cual ha publicado un interesantísimo libro. Es un literato ingerto en *laborante* ó separatista, entusiasta y entusiasmador, que hoy vive, consagrado á la agricultura, en un pintoresco fundo (Arroyo Naranjo) á dos ó tres millas de la ciudad. Es de los escogidos, de los hombres que no desesperan de ver realizado su ideal; y estoy seguro de que, si alborean nuevos días de combate por la libertad, será Collazo uno de los primeros en cambiar el hacha del labrador por el machete del *mambí* insurgente. (1)

Alfredo Zayas es un inteligente y muy ilustrado jurisconsulto, con aficiones bibliográficas, que diri-

1 En efecto: figura hoy como brigadier en el ejército de Máximo Gómez.

ge y redacta una notable publicación forense; y Andrés Clemente Vásquez, autor de una novela histórica contemporánea en que la protagonista corre, en el siglo XIX, aventuras que traen á la memoria las de la *monja alférez* en el siglo XVI, es el príncipe del ajedrez en América, el hombre para quien, en ese intrincado juego, no hay problema cuya solución escape á su ingenio y práctica. Ha publicado un libro que los *ajedrecistas* entendidos estiman en mucho.

Aurelia Castillo de González me envió, por intermedio de Manuel de la Cruz, tarjeta de saludo; y como no residía en la Habana sino en Guanabacoa, población situada en la margen opuesta, tomé una tarde el vaporcito y, después de diez minutos de ferrocarril, estuve en la elegante casa de campo que habita la gentil escritora. Es Aurelia un tipo de belleza tropical, una dama de exquisita cultura, y una literata que ha leído mucho y aprovechado no poco. Entre otros de sus libros, el consagrado á sus impresiones de viaje por Europa me deleitó infinito. Aurelia Castillo de González es un astro que luce con luz propia, en las letras antillanas, en las que, como escritora en prosa, la estimo en tanto como á Lola Rodríguez de

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

Tió, la poetisa de siempre fresca y delicada inspiración. (1)

Lola no es cubana sino portorriqueña. La oleada revolucionaria la llevó en un tiempo á Venezuela, y vivió con su esposo, su espiritual hija Patria y su simpática sobrina Laura, por dos ó tres años en Caracas. Desde entonces es apasionada por la República, como forma de gobierno, y en su lira hay siempre una nota para la libertad antillana. Gratas, inolvidables noches para mí, las que pasé en la tertulia de Lola, donde todo era amenidad y cultura. (2) Allí conocí, entre otros literatos, á Juan Gualberto Gómez, Fernán Sánchez y á Manuel Pichardo, director del *Fígaro*, el más discreto y artístico de los semanarios ilustrados que, en la América latina, se publican. Es Pichardo un poeta muy galante y jovial.

LOLA RODRIGUEZ DE TIO

Bonifacio Byrne no se encontraba por entonces en la Habana; pero me envió, con esquela de saludo, un tomo de poesías que acababa de dar á luz con el

---

1 Aurelia Castillo fué desterrada á Tenerife en 1896, porque simpatizaba con la revolución.

2 Lola de Tió reside ahora en Nueva York, proscrita de Cuba.

título de *Excéntricas*. Es Byrne un simbolista que lee más á Richepín que á Víctor Hugo, y que canta *Al diablo*, *A las brujas*, *A Luzbel*, *A los buitres* y *Al carro de los muertos* en versos robustos y magistralmente construídos. — Wen Gálvez, el entendido crítico del *Fígaro*, decía en la tertulia de Lola: — Me resisto á creer que Byrne sea decadente y parnasiano de legítima cepa — ¿Por qué? — Porque se llama Bonifacio, y el nombre es demasiado clásico. (1)

Mercedes Matamoros, poetisa sentimental, que tampoco se encontraba en la Habana, me envió su libro. No hay en sus versos la vigorosa entonación que caracteriza á los de la Avellaneda, sino la femenil ternura que se desprende de los de Carolina Coronado, poetisa á la que cantó Espronceda, y que aún vive, no recuerdo si en Extremadura ó Portugal; pero que, desde hace muchos años, sólo escribe versos para sus nietecitos.

No conocí, y lo lamento, que la culpa fué mía, á Nieves Xenes, cuyos versos había leído siempre con placer en los periódicos. A mi amigo Santacilia le chocó, como á mí, el nombre de la poetisa, y en una carta, que apareció en la prensa de México, decía:

«¿Por qué se llama usted Nieves? Y no como quie-
«ra, sino en plural, como si adrede se hubiera queri-
«do exagerar la frialdad anómala de su nombre, pa-
«ra hacer resaltar el contraste con el fuego de su ins-
«piración y la vehemencia de su temperamento.
«¿Nieve en Cuba, y usted nieve? Hay en México

1 Bonifacio Byrne se encuentra hoy en las filas revolucionarias.

«una montaña que se levanta hasta las nubes y que, «en todas las estaciones del año, tiene cubierta de «nieve su alterosa cumbre. ¿Y sabe usted lo que en«cubre esa eterna nieve? El cráter de un volcán. Sólo «así comprendo que se llame usted Nieves. Usted, «como el Popocatepelt, encubre bajo la nieve de su «nombre el fuego de su corazón.»

D. Eugenio Sánchez Fuentes, poeta y abogado español, con más de veinte años de residencia en la Habana, correspondiente de la Academia de la Lengua, me visitó sin encontrarme en el hotel, é igual mala suerte tuve al corresponderle su visita. Idéntica fatalidad me privó de conocer personalmente á Enrique Hernández Miyares, el hábil director de *La Habana elegante;* á Manuel Sanguily, una de las plumas más ilustradas y fecundas, un gran patriota y uno de los caracteres más altivos de la Isla; á Valdivia, el literato de guante blanco que se esconde bajo el seudónimo de *Conde Kostia;* y á Federico Villoch que, con el título *A la diabla*, ha coleccionado versos que hacen meditar y sonreír.

Estudiosamente he reservado para el fin hablar de tres eminencias en las letras y el periodismo: — Ricardo Delmonte, Enrique José Varona y Rafael Montoro. — A los tres tuve la satisfacción de tratar.

A poco de dar Céspedes, en Yara, el grito de Independencia, gobierno y pueblo peruanos dieron palmaria prueba de su simpatía por tan noble causa, con el hecho de reconocer el primero la beligerancia de los cubanos, y el segundo con enviar á los patriotas de la Gran Antilla nada mezquino óbolo de dinero. El injustificable fusilamiento del poeta Juan Clemente Zenea arrancó indignado lamento á la ju-

ventud de mi país, y cúpome en suerte escribir, por entonces, un artículo que alguien quiso, pudo y supo popularizar. ¿Qué mucho, pues, que los literatos separatistas y autonomistas, á mi paso por la Habana, me tratasen con el afecto que se dispensa á los que, por la idea y el sentimiento, están ligados á la misma comunión? De la autonomía á la independencia no hay gran trecho de camino. Por algo se empieza. *C' est le premier pas qui coute.*

Hay en Cuba un partido, pequeño es cierto, pero que hace activo trabajo de zapa — el anexionista. Antes de convenir los cubanos en que la estrella solitaria se confunda en la constelación de estrellas, deben preferir su manera de ser actual. Yugo por yugo, yo, cubano, al de España me atendría, que tal resignación no implica desesperar del mañana. El anexionismo mata la esperanza. Pueblo que aspira á la libertad, á tener vida propia, á dejar de vivir mendigando derechos, se hace simpático para los que disfrutamos de aquellos bienes; pero las simpatías se convertirían en desdén si ese pueblo se lanzara á la lucha sólo por cambiar de dueño. Cuba es el punto donde converjen las miradas de todos los que creemos que la patria es un culto y la libertad un derecho.

Rafael Montoro, Enrique José Varona y Ricardo Delmonte, en los diarios que redactan, tienen toda la energía que inspira la fe en las convicciones, y defienden con calor su bandera. La propaganda de ideas la ejercen con la austeridad de un sacerdocio, mejor dicho, de un apostolado. Montoro y Delmonte son autonomistas. Varona filósofo, sociólogo, educacionista, es un espíritu sereno que irradia clarida-

des de ideal. Antes de conocerlo personalmente me era conocida una frase suya, cuando, diputado por el Camagüey, dijo en las Cortes de Madrid, contestando á un Ministro que creía no eran aún llegados los tiempos en que á la colonia se concediesen derechos autonómicos.

ENRIQUE JOSE VARONA

— Pues, entonces, España tendrá que llevar á rastras su colonia antillana, como el cautivo cuyo compañero de cadena ha muerto, y tiene que arrastrar de un lado á otro su cadáver hasta que el hacha rompa los lazos de hierro que los unen. — Desde ese día dejó Varona de figurar entre los autonomistas. (1)

Delmonte es la perseverancia hecha hombre, el pensador en toda su madurez. Su estilo, decía Manuel de la Cruz, es mármol de Carrara labrado por el cincel de Praxiteles.

En cuanto á Rafael Montoro, su fama, como orador, es inmensa en la América latina. Amigos y enemigos me hablaron con entusiasta encomio de su elocuencia. Juzgándolo como orador, dice el galano escritor de los *Cromitos:* — « Más que

1 Hoy Varona y Sanguily se encuentran proscritos en Nueva York.

« hombre de nuestra edad parece un antiguo visto á « la luz indecisa de la historia, que es luminar de « apoteósis. A su lado, Castelar parece un trovador « napolitano parodiando un miserere; Martos, el « acróbata japonés de la sintaxis, un romano de la « decadencia que se produce en castellano con los « circunloquios de la construcción latina; Cánovas » un godo moderno, iracundo y verboso, y con arran- « ques de tribuno selvático; Moret, un torbellino de « hojas secas y pétalos de rosa; Salmerón, la efigie « de la metafísica, calva y marmórea, tronando en- « tre nubarrones; Silvela, frío como un témpano « y torturado por el método argucioso del orador « forense.»

Montoro es, hoy por hoy, la personalidad más querida y respetada entre los autonomistas, y la única acaso que, con el fuego de su palabra, arrastraría las muchedumbres á la barricada ó á la manigua. Hasta su figura, gallardamente varonil, le da un no sé qué de caudillo, y de caudillo prestigioso. Tal fué, por lo menos, la impresión que en mi espíritu produjo.

RAFAEL MONTORO

Alguien dijo (creo que Raimundo Cabrera, el autor de un precioso libro — *Cuba y sus jueces*, un separatista, más que autonomista, de gran corazón

y poderoso cerebro) y dijo bien, que Montoro es el verbo de una generación y de una idea, y que cuando, en la polémica de prensa ó en la arena tribunicia, hiere á su adversario, lo hiere con lanza de oro y como el rayo que mata iluminando.

ESBOZOS

I

ZORRILLA

Pisaba yo aún los claustros del colegio, allá por los años de 1848 á 1850, cuando los versos de Espronceda, Arolas y Zorrilla, entre los españoles, Lamartine, Musset y Víctor Hugo, entre los franceses, eran manjar delicioso para la juventud latino-americana. Contrayéndome sólo al cantor de *Granada*, diré que tan grande era el culto que le tributábamos, los por entonces humildísimos estudiantes, que toda nuestra estética se reducía á imitarlo, no sólo en las bellezas sino hasta en las extravagancias de su musa juvenil, extravagancias que el gran poeta, ha reconocido después, y confesado de plano, como pecados gordos, por los

que solicitaba absolución misericordiosa. Toledo, á cuyo pueblo llamó *imbécil*, porque así lo pedía la sonoridad campanuda de un endecasílabo, y Larra, á quien calificó de *malvado*, acaso por exigencia de aciago consonante, se la habrán de buen grado concedido, en gracia á la sinceridad del arrepentimiento.

Eran aquellos los días en que el romanticismo, como escuela literaria, campaba ufano, y á Zorrilla se le estimaba como á uno de sus primeros y más esforzados mantenedores. ¿Qué mucho, pues, que, entre nosotros, hubiera jóvenes que aspiraran á imitarlo, no sólo en la forma poética sino hasta en los detalles ó pequeñeces individuales? En los retratos que de nuestro ídolo conocíamos, aparecía éste endeble de cuerpo; con rostro casi infantil, cuidada perilla, y profusa y suelta cabellera, que descansaba sobre los hombros. En la *Bohemia de mi tiempo* he apuntado que Nicolás Corpancho, el más aventajado entre los imitadores de Zorrilla y que, físicamente, tenía también gran parecido con el bardo vallisoletano, dió en usar idéntico peinado. Día que mi malogrado colega marcó con piedra blanca entre los de su corta existencia, fué aquel en que recibió la primera carta de Zorrilla, agradeciéndole la dedicatoria del poema *Magallanes*. Esa carta corrió de mano en mano entre los bohemios, llamándonos no poco la atención el carácter de letra. La de Zorrilla era clara, de limpios perfiles, bien redondeada y elegante; letra clásica, á lo Palomares y Torío de la Riva. Y nosotros que nos imaginábamos que los románticos escribían patas de mosca ó garrapatos ininteligibles, dimos en mejorar ó reformar nuestra escritura.

De mí sé decir que debo á Zorrilla el beneficio de poseer letra legible sin esfuerzo. Mi amigo el general argentino Lucio Mansilla hizo en cierta ocasión reproducir, en un diario de Buenos Aires, una esquelita mía, á propósito de la cual dijo al periodista: — «Te regalo el original. La letra material, verdadera plana, modelo de caligrafía, da envidia. Otros y nosotros podemos mirarnos en ese espejo, y convencerse todos de que es deber de cultura escribir con claridad.» — Gracias á Zorrilla, que no á mí, por el culto piropo del amable polemista.

Mis relaciones epistolares con Zorrilla empezaron con motivo de un libro mío, del que le remitiera ejemplar. Avisóme recibo con halagadoras frases, y solicitó le indicase la fuente donde había bebido ciertos datos. Desde entonces cambiábamos, por lo menos, un par de epístolas al año.

Natural era, pues, que al día siguiente de mi llegada á Madrid, me encaminase á la calle de Santa Teresa, número 4, donde en el último piso, es decir, vecino al cielo, habitaba don José Zorrilla, en unión de su segunda esposa doña Juana Pacheco, granadina, que, antes de sufrir la mortal dolencia que hace años la aqueja, debió ser dama de fascinadora belleza.

Confieso que, al tomar el cordón de la campanilla, sentí la emoción del niño, yo que nunca he pecado por cortedad de genio. Era que el nombre y la persona del poeta despertaban en mi espíritu un mundo de recuerdos, y que Zorrilla continuaba para mí tan prestigioso y querido como en los días de la juventud. Casi tuve gusto al saber, por la criada, que el señor se encontraba en una casa vecina; pero

que iría á llamarle si yo tenía urgencia de hablar con él. No acepté la buena voluntad de la muchacha, y la entregué una tarjeta, prometiéndome volver á subir el día siguiente la fatigosa escalera.

Eran las diez de la mañana, y me preparaba á dar con mis hijos un paseo matinal, cuando el criado del hotel me anunció una visita. Entró un anciano que, sin quitarse el sombrero ni pronunciar palabra, empezó por darme un abrazo.

—Zorrilla!!! exclamé, adivinándolo por una de esas misteriosas intuiciones tan comunes en la vida.

—El mismo, mi querido Ricardo, el mismo. Recibí ayer su tarjeta, y aunque olvidó usted anotar en ella su dirección, la hice preguntar á Tamayo. Gran prueba de cariño doy á usted viniendo á verlo. Vivo lejos de todos y de todo, á nadie visito y ni siquiera asisto á teatro alguno.....verdad que tampoco me mandan ya billetes. Tengo la aprensión de que estos bultos y lacras de la cabeza no son para lucidos—y volviéndose á mi Angélica añadió—Excusa, hijita, que conserve el sombrero y que te hable de tú, como si fuera tu abuelo.

Eran para mi noble amigo motivo de tristeza frecuente los tumores del cráneo, que lo imposibilitaban para descubrirse. Así lo expresa en estos versos de una composición escrita veinte días antes del de su muerte:

Enfermedad ridícula, nativa, hereditaria,
no menos dolorosa ridícula por ser,
condéname ha tres años á vida solitaria;
tal vez á vivir muchos aislado como un paria,
del mundo á no ver nada, y á no dejarme ver.
Yo ya ni veo ni oigo lo que en el mundo pasa;

los que con un estigma marcados cual yo están
en sociedad no viven, y gozan en su casa
lo que gozar les dejan ó su ambición escasa,
ó su feliz carácter por todo sin afán.

¡Qué dos horas de más sabrosa plática las que pasamos! Zorrilla era un conversador muy entretenido, y hablaba con benevolencia hasta de sus enemigos. Del Perú sólo le eran conocidos versos de Márquez, Salaverry, Llona y Cisneros. Me pidió y le dí noticias sobre ellos. Me manifestó su predilección por Arnaldo Márquez, de quien conservaba en la memoria unas estrofas.

Declaro que yo oía como embelesado el elogio de mis compatriotas en boca del gran poeta. Hablaba de ellos con la ternura con que un padre habla de las gracias de sus hijos, y con el afecto del maestro para con los discípulos más aventajados.

Cuando en mi primer viaje á Europa, cediendo á petulante empeño mío, mi amigo el poeta argentino Hilario Ascasubi me llevó, en París, á casa de Lamartine, á pesar de que estaba yo aún en plena mocedad, no experimenté emoción igual á la que ante Zorrilla sentía. En Lamartine, el hombre me desencantó á los cinco minutos. Me pareció un simple mortal, con levita negra y corbatín de cerda, uno de tantos que pasean el boulevard de la Magdalena. No correspondió á mi ideal, lo confieso.

En cambio, Zorrilla superó mi ideal. Yo lo escuchaba con verdadero arrobamiento, y mi espíritu estaba suspenso de sus palabras. Desde niño alimenté el deseo de conocerlo y estrechar su mano, y parecíame soñación verlo realizado. Allí, en mi cuarto de hotel, á pulgadas de distancia, estaba el poeta

á cuyo genio tributé siempre culto entusiasta, y al abrazarme había sentido palpitar su corazón cerca del mío.

A las doce se despidió, negándose á almorzar conmigo.—Me espera la dieta del enfermo, dijo.— Estas palabras imposibilitaban toda insistencia por mi parte. Entonces contraje el compromiso de hacerle una visita semanal. — Sí, sí, repuso el ilustre anciano, cumpla religiosamente con el precepto de consolar al enfermo. Muchos amigos tengo, pero son pocos los que se acuerdan de visitarme.

Y besando paternalmente en la cabeza á mis hijos, se despidió de nosotros en el pasillo de la escalera.

***

Llenando mi compromiso, iba cada ocho días á la calle de Santa Teresa. En una de mis primeras visitas me acompañó mi hija que llevaba, aparte del afecto por la persona del enfermo, el interesado propósito de arrancarle un autógrafo. Apenas formuló Angélica su deseo, cuando el galante Zorrilla se apoderó del album, y en una de sus páginas del centro, escribió, en tres ó cuatro minutos, este delicado romance:

En tu patria, la del Sol,
te habló tu padre de mí,
y por verme te antojaste
no bien llegada á Madrid.
Tu padre y yo nos quisimos
siempre bien, y en tu país
te diría él de mí algo
de lo que yo de él aquí.

Mas ya me has visto y te he visto,
y ¡oh peruano querubín!
ya has visto bien que no soy
lo que te han dicho que fuí,
ni más que un viejo ya inútil
que, hoy, se tiene por feliz
de abrazarte y bendecirte
un día antes de morir.

Zorrilla, como lector de versos, no ha tenido rival entre sus contemporáneos. Favorecido por la limpieza de su órgano vocal, sacaba gran partido de las onomatopeyas y del eufonismo de las palabras. Era oirlo decir versos como escuchar una deliciosa melopea. Para él los versos eran como el teclado de un piano, y á los eptasílabos y endecasílabos les daba cierto misterioso ritmo musical que deleitaba infinito. Yo le rogaba siempre, antes de despedirme, que me pagase la visita con la lectura de alguna composición, y á pesar de que su voz estaba ya debilitada y sus facultades en decadencia, lo que de las dotes del lector quedaba era lo suficiente para adivinar la fascinación que, en sus oyentes, debió ejercer, allá en los días de entero vigor físico. Zorrilla nació en 1817.

—Si la muerte me da tiempo — me dijo en una tarde de Diciembre, después de haber yo admirado las modulaciones que sólo su garganta sabía dar á las magistrales octavas que sirven de introducción al poema *Granada* — quizá escriba un librito sobre el arte de leer versos. Entre tanto doy, de vez en cuando, algunas reglas á mi paisano Emilio Ferrari, que tiene excelentes facultades para lector.

Ferrari era, por entonces, el único poeta español que veía con frecuencia á Zorrilla. Y á fe que me pareció digno discípulo del insigne maestro, la noche en que lo oí leer unas quintillas en la tertulia de Concepción Jimeno, tertulia á la que concurrían, entre otros literatos, Teodoro Guerrero, Rafael García Santistevan, Luis Vidart, Julia Asensi, Lasso de la Vega, Giner de los Ríos, Melchor de Palau y Narciso Campillo.

El librito quedó en proyecto, pues la muerte caminaba de prisa.

***

Por mucho que, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, se esfuerza por presentarse como hombre que de las supersticiones se burla, tengo para mí que D. José Zorrilla, el inmortal poeta de la leyenda y de la tradición, llevaba encarnadas en su espíritu supersticiosas creencias. Él nos cuenta que la rotura de un espejo fué para él siempre precursora de un gran infortunio doméstico, el augurio de la muerte de sus padres, entre otros.

«Estoy felizmente libre de toda superstición; las conozco todas; de todas me he válido en mis escritos para hacer efecto sobre la imaginación de mis lectores; pero de todas me río, y me inspiran compasión los que creen ó temen los agüeros y hechicerías». — Esto escribía Zorrilla en uno de sus libros, á propósito de un amorío romántico que, en sus mocedades, tuvo en París, con una dama chilena casada con un rico caballero inglés.

En una de mis visitas quise oir de la propia boca del galán la historia de ese amorío juvenil, no manchado por la impureza de los sentidos, y el bondadoso Zorrilla me hizo, con melancólico acento, el mismo relato que, sobre poco más ó menos, me era conocido.

Zorrilla que, en su pubertad, fué sonámbulo y que, en su juventud, tomó casi á lo serio la quiromancia y la cartomancia, adquirió, en la tertulia que frecuentaba la señora de sus pensamientos, fama de nigromántico y taumaturgo. Una noche, la gentil dama, tendiéndole la mano izquierda desnuda del guante, le dijo: — A ver, Zorrilla, ¿qué encuentra usted en mi mano? — El poeta, tomando la mano de la señora, la contestó: — Aquí no hay más que lo que mi deseo pone en este ósculo respetuoso; larga vida, ventura y salud bajo la bendición de Dios.

Cedamos la palabra á Zorrilla: — «Amohinóse un tantico la voluntariosa chilena, y empeñáronse todos en que satisficiera su capricho de echarla las cartas. Barajé sonriendo, díla á cortar el naipe, cortó, creo que temblando, tendí siete cartas tapadas sobre la mesa, y la mandé voltear una. Volvió un as de copas. Y tornando yo á mezclar las seis cartas aun no vistas, volví á tenderlas descubiertas alrededor del as, apareciendo en aquella combinación un agüero tan terrible como inverosímil. Notó ella, sin duda, la mala impresión que aquella combinación me había producido, y poniéndome en el hombro la diestra, me dijo: — ¡ Cuidado que quiero la verdad ! — Pues bien, respondí yo, como la cosa es tan absurda, las cartas dicen que en estos siete días entrará la justicia en casa de usted por una muerte y

se disolverá una familia. — Quedóse la dama un tanto pensativa, y echándose á reir, reimos todos. — El sabado siguiente, á las diez, viendo que la dueña de casa llevaba á una señora al piano, pregunté: — ¿No esperamos á nuestra hermosa chilena? — Miráronme todos con asombro, y la señora exclamó: — ¿Pero no sabe usted nada? — Nada; ¿qué hay? — Que su marido resbaló el miércoles al entrar en su casa, cayó de espaldas perdiendo el sentido, y espiró á las dos horas sin poder hablar ni hacer testamento. Y como la fortuna del marido está sujeta á no sé qué leyes inglesas, es la hija del primer matrimonio la que todo lo hereda — No quise oir más. Una pesadumbre inmensa se apoderó de mi espíritu al conocer la desdicha de la mujer á quien yo amaba, y por quien concurría á la tertulia, y salí de la casa, y pasé aquella noche insomne, y pocos días después salí de París para no encontrarme con la que debía unir para siempre mi recuerdo al de su desventura. Yo no creo más que en Dios, y soy cristiano por convicción; pero la imagen de aquella hermosa chilena se conserva poética y melancólica en mi memoria.»

***

El año nuevo de 1893 fué saludado por Zorrilla con unos alejandrinos, de aquellos que sólo él acertaba á escribir, y en los que pasaba revista á las fiestas y congresos con que fué celebrado, en España, el cuarto centenario del descubrimiento de América. De ese último canto del cisne recuerdo estos versos:

Tal como el año venga le aguardaré sin miedo,
sumiso, resignado, con el semblante ledo,
y mientras tenga fuerzas le aguardaré de pie;
ni lo que fué me angustia ni el porvenir me espanta,
no sé más que hacer versos, y porque más no sé,
mientras en pie me tenga con voz en la garganta,
mis versos á mi patria y á Dios consagraré.

Visité á Zorrilla el 5 de Enero, y lo encontré bastante agobiado por la enfermedad. Escribía, en ese momento, para un periódico literario de Madrid (creo que el *Blanco y Negro*) la siguiente confesión:

Rasgo principal de mi carácter — Haber llegado á viejo sin dejar de ser muchacho.

Cualidad que prefiero en el hombre — La firmeza para sufrir el dolor físico y para perdonar á los enemigos.

Mi principal defecto — El no saber hacer más que versos.

Mi sueño dorado — Borrar mi nombre en las nueve décimas partes de lo que he escrito.

Lo que constituiría mi desgracia — Vivir algunos años más.

Color que prefiero — El blanco, porque no tiene ninguno y los sufre todos.

Mis prosistas favoritos — Quevedo y Manzoni en *I promessi sposi.*

Mis poetas favoritos — Todos y ninguno.

Mis compositores favoritos — Escucho música de todos los maestros, y no los juzgo. ¿A qué amargarse los placeres puros?

Manjares y bebidas que prefiero — Las ostras de Ostende, los solomillos de ternera, el queso de Burgos, el vino de Chianti y el café de Bolivia.

Lo que más detesto — Las mujeres literatas desde Safo hasta..... (aquí un nombre).

El don de naturaleza que desearía tener — Una memoria como la de Menéndez Pelayo.

No seré yo quien formule el más leve comentario sobre esta confesión, que es la de un moribundo, y en la que Zorrilla se exhibe con toda la candorosa ingenuidad del niño.

***

La última vez que visité á Zorrilla fué el 20 de Enero. — Esto se vá, mi querido Palma, esto se vá — me dijo con fatigoso acento, y me dió un abrazo: el de la despedida eterna. Zorrilla murió en la mañana del 23.

Pocos días antes, en el saloncito que le servía de escritorio y cuyas paredes estaban adornadas con tarjetas fotográficas, entre las que ví una de Don Alfonso XII con cariñosa dedicatoria autógrafa al poeta, y muchas coronas, con las cintas empolvadas, obsequio de las municipalidades de Valladolid, Granada, Barcelona, Valencia y otras ciudades, al ver que yo desprendía una para examinarla más de cerca, me la quitó para limpiarla con un plumerillo, y me dijo con aire melancólico: — Ya lo ve usted, Ricardo, esto es la gloria del poeta....polvo. Eso será pronto también el dueño de la corona. — Me esforcé por distraerlo, y llevé la conversación á otro terreno: — al recuerdo de sus buenos tiempos de tirador de pistola. Zorrilla tuvo, en su juventud, la destre-

za de no errar blanco, á treinta pasos de distancia, siendo el blanco monedas pendientes de un hilo. El tema, ya en su vejez, lo rejuvenecía y alegraba.

Gracias á Castelar que arrancó á las Cortes españolas una ley en favor del poeta, no fueron sus últimos años de abrumadora miseria. Zorrilla disfrutó de una pensión que alcanzaba á 7,500 pesetas al año, esto es, la mitad de la cesantía que España paga á quien ha sido Ministro siquiera por veinticuatro horas.

El 25 fué el entierro solemne del gran poeta que encarnó todo un romántico pasado, presidiendo el duelo la Academia Española, en cuya sala de sesiones estuvo el cadáver en capilla ardiente. Desde la calle de Valverde hasta la Puerta del Sol, y atravesando desde ésta por la Cuesta de la Vega hasta el cementerio de San Justo, era inmenso el gentío. Allí estaba todo Madrid, pagando su último tributo de lágrimas

al que mató á don Pedro, al que salvó á don Juan:

al poeta legendario que mejor supo comprender é interpretar el carácter romancesco de su pueblo. Con Zorrilla no ha desaparecido un hombre, sino una generación á la que él sirvió de símbolo en los ideales del arte y de lo bello.

II

CÁNOVAS DEL CASTILLO

No he conocido, en el extranjero, peruano más cumplido, afectuoso y servicial para con sus compatriotas, que el señor don Joaquín José de Osma, marqués de la Puente y Sotomayor. Sus padres lo enviaron á educarse en España, y volvió á Lima en la administración del general Echenique, durante la cual desempeñó la presidencia de la Cámara de Diputados y un Ministerio de Estado, terminando por ir de Plenipotenciario á Londres. Desde aquella época fijó su residencia en Madrid.

J. JOSÉ DE OSMA

En la última matrícula ó padrón de los abogados peruanos, ocupa el señor de Osma, por antigüedad, el segundo lugar. Es, pues, el sub-decano de nuestro foro.

Con motivo de haberme encomendado, en 1883, el Gobierno del Perú, la reorganización de la Bibliote-

ca Nacional, entré en relaciones epistolares con el compatriota, y quiero dejar aquí constancia de que, entre los peruanos residentes en Europa, fué el señor de Osma quien atendió mi empeño con mayor contingente de libros notables y valiosos.

Pocas horas después de mi llegada á Madrid, fuí á buscar al amigo y paisano en su precioso *chalet* del paseo de la Castellana, y sólo encontré al conde de Casa-Valencia, hijo político de don Joaquín, y con quien, por razones de compañerismo en la Academia Española, había cambiado cartas.

Al día siguiente, á primera hora, recibí la amable esquela que copio:

Sábado 17

Muy estimado amigo: — Por Casa-Valencia supe anoche la llegada de usted. Tenga usted la bondad de venir a almorzar conmigo, á las once y media, y de traer á su hija, en caso de que á ella no le fastidie estar entre viejos.

Si usted quiere hoy comer con Cánovas, que viene todos los sabados, contaré con usted para las ocho de la noche.

Esperando tener el gusto de abrazarlo luego, quedo su aftm.° S. S. — *J. J. de Osma.*

Aquella noche fuí presentado á don Antonio Canovas del Castillo, por entonces la más encumbrada personalidad política de España, y hombre de amenísimo trato. Cánovas nació en Málaga, en febrero de 1828.

«No creáis — dice el *semblancero* de las Cortes de 1869, en las que por primera vez fué don Antonio diputado — que la figura de Cánovas revele nada de

lo que es. El pícaro lo disimula mucho: da un chasco á cualquiera. Parece un hombre vulgar, si lo contemplais sin saber quien es, como se mira al transeunte que pasa por la calle. No tiene la melena de Dantón, la fisonomía arrogante de Mirabeau, la frente iluminada de Castelar, la nariz revolucionaria de Voltaire, el atolondramiento estudiado de Bismarck, el aspecto severo de Salmerón, ni la voz de sirena de don Cristino Martos. Nada de eso tiene; pero vale tanto como ellos, mucho más que alguno de ellos. He dicho que parece un hombre vulgar, si lo contempláis sin prevención; pues bien, parece lo que no es. Su estética no dice nada. Cálase los lentes con cierto garbo, guiña que es una compasión, tuerce la boca y se abre la raya á un lado. Su gran mérito estriba, para mí y para todos los hijos del trabajo y las contrariedades, en que de la nada, de una escuela de provincia, se ha elevado por sus propios méritos á la altura de los más grandes hombres. Pobre y desconocido, todo lo que es, todo lo que vale, todo lo que significa, se lo debe á sí mismo».

No cabe semblanza más encomiástica, y justiciera á la vez, del eminente hombre público.

Académico de todas las academias, presidente de todas las juntas, y director de todas las sociedades,

donde está Cánovas, cualquiera que sea el lugar que se le destine, allí estará la cabecera. Este concepto de Conrado Solsona lo encontré, esa noche, de pasmosa exactitud.

Dos días después la gallardísima y discreta señora de Cánovas, hija de mi compatriota el señor de Osma, tuvo la amabilidad de invitarme, en su nombre y en el de su esposo, á comer en su casa, que es una morada regia, donde el lujo, el arte y el buen gusto campean.

Después de comer fuimos á fumar un cigarro en la biblioteca de nuestro espléndido anfitrión, que, también, dicho sea de paso, es, como Castelar, enemigo del tabaco, si bien ambos son muy tolerantes con los que pagamos tributo á este pequeño vicio.

Forman la librería personal del señor Cánovas tres vastos salones alumbrados con luz eléctrica, conteniendo más de veinte mil volúmenes, encuadernados con primor y en estantería elegantísima. Abundan en ella los libros raros, las ediciones primitivas, los incunables y los elzevires. Joya caligráfica es un pliego de papel marquilla en el que el pendolista, con letra microscópica, ha copiado íntegro el poema del Dante. De mí sé decir que experimenté verdadero asombro ante tanta riqueza bibliográfica, propiedad exclusiva de un hombre de gran talento y de ilustración vastísima. Cánovas no es el bibliótafo que coloca los libros en un nicho, poniendo sobre éste la lápida del olvido. Él ha hojeado, ó por lo menos ojeado, todos los volúmenes que posee, y no son pocos los que comprueban esta afirmación mía con apostillas marginales de letra del lector.

Hablando de obras raras en América, mencioné la *Ovandina*, cuya edición fué recogida y quemada por la Inquisición de Lima, librando de las llamas poquísimos ejemplares. Pues bien, el señor Cánovas no sólo poseía esa curiosidad bibliográfica, sino que había tenido tiempo y voluntad para leerla.

Al cuidado de la biblioteca de don Antonio está un joven tan inteligente como modesto, quien, día por día, le da, en juicio sintético, noticia sobre cada nuevo libro. Si la opinión sumaria despierta interés en Cánovas, ordena la adquisición y lee el libro, ó mejor dicho, lo devora con aquella práctica del bibliómano á quien bastan quince minutos para cien paginas en 4.°

Cuando Cánovas tiene que consagrarse á escribir algo de aliento, empieza por prevenir á su bibliotecario, que le separe los libros pertinentes que le conviene consultar. Hojea y toma notas en un par de días, y así preparado entinta la pluma, y con rapidez casi taquigráfica, con un carácter de letra de dificultosa descifración, vierte sus ideas sobre el papel. Le es indiferente trabajar en el día como en la noche; pero nunca consagra tres horas seguidas á la fatigosa labor cerebral.

Lo maravilloso para mí es la actividad, así física como intelectual, en un hombre de sesenta y seis inviernos, y cuya juventud es fama que fué un mucho borrascosa. Bastarían las complicadas y múltiples atenciones de la política para absorber todas las horas del jefe de una nación. Pero á Cánovas le sobra tiempo para todo. Se le ve en el paseo, en el teatro, en tertulias, en el Ateneo, en banquetes, da contínuas fiestas y recepciones en su casa, y, por fin, los

viernes, es en la Academia de la Historia el más puntual de los asistentes. Parece que el Director tuviera á puntillo ser él, y no otro, quien abra la sesión. Algunos jueves concurre también á la Academia Española, en la que ocupa desde 1867, el sillón que perteneciera al Duque de Rivas.

El señor Cánovas es todo lo que se llama un buen conversador, *causeur* que dicen los franceses. Pasa con rapidez de mariposa de un asunto á otro. Habla con suma corrección, y esforzándose por disimular el ligero *ceceo* andaluz de su palabra.

Como orador tuve la satisfacción de oirlo en los discursos con que inauguró el Congreso americanista, en la Rábida, y los Congresos geográfico, jurídico y literario, en Madrid. Su palabra es reposada y razonadora. No cautiva ni entusiasma por la forma artística y el lujo de imágenes como la de Castelar; ni es tan afluente y rápida como la de Moret, para quien no hay taquígrafo que lo alcance después de cinco minutos; ni tan culta, concisa y elegante como la de Canalejas; ni se impone como la de Salmerón; ni hiere la conciencia *con la frialdad del acero* como la de Pí y Margall; ni seduce con el poético desaliño de la de Echegaray.

Como orador político le oí en el Congreso de Diputados, en la sesión de Diciembre, que terminó con la caída del ministerio conservador y la elevación de Sagasta con los liberales. Cuando Silvela, la segunda personalidad de los conservadores, y cuya oratoria es la de la estocada que va recta al pecho, al tratar de la disciplina de los partidos, dijo: — «Si alguno dice ó piensa del jefe que ha tenido un momento de error, que tiene una debilidad en este ú otro sentido,

que ha tomado una dirección más ó menos equivocada en tal asunto, no olvidemos que el deber supremo que tenemos todos es el de *soportarlo;»* — cuando Silvela, repito, lanzó este dardo envenenado sobre su jefe, ví al señor Cánovas, como león herido, levantarse del banco azul, caer como un alud sobre su ex-correligionario, refutarlo con pasmosa elocuencia, y rechazar con olímpico desdén el apoyo misericordioso que se le brindaba. — «Yo no estoy aquí — fué una de las frases más arrogantes del orador — para que nadie se imponga sacrificios, y menos sacrificios públicos y á todos los vientos, simplemente por cumplir deberes de disciplina para con mi persona. Yo no estoy aquí, señores, para que me soporte nadie.» — La palabra de Cánovas, en esa sesión, fué una de esas notas valientes á la que responden siempre vibraciones simpáticas. Y es que, ante todo, el organismo de Cánovas es el del luchador que se retempla, y crece, y se *agiganta* en el combate. Por eso, en las tormentosas lides parlamentarias se encuentra Cánovas más en su terreno que en las pacíficas discusiones académicas, ó pronunciando ceremoniosos discursos como el de la Rábida.

No tuve oportunidad para volver á oír al señor Cánovas en el Congreso; pero ésta me bastó para convencerme de que, como orador político y parlamentario, es uno de los más notables, quizá el primero que posee España. En esa sesión conocí á don Cristino Martos, de quien, amigos y adversarios, me repetían encomios sobre sus portentosas cualidades oratorias. Aun se afirmaba que hablaría esa tarde. Quince días después falleció el señor Martos.

Contáronme de Cánovas — orador que, en ocasiones, sabía emplear con éxito la nota aguda, como cuando, contestando al diputado León del Castillo, dijo: — «Su señoría es un león en el ataque y un castillo en la defensa» — ó cuando dirigiéndose á un ministro, dijo: — «Su señoría trabaja bien en la oposición, pero cuando llega al poder se retira á la vida privada.»

No cabe mayor causticidad que la que respira esta frase con que pulverizó Cánovas á un periodista adocenado: — ¿Tan mal le ha ido á ese hombre de villano, que quiere ya meterse á caballero?

Para concluír esta *silueta*, ahí va una anecdotilla referida por Conrado Solsona:

Una aristocrática dama que no armonizaba con los conservadores, acusaba á Cánovas de nepotismo por haber conferido un ascenso á uno de sus deudos: — «Señora — contestó don Antonio — he hecho por mi pariente menos de lo que hizo Jesucristo por los suyos: á todos los hizo santos. Cuente usted por los dedos: San José, uno; Santa Ana, dos; San Joaquín, tres; Santa Isabel cuatro; San Juan, cinco; Santiago seis..y no sigo por no fatigarla con la cuenta.»

***

Para mí, Cánovas es (como su rival Sagasta) el más demócrata de los monarquistas. El hombre que tiene poder para improvisar de cualquier Juan de las Viñas un conde ó un marqués, no quiere ser ni será más que don Antonio, como todo hijo de Adán; y pudiendo lucir sobre su pecho casi todas las condecoraciones europeas, apenas si, en actos de ceremonia, ostenta la medalla de académico. En esto da una lección á muchos republicanos de América, que mendigan en Europa crucecitas y cintajas.

III

CASTELAR

Tres horas después de haber estado á visitarlo, y dejarle tarjeta, en su casa de la calle de Serrano, vino Castelar á verme. No necesitó decirme su nombre para que yo reconociese, en la persona que me honraba con su visita, al gran orador del siglo, al monarca de la palabra. Verdad que el retrato de don Emilio me era familiar.

Castelar, nacido en Cádiz en 1832, apenas representa cincuenta años. Su castidad, proverbial ya, pues nadie le ha conocido amorío alguno, acaso le ha valido la frescura física que ostenta; y lo que es verdaderamente pasmoso que su memoria inspire, como la de Menéndez Pelayo, universal envidia. Más casto que Castelar, ni san

Antonio; y luego, lo que una vez ha leído no hay probabilidad de que lo olvide.

En Castelar hay un algo que choca en los primeros momentos, y ese algo es su voz poco robusta, un tanto aflautada, casi femenina. Trabajo cuesta explicarse el fenómeno que realiza el orador cuya laringe, al pronunciar un discurso, es susceptible de dar á su palabra todas las inflexiones posibles, desde las más graves hasta las más hu mildes. Castelar, durante los primeros minutos, parece una medianía oratoria, á quien ni siquiera el acento favorece; pero oidlo cuando su garganta ha entrado ya en calor, y admiraréis en él al artista inspirado y grandilocuente; en una palabra, al príncipe de los oradores españoles como lo llamaba su adversario político don Cristino Martos, otro gigante en la oratoria. La elocuencia habita en Castelar como la perla en su concha, dicen hasta los adversarios de don Emilio. Hablando Martos de sus dos rivales, decía: — «Quiero á Cánovas como á hermano gemelo, y á Castelar como á hermano menor. El cariño que desciende es el más grande, pues á un t iempo ama y protege.» — Sin embargo, fué de don Cristino esta frase que tanta reso nancia tuvo en España y que, en América, repiten los que, admirando el talento de don Emilio, creen al hombre el *sulfato* de la vanidad — «El señor Castelar no se aviene con desempeñar en la vida real otro papel que no sea el primero. Si concurre á un bautizo, querría ser el infante: si va á un entierro, desearía ser el muerto; en un banquete, le gustaría ser el anfitrión: y en unas bodas, la novia.»

Confieso que aquella tarde, en que por primera vez estrechaba la mano del gran tribuno, vino á mi me-

moria la cáustica semblanza. Díme, pues, la enhorabuena al encontrar en el ilustre orador un caballero todo llaneza, y ajeno á ínfulas de superioridad.

***

Después lo traté más íntimamente en las sesiones de la Academia Española, á las que con puntualidad concurre, y en las que, desde la primera junta á que asistí, la casualidad me designó asiento inmediato al que ocupa Castelar desde 1880, á pesar de haber sido electo nueve años antes. Aunque combatiéndome en mis afirmaciones sobre intransigencia de la corporación para con los neologismos usados por los cincuenta millones de seres que, en la América latina, hablamos la lengua de Castilla, defendió con calor la admisión de los verbos *presupuestar*, *dictaminar* y muchas otras voces por mí propuestas. En la consulta que formulé sobre si debían ó nó coexistir en el léxico español los adjetivos *incásico* é *incáico*, Castelar opinaba muy juiciosamente, por las subsistencia del primero, no sólo por ser el de uso más generalizado en América, sino porque impuestas por España, desde los días de la conquista, en plural, las locuciones — *imperio de los Incas*, *pueblo de los Incas*, *ciudad de los Incas*, etc., etc., era lógico que, también excepcionalmente, no se formase el adjetivo del singular *inca*.

Yo quiero consignar aquí mi gratitud por el espíritu verdaderamente americano que animaba al señor Castelar al declararse patrocinador de nuestros neologismos, muchos de los cuales se han abierto paso en España, sin respeto al rigorismo de la intransigente mayoría académica.

Y sea dicho también en elogio de Castelar, que es el académico menos académico entre los que componen la docta corporación. Castelar es *refractario* á las tiranías, inclusive la del Diccionario. Siempre que le conviene crea una palabra. ¡ Qué le importa que no estén en el léxico las voces *antoctonía*, *voluptuosismo*, *republicanear*, *atávico*, *ineluctable*, *irredentor*, *añoranza*, *inania*, *teurga*, y tantas otras que en sus libros se encuentran ? A don Emilio le basta con que una palabra sirva para dar claridad á su pensamiento escrito, evitándole rodeos que casi siempre son ampulosos; y la crea y defiende como á hija suya, con amor de padre, y se pone en mal predicamento con sus colegas, los rigoristas rancios, que todo lo sacrifican ante el convencionalismo, no tanto de la sintaxis, cuanto de la voz misma, por anticuada que ella sea y por mucho que, en nuestro siglo, no responda ya á la idea ó á la cosa que le dió vida.

Leyes que nadie acata cesan de ser leyes. No saber transigir á tiempo es condenarse á perder prestigio y autoridad.

***

Faltábame conocer á Castelar en su vida doméstica, cuando una tarde encontré, en mi hotel, este billete escrito con la letra mal perfilada que caracteriza sus autógrafos.

« Querido Palma: Le hablé anoche de un almuer-
« zo en casa. Hélo fijado para el Domingo, á las 12
« y media de la mañana. Lo aguarda su amigo y
« compañero. — *Emilio Castelar.*»

Inútil es decir que fuí puntual á la cita; que almorzamos opíparamente; que don Emilio se trata á cuerpo de rey; que, como Cánovas, Balaguer, Pezuela, Valera, Núñez de Arce y Campoamor, es amabilísimo y obsequioso en su hogar; y que las dos horas que pasé en su compañía fueron, para mí y los demás comensales, bastante satisfactorias.

Entre los temas de que se habló en el almuerzo, fué el más importante el relativo á la última revolución de Chile. Castelar era partidario de la causa del Congreso, si bien desconocía muchos detalles de que yo lo informé, y que acaso lo hicieran modificar su juicio sobre la personalidad política de Balmaceda. — Si fuera usted sud-americano, señor don Emilio, estoy seguro de que bajaría en algunos quilates su amor por los parlamentos. En muchas de nuestras repúblicas, se ha mecido en los Congresos la cuna de esas revoluciones desastrosas que tanto nos desprestigian ante ustedes.

El almirante norte-americano Luce, que era otro de los comensales, opinaba como yo, agregando que la intranquilidad de las repúblicas latinas, más que de los Congresos, venía de la manera como éstos se forman. En unas repúblicas, dijo, la libertad electoral es una mentira, y es el gobierno quien en realidad elige á los representantes; y en otras es una oligarquía, es la clase rica del país, con exclusión de las demás, son los caciques ó señores feudales los dueños de las curules. — Castelar encontraba siempre hábiles argumentos para refutarnos, y hubo instante en que me pareció hasta creyente en la omnipotencia de los Congresos, á mí que no creo en otra omnipotencia que en la de Dios.

***

Castelar no tiene fondos en el Banco. Vive, y vive bien, de su pluma. Él y Pi Margall son los únicos ex-ministros que han renunciado á los mil quinientos duros de la cesantía.

Recuerdo que, estando yo en Madrid, se encomendó á un caballero el despacho de una cartera el día 27 de Noviembre, y que el ministerio cayó el 5 de Diciembre. Una semana, en la que su señoría no tuvo tiempo para revelar competencia ni incompetencia, bastó para asegurarle decente retiro. Me parece que la monarquía sale un poco carita para el pueblo contribuyente!

Castelar es republicano y demócrata con gustos sibaríticos, á juzgarlo por el lujoso mobiliario de su casa y por el *menú* de sus almuerzos. No lo critico, pues soy de los que creen que la democracia no está reñida con el *confort*.

En su dormitorio hay un gran cuadro en el que, al través del cristal, se leen autógrafos de Thiers, Víctor Hugo, César Cantú, Pío IX, León XIII, Bismarck, Gambetta, Garibaldi, Mazzini, Cavour y otras muchas eminencias políticas y literarias con quienes Castelar ha mantenido cambio de ideas.

En casi todos los cuartos se ve, sobre un mueble, papel, pluma y tintero. Don Emilio despacha su correspondencia y hace apuntamientos á medida que le ocurren, y en la habitación donde se encuentra.

Su escritorio, sobre el que se ve el tintero de plata legado de su agradecido amigo el poeta Zorrilla, y su biblioteca, están en el piso superior. Trabaja de nueve á doce de la mañana, y de dos á cuatro ó cinco de la tarde. Escribe como habla. En sus originales, so-

bre todo cuando son pára el periódico, rarísima vez hace una corrección. Quizá en el libro sea más escrupuloso.

En los tres ó cuatro mil volúmenes que forman su biblioteca apenas habrá la octava parte empastados, y esos, seguramente, son obsequio de los autores. Él no da á ganar dinero á los encuadernadores. Tiene capricho por los tomos á la rústica, como si no quisiera que, después de él, otro gozara con lo que él ha gozado. Libro á la rústica, á poco que se maneje, van sus hojas al capricho del viento ó de la escoba.

Después de las cinco de la tarde, se entrega don Emilio por completo á la vida social. Pasea, visita, rara vez come en su casa, va á los teatros, á la Academia, al Ateneo. Se le encuentra por las calles, pocas veces en coche, muchas á pie, sólo ó con un amigo, cambiando saludo con pobres y ricos.

Los domingos oye misa en las Calatravas (á las dos de la tarde) y después se *encanalla*, como dijo un periodista aristócrata. Castelar visita, en esa tarde, hasta las cinco, á los artesanos y jornaleros, sus correligionarios en la República, en esa República por cuyo advenimiento inmediato ya no trabaja, pero en cuyo triunfo dice que confía, cuando ya no existan ni él, ni Pi y Margall, ni Salmerón, ni Ruiz Zorrilla. Hoy por hoy, el credo de Castelar, y así se lo oí decir en otro de los espansivos almuerzos á que me invitara, es transigir con el presente como medio de afianzar la República, cuando ella rompa la losa tumularia bajo la cual se agita con epilépticas convulsiones. El momento psicológico del *surge et ambula* cree don Emilio que no es llegado aún; pero que él vendrá á medida que, bajo la monarquía cons-

titucional, gane terreno el liberalismo. Castelar se ha declarado obrero del mañana, labrador que siembra y cultiva la semilla para que otros vean la florescencia de la planta y saboreen el fruto.

Sin embargo, en el acento de Castelar, cuando habla de los republicanos, hay un no sé qué como nota de despecho ó desencanto, á la que hace contraste la benevolencia con que se expresa al hablar de los realistas liberales. En este terreno me pareció don Emilio un amante á quien ya cautivan poco los hechizos de la dama de su pensamiento, y que está en camino de enamorarse de otra dulcinea.

Yo admiro y aplaudo, en Castelar, al orador, al literato, al amigo caballeresco; pero no acato en él al hombre de doctrina. En política lo encuentro siempre acomodaticio y sin la firmeza del peñón de Gibraltar. Y que su liberalismo es liberalismo de embudo lo comprobó cuando, llevado por el oleaje revolucionario á la eminencia del poder, declaró, tratándose de la libertad de Cuba, que ante su españolismo intransigente enmudecían sus convicciones democráticas y liberales. Liberalismo de *distingos* es liberalismo hechizo y de mala ley.

Síntesis—Don Emilio Castelar vale mucho y es un gran conquistador de simpatías en todo terreno, menos en el de la política.

Castelar, político, es, como dijera un compatriota mío, *una ilustre calamidad.*

***

Comprobando que Castelar es desprendido y hasta poco ordenado en su vida íntima, dice uno de sus biógrafos—«Emilio tiene un amigo, banquero ó edi-

«tor, que le guarda lo que él gana con la pluma. Le «pide dinero cuando le dicen que hace falta, y ya no «sabe más, ni se echa á comprobar cuentas, ni á ave- «riguar de qué paño es ni cuanto ha costado la levi- «ta que lleva. No usa bastón porque lo pierde, ni «guantes que, sin romperlos, le duren veinticuatro «horas».

Castelar, ha muchos años que fué electo para ocupar un sillón en la Academia de la Historia; pero, probablemente espera, para tomar posesión, á que trascurran tantos como los que dejó pasar para incorporarse en la Española.

***

Mi querido amigo el ingenioso colorista Rubén Darío, en un espiritual artículo que, sobre Castelar, publicó en Madrid, lo hace aparecer en Roma, en los albores del siglo XX, cautivando al mundo como orador sagrado, tanto como lo entusiasmara desde la cátedra universitaria ó con el fuego de su palabra tribunicia.

Para mí anda equivocado Conrado Solsona, cuando dice: «Castelar cree en Dios, pero sólo en Dios. «Cree en las siete palabras del Calvario, pero no cree «en los rayos del Sinaí. Cree en el Dios Padre, pero «no en el Dios Juez. Cree en la infinita misericordia, «y lo que sabe de Dios es que existe y que todo se lo «perdonará.. y no quiere saber otra cosa».

No es cierto. Desde que perdió su entusiasmo por la lucha política, desde que ha cesado de ser el abanderado y el vocero de un partido, hay en la pluma de Castelar pronunciada tendencia al misticismo. El púlpito reclama las últimas llamaradas de su genio

oratorio. Hoy Castelar cree en Roma: sólo no cree en los jesuitas, que continúan para él siendo lo que estampó en su libro la *Revolución religiosa* — «árbol de muerte que tiende ponzoñosa sombra en la conciencia humana.»

Creo que dice bien Rubén Darío, y me asocio á su poético augurio.

Castelar predicará en San Pedro.

Castelar morirá fraile.

IV

EL CONDE DE CHESTE

Al siguiente día de mi llegada á Madrid fuí á visitar á mi compatriota el limeño don Juan de la Pezuela, en su elegante, á la vez que severo, domicilio de la calle de Pizarro. El conserje me informó que su señoría estaba aún veraneando en Segovia, donde es dueño de valiosas posesiones. Dejé tarjeta y retiréme, olvidando preguntar si se esperaba próximamente su regreso.

JUAN DE LA PEZUELA

Cuando, en la última quincena de Octubre, llegué de Andalucía, fuí invitado á una de las veladas de la *Unión ibero-americana* en la que, después del obligado discurso inaugural por el presidente de la sociedad, leyó Manuel del Palacio unos intencionados *chispazos*, y Concha Jimeno de Flaquer un erudito trabajo histórico sobre doña Mari-

na, la predilecta del conquistador Hernán Cortés. Púsose luego de pié un caballero que vestía el lujoso uniforme de Capitán General, sobre el que relucía la medalla de académico de la Española.

Yo había llegado á la Ibero-americana cuando la sesión principiaba, y casi todos los asientos estaban ocupados por señoras y socios. Protasio Solís, mí amigo y secretario de la asociación, logró sitio para mí al lado de Antonio Flores, ministro del Ecuador, á quien acompañaban sus amables hijas Elvira y Leonor.

Una salva de aplausos acogió al nuevo lector, y mientras ella resonaba pregunté á Zorrilla de San Martín, que era otro de mis vecinos:

—¿Quién es este caballero?

—¡Hombre!—me contestó el cantor de *Tabaré*—¿no le dice el corazón que es un paisano suyo?

Era, pues, el Conde de Cheste ese gallardo viejo, que inviste la más alta jerarquía á que se puede aspirar en la milicia de España, que sólo reconoce cinco Capitanes Generales, como quien dice cinco Mariscales de Francia.

En los hombres de alta estatura hay, como en los árboles, tendencia á encorvarse bajo el peso de los años. Don Juan de la Pezuela es una feliz excepción, pues se mantiene erguido como en los días de la juventud, y con el mismo vigor que cuando secundaba al malogrado conde de Belascoaín en su tan heroica como infortunada revolución.

El Conde de Cheste sabe leer versos, si bien sus dotes poéticas no son de las más culminantes. En la composición que leyó esa noche tributó cariñoso re-

cuerdo á Lima, su ciudad natal, recuerdo que terminaba con este delicadísimo pareado:

.....No es digno de la vida
quien la memoria de la patria olvida.

Cuando concluyó el poeta no fué aplauso sino ovación la que, españoles y americanos congregados en los elegantes salones, le tributaron.

Después de la velada, cuando los concurrentes se esparcían, unos en pos de los dulces y refrescos, y otros departían en animados grupos, me acerqué al Conde, que conversaba en ese momento con una señora amiga mía.

—Permita usted, señor Conde — le dije — que un paisano suyo lo felicite y presente sus respetos.

—¿Es usted Ricardo Palma?

—Sí, señor General.

El noble anciano me estrechó entonces entre sus brazos, y durante media hora formamos lo que se llama *rancho aparte*. Nuestra conversación fué sobre el Perú, sobre Lima, trasparentándose en las frases de Pezuela filial cariño para con esta tierra de la que se alejó á los ocho años de edad, y en la que es casi desconocido.

***

Desde esa noche frecuenté amistosa charla con el compatriota. Entre los académicos de la Española, Pezuela es hoy el más antiguo, pues su elección data desde 1845, y ejerce desde 1875 el honorífico cargo de Director. En las juntas semanales de la Academia, á las que jamás deja de concurrir los jueves, con militar regularidad, á las ocho en punto de la noche, ni de levantar la sesión con la primera cam-

panada de las diez, casi siempre armonizó conmigo al tratarse de neologismos generalizados en América.

En una de las conversaciones que con él tuve, quise oir de su boca el relato de la famosa revolución que terminó con el fusilamiento del bravo don Diego de León; pues lo que de ella refiere en sus *Memorias* el general Córdova, natural de Buenos Aires, me pareció siempre muy sumario. Pezuela fué uno de los tres principales jefes en la insurrección contra la autocracia de Espartero, y me refirió los sucesos con vivo colorido y abundancia de pormenores. Tela para un romance entretenido dan, no sólo los sucesos históricos de esa revolución, sino las peripecias personales del, por entonces, brigadier de caballería que, herido y abandonado en un monte, logra asilarse en el extranjero.

Pezuela es un narrador de correcta palabra, y cuando se entusiasma hace sentir á quien lo escucha. Su acento es, por completo, americano: el limeño habla cuando él habla. Además es un artista en lo de redondear bien una frase.

***

En otra ocasión le pedí que satisficiera mi curiosidad contándome el por qué de su desafío con Espronceda y, pues tal relato entra en la índole literaria de este librejo, no pecaré de indiscreto al consignarlo á vuela-pluma.

En 1832 publicábase en Madrid el «Guirigay», periódico de cáustica oposición al Ministerio y, por consiguiente, de mucha popularidad. González Bravo era su redactor principal, y bajo el seudónimo

Ibrahim Clarete, daba á luz artículos que siempre levantaban polvareda. Un ataque al director del «Correo Nacional», obligó á éste á desafiar á González Bravo, quien nombró por padrino á Espronceda para que se entendiese con el brigadier Pezuela, que era el representante del agraviado.

Ya sobre el terreno los combatientes, Pezuela presentó las mismas pistolas que en 1836 sirvieron para el desafío entre el ministro Mendizábal y el diputado Istúriz, pistolas que Espronceda rechazó. Se convino entonces en que la suerte decidiera las armas que habían de emplearse y el aplazar el duelo para la mañana del día siguiente, pues ya el crepúsculo de la tarde empezaba á confundirse con las sombras de la noche. González Bravo había llegado con media hora de atraso, porque en esa época andaba á salto de mata y de escondite en escondite, habiéndole costado mucha fatiga el despistar aquella tarde á la policía.

Al regresar á la casa que le servía de asilo, supo que ésta acababa de ser registrada, que la persecución contra él arreciaba y que, para librar la existencia, no le quedaba otro camino que el de escapar de Madrid y refugiarse en Lisboa, decisión que llevó á cabo sin pérdida de minuto.

Algunas horas después, charlábase en un círculo de amigos sobre la fuga del periodista, y Espronceda lanzó una frase que hirió la *susceptibilidad* de Pezuela. Causa fué ella de que, al despuntar la mañana, en vez del duelo entre los redactores del «Guirigay» y del «Correo», se batiesen, á sable, Espronceda y Pezuela, resultando el cantor del *Diablo Mundo* con una cuchillada en el cráneo. Lo original del de-

safío es que en él no hubo más que un padrino ó testigo, siendo éste el poeta don Antonio Ros de Olano, nacido como Pezuela en América (Venezuela), y que murió en 1890 invistiendo la alta clase de Teniente General, en el ejército español. El prólogo del *Diablo Mundo* está firmado por Ros de Olano, cuyo nombre vivirá en la milicia española y en la americana, mientras el soldado use la prenda de equipo llamada el *ros*.

***

El 28 de Diciembre de 1892 invitó el de Cheste, en su carácter de Director de la Academia Española, á los académicos de número y á los correspondientes americanos que nos encontrábamos en Madrid: — Riva Palacio (mexicano), Peralta (costa-ricense), Zorrilla de San Martín (uruguayo), Flores (ecuatoriano), Quesada (argentino), Sosa (mexicano) y el peruano que estas páginas escribe. Ese banquete anual es de rito ú obligatorio para el Director.

El banquete fué de lo más espléndido y cordial, y el Conde hizo los honores de su casa con exquisita distinción. En la expansión propia de toda comida bien sazonada y mejor humedecida con superiores vinos, alguno de los comensales dijo afectuosamente al decano de la corporación que lo encontraba muy remozado.—Eso consiste, amigo mío, contestó don Juan,—en que yo he sabido compartir bien y por igual la carga de los años: cuarenta y uno de la cintura para arriba, y cuarenta y uno de la cintura para abajo.

Y en verdad que nunca he encontrado ochenta y dos años más arrogantemente llevados. Don Juan de la Pezuela nació en Lima el 10 de Mayo de 1810; y en 1818 su padre, virrey del Perú, lo envió á Ma-

drid como alumno del Colegio de San Mateo, que dirigían Lista y Hermosilla. En 1830 entró al servicio en la clase de capitán, privilegio de que disfrutaban los hijos de virreyes. Como no me propongo historiar la carrera del soldado, básteme apuntar que, ocho años depués, mereció el ascenso á brigadier y el título de Conde, por la victoria que, en el pueblo de Cheste, alcanzara contra una gruesa división carlista.

***

El Conde de Cheste abriga por el Perú un amor que tiene no poco de romántico. Recuerda á Lima como un lejano sueño color de rosa. Se resiste á creer que no es ya la ciudad de moriscas celosías, de orientales pebetes y de misteriosas tapadas.

Nada de lo que se refiera á nuestra tierra le es indiferente, y reclama siempre su parte de peruano en nuestras alegrías y en nuestros infortunios nacionales.

Ningún literato peruano, joven ó viejo, que algún mérito revista, le es desconocido, y es inagotable el raudal de benevolencia que para juzgarlos trae en el alma. Prueba al canto.

Acababa yo de hacer la edición, que me fué encomendada por su autora, del libro *Lucecitas*, para el que mi hija Angélica solicitó un prólogo de mi buena amiga Emilia Pardo Bazán. La ilustre literata gallega, aunque aplaudiendo mucho las buenas dotes de la modesta escritora peruana, la calificó de *pacata* en el terreno de las ideas prácticas. Yo me alistaba para una escursión de pocos días por el Escorial y Toledo, circunstancia que me impidió entregar personalmente al de Cheste un ejemplar de *Lu-*

cecitas. A mi regreso encontré una carta, especie de galante anticipo á la defensa que más tarde hiciera, en la prensa de Lima, la compatriota tildada de tímida y atrasada por una eminencia de universal renombre. Dice así la carta:

Mi estimado amigo y paisano:

Ando intercadente y estoy para poco; pero tengo una deuda para con usted y para con la distinguida escritora señora de Fanning, que, por conducto de usted, ha tenido la bondad de enviarme su interesante libro *Lucecitas.* No quiero, pues, que pase de hoy el pagar á aquella, rogando á usted la ofrezca mis respetos y los sentimientos de adhesión que me ha producido la lectura de esas páginas inpregnadas de patriotismo, religiosidad y ternura conmovedora. Así que la saludo, la felicito y concuerdo con la condesa de Pardo Bazán en el aprecio de *muy lindos é interesantes* que hace de sus cuentos y novelas, aunque no en encontrar ella, escritora del Mundo Viejo, *pacata en demasía* á la del Mundo Nuevo. Yo, por el contrario, hallo las ideas que expone en el capítulo *Las Literatas*, las más moderadas, discretas y morales en los que, como yo, no podemos estimar como adelanto de la civilización los vuelos filosóficos modernos que se apartan de los fundamentales principios del catolicismo, á los que tan adherida se muestra en cuanto escribe nuestra ilustrada compatriota.

El destino más natural y más noble de la mujer es ser madre, y la madre cristiana sin perder, antes ganando, puede ser literata y sabia.

Su afectísimo amigo y paisano Q. S. M. B.—*Juan de la Pezuela.*

***

En literatura, el Conde de Cheste es hoy el único escritor que permanece fiel á la escuela romántica. Tiene la lealtad del soldado á su bandera; y no hay forma de convencerlo de que el romanticismo murió ya, y lo enterraron. Ni soldado tránsfuga, ni literato tránsfuga, se ha dicho probablemente mi queridísimo compatriota, olvidando que el pabellón de las letras es uno, cualesquiera que sean los matices.

Con don Juan de la Pezuela morirá, en España, el último representante del romanticismo.

V

MENÉNDEZ Y PELAYO

De pie, en actitud reverente y sombrero en mano, debe hablarse del hombre que encarna en sí la doble realeza ó magnificencia del saber y del talento.

Cuando llegué á Madrid se hallaba don Marcelino Menéndez y Pelayo, el cerebro más enciclopédico de la España contemporánea, veraneando en Santander. Los tres ó cuatro meses del año que pasa en su tierra natal, son para él los días felices de su existencia. Allí tiene su casa y su biblioteca, á la que, según afirman los que la han visitado, sólo la de Cánovas puede aspirar á entablarla competencia. Santander es el tónico que el poderoso cerebro de don Marcelino necesita para trabajar, durante los ocho meses que está obligado á residir en la capital del reino.

Que nuestro amigo, en Madrid, no se tiene por un vecino sino por un huésped, lo prueba el que habita en una modesta fonda de la calle del Arenal.

Difícilmente se encontrará literato más laborioso que Menéndez y Pelayo. Escribe cada año, por lo menos, un libro; redacta extensos informes sobre asuntos que le son encomendados por las cuatro Academias á que pertenece; da lecciones en la Universidad; concurre á las sesiones del Senado; va al teatro, á tertulias, á paseo; á todo atiende y para todo tiene tiempo, hasta para leer cuanto, de nuevo é interesante, se publica en Europa y América. El hombre es de una actividad que parece inverosímil.

Físicamente no luce una organización robusta y á prueba de fatigas; pero, bajo apariencias delicadas, su organismo es tan privilegiado como su inteligencia. De mediana estatura, delgado, pálido, en sus ojos, que son hermosos, y en la serenidad de su mirada se refleja su gran espíritu. Cuando yo lo conocí, acababa de cumplir treinta y seis años, representando edad inferior á la que le asigna su fe de bautismo. Nació en Santander en 1856.

Una cualidad que embelesa en Menéndez y Pelayo es su modestia, no diré si real ó simulada. Desde el primer momento en que conversáis con él os trata con llaneza, os inspira confianza, discute tranquilamente y sin dogmatizar, y dista mucho de acalorarse, como Tamayo y Baus, cuando se le contradice. No pertenece don Marcelino á la secta de los infalibles, y sabe ser tolerante con los hombres y con sus doctrinas y opiniones, por absurdas que ellas sean. Él no habría condenado á Galileo.

Menéndez y Pelayo ocupa en la Academia Española el sillón que perteneció á Hartzenbusch. No pudo este insigne literato tener sucesor más meritorio.

No creo á Menéndez y Pelayo poseedor de grandes cualidades oratorias. Más que hombre de fantasía es hombre de criterio claro y sereno, y sobre todo de muy singular y admirable percepción estética.

Una tarde de invierno encontré á don Marcelino, embozado en su capa, paseando de la Puerta del Sol á la plaza de la Cibeles. Llevaba yo la misma dirección, y no recuerdo á propósito de qué nombré á Fernando Velarde, comprovinciano de Menéndez y Pelayo, el poeta que, en varias de las repúblicas americanas, dejó tan luminosa huella de su paso. ¡Qué galano y qué justiciero juicio el que brotó de los labios de mi compañero de paseo! — En los versos de Velarde, me dijo, hay todas las caprichosas y deslumbradoras fosforescencias del genio, y todas las extravagancias del que carece de ideal fijo en el arte. — ¿Por qué no escribe usted un estudio sobre las poesías de Velarde y sobre su brusco tránsito de creyente á racionalista? le pregunté. — Algo, me contestó, tengo pensado escribir, no precisamente sobre sólo Velarde, sino sobre los poetas de Cantabria entre los que, sin duda, es él uno de los más notables. Tan luego como tenga un poco de tiempo, sin labor premiosa, escribiré ese libro. — No lo olvide usted, don Marcelino, y esté seguro de que, en muchas repúblicas de América, leeremos su libro con deleite.

En los dos años trascurridos después de esta plática, ha dado á luz Menéndez y Pelayo los cuatro volúmenes de su *Antología* de poetas americanos, en

la que, incidentalmente y muy á la ligera, encomia á Velarde. Yo sé que don Marcelino es cumplidor, y tengo por eso fe en que no pasará mucho tiempo sin que nos sorprenda con la publicación del libro que, hasta ahora, tiene en proyecto.

Como rebuscador de archivos son también portentosas las facultades del escritor santanderino, á quien dotó el cielo de una memoria que maravilla y que no hay hombre de letras que no envidie.

En política, es don Marcelino monarquista obstinado. Antes que republicano será carlista. Esa su intransigencia para con la república, unida á la exajeración de su españolismo fué la que, en uno de sus libros, lo impulsó á estampar frases hirientes contra los pueblos que se independizaron de España, cambiando el dictado de súbditos por el de ciudadanos.

Entretanto, los americanos amamos á Menéndez y Pelayo, porque con su portentosa inteligencia se ha impuesto á nuestro amor, y en su antiamericanismo no queremos ver más que una genialidad sin importancia grave.

Y tributado el homenaje de mi respetuosa admiración por el talento y persona de don Marcelino Menéndez y Pelayo, me inclino ceremoniosamente, vuelvo á cubrir mi cabeza con el sombrero, y prosigo mi peregrinación por el valle, no muy florido, de la existencia.

VI

CAMPOAMOR

Quien pasando por la Carrera de San Jerónimo, en las últimas horas de una tarde de invierno, entre en la librería de Fernando Fé, no podrá menos de fijarse en un anciano de ojos azules y cabello cano, cara ancha y regocijada encerrada entre patillas blancas, gordura de canónigo, que viste gabán de pieles, y á quien rodean, respetándolo y mimándolo acaso más que á un monarca los cortesanos, muchos de los literatos que hoy dan honra á las letras españolas. Ese tan venerable como simpático y querido anciano es don Ramón de Campoamor, nacido en Navia (Asturias) á fines de 1817.

Entre los más asiduos de los que forman la tertulia vespertina del creador de las *Doloras*, se ve á

Manuel del Palacio, el poeta de las chispeantes agudezas; á Eugenio Sellés, el aplaudido autor del *Nudo Gordiano*, cuya candidatura para la vacante de Zorrilla en la Academia patrocinaron, con calor á que no correspondió el éxito, Nuñez de Arce, Castro Serrano, Tamayo y Campoamor; á José Alcalá Galiano, el escritor que, en los versos de su libro *Kaleidoscopio* y en sus artículos en prosa, sobre todo, luce por la especialidad de la forma humorística, y de quien Valera aspira á hacer un académico; á Ricardo de la Vega, el tan justamente popular sainetero; á Peña y Goñi, Vicente Colorado, Navarrete, Pina Domínguez, Joaquín Dicenta, los Sepúlveda, el conde de las Navas y diez ó doce escritores más. Nuñez de Arce no desdeña ir, de vez en cuando, á solazarse en la librería de Fé, oyendo contar chascarrillos á don Ramón, que es el regocijo hecho hombre. Por Campoamor parece que no pasan penas.

La librería de Murillo, en la calle de Alcalá, es también, después de las cinco de la tarde, otro centro de gente de letras. Menéndez y Pelayo, Barbieri, Catalina, Zaragoza, Colmeiro, el padre Fita, Jiménez de la Espada, Fernández Duro y otros académicos de la Historia departen allí reposadamente, sin la animación y hasta el bullicio de los tertulios de la Carrera de San Jerónimo. No es raro encontrar en ese círculo de gente grave á Cánovas, á Silvela, á Pidal y al marqués de la Vega de Armijo.

Campoamor (dice uno de sus biógrafos) hizo sus primeros estudios en un colegio de jesuitas; pero se disgustó de ellos porque en un examen, en el que el alumno soñaba lucir por sus adelantos en latín y

griego, los examinadores se ocuparon en elogiar su robustez, su perspicacia de vista y su agudeza de oído. Refiriéndose á este examen decía don Ramón. — Los jesuitas buscaban ante todo el hombre. Después, si les convenía, harían el sabio, el soldado, el predicador ó el comediante.

Tratándose de la existencia de Dios, asegura Campoamor que él no cansa su cerebro buscando razones ni argumentos; que él cree en Dios, *porque sí.* Eso de discutir á Dios se hizo para los holgazanes que no tienen en qué ocuparse.

Estudió dos años medicina y la dejó, porque no acertaba á explicarse la teoría del estornudo. Se dedicó otros dos años á la jurisprudencia, y las Pandectas lo hicieron bostezar y aburrirse.

No aviniéndose á ser teólogo, médico ni abogado, fué poeta y gran poeta.

Hablando del gran lírico asturiano decía don Juan Valera: — Campoamor, á pesar de todos los discreteos y sutilezas con que adorna sus versos de amor, se revela siempre materialista; es un furibundo pagano, y se podría poner en duda su salvación si no se arrepintiese, de vez en cuando, de sus extravíos y pidiese á Dios, humildemente, perdón de ellos; mas, por una singular anomalía, cuando hace por ganar la gloria del cielo con estos actos de contrición, es cuando menos gloria poética adquiere.

Y otro crítico (Clarín) no menos aventajado que Valera, ha escrito: — Campoamor, nuestro mejor poeta lírico, baja á los abismos de la sociedad á conversar como Cristo, con los publicanos, con los presidiarios, y con las rameras; y esto sin mengua de

los santos fueros de la verdad y sin mengua de las inmaculadas alas de la poesía.

Ninguno de estos dos juicios me satisface por completo. Yo creo, con León Quesnel, que Campoamor es un escéptico, no á la manera de Voltaire ó de Musset, sino con un escepticismo lleno de dulzuras. No es el suyo el escepticismo de un espíritu en constante rebelión, escepticismo que se manifiesta con carcajadas sarcásticas, espasmos de cólera, maldiciones y apóstrofes revolucionarios.

Campoamor posee una fortuna que le permite vivir con holgura y sin preocuparse del mañana. Le es del todo indiferente el que se celebren ó nó tratados, sobre propiedad literaria, entre España y las repúblicas americanas; pues él no se cuida de reclamar de los editores de sus obras derechos de autor. Sus amigos pueden reimprimir cuanto él ha escrito, sin que se enoje porque hayan olvidado solicitar su aquiescencia. Colabora en la *España moderna*, con sus *Humoradas*, nada más que por cariño á Pepe Lázaro. En una palabra, es el único escritor de fama á quien su pluma no produce dinero.

Hoy don Ramón tributa culto á la pereza. Ya no lee ni estudia. Dice que á Menéndez y Pelayo le tiene encomendado que lea y estudie por los dos. Lo que en España ignore Marcelino, añade, de seguro que no hay español que lo sepa. ¿A qué fatigarme? Cuando me hace falta aprender algo se lo pregunto al sabio por excelencia, y trabajo hecho. — Por Menéndez y Pelayo tiene Campoamor adoración.

Y ese conversador, tan plácido y variado en la tertulia de la Carrera de San Jerónimo, es otro hombre en las sesiones de la Academia Española. No abre la

boca sino para decir *sí* ó *nó*, cuando en una votación es interrogado. Parece que hubiera hecho voto de silencio. Si por enfermedad del conde de Cheste ó de don Aureliano Fernández Guerra, á quien sigue en antigüedad, pues cuenta más de treinta años de asiduo concurrente á la casa de la calle de Valverde, se ve obligado á presidir una junta, es Tamayo y Baus, el secretario perpetuo de la Corporación, quien, por lo bajo, le indica las prácticas reglamentarias á que ha de ceñirse.

Campoamor es de los pocos hombres que viven contentos con ser lo que son y que nada ambicionan. Recuerdo que cuando rehusó el título de Castilla, con grandeza de España, con que el gobierno creyó honrar al poeta, dijo, justicieramente, un diario de Madrid: — «Nos explicamos que para honrar á un grande se le dieran los títulos de Campoamor; pero darle á Campoamor el título de grande sería un verdadero colmo. Campoamor está por encima de todo lo grande, y todo se puede engrandecer menos su gloria.»

Ruiz Zorrilla, el perseverante batallador republicano, al hacer su testamento, fué preguntado por el notario: ¿qué profesión le pongo? ¿abogado ó rentista? — ninguna de las dos, contestó el moribundo: ponga usted *revolucionario.*

En el testamento de Campoamor se leerá: profesión, *poeta.* Él estima tal nombre en más, acaso, que su cargo oficial de senador vitalicio.

No ha faltado quien pretendiera crear algo así como antagonismo entre Núñez de Arce y Campoamor, como si eso, llámese rivalidad ó antagonismo, fuera posible entre dos astros que brillan con luz propia y

que giran en órbita distinta. Don Ramón encontró, recientemente, la oportunidad de aplastar á los que lo consideraban capaz de mezquindad envidiosa, escribiendo este precioso autógrafo en el álbum con que los literatos españoles agasajaron, en el día de su último cumpleaños, al poeta del *Vértigo* y de *Raimundo Lullio:*

Tanto aumenta la gloria su estatura
que, á ese genio gigante,
le llamarán el grande, allá en la altura,
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

VII

NÚÑEZ DE ARCE

Valladolid, en Castilla, es la patria de los dos líricos españoles cuyos versos han alcanzado mayor resonancia en nuestro siglo — Zorrilla y Núñez de Arce. — Nació el primero en 1817, y el segundo en 1834.

NUÑEZ DE ARCE

Don Gaspar y yo éramos antiguos camaradas; habíamos cambiado muchas cartas. Me preparaba á buscarlo cuando, al tercer día de mi llegada á Madrid, recibí su visita. Simpática, muy simpática fisonomía la del poeta. Pequeño y débil de cuerpo; barba recortada que empieza ya á blanquear, ojos vivaces, llenos de expresión, y voz en la que se adivina temperamento extremadamente nervioso, tal es don Gaspar Núñez de Arce, el tan justamente admirado cantor de *Raimundo Lullio*, de la *Lamentación de Byron* y de los *Gritos*

del combate; el autor del delicadísimo *Idilio* tan recitado en América por virginales y frescos labios de rosa. Al verlo por primera vez, encontré de indisputable exactitud estos conceptos de Revilla: —«El espíritu de Núñez de Arce habita, como el de Napoleón, en pequeño y endeble cuerpo, pues sin duda la naturaleza gastó tanta cantidad de fuerza en producir el organismo psíquico que no le quedó la suficiente para lo demás.»

Una espiritual limeña, de diecisiete primaveras, me escribió á Madrid pidiéndome que la enviase un ejemplar del *Idilio* con autógrafo del poeta. ¡Caprichito femenil! Leí á don Gaspar la esquela de su lejana admiradora, y tuvo la amabilidad de darme el librito con sencilla y cortés dedicatoria á la solicitante. Apunto este pequeño incidente para comprobar el entusiasmo que al bello sexo americano ha alcanzado á inspirar nuestro egregio amigo.

Núñez de Arce no es orador ni pretende serlo; porque sabe que, aunque su palabra es fácil y correcta, la irritabilidad de sus nervios lo colocaría en terreno desventajoso para la réplica. Aunque ha sido diputado, y senador, y ministro, es demasiado gran poeta para vivir en la política militante. Hoy *politiquea* entre los sagastinos; pero sólo como aficionado; que dejaría de ser español si renunciara por completo á la olla podrida de la política.

Don Gaspar, en literatura y en política, es un poquito intransigente con las ideas opuestas á las suyas, y eso que es liberal. Cuando oye una alusión desfavorable, por insignificante y embozada que sea, contra la Academia Española, que, en verdad, no es corporación impecable, su intolerancia desaparece

para convertirse en fanatismo de sectario. El poeta tiene la sangre caliente.

Núñez de Arce tuvo por predecesores, en el sillón académico que hoy ocupa, al filósofo Balmes y al poeta don José Joaquín de Mora.

Hay en España un escritor de brillantísimas dotes, de frase humorística á la vez que sentida, el cual, en las sesiones del Congreso Literario, no desperdiciaba oportunidad para zarandear, más que á la Academia, á media docena de académicos que él estima como entrados por la ventana en la casa de la calle de Valverde. Ese literato y tribuno con aspecto de cabecilla carlista, pero con ideas y hechos de exaltado radical, es Pepe Zahonero. Apenas lanzaba un dardo, cuando sobreexitado don Gaspar se aprestaba á romper lanzas. Trabajillo le costaba á Zahonero tranquilizarlo, prodigándole frases justicieras á la vez que cariñosas. Véanse algunas muestras.

Pidiendo la palabra el capitán de la bohemia madrileña, el señor Echegaray, que presidía la sesión, le previno que sólo podría hablar durante veinte minutos, según artículo reglamentario. «Siento, señores, (dijo Zahonero), que la grande y elevada figura del señor Echegaray tenga en estos momentos, más que la campanilla presidencial, una campanilla tan apremiante como la del jefe de estación, y que, señalando breve tiempo para nuestros discursos, diga cosa parecida á esta: — viajeros al tren, que el tren va á marchar! Se apoya su señoría en el reglamento; sí, un reglamento autocrática obra del ilustre don Gaspar Núñez de Arce, hombre dulce, eminentísimo poeta, y que, por lo tanto, no puede salir muy airoso con un papel de tirano. (Aquí hizo don Gaspar

un movimiento como para interrumpir al orador, y éste, dirigiéndose á él continuó): Ilustre señor Núñez de Arce, á quien yo llamo el único viviente representante de la lira épica en España, el poeta de más profundo concepto y más grande fantasía, sepa vuestra poética majestad que, para ocuparnos del tema en discusión, son mezquinos los veinte minutos que marca ese reglamento que, obra de la misma pluma que escribió *La Visión de fray Martín*, es hermano bastardo de ésta.»

Y el poeta sonrió, y sus nervios se calmaron. Es Zahonero diestro en administrar valeriana.

En otra sesión dijo Zahonero que, si por voto de los hombres de letras se hiciera la elección de académicos, no estarían en la Academia muchos de los que están. (El señor Núñez de Arce murmura). Tranquilícese su señoría, que con su señoría no va nada. No le habrían de faltar votos, pues además del de los hombres tendría el de las mujeres.

¿Cómo conservar arrugado el entrecejo después de escuchar tal piropo? El académico se humanizó.

Hablando siempre contra la Academia, que parece ser la gran pesadilla de Zahonero, decía éste: — «Los académicos afamados han valido mucho antes de serlo; pero después..... (¡Eso es sangriento! ... .interrumpió don Gaspar) ¿Sangriento, señor Núñez de Arce? — continuó el orador. — Cuando más será la sangre que produce en la epidermis la picadura de un alfiler. Su señoría, por ejemplo, era poeta y es poeta, antes de entrar á la Academia, en la Academia, y á pesar de la Academia. Que conste que me ha azarado bastante la interrupción del señor Núñez de Arce; porque cuando su señoría in-

terrumpe, como no sea con un apóstrofe épico, no es posible contestarle.»

En síntesis, si don Gaspar Núñez de Arce el gran poeta, en relación con el mundo externo, goza en vida de anticipada inmortalidad literaria, no es menos fascinador en su trato íntimo. Visitar á Núñez de Arce y no sentirse cautivado por su expansiva llaneza y por su exquisita amabilidad, es punto menos que imposible. Es de los hombres que se imponen al cariño universal.

***

Tres ó cuatro visitas hice á Núñez de Arce en su casa, calle del Sacramento, hogar modesto y elegante, en que abundan objetos de arte, esculturas y cuadros debidos á notables artistas contemporáneos, y que representan escenas descritas por el ilustre poeta en sus poemas. Una escultura de *La Visión de fray Martín* me pareció portentosa.

En el tranquilo hogar de Núñez de Arce, no hay más niño que un sobrino de su excelente esposa, al cual mima don Gaspar con extremos de padre. Los grandes literatos, en España, son seres nada reproductivos: no dan súbditos á la monarquía. No lo digo por Castelar ni por Menéndez y Pelayo, dos solterones recalcitrantes: dígolo por Zorrilla, por Cánovas, por Campoamor, por Tamayo y por Balaguer, que no tienen á quien legar su glorioso apellido. Ellos dirán quizá que á hartos hijos han dado vida con las producciones de su cerebro, y que valga lo uno por lo otro.

En los primeros momentos que se trata á don Gaspar parece hombre de carácter adusto; pero, á poco

que intiméis con él, la sinceridad y la llaneza expansiva del castellano viejo se manifiestan sin embozo. Si es una inteligencia poderosa es también un corazón de oro. En su alma no cabe mezquindad alguna, ni siquiera la del desdén. Verdad que no hay en España, ni en América, quien no rinda pleito homenaje al gran poeta.

Galante trovador, enriqueció el album de mi hija con este delicado romance:

Á ANGÉLICA

Flor del Perú que desplegas
tu suave corola al viento,
y hoy blandamente perfumas
la tierra de tus abuelos;
si cuando vuelvas á Lima,
triste de verte tan lejos,
la patria de tus mayores
te inspira gratos recuerdos,
y en tu corazón la guardas
filial cariño, venciendo
la presión olvidadiza
de la distancia y el tiempo,
colme Dios, hermosa niña,
de tus memorias en premio,
tu juventud de ilusiones,
tus noches de alegres sueños,
tu vida de eternas dichas,
tu hogar de dulces recuerdos,
de santa paz tu conciencia
y de luz tu pensamiento.

En política, como ya lo he apuntado, no es hoy un luchador, y eso que lo fué y de los ardorosos. Sus *Gritos del combate* lo comprueban. Aún hay en Madrid mucha gente que recuerda los soberbios endecasílabos á la muerte de Ríos Rosas, endecasílabos que tienen el temple del acero toledano y que produjeron un popular tumulto. Don Gaspar fué gobierno revolucionario y triunfador en Barcelona, fué diputado, fué ministro, cuya cesantía disfruta; fué, en fin, en política, todo lo que quiso ser. Hoy, con salud quebradiza, y acaso desencantado de los hombres y de los ideales políticos, es el caballero leal para con el amigo, más que el correligionario de Sagasta.

VIII

BALAGUER

Antes de conocerle personalmente, lo que sucedió en la primera semana de mi llegada á Madrid, hacía años que me ligaba amistad epistolar con el poeta lírico, cuyos cantos patrióticos son el orgullo del habla catalana. Yo sabía de don Víctor Balaguer que nació en 1825; que enviudó en 1881, á los pocos años de matrimonio; y que si otro, en manifestación de duelo por la difunta, se hubiera metido fraile cartujo, él optó por eterna viudedad, consagrando todas las energías de su espíritu y los cuarenta mil duros de su fortuna á la fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, dándola por base los diez mil volúmenes de su librería personal. Hasta antes de llegar al rango de senador vitalicio, siempre que fué cuestión de elecciones, Villanueva y Geltrú favoreció á

VICTOR BALAGUER

don Víctor con el acta de diputado. La gratitud no fué para Balaguer palabra hueca.

Físicamente considerado, es don Víctor un viejo muy buen mozo y que viste con atildada corrección. Ojos grandes y luminosos; ancha la frente; cabellera espesa y blanca con la blancura lustrosa de las margaritas. Cabeza simpática, por mi fe! Trabajo cuesta convencerse de que esas canas, tan altivamente llevadas y tan artísticamente cuidadas, corresponden á un hombre que ha vivido ya setenta años.

Una observación curiosa. Don Víctor Balaguer es un fumador incansable. No se diría sino que un habano complementa su personalidad. Y fuma, de lo bueno lo mejor. El fuma por Pezuela, por Cánovas, por Castelar, por Menéndez Pelayo, por Campoamor, por Tamayo, por Madrazo, por Manuel del Palacio, por el marqués de Valmar y por el duque de Rivas, que ni por broma encienden un pitillo. Tampoco fumaba mi queridísimo Zorrilla.

Moralmente, es don Víctor un hombre encantador. En su alma no hay hiel para nadie, y todo en él es amabilidad para con el prójimo. Cuando critica, así en el terreno literario como en el político, lo hace sin acritud; y cuando emite una opinión, está muy lejos de aspirar á imponerla. La tolerancia constituye el fondo de su carácter.

Nos veíamos con frecuencia en los lunes de la Pardo Bazán, en los almuerzos de Castelar ó en las sesiones de la Academia, en la que ocupa la vacante que dejó Selgas. Siempre estuvo por la admisión de los neologismos y contra la intransigencia de la mayoría. — No es ésta, me decía una noche el buen

don Víctor, la manera de que nos acerquemos y confundamos americanos y españoles. Si los mexicanos que son los dueños de la palabra, escriben *México* con *x* ¿por qué les hemos de reprochar que no escriban *Méjico* con *j*? Si entre ustedes, los americanos, no se conoce ó no se emplea la voz *ponencia* ¿por qué la hemos de imponer? Del sustantivo *dictamen* han sacado ustedes el verbo *dictaminar*, cuya formación nada tiene de violenta. Pues hacen ustedes bien, y están en su derecho. Los que hacemos mal somos nosotros, los que todavía no queremos convencernos de que ya pasó el tiempo en que el Sol no se ponía en los dominios de España.

Así, con esa llaneza de expresión, con ese fondo de liberalismo y de justicia, me hablaba don Víctor al retirarnos de una junta en la que, después de gastar mucha saliva, conseguí que se reconociera la necesidad de incluir en el nuevo Diccionario el verbo *exculpar* y el adjetivo *plebiscitario* y que, se rechazase el verbo *dictaminar*, no por ser de impropia formación sino.....porque no hacía falta en España. Razón de egoismo y no de lingüística. En justicia quiero apuntar aquí que los votos favorables fueron los de Cánovas, Castelar, Campoamor, Núñez de Arce, Valera, Balaguer, Fabié, y no recuerdo si el otro voto fué el del duque de Rivas, el del conde de Casa-Valencia, ó el de Castro Serrano. Fué esa, para mí, una derrota en buena compañía.

***

Cuando llegué á Barcelona, ya en viaje de regreso para América, se encontraba don Víctor en su Túsculo. Vino desde Villanueva y Geltrú para llevarme á almorzar en *Santa Teresa*, nombre con

que ha bautizado al precioso *chalet* de su propiedad colindante con la Biblioteca-Museo por él fundada.

No hay detalle que no llame la atención en el establecimiento. La librería con más de treinta mil volúmenes, pacientemente acopiados, y entre los que la mitad, por lo menos, llevan el autógrafo del autor ó del donante, está arreglada con buen criterio Los catálogos honran la ilustración bibliográfica de don Juan Oliva Milá, caballero tan estudioso como entusiasta, á cuyo cargo corre la dirección efectiva.

En otros salones, la pintura y la escultura tienen su templo. La mayoría de cuadros y estatuas es obra de artistas catalanes, y ciertamente que los hay muy notables. En el centro de esos salones se hallan muchas vitrinas con antigüedades y objetos más ó menos raros. Es una preciosa pinacotea en la que, como es natural, hay de todo: cosas buenas y meritorias al lado de insignificancias.

En un saloncito de descanso, ornado con manoplias y armaduras antiguas, se ve sobre un pupitre un album monstruo en el que, al pie de algún pensamiento, estampan su firma los visitantes. Aunque, por ahora, no cabe comparación entre ese album y el de la Alhambra de Granada, donde vi autógrafos de altísimas celebridades, no por eso deja de ser rico en buenas firmas el de la Biblioteca-Museo Balaguer.

De más es decir que sentí halagada mi vanidad cuando se me exigió que escribiese algo. Borronée tres renglones y firmé—¡Un *Juan García* más en el album!

Y no sin tristeza dí el abrazo de despedida al caballeroso poeta y al cumplido amigo.

IX

ECHEGARAY

De tránsito para Huelva y la Rábida, alojéme por algunas horas en Sevilla, en el hotel *Madrid*. A las siete de la noche llamaron á comer, y poco más de treinta huéspedes ocupamos asiento en la mesa redonda, cuya redondez es mentira de hoteleros.

JOSÉ ECHEGARAY

Casi frente á mí tomó asiento un caballero que, desde el primer instante, llamó mi atención por la especialidad de la forma de su cabeza. Generalizada la conversación, interesóme también la palabra del comensal á quien todos prestaban deferente atención, principalmente las señoras para con las que no escaseó frases galantes.

Intrigados estábamos doña Soledad Acosta de Samper y yo por saber quién era el simpático caba-

llero, y nos levantamos de la mesa sin saber otra cosa sino que se llamaba don José, pues así lo nombró una señora al darle las gracias por una atención que con ella tuvo.

Ojeaba yo periódicos en uno de los saloncitos, cuando entró en él nuestro comensal, y á poco se entabló entre los dos este dialoguillo de preguntas cortas y de respuestas idem:

—¿Es usted americano?

—Sí, señor.

—¿Viene usted al Congreso?

—Si, señor.

—¿Es usted escritor?

—Por tal me tiene la Academia—y le pasé mi tarjeta.

—¡Hombre! Vea usted en qué puede serle útil José Echegaray.

Y desde ese momento nos tratamos con llaneza, y charlamos largo y menudo de todas y otras muchas cosas más, como decía un novelista. Él estaba de viaje para Madrid al día siguiente, y yo me aprestaba á continuar para la Rábida.

Un mes después nos veíamos con frecuencia en la villa del oso y del madroño, y tuve el gusto de presenciar uno de sus triunfos escénicos, en la primera representación de *Mariana*, y de aplaudir á Antonio Vico en *De mala raza* que es, en mi concepto, una de las producciones que mejor caracteriza el genio dramático de Echegaray.

Asegúrase que hasta 1873 jamás había escrito versos, y que fué en ese año cuando, encontrándose emigrado en Francia, cayó en la cuenta de que no necesitaba de llave falsa ó de ganzúa para penetrar

en el Parnaso; y se ensayó con *El libro talonario*, producción teatral en que, defectos á un lado, se revelaron muchas de sus altas dotes de dramaturgo.

Lo que se llama teatro de Echegaray no ha usurpado el nombre. No entro en si ese teatro es moral ó inmoral, ni en si el autor pinta mal ó bien la manera de ser social en nuestra época, ni en si los caracteres son ó no verosímiles, ni en si los personajes son copiados de la vida real ó tipos de fantasía. Lo que sí sostengo es que las obras dramáticas de Echegaray llevan el sello personal de su talento, y que no necesita firmarlas para que su paternidad se revele y reconozca.

El teatro ha hecho casi rico á Echegaray. Desde 1880 es mal año aquel en que, por derechos de autor, no entran en su caja seis mil duros, por lo menos.

La reputación de Echegaray principió como matemático. Hay mucho de maravilloso en que en un cerebro que parecía organizado para brillar sólo en las ciencias exactas, resolviendo complicados problemas de cálculo, puedan haberse desarrollado en tan alto grado las facultades imaginativas. Por eso decía, y con sobra de razón, un crítico, que Dios hizo el cerebro de Echegaray y, en seguida, rompió el molde.

Las dotes del ingeniero y matemático, y el prestigio de que ellas lo rodearon entre la juventud universitaria, más que sus cualidades de hombre político, llevaron á Echegaray desde el sillón de diputado á Cortes al despacho de una cartera de Ministro. No funcionó como tal sino pocos meses, pues parece que don José no toma con calor las cosas de la vida política, y sin prescindir por completo de ella, apenas si se mezcla en la lucha de los partidos. Dejaría de

ser español si, como Núñez de Arce, no *politiqueara* á ratos perdidos.

Hemos consignado el cómo se inició Echegaray en el campo de la poesía. No es menos original y curiosa su iniciación en el terreno parlamentario.

Fué esto en 1869. Refiere el galano historiador de las Cortes de aquel año, que en una sesión muy borrascosa, en la que se discutía el artículo constitucional sobre libertad de cultos, y en la que oradores como Martos, Castelar, Cánovas, Moret, Pí y Margall y Olózaga, parecían haber agotado la discusión, pidió la palabra un diputado novel, hombre como de treinta y cinco años, que lucía quevedos de oro, flaco, pálido, de irregular y calva cabeza difícil de describir, suelto, ágil, desembarazado en sus movimientos. — «Pocos saben quien es, cómo se llama, cuánto « vale. El asunto, agotado en anteriores luminosos « debates, parece ofrecer pocas ventajas al descono- « cido y audaz orador. A los cinco minutos se le oye « con gusto mezclado de sorpresa; después lo aplau- « den; luego le admiran; y por fin, cuando concluye, « le colman de felicitaciones. Ya saben todos lo que « es y cómo se llama: es un gran orador, se llama « Echegaray.»

Muchos biógrafos de Echegaray lo creen murciano. La verdad es que nació en Madrid, en Marzo de 1833, y que muy niño fué llevado por sus padres á Murcia.

De su facilidad para versificar me dió una tarde prueba concluyente, improvisando en el album de mi hija este par de galanas estrofas:

El alma, como el mar, si está tranquila,
refleja el cielo azul;
cuando socaba sus oscuros senos
se envuelve en negro tul.
Dios te conserve, niña peregrina,
allá en lo porvenir,
el que hoy da sombra á tus ardientes ojos
pabellón de zafir.

Como orador, cúpome en suerte escucharle en el discurso de clausura del Congreso Literario, discurso que fué una verdadera improvisación, por inasistencia del personaje político que debió presidir el acto. Parecióme Echegaray un tanto descuidado en la forma; pero muy conceptuoso y asaz poético en el fondo. Su voz es llena y sabe manejarla, y su acción abunda en naturalidad.

Desde Junio de 1882 fué Echegaray electo para ocupar en la Academia Española el sillón que dejó vacante Mesonero Romanos, y del que doce años después ha tomado posesión. La culpa no ha sido de don José, sino del académico á quien se encomendó la respuesta al discurso de entrada, retardo que dió ancho campo á murmuraciones de que no debo ni quiero acordarme.

Creo que mis lectores agradecerán que les dé á conocer el sintético retrato que de nuestro bondadoso amigo hizo el escritor andaluz don Francisco Cañamaque.

« Echegaray parece un pobre enfermo, y disfruta « de cabal salud; parece un cualquiera, y es un sa- « bio; parece tímido, y es osado; parece que no pue- « da echar la palabra del cuerpo, y habla de perlas;

« parece creerlo todo, tener grandes tragaderas, y no
« cree en nada ni en nadie; parece que no es capaz de
« atreverse con una mosca, y al mismo don Juan de
« Byron le mete una estocada que lo parte; parece
« uno de tantos, y es uno de los primeros matemáti-
« cos de Europa; parece una segunda edición del cas-
« to José y..... tiene una de las mujeres más her-
« mosas que pasean por Madrid. »

***

Amén de la del teatro, la gran pasión que absorbe ahora á don José es la de correr en velocípedo; y parece que debe ser muy diestro, pues el círculo de *ciclistas* (no sé si el vocablo es castellano) madrileños lo acaba de elegir por presidente. En el banquete con que se festejó la elección, tuvo Echegaray que pronunciar un brindis, discreto y espiritual, como suyo. Fatalmente el orador estaba ligeramente afónico ese día, y su voz no alcanzaba á ser oída en el extremo del salón, con gran pena de uno de los admiradores del poeta que, no resignándose á quedar ayuno del discurso, exclamó: — Más alto! — Amigo mío, contestó el orador, como voy en bicicleta me alejo rápido, y por eso no me oye. Espéreme á la llegada.

No es de temer que caiga el señor Echeharay, ni de la bicicleta, como desearía algún émulo ó envidioso.

Echegaray ingeniero, poeta, dramaturgo, orador, académico y hasta ciclista, marcha por senda de flores y acompañado de universal simpatía.

X

LOS LUNES DE LA PARDO BAZÁN

La inmortal autora de *San Francisco de Asís* recibe á sus amigos los lunes, de cinco á siete de la noche. A poco de mi llegada á Madrid, me envió doña Emilia una tarjeta invitándome á concurrir á su tertulia; y bien se adivina que no dejé pasar el primer lunes sin ir á presentarla mis respetos.

EMILIA PARDO BAZÁN

La señora Pardo Bazán de Quiroga nació en Galicia por los años de 1851. Sin ser un tipo de femenil hermosura, como debió serlo en su juventud la condesa de Pardo Bazán, madre de la escritora ilustre y en cuya compañía recibe los lunes, no se la puede tampoco desdeñar abiertamente. Hay mucho, muchísimo de varonil, no sólo en el talento sino en las condiciones físicas y hasta morales de la mujer.

D.ª Emilia, más que la amiga, es el camarada con quien platicamos sin convencionales ó estudiadas reservas.

Desde el primer momento me trató con la llaneza de antiguo conocido, presentándome á sus tertulios, que eran aquella tarde: – la duquesa de Osuna, Blanca de los Ríos, los académicos de la Española Menéndez Pelayo y Castro Serrano, el de la Historia Luis Vidart, el novelista griego Bikelas, Rafael Altamira, Rubio y Lluch y Melchor del Palau, literatos catalanes, y media docena más de escritores, casi todos jóvenes y periodistas.

Acompañaban á doña Emilia, en sus recepciones, atendiendo á los tertulios con refrescos, pastas y dulces, sus tres hijos: — Jaime, simpático y jovial muchacho de dieciocho años; Blanca, espiritual niña de quince primaveras, de elegante talle y delicada belleza; y Carmen, traviesa *chiquitina*, de diez años, bastante agraciada de rostro.

La conversación giraba siempre sobre literatura y novedades teatrales; pero una tarde, la charla que mi llegada interrumpió por un par de minutos, era sobre política. Jaime, ahijado de bautismo de don Carlos de Borbón, abogaba entusiasta por la causa de su padrino, apoyándolo dos ó tres de los presentes. Yo oía impasible los encontrados juicios cuando doña Emilia, que en un tiempo fué carlista y hasta desempeñó en Inglaterra misión en servicio de la causa, me dijo:

— Usted debe haber conocido á don Carlos, porque entiendo que, hace poco, visitó el Perú.

— Sí, señora: lo tuve de visita en la Biblioteca de Lima.

—¿Y qué impresión le prodújo á usted? — interrogó uno de los tertulios.

— La de un hombre muy ilustrado y muy conocedor del mundo, que no está lejos de transigir con muchas de las ideas modernas que la marcha progresiva de la humanidad ha impuesto.

— Ah! Es usted de los nuestros! —exclamó uno de los amigos de Jaime.

— No tanto, caballerito. Mi credo político es el radical, y en mi condición de extranjero no lo predico sino en mi parroquia.

— Por lo mismo, arguyó Jaime — la opinión de usted es la del imparcial. Vamos, díganos con franqueza su opinión.

— Por lo poco que hasta ahora he conocido de España, veo que los carlistas, aunque son minoría, constituyen el único partido compacto, excepción hecha del grupo nocedalista desautorizado ya por don Carlos. Ellos no discuten la jefatura del marqués de Cerralvo, y no se permiten hacer observaciones á una consigna. El carlismo, más que un partido, es una secta. La división en que viven conservadores y liberales, con más de un pontífice para cada comunión ó partido político, me parece que es lo que vigoriza y mantiene en pie al carlismo, cuya victoria no la creo improbable si continúan anarquizándose sus adversarios. Preferible es disponer, en un momento dado, de pocos, sumisos á una orden, á contar con muchos, si éstos se echan á deliberar sobre el mandato, perdiendo tiempo en discutir.

En cuanto á los republicanos, unos, con Pí y Margall, quieren la república federal, dando la omnipotencia al municipio; otros, con Salmerón, la buscan

como resultado del libre sufragio popular; unos, con Ruiz Zorrilla, aspiran á que la revolución, más ó menos sangrienta, traiga la república; y otros, que son los poetas, los posibilistas de Castelar, la esperan como fruto de contemporizaciones con la monarquía, creyendo que cada reforma liberal que de ella alcanzan, es un peldaño para llegar á la eminencia, á la república. De esa falta de unidad, de esa anarquía en el procedimiento, ha surgido el caos. Por eso los republicanos, en España, no se entienden ni hay quien los entienda. Son un logogrifo, de difícil descifración. He aquí, por qué, creyéndolos, como los creo, mayoría, parécenme más débiles que el carlismo, que siquiera es minoría compacta. Hay unidad en su credo y en la acción: y en esa unidad veo yo su fuerza.—

Y tras largo discurrir todos sobre mis palabras, asintiendo unos y refutando otros, sucedió que, así en los lunes de doña Emilia como los jueves, en la tertulia de Luis Vidart, me llamaban el *carlistón;* y Rafael de Altamira, joven de clarísimo talento y redactor principal de la *Justicia*, diario republicano, en un benévolo juicio que sobre mi persona y libros publicara, declaró que lamentaba el que yo fuese carlista.

Y he aquí el cómo y el por qué, yo, viejo radical en mi patria. pasé, en España, por absolutista rancio.

***

Ha muchos años que doña Emilia llegó á convencerse de que sus ideales políticos, religiosos y sociológicos no armonizaban con la causa carlista, y abjuró de ella, consagrando su talento y su pluma á la

defensa de la monarquía constitucional, por mucho que tal cambio de bandera parezca contradictorio en quien escribiera un día estos conceptos: — «Las mu-
« jeres somos, en política, bastante consecuentes: na-
« da ganaríamos con ser volubles. ¿Qué estímulo nos
« había de empujar á la deserción? No nos es dado
« aspirar á más puestos oficiales que al de estanque-
« ras ó al de reinas; y para mí, ya se deja entender
« que ni tanto acá ni tanto allá. »

Realmente, doña Emilia, en el carlismo, era una planta exótica, como lo sería mañana en el campo de los republicanos. Para carlista le faltan fanatismo religioso y amor al pasado con todos sus errores y ñoñerías; y para republicana le falta la fe de la creencia en el dogma democrático.

***

He citado entre los tertulios de los lunes á Blanca de los Ríos de Lampérez, á la que conocí en plena luna de miel, pues contaba pocos meses de unión con un estimable joven ingeniero. Blanca de los Ríos tiene el aspecto de una chiquilla á la que hay que mimar. Pequeñita, delgada, agraciada, sin ser tipo de belleza, exenta de gazmoñerías, espiritual y con voz dulcísima, al hablar con ella se olvida uno de la literata para atender sólo á la mujer. Y Blanca de los Ríos ha escrito prosa muy delicada y versos preciosos, entre los que su libro *Romancero de Alfonso Onceno* mereció cumplido elogio de la Academia Española. Es una escritora hija de Eva, y esto hace que un cuarto de hora de conversación con ella, sea verdaderamente delicioso. Sus estudios sobre el *Quijote* de *Avellaneda* son notabilísima producción.

***

Pedí una tarde á doña Emilia órdenes para el Escorial, el famoso gigante de piedra que hizo construír el sombrío descendiente de Carlos V, y mi buena amiga tuvo la amabilidad de darme una tarjeta para el padre Blanco García, tarjeta en la que, con lápiz, escribió breves líneas de recomendación.

El agustiniano Blanco García es autor de dos interesantes volúmenes sobre la historia de la literatura castellana, obra que, en la prensa madrileña, motivaba, por esos días, alguna controversia.

El padre Blanco García está en plena juventud, y su fisonomía revela al hombre estudioso. Es alto, delgado y de animadísimos ojos. A juzgarlo por su facilidad de palabra y lo correcto de su dicción, debe ser un notable orador sagrado. Aunque regenta una cátedra en el colegio del Escorial, no hay en él la gravedad dogmatizadora del catedrático finchado. No sé por qué se me ha clavado entre ceja y ceja que el padre Blanco García, en lo moral y en lo físico, tiene mucho de parecido con otro agustiniano ilustre, con fray Luis de León.

Más que en la larga visita que le hice en el monasterio, pude apreciar el talento é ilustración del padre Blanco García, en el trayecto del Escorial á Madrid, pues fuimos compañeros de viaje. El simpático fraile había leído no poco de lo que en nuestro continente se ha escrito sobre literatura é historia, y me habló con afecto de muchos autores americanos. Díjome que se proponía escribir un libro juzgando á los literatos de la América latina, libro que él estimaba como complementario de su obra sobre la literatura castellana.

***

Muy juzgada, y por plumas eminentes, ha sido la señora Pardo Bazán, para que yo repita lo que sobre su ya indiscutible talento se ha escrito; ó que, por echarla de novedoso, dijera que no está su mérito á la altura de su fama, con lo que conquistaría reputación de malévolo y envidioso. Lejos de eso: mi convicción sincera es que doña Emilia constituye una de las más altas glorias literarias de España y de nuestro siglo, y que esa gloria sería tanto mayor cuanto menores fueran las aspiraciones varoniles de la escritora. ¿A qué pretender que en homenaje á ella, á su ilustración, á su inteligencia, que nadie ha osado negar, rompa la Academia Española con seculares tradiciones, abriéndola de par en par sus puertas? ¿La académica aumentaría, por ser tal, en un quilate la bien conquistada reputación de la literata? Consérvese mi amiga doña Emilia siempre mujer, y no renuncie á las prerogativas de su sexo, que la severidad autoritaria del académico cuadra mal en boca que habla de trajes y modistas. A la madre Eva, con ser quien dicen que fué y un tanto parienta nuestra, le negaría yo asiento en la casa de la calle de Valverde, é igual falta de galantería ostentara con doña Emilia, por lo mismo que la quiero con cariño de viejo.

XI

LOS SÁBADOS DE DON JUAN VALERA

Nombre más popular, en los países donde se habla y cultiva la lengua de Cervantes, que el del autor de *Pepita Jiménez*, difícilmente podrá citarse. Alarcón, Pérez Galdós y Pereda quedan rezagados cuando se nombra á don Juan Valera.

JUAN VALERA

Ligábame á él una deuda de gratitud; pues, en el segundo tomo de sus *Cartas americanas*, me había honrado con juicio asaz encomiástico sobre uno de mis libros de Tradiciones. Visitando á Valera, á poco de mi llegada á Madrid, llenaba más que un deber social y de literaria cortesía, una exigencia del corazón.

Valera que, cuando lo conocí, barbeaba ya con los setenta, pues nació en 1824, en un pueblo de la provincia de Córdoba, es hombre lleno de vigor físi-

co y en quien el gracejo andaluz, unido á un trato llano como camino real, hace una personalidad muy simpática. Recuerdo que Zorrilla no podía convencerse de que ya don Juan lleva á cuestas recia carga de años; porque, al hablar de él, llamábalo siempre Juanito Valera. ¿Será que los viejos nos sentimos rejuvenecidos cuando remozamos con el diminutivo á los seres que, en la juventud, tratáramos con intimidad? Para Zorrilla, Madrazo era siempre Pedrito Madrazo, y don Miguel de los Santos Alvarez, Miguelito.

Cuanto yo pudiera decir á mis lectores en justiciero encomio de don Juan, sería pálido ante estas palabras de don Manuel de Revilla: — «Valera es la ciencia con corbata blanca, y la erudición vestida de limpio».

Valera recibía los sábados á sus amigos. Su tertulia principiaba entre nueve y diez de la noche, concluyendo á las dos de la mañana. Los escritores americanos que, por delegación de sus respectivos gobiernos, nos hallábamos á la sazón en Madrid, éramos solícitamente invitados. Zorrilla de San Martín, el cantor de americanistas ideales; Rubén Darío, el parnasiano de fantasía deslumbradora; Juan Ferraz, el modesto bardo de *Tristes y Colombinas;* Leonidas Pallares Arteta, que en su pequeño poema *Idioma sin traducción* rivalizara con Campoamor, con el maestro inmortal; Pancho Sosa, el benévolo crítico mexicano; Quijano Wallis, el simpático jurista de Colombia; y tantos otros del mundo republicano, fraternizábamos en esas deliciosas veladas con los más encumbrados literatos españoles, como Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Manuel

del Palacio y José Alcalá Galiano. Prosa ó verso, todos leíamos algo.

***

Sólo una noche vi en la tertulia al octogenario don Nemesio Fernández Cuesta, el patriarca de los escritores españoles; pues Martínez Villergas, residente en Zamora, no alcanzaba á contar los años del director del *Diario de Sesiones del Congreso.* (1) Fernández Cuesta era poco conversador, y apenas permaneció una hora en los salones. Ya en el Perú, supe, por la prensa madrileña, el fallecimiento del venerable anciano, á fines de 1893, y á pocos días de la repentina muerte de Rafael García Santisteban, poeta de buen humor y de finísimo porte, con quien intimé algo en casa de Concepción Jimeno, á cuya tertulia concurrían también Teodoro Guerrero y Ricardo Sepúlveda, dos escritores á quienes tanto renombre ha conquistado el espiritual libro *Pleito sobre el matrimonio.*

***

Allá, en mis ahora muy remotos días de colegio, era el *Canto á Teresa*, de Espronceda, la poesía es-

1 En 1864, tuve por compañero de viaje, de Saint-Thomas á Londres, al festivo Villergas, intimándose más nuestra amistad doce años después, cuando residió por algunos meses en Lima. Durante mi permanencia en España cambiamos varias cartas, no habiéndome sido posible cumplir la promesa que, en una de ellas, le hice, de ir á visitarlo en Zamora. Ha muerto en Mayo de 1894.

pañola más leída y recitada en América, acaso tanto como hoy el *Idilio* de Núñez de Arce y la dolora de Campoamor *Quién supiera escribir!*

Encabezaba Espronceda su romántica composición con esta octava de Miguel de los Santos Alvarez, en su inconcluso poemita María:

¡Bueno es el mundo! Bueno! Bueno! Bueno!
como de Dios, al fin, obra maestra:
por todas parte de delicias lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
á celebrar esta vivienda nuestra.....
Paz á los hombres! Gloria en las alturas!
Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Tan unidos vivieron siempre Alvarez y Espronceda, que éste murió en Mayo de 1842, siendo huésped de don Miguel de los Santos, que habitaba en la calle de la Greda.

Cuando yo lo conoci, era Alvarez un viejecito lleno de vivacidad, que pensaba poquísimo en las letras y menos en la diplomacia, que fué su carrera pública. Se consideraba ya jubilado en política y en literatura. Nadie sabrá decir si fué optimista ó fatalista: su filosofía no era en él un sistema.

Salimos juntos de una de las veladas, á las dos de la mañana, llevando la misma dirección, y al despedirme en la puerta de mi hotel, le dije: — tardecito vamos á la cama, señor don Miguel.— Pues para mí es temprano, me contestó, porque nunca me acuesto antes de las seis de la mañana.

Y decía mucha verdad. Cuando se retiraba de visitas ó de tertulias iba á un casino ó café, se engol-

faba en la lectura de periódicos, en charla con los amigos, ó en las peripecias del tresillo, y sólo cuando los rayos del sol aparecían se encaminaba á su casa, después de apurar una taza de chocolate con mojicón.

Un sábado, en el mes de Noviembre, dejó de concurrir don Miguel de los Santos á la velada de Valera. Allí supe que acababa de fallecer, después de dos ó tres días de enfermedad.

Sus funerales fueron muy modestos, y apenas una comitiva de cien amigos, en su mayoría escritores, presidida por el poeta Angel María Dacarrete, deudo del finado, acompañó al cementerio los restos del que fué el más íntimo camarada de Espronceda.

Y don Miguel de los Santos Alvarez murió sin obtener asiento entre los académicos! Verdad que tampoco lo es (ni lo será) don Francisco Pi y Margall, por grandes que sean los primores de estilo y de lenguaje que abrillantan su prosa.

***

Narciso del Campillo, cuyos ensayos literarios son contemporáneos con los de Valera, es un poeta andaluz con todo el gracejo del profesor de *cante flamenco*. No tiene gravedad pretensiosa, y eso que Campillo desempeña cátedra en la Universidad de Madrid, sino toda la genial travesura del estudiante. Campillo es un espíritu siempre fresco, un hombre que sólo es viejo por las canas y por las arrugas. Si es cuestión de dirigir una galantería á una hermosa, pocos jóvenes superarían á don Narciso en espiritualidad y buen tono. Campillo es de los pocos hombres de talento á quien todos quieren, y que no

tiene envidiosos que lo denigren, porque á nadie hace sombra ni se atraviesa en el camino de nadie. Él ni avanza ni retrocede un paso, en el puesto en que sus buenas dotes literarias lo han colocado. Ni siquiera ha soñado con ser académico. A él le basta ser quien es: ilustrado, inteligente, benévolo, y sobre todo muy conocedor del mundo y de sus vanidades y miserias.

***

Al duque de Rivas, don Enrique de Saavedra, pariente político de Valera é hijo del autor del *Moro expósito* y del *Don Álvaro*, sólo lo encontré en una velada y en poquísimas juntas de la Academia Española, á la que pertenece desde 1863, en la vacante que dejó don Agustín Durán. Disfrutando de salud delicadísima, poco, muy poco puede ocuparse en la labor literaria. Conozco de él algunas novelitas muy morales y escritas en correcta prosa, así como versos líricos en que campean buenos conceptos. Es todavía un romántico fiel á la bandera que enarbolara su egregio padre, bandera que tantos y tantos desertores ha tenido.

En su trato personal es tan franco y afectuoso como su hermano político el marqués de Valmar, don Leopoldo Augusto de Cueto, también académico desde 1857, en la vacante que dejó el laureado Quintana. Hoy, después de Pezuela y Guerra y Orbe, (1) es don Leopoldo el más antiguo en la docta corporación.

1 Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, ha fallecido recientemente. Para ocupar la vacante que dejara, ha sido electo don Eugenio Sellés, el poeta del *Nudo gordiano*.

Hace años que al marqués de Valmar lo inhabilita una fatal dolencia para salir de su casa. Pasa sus horas en un sillón, leyendo ó consagrado á trabajos que, como sus juicios críticos sobre los líricos del siglo XVIII, reclaman erudición y paciencia de benedictino. No quise alejarme de España sin conocerlo, y le escribí pidiéndole hora en que le fuese posible recibir mi visita, en su casa de la calle de Cervantes. No se hizo esperar la respuesta:

23 de Febrero de 1893.

Muy distinguido compañero: Cordialmente agradezco á usted que me proporcione la satisfacción de conocerlo personalmente, ya que lo conocía y estimaba por sus obras. Mi achacosa ancianidad me obliga á vivir completamente retirado del mundo, y consagrado á la familia y á las letras. Con especial complacencia recibiré á usted el día que guste, á las tres de ta tarde.

Suyo, con sentimientos de simpatía, atento y afectísimo compañero Q. B. S. M.

El marqués de Valmar.

Don Leopoldo Augusto de Cueto, á pesar de la cruel enfermedad que le impone forzado retraímiento, es un viejo bien conservado y que apenas representa setenta años. Trabaja en su bufete cuatro ó cinco horas diarias, por lo menos, en una obra que le ha encomendado la Academia y que, según me dijo en la primera visita que le hice, estaba ya en vía de concluír. Es don Leopoldo el único académico que goza la prerogativa de ser considerado como presente en las sesiones.

El marqués de Valmar, como literato, vale por su erudición, su aquilatado gusto y su forma netamente clásica.

***

Salvador Rueda era uno de los invitados á la tertulia; pero no concurría. Rubén Dario lo llevó una tarde á casa, y quedé encantado de su trato. Es Salvador Rueda un joven andaluz, pequeño, de ojos vivaces, bigotillo negro, elegante y simpático. Su aspecto personal, la cultura de sus modales, y sus dotes de poeta colorista, deben cautivarle muchas voluntades entre las desterradas del Paraíso. Por dicha para él, si bien tiene siempre en los labios y en la pluma una fina galantería para toda belleza, no paga gran tributo á devaneos amorosos. La literatura es la pasión que absorbe todas las energías de su espíritu. Escribe prosa poética, y muy inspirada; y, cuando se echa á versificar, es portentosa la riqueza rítmica de su musa. No es, por la forma, un poeta español, sino, un parnasiano francés (y eso que ni lo habla ni lo traduce) de los que hacen filigrana con el oro de la palabra. En cuestión de escuela literaria, no entro ni salgo. Mi estética es la de Boileau:

SALVADOR RUEDA

Tous les genres sont bons hors le genre ennuyeux.

Si todos los jóvenes de la nueva escuela se llamaran Salvador Rueda, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera ó Julián del Casal, sin duda que rompería yo, sin escrúpulo, un par de guantes aplaudiéndolos. Lo que en ellos es genial, propio, característico, se me hace insoportable en el cardumen de sus imitadores que, en América sobre todo, han surgido, y á los que hay que espantar á plumerazos como á los mosquitos de trompetilla.

***

En don Juan Valera se encuentran reunidas todas las condiciones precisas para ser, en España, algo así como el Mecenas de los literatos. Sobre lo fino y contemporizador de su trato, cualidades no sé si geniales ó adquiridas en su ya larga carrera de diplomático, hay que agregar el afecto, respetuoso á la vez que íntimo, que sabe inspirar á cuantos con él cultivan relaciones. En la boca de Valera hay siempre un mohín risueño, que tampoco sabré decir si es inofensivo ó encarna algo de burla. Ese mohín sabe trasladarlo, á veces, á los puntos de su pluma, y tanto que, en muchas de sus críticas, queda el lector en duda sobre la sinceridad del encomio.

Don Juan Valera comparte, con Menéndez y Pelayo y con don Federico Balart, la reyecía de la crítica seria y trascendental en literatura.

XII

CARULLA

Los periódicos españoles, que por América circulan, nos habían dado á conocer como un tipo extravagante, entre loco y memo, á D. José María Carulla, caballero que tuvo el candoroso coraje de proponerse traducir en verso la Biblia y que, por vía de ensayo, dió á la estampa dos libros — El Génesis y el Exodo — en un volumen de 650 páginas en cuarto, y con un caudal de 21,000 versos, singulares por la atrocidad de ellos. Como para muestra basta un botón, ahí va la primera estrofa del Génesis:

Cuando nada existía
el cielo Dios creó: creó la tierra
que hallábase vacía
de todo cuanto encierra
en singular obscuridad que aterra.

Por supuesto, que ni Cristo pasó de la cruz ni lector alguno irá adelante en la lectura del Génesis. Lo mismo digo del Exodo, que principia peor si cabe. Prueba al canto:

De los insignes hombres
que, con Jacob, en el Egipto entraron
aquí daré los nombres:
con lo que procrearon
en el país insano penetraron.

Aquí viene bien lo de apaga y vámonos.

Los que han hojeado una traducción del Dante que, *con alevosía y premeditación*, perpetró el señor Carulla, me aseguran que es superior á la de los dos libros de la Biblia ..... en lo mala.

Una tarde fuí al número 54 de la calle de Ferraz, á corresponder la amable visita del señor Santiago Vandervalle, con quien había yo intimado en la Academia de la Historia, y que es un caballero de las Canarias muy decidor y campechano. No recuerdo á propósito de qué recayó la conversación sobre las familias que habitaban la vecindad, y supe que en el piso superior al que ocupaba mi amigo residía el señor D. José María Carulla, sin más familia que una hermana — ¿Carulla? ¿El traductor de la Biblia? pregunté — El mismo, amigo mío, me contestó D. Santiago.

Y desde ese momento comenzó á escarabajearme el deseo de conocer al originalísimo escritor, á quien mi fantasía imaginaba un viejo atacado de reuma, envuelto en hopalanda de sacristán, oliendo á cera é incienso, y con cara de espanta-muchachos; y tanto fué el comején de la curiosidad, que, al salir de casa de Vandervalle, subí á la de Carulla. La oportunidad no fué propicia para mí, porque mi hombre se hallaba en la calle y tuve que dejar tarjeta, prometiéndome repetir la visita.

Dos días después vino Carulla á verme. Era un caballero agradable de fisonomía, pequeño de cuerpo, de aire modesto, de complexión delicada como un adolescente, correcto de modales y atildado en el vestir. Su acento nada tenía de robusto: era como el de las personas enfermizas. Vamos, que no era el coco que mí mente se había creado, sino persona muy simpática y muy cortés.

Entramos en larga conversación. Carulla, nacido en un pueblo de Cataluña por los años de 1839, es bachiller en sagrada Teología, abogado en el ilustre Colegio de Madrid, director de la *Civilización*, periódico ultramontano que cuenta ya larga fecha de vida, y acérrimo partidario de don Carlos de Borbón, á quien sirvió como Auditor de Guerra en la última guerra civil. Carulla había militado antes en Roma, entre los zuavos pontificios de Pio IX.

Cuestión de bandería política y de doctrina religiosa á un lado, Carulla es un buen prosador, y como latinista y helenista pocos habrá en España que lo igualen.

¿ Cómo diablos un caballero, verdaderamente ilustrado y que discurre con claridad de inteligencia, pudo caer en la tentación de escribir versos tan sin coteja por lo malos? Flaquezas humanas ó picardigüelas del demonio.

León XIII, que lo favorece (á Carulla, se entiende, y no al demonio) constantemente con su bendición papal y hasta con paternales consejos, tiene un altar en el corazón de don José María.

Parece que, cediendo á insinuación de Su Santidad, ha desistido de continuar *mechificando* ó versificando la Biblia. En ello han ganado las letras, y

Carulla también. Pero, en cambio, ha publicado una traducción de los versos latinos de Joaquín Pecci, por la que dudo que el Padre Santo le haya quedado agradecido. Yo, en el lugar de León XIII, excomulgaba al traductor.

Cuando Carulla, en la conversación, habla sobre clásicos españoles y latinos, es el hombre que ha leído mucho y bien. Se olvida uno de que está oyendo al, en mala hora, bíblico versista.

Cuando Vico representaba *Sancho Ortiz de las Roelas*, *La vida es sueño* ó *Traidor, inconfeso y mártir*, habría faltado la luz eléctrica en el teatro antes que Carulla en una butaca. Los dramas de Echegaray, que tan magistralmente representó Vico en esa temporada, no contaron á don José María entre los expectadores. Para él, Echegaray es un heresiarca condenado, después de esta vida, á arder en vivas llamas.

Sinteticemos: el señor Carulla, literariamente, vale más que su reputación y que don Francisco Commelerán y Gómez.

NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS

ANTECEDENTES Y CONSIGUIENTES

I

Generalizada creencia es, en América, la de que España no nos perdona el que hayamos puesto casa aparte, desprendiéndonos de su maternal regazo. Viene de aquí el que, en la crecida colonia de americanos viajeros que regresa á nuestro continente, no llegue á un diez por ciento el número de los que se decidieron á dar un paseo por España, después de haber visitado París, Londres, Berlín, Viena y las principales ciudades de Italia. Hay Exposición en alguna de esas grandes capitales, y todo latino-americano que dispone de recursos, emprende viaje. Pero se trató de una Exposición en Madrid, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América; y á pesar del motivo, que de suyo era alborotador, y de la buena voluntad de los gobiernos republicanos, que se apresuraron á responder á la invitación oficial nombrando delegados que los representasen, apenas si, de Octubre á Diciembre, pudimos contarnos en Madrid trescientos americanos, de los que la mitad, por lo menos, investía carácter diplomático ó el de delegados. ¿Cómo explicar esta frial-

dad nuestra, tratándose de la nación á la que tantos vínculos debieran ligarnos, pues, poca ó mucha, todos traemos en las venas sangre española, y españoles son nuestros apellidos, y española la lengua en que nos expresamos, y heredadas de España nuestras creencias religiosas, nuestras costumbres, nuestras virtudes y nuestras flaquezas? En España deberiamos los americanos encontrarnos como en nuestra casa solariega, casi como en el propio hogar.

La principal causa del indiferentismo ó alejamiento nuestro se debe á la errada política del gobierno peninsular, que tardó muchos años en convencerse de que América estaba definitivamente perdida para España. Si, después de Ayacucho, los hombres de la política se hubieran dicho lo que el vulgo — lo perdido, perdido, y ojo al ganar — no retardando el reconocimiento de las repúblicas independientes, — ni el comercio inglés, ni el comercio francés, ni el comercio alemán, se habrían adueñado por completo de los mercados americanos. Por lo menos habría conseguido España que no adquiriésemos el perverso gusto de envenenarnos consumiendo los malos vinos franceses, ya que la península es productora de los mejores del mundo. Mercantilmente no era el provecho para desdeñado.

Pero España dejó correr casi un cuarto de siglo sin amainar en sus pretensiones de soberanía sobre un mundo que se le había escapado de entre las manos, no sin revelar, de vez en cuando, hostilidad de propósitos, como la que encarnaban la expedición floreana, la intervención en México, y la aventura de las islas de Chincha.

El reconocimiento de la Independencia se impuso á España por la fuerza del hecho consumado, por la impotencia material para emprender la reconquista, y sobre todo como conveniencia.

A estos errores de política se debe el que España no ocupe hoy, en nuestros afectos, el lugar preferente. Los que vinimos á la vida en los albores de la República, oíamos á nuestros padres relatar los hechos de la gran epopeya; y, en sus relatos, á pesar de la pasión, había mucho de cariño para aquellos á quienes lealmente vencieron en Junín y en Ayacucho. Nos llegó el turno de reemplazar á nuestros mayores en el escenario social, y la juventud á que yo pertenecí fué altamente hispanófila. El nombre de España, aunque no siempre para ensalzarlo, estaba constantemente en nuestros labios; y en las representaciones del *Pelayo* aplaudiamos con delirio los versos del gran Quintana, como si fuesen nuestros el protagonista y el poeta, y nuestra la patria en que se desarrolla la tragedia. La vida colonial estaba todavía demasiado cerca de nosotros, y sólo el correr del tiempo conseguiría destruír la influencia y el prestigio que sobre el espíritu ejerce la tradición. Yo alcancé días en los que, á los republicanos nuevos, no chocaba oir en la calle este saludo. — Adiós, señor marqués — Abur, señor conde.

La generación llamada á reemplazarnos no abriga amor ni odio por España: la es indiferente. Apenas si ha leído á Cervantes. Su nutrición intelectual la busca en lecturas francesas y alemanas. Díganlo los modernistas, decadentes, parnasianos y demás afiliados en las nuevas escuelas literarias.

Los americanos de la generación que se va, vivíamos (principalmente los de las repúblicas de Colombia, Centro-América y el Perú) enamorados de la lengua de Castilla. Eramos más papistas que el Papa, si cabe en cuestión de idioma la frase. Los trabajos más serios, que sobre la lengua se han escrito en nuestro siglo, son fruto de plumas americanas. Baste nombrar á Bello, Irisarri, Baralt, los Cuervo y, como estilista, á Juan Montalvo.

El lazo más fuerte, el único quizá que, hoy por hoy, nos une con España, es el del idioma. Y sin embargo, es España la que se empeña en romperlo, hasta hiriendo *susceptibilidades* de nacionalismo. Si los mexicanos (y no mejicanos como impone la Academia) escriben *México* y no *Méjico*, ellos, los dueños de la palabra ¿qué explicación benévola admite la negativa oficial ó académica para consignar en el Léxico voz sancionada por los doce ó más millones de habitantes que esa república tiene? La Academia admite provincialismos de Badajoz, Albacete, Zamora, Teruel, etc., etc., voces usadas sólo por trescientos ó cuatrocientos mil peninsulares, y es intransigente con neologismos y americanismos aceptados por más de cincuenta millones de seres que, en el mundo nuevo, nos expresamos en castellano. Estuvo franco el escritor español don Jacinto Bonilla al estampar en la Memoria que, en 1892, remitiera al Congreso Literario, *que los académicos y los puristas han empobrecido siempre el caudal de las lenguas.*

«Trivial argumento es (dice Alberto Liptay en su «entretenido libro *La Lengua Católica*) el de que «los americanos no tenemos por qué afanarnos por «el progreso de un lenguaje que, originalmente, no

« nos pertenece, como si la lengua no fuera tanto de
« los hijos como de los padres. Si los padres no fue-
« sen, á veces, aventajados por los hijos, toda proba-
« bilidad de progreso sería ilusoria. Hay también que
« tener presente que los americanos triplicamos en
« número á los peninsulares, y que no son siempre
« las minorías las llamadas á imponer la ley».

Acaso tuvo razón el ilustre argentino don Juan María Gutiérrez, escritor tan culto y castizo como sus contemporáneos Bello y Pardo, cuando nombrado, casi á la vez que éstos, académico correspondiente, renunció á tal honra porque, en su concepto, mal se avenía la independencia política con la subordinación á España en materia de lenguaje.

II

España nos trajo al Perú las locuciones (siempre en plural) *imperio de los incas*, *patria de los incas*, *ciudad de los incas*, etc., etc., y en la necesidad de crear un adjetivo, preciso para nosotros, creamos los adjetivos *incásico é incáico*. El primero lo empleamos en la acepción de lo que, en general, se refiere á los antiguos soberanos; y el segundo, al tratar de determinado inca. Así llamamos al Cuzco *la ciudad de los incas*, porque fué la residencia oficial de ellos; y á Cajamarca *la ciudad del inca*, porque en ella, ciudad hasta entonces de segundo orden en la monarquía, se desarrolló el episodio más trascendental de la conquista con la prisión y muerte de un rey. Filológicamente está bien estudiada la formación de am-

bos adjetivos, y al aceptarlos habría procedido la Academia con acierto, no sólo lingüístico sino político. Y que tales adjetivos eran imprescindibles en el lenguaje lo comprueba el que los eminentes escritores españoles don Marcos Jiménez de la Espada y don Justo Zaragoza, que en asuntos historiales de América se ocupan, crearon las voces *inqueño* é *incano*, nunca empleadas en el Perú.

La autoridad indiscutible é inapelable en la cuestión era la del uso generalizado en América, y esta autoridad imponía la aceptación de *incásico* é *incáico*, voces ambas de correcta formación, esencialmente la primera. La Real Academia, en la que ninguno de sus miembros ha visitado el Perú, decidió que sólo era admisible el adjetivo *incásico*, lo que implicaba una decisión caprichosamente autoritaria, que nos ha hecho sonreir á los peruanos como cuando, en la última edición del Diccionario, vimos consignado el peruanismo *cachazpari* en vez de *cacharpari*, y *sora*, en lugar de *jora*, resultando dos hijos desconocidos para sus legítimos padres. Ser académico, no es ser infalible ni omnisciente.

Pero en el seno mismo de la Academia, ha encontrado el adjetivo *incáico* un rebelde en don Marcelino Menéndez y Pelayo que, en el tomo tercero de la *Antología*, publicado un año después de la autocrática decisión, escribe *incásico*, en la página 163 del prólogo. Lástima que don Marcelino hubiera empeñosamente combatido la admisión de los verbos *dictaminar* y *clausurar*, en homenaje á la intransigencia de su *españolismo!*

« La ley de las mayorías ó sea el criterio democrá-
« tico (dice don Nicanor Bolet Peraza) debe domi-

« nar también en la república de las letras. La sobe-
« ranía de un idioma no reside sino en la totalidad
« misma de los que se sirven de él como de lengua
« propia. Las Academias equivalen á los Congresos,
« y deben dictar sus constituciones y leyes (digo sus
« diccionarios y gramáticas) teniendo en cuenta las
« costumbres del pueblo, el natural espíritu de pro-
« greso, y *sobre todo* el uso general. De lo contrario,
« las Academias hablarán un idioma y el pueblo otro,
« viniendo á parár todo en el triunfo de las mayorías
« habladoras».

La Academia, con su procedimiento, ha justificado á Zahonero que, en el Congreso Literario, dijo:

« Tengamos en cuenta que el pueblo americano se
« ocupa de nosotros, pero que, desgraciadamente,
« nosotros no nos ocupamos de él; que no nos conoce-
« mos, y es necesario que nos conozcamos».

III

Las fiestas del Centenario colombino han dado el tristísimo fruto de entibiar relaciones. Los americanos hicimos todo lo posible, en la esfera de la cordialidad, porque España, si no se unificaba con nosotros en lenguaje, por lo menos nos considerara como á los habitantes de Badajoz ó de Teruel, cuyos neologismos hallaron cabida en el Léxico. Ya que otros vínculos no nos unen, robustezcamos los del lenguaje. A eso, y nada más aspirábamos los hispanófilos del nuevo mundo; pero el rechazo sistemático de las palabras que, doctos é indoctos, usamos en

América, palabras que, en su mayor parte, se encuentran en nuestro cuerpo de leyes, implicaba desairoso reproche.

—¿No encuentran ustedes de correcta formación los verbos *dictaminar* y *clausurar*?—pregunté una noche.—Sí, me contestó un académico; pero esos verbos no los usamos, en España, los dieciocho millones de españoles que poblamos la Península: no nos hacen falta.—Es decir que, para mi amigo el académico, más de cincuenta millones de americanos nada pesamos en la balanza del idioma. Bien pude contestarle con estas palabras de Zahonero, en el Congreso Literario:

« Parece que la lengua castellana, en doncellez, es « una virgen cuya virtud estamos obligados todos á « guardar; virtud fría, virtud que resulta por nega- « ción, virtud de solterona. No, mil veces no. Las « lenguas no son vírgenes: son madres, y madres fe- « cundas que siempre están dando del claustro ma- « terno del cerebro, por la abertura de los labios, « nuevos hijos al mundo del amor y de las relacio- « nes humanas.»

El espíritu, el alma de los idiomas, está en su sintaxis más que en su vocabulario. Enriquézcase éste y acátese aquella, tal es nuestra doctrina. Si el uso generalizado ha impuesto tal ó cual verbo, tal ó cual adjetivo, hay falta de sensatez ó sobra de tiranía autoritaria en la Corporación que se encapricha en ir contra la corriente. Siempre fué la intransigencia semilla que produjo mala cosecha.

IV

Recuerdo que sostuve una noche en la Academia que figurando en el Diccionario el sustantivo *presupuesto*, nada de irregular habría en admitir el verbo *presupuestar*, de que tanto gasto hacen periodistas y oradores parlamentarios. En esta discusión que se acaloró un tantico y en la que un intolerante académico olvidó hasta formas de social cortesía, leyóse un romance que, hace medio siglo, escribió Ventura de la Vega contra el verbo *presupuestar*, lectura con la que mi contradictor no probó más sino que el tal verbo ha llegado á imponerse en el lenguaje, para evitar el rodeo de *formar presupuesto*, *consignar en el presupuesto*, etcétera. Pobre, estacionaria lengua sería la castellana si, en estos tiempos de comunicación telegráfica, tuviésemos que recurrir á tres ó cuatro palabras para expresar lo que sólo con una puede decirse. Don Nemesio Fernández Cuesta dijo en el Congreso Literario, y dijo bien: — « no son los sabios los que forman las lenguas: son « los pueblos, la multitud, el instinto popular.»

La intransigencia del académico á quien he aludido para con el verbo *presupuestar*, se parece mucho á la de don Rafael María Baralt, con el vocablo *gubernamental*.

« Todo se intente, todo se haga, menos escribir se- « mejante vocablo, menos pronunciarle, menos in- « cluirle en el Diccionario de la Academia. Antes « perezca éste, y perezca la lengua, y perezcamos « todos.»

Pues poquita cosa le pedía el gusto. ¿Así son los odios académicos para con las pobres palabras? Mal consejero y peor juez es el odio.

Pues, á pesar del anatema, la voz *gubernamental* se impuso, y ahí la tienen ustedes, en la última edición del Diccionario, tan campante y frescachona. Y á pesar de la inquina de Baralt, no nos ha llevado todavía la trampa y el mundo sigue rodando

por el piélago inmenso del vacío.

Que haya un vocablo más ¿qué importa al mundo?

Y aquí viene, como anillo al dedo, algo que Pompeyo Gener escribe en su interesante libro *Literaturas malsanas*, y que copio para que el lector americano sepa que, en España misma, abundan combatientes contra las intransigencias académicas:

« La lengua es un órgano viviente que evoluciona,
« y en cualquier momento de su historia se halla en
« estado de equilibrio entre dos fuerzas opuestas: —
« la una, conservatriz ó tradicional, y la otra revo-
« lucionaria é innovadora. La fuerza revolucionaria,
« ó que obra por alteraciones fonéticas y por neolo-
« gismos, es necesaria á la vida del lenguaje, para
« que éste no muera falto de sentido y de flexibili-
« dad. La vida del idioma consiste en el equilibrio
« de conservar lo antiguo que corresponda á las ideas
« cuyo uso sea lógico y adecuado, y de enriquecer-
« le con nuevas significaciones, nuevas palabras y
« nuevos giros creados siempre conforme al genio de
« la lengua. Hay quienes creen que la lengua vive por
« sí propia, que desde que la fijaron los clásicos es per-

« fecta *per ine ternum*, y se les figura un sacrilegio to-
« da innovación, y toda alteración un atentado. Y así
« pasan horas, y días, y años, convirtiendo al castella-
« no de lengua viva en lengua muerta. Les sucede lo
« que á los romanos de la decadencia que, á fuerza
« de aferrarse á su latín, se les quedó una lengua li-
« túrgica, incomprensible, en frente de las lenguas po-
« pulares, fecundas y poéticas, que dieron lugar á las
« neo-latinas. No ven que el mundo marcha, y con él
« las expresiones escritas. ¡ Ay del que de un nom-
« bre haga un verbo, de un verbo un nombre, de un
« sustantivo un adjetivo! Lo tendrán esos creyen-
« tes por reo de mayor crimen que el de haber faltado
« á la moral ó á la conciencia. Y ¡cosa rara! por
« causa de esta ceguera intensa redactan diciona-
« rios, que pretenden imponer como códigos de la
« lengua! Pero, contra todos estos pseudo-gramáticos,
« el lenguaje continúa siendo un organismo sonoro
« que la mente humana crea y transforma de una
« manera sensible é indefinida. Y las obras del genio
« siguen produciéndose y dando lugar á nuevas esté-
« ticas. Y los estímulos nuevos surgen con los nuevos
« temperamentos, independientes de todas las reglas.
« Y el hombre continúa produciendo é innovando, en
« las letras como en todo, pudiendo decir, á pesar de
« los académicos, *e pur si muove.*»

Don César Nicolás Pensón, literato español no menos distinguido que Gener, refiriéndose á lo que él calificó de *rigorismo esterilizante* en la Academia, escribió en la Memoria que remitiera al Congreso de 1892 esta axiomática verdad: — « el amor propio y « las preocupaciones han hecho inmenso daño al

« idioma, proclamando que el castellano es tan rico
« que se basta y se sobra ..... y eso está muy lejos
« de ser así.»

V

No se diría sino que se pretende que seamos súbditos, no voluntarios, sino forzados, del idioma, y que la autoridad del Diccionario sea, para nosotros, tan indiscutible como el *Syllabus* romano para el cúmulo de fanáticos. Hablemos y escribamos en americano; es decir, en lenguaje para el que creemos las voces que estimemos apropiadas á nuestra manera de ser social, á nuestras instituciones democráticas, á nuestra naturaleza física. Llamemos, sin temor de hablar ó de escribir mal, *pampero* al huracán de las pampas, y conjuguemos sin escrúpulo *empamparse*, *asorocharse*, *apunarse*, *desbarrancarse* y *garuar*, verbos que en España no se conocen, porque no son precisos en país en que no hay pampas, ni *soroche*, ni *punas*, ni barrancos sin peñas, ni *garúa*. El escritor que, por prurito de purismo, escriba afta en vez de *paco*, divieso en lugar de *chupo*, adehala por *yapa* y colilla por *pucho*, será comprendido en España, pero no en el pueblo americano para el cual escribe. Debe tenernos sin cuidado el que la docta corporación nos declare monederos falsos en materia de voces, seguros de que esa moneda circulará como de buena ley en nuestro mercado americano. Nuestro vocabulario no será para la exportación, pero sí para el consumo de cincuenta millones de seres, en la America latina. Creemos

los vocablos que necesitemos crear, sin pedir á nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje.

Los viejos que, aunque sin la intolerancia académica, hemos desempeñado el papel de Quijotes apasionados de esa Dulcinea que se llama el habla castellana, nos vamos á prisa dejando el campo libre de mantenedores. La generación que nos reemplazará se cuida poco ó nada de hojear el Diccionario, para averiguar si tal ó cual palabra es genuinamente española. El del Léxico de la calle Valverde es cartabón demasiado estrecho, y la nueva generación ama la independencia acaso más de lo que la hemos amado los hombres de la generación que se va.

Los viejos, inclinados á acatar siempre algo de autoritario, perseguíamos el purismo en la forma, y ante el fetiche del purismo, sacrificábamos, con frecuencia, la claridad del pensamiento. Los jóvenes creen que á nuevos ideales corresponde también novedad en la expresión y en la forma; y hé ahí por qué encuentran fósil la autoridad de la Academia, siempre aferrada á un tradicionalismo conservador, á un pasado que ya agoniza.

Discurriendo sobre el injustificable rechazo que de la Academia merecieron los verbos *clausurar*, *dictaminar* y *presupuestar*, el distinguido periodista don Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia*, diario barcelonés, se expresó así:

« Eso de considerar tales verbos como subversivos « y bárbaros, á pesar de ser de uso corriente en Amé-

« rica y hasta en España, vale tanto como decir que
« allá no se escribe castellano, lo cual desmienten
« con sus obras muy insignes autores. Creo, por mi
« parte, que la Academia de la lengua, asaz apegada
« á ciertas preocupaciones rancias, no se muestra to-
« do lo dúctil que debiera, para conservar su hege-
« monía literaria en aquellas vastas regiones, hijas
« emancipadas de la madre España, unidas empero
« á ella por el vínculo del idioma, y que suman jun-
« tas un número de habitantes superior en muchísi-
« mo al de la Metrópoli. En todas esas regiones se
« *presupuesta*, y nosotros mismos, aquí, en España,
« *presupuestamos* á todo trapo, si bien, casi siempre,
« con escasa sinceridad. Si la palabra es viva, y su
« aire no difiere del de otras muchas parecidas, ¿por
« qué se le ha de negar la inscripción en el registro
« civil del Diccionario? Mal anda la docta corpora-
« ción con sus remilgos; pues bien pudiera ocurrir
« que, interpretándolos torcidamente, provocaran
« sensibles enfriamientos y dieran al traste, por al-
« gún tiempo, con los proyectados tratados de pro-
« piedad intelectual entre España y las repúblicas,
« gracias á lo cual muchos de nuestros escritores, al
« sacar sus cuentas, se verán imposibilitados de *pre-*
« *supuestar* el producto de sus obras en el mercado
« de América, aunque en rigor no resulte perjuicio
« á algunos académicos cuyos libros, si los produ-
« cen, rara vez logran pasar el charco.»

VI

Propósito muy hispanófilo fué, pues, el que me animó cuando en las juntas académicas á que con-

currí, empecé proponiendo la admisión de una docena de vocablos de general uso en América.

Yo anhelaba que las fiestas del Centenario tuvieran significación práctica, revelando que España armonizaba tanto con nosotros que, si no admitía como suyos nuestros neologismos, por lo menos no los despreciaba como argentinismos, colombianismos, chilenismos, peruanismos, etc., etc.

Cuando se crearon las correspondientes en América, todos presumimos que la Academia madre se proponía asociarnos á su labor, para que contribuyéramos con el caudal de voces que, suficientemente estudiadas por nosotros, estimáramos de precisa ó conveniente admisión. El desengaño ha sido tosco; y para no continuar siendo corporaciones decorativas ó de relumbrón, dos de las Academias americanas, sin ruido, cambio de notas, ni alharacas, se han declarado cesantes.

« Es empresa poco menos que imposible (dice el « académico señor García Ayuso, en su discurso de « incorporación) desterrar las voces que han recibi- « do la sanción del pueblo soberano».

Y tan fundada es la afirmación del señor García Ayuso que aunque la Academia, en la última edición de su Diccionario, ha eliminado una de las acepciones de la palabra *jesuita*, no por eso ha conseguido, ni conseguirá desterrarla del uso. La razón es que el pueblo soberano *no hace política* cuando habla, ni entiende de contemporizaciones partidaristas.

Y ya que he citado en apoyo de mis ideas la autoridad de un académico, no quiero concluir sin copiar palabras de otro ilustradísimo lingüista, tam-

bién académico de la Española, don Eduardo Benot, que en su libro *Acentuación Castellana*, escribe:

« La Academia tiene que obedecer á una autoridad « inapelable, que es la del uso, supremo legislador « en materia de lenguaje; y yo no creo que exista « en la Academia autoridad bastante para dar ó qui- « tar la ciudadanía á las voces y á las locuciones».

VII

Eran poco más de trescientas cincuenta las palabras anotadas en mi cartera, las que intentaba ir, poco á poco, proponiendo para discusión. Esa relación se limitaba á apuntar las voces y definirlas muy á la ligera, advirtiendo que no consideraba voz alguna que no fuera de uso generalizado en tres repúblicas, por lo menos.

Hoy, al publicarla, he añadido rápidas apreciaciones, y aun más de cien vocablos, teniendo á la vista el Diccionario de chilenismos de Zorobabel Rodríguez, el de peruanismos por Juan de Arona, el rioplatense de Daniel Granada, y los trabajos lingüísticos de los Cuervo, Baralt, Irisarri, Seijas, Armas, Batres Jáuregui, Pablo Herrera, Pedro Fermín Cevallos, Amunátegui Reyes, Eduardo de la Barra, Tomás Guevara, Membreño, Gagini, Ramos Duarte, Washington Bermúdez y otros muchos filológos americanos.

Y qué razones, Dios de Israel, las que oí alegar contra la admisión de algunas voces!

Las razones más culminantes eran — ese vocablo no hace falta ó ese vocablo no lo usamos en España — como si porque en América no se han aclimatado el sustantivo *ponencia* ni el verbo *empecer*, palabras muy castizas y de las que gran derroche hicieron los oradores en los congresos Colombinos, debiéramos nosotros condenarlas.

Después del rechazo de una docena de voces por mí propuestas, me abstuve de continuar, convencido de que el rechazo era sistemático en la corporación, excepción hecha de Castelar, Campoamor, Cánovas, Valera, Castro Serrano, Balaguer, Fabié y Núñez de Arce, que fué el paladín que más ardorosamente defendió la *casticidad* del verbo *dictaminar*.

Así, por razón de capricho erigido en sistema ó por espíritu anti-americano, he llegado á explicarme el por qué nunca la Academia tomara en seria consideración los diccionarios de Zorobabel Rodríguez, Juan de Arona y Daniel Granada.

Ese exclusivismo de la mayoría académica importa tanto como decirnos:

Señores americanos, el Diccionario no es para ustedes. El Diccionario es un cordón sanitario entre España y América. No queremos contagio americano.

Y tiene razón la Real Academia.

Cada cual en su casa y Dios en la de todos.

Lima, Febrero de 1895.

ALGUNAS VOCES DEL LENGUAJE AMERICANO

QUE NO SE ENCUENTRAN

EN EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA

A

ABARRAJARSE — Resbalar y caer de bruces — Lanzarse en la vida airada,

ABARRAJADO, A — Cuando decimos *fulano es un abarrajado* expresamos que es un hombre cargado de vicios, un truhán — *Fulana es una abarrajada*, entiéndase una meretriz.

ABRACAR — Lo que el Diccionario llama *abrahonar*. Tenemos el refrán *quién mucho abraca mucho aprieta*, cuya significación es distinta de la del refrán español — *abarcar mucho y apretar poco*.

ABSOLVENTE — En nuestro lenguaje jurídico designamos con esta voz al que absuelve posiciones. La Academia trae, como anticuado, el vocablo *absolviente*, y ha olvidado considerar *absolvente*.

ACAPARAR — Tener el monopolio de algo ó, por lo menos, reunir la mayor cantidad posible de un artículo. También usamos el sustantivo *acaparamiento*.

ACAPARADOR, A — La persona que acapara.

ACÁPITE — Decimos, en todas las repúblicas de América, por lo que los españoles llaman *punto y aparte*. Sería imposible desterrar del uso esta voz, sobre todo entre tipógrafos y periodistas.

ACASERARSE — Encariñarse, acostumbrarse á ser parroquiano ó comprador en determinado establecimiento.

ACASERADO, A —Parroquiano habitual.

ACCIDENTADO, A — La Academia no admite, entre las acepciones de esta voz, el que se aplique á los terrenos sinuosos ó de variada formación geológica. Y sin embargo, en muchos escritores españoles contemporáneos, principalmente cuando tratan de campañas militares ó discurren sobre temas de ingeniatura y geografía, encontramos la locución *terreno accidentado*, de general uso en América. El académico conde de Casa-Valencia, en su librito de Viaje por México, escribe: — « el territorio ocu-« pado por los rebeldes era muy accidentado.... »

ACOMEDIDO A, — El que hace un servicio antes que se lo pidan.

ACOMEDIRSE — Adelantarse á prestar un servicio,

ACRIOLLARSE — Adquirir un extranjero los hábitos de la gente del país, convertirse en criollo.

ACRIOLLADO, A — El que ha llegado á apropiarse las costumbres criollas.

ACEITILLO — El aceite perfumado que sirve para usos de tocador. En América, dejamos el aceite para la cocina.

ACHOLADO, A — El que tiene color de indio (*cholo*, en el Perú, Bolivia, Ecuador, Chile y Paraguay,) —El que se corre, intimida ó avergüenza.

ACHOLARSE — Correrse, avergonzarse.

ADEFESIERO, A — Persona que dice ó hace disparates y tonterías — También se aplica á las que visten exajerando la moda ó apartándose mucho de ella.

ADJUNTAR — Si *adjunto*, según la Academia, es lo que va ó está unido á otra cosa, así como la persona que acompaña á otra, no encuentro lo que tenga de impropio y de forzado el verbo de tan general uso en el estilo de oficinas. Es un verbo que se ha impuesto en nuestro lenguaje. Juan Montalvo, en su capítulo 25 del *Quijote*, dice: — «puede su se-«ñoría adjuntar á su séquito á mi sobrino.....»

ADULÓN, A — En el adulador cabe algo de lisonjero y cortesano. En el *adulón* hay sólo bajeza. Amunátegui Reyes exhibe una cita de Pereda, para comprobar que el vocablo se conoce también en España.

ADULETE — El adulón, sobre ruin, ridículo.

AGIGANTAR — Núñez de Arce ha usado este verbo en su *Visión de fray Martín*, y, según citas de Amunátegui Reyes, también lo han empleado Bello, Revilla y Pérez Galdós.

AGREDIR — Acometer, atacar. A pesar de que no contraría la índole de la lengua, como que la voz viene del *agredire* latino, la Academia rechaza este verbo de uso constante en la jurisprudencia americana.

AJEDRECISTA — El que juega ajedrez. También es adjetivo.

ALBAZO — Saludo matinal que, con música, vivas y cohetes, se hace á una persona en el día de su cumpleaños, ó á un santo en la puerta del templo en que ha de celebrarse su fiesta.

ALTERNABILIDAD — La acción de alternar.

ALTERNABLE — Lo que admite alternabilidad. Esta voz, aunque de saborcito francés, se encuentra en la real cédula llamada de la *Alternativa* sobre elección de prelados.

AMANCAY — (Del quechua) Flor amarilla, parecida á la azucena, que se produce en algunos cerros del Perú.

AMERICANIZAR — Este verbo reune las mismas condiciones que el *españolizar* que trae el Diccionario. Vale algo más que éste, pues representa un *continentalismo.* Y á propósito. Trayendo el Diccionario la voz *americanismo*, aunque con definición deficiente ¿por qué han de continuar excluídos los vocablos *centroamericanismo*, *argentinismo*, *colombianismo*, *chilenismo*, *bolivianismo*, *cubanismo*, *peruanismo*, etc., etc., que aplicamos no sólo á las palabras de uso privativo sino también al espíritu ó sentimiento nacional que nos impulsa á determinados actos?

AMOLAR — En la acepción de fastidiar ó de ocasionar perjuicio — *¡Qué amolar! No amuele la paciencia ¡Me amoló!* son locuciones que, aunque vulgares, están generalizadas.

AMORDAZAR — Poner mordaza. Figuradamente decimos *amordazar la prensa*, cuando los gobiernos ponen trabas á la libertad de escribir. — Zorobabel Rodríguez opina, por razones de analogía, que debe decirse *enmordazar;* pero el uso constante ha impuesto *amordazar*, como, tratándose de buques, *acorazado* y no *encorazado.*

ANACO — (Del quechua) La Academia dice que es un peinado de las indias de Sud América. La definición académica es errónea. El *anaco* es la pollera

ó falda que usan las indias — *Cusma*, es la camisa — *Lliclla*, es la manta.

ANDINO, A — Lo que se refiere á la cordillera de los Andes, como volcán *andino*, nieves *andinas*, etcétera. También los adjetivos *cisandino* y *trasandino* son de uso generalizado en América.

ANEXIONISTA — Partidario de la anexión.

ANIEGO — La Academia admite solo anegación y anegamiento. En América decimos *aniego* y *anego*, que es más correcto.

ANTE — Bebida alimenticia y muy refrigerante, hecha con frutas, vino, canela, azúcar, nuez moscada y otros apéndices.

APABULLO — La acción de *apabullar*, que el Diccionario acepta.

APACHETA — (Del quechua) Montón de piedras que colocan los indios en las *altiplanicies* andinas como ofrenda gratulatoria á la divinidad. Por varios cronistas de Indias se encuentra empleada la voz.

APERO — El conjunto de prendas que sirven para ensillar un caballo.

APLOMO — Serenidad, sangre fría.

APROVISIONAR — En el sentido de proveer de víveres un buque, un ejército ó una plaza, es verbo de uso constante en América.

APROVISIONAMIENTO — Repito lo que acabo de apuntar.

APUNARSE — Sufrir el fatigoso malestar propio de las frigidísimas *punas* de los Andes, dolencia que, en ocasiones, produce la muerte del viajero.

ARRANQUITIS — La pobreza extrema, la miseria — Padecer de *arranquitis crónica* dícese por quien no tiene probabilidad de mejorar su mala situación.

ARENILLERO — Lo que llaman *salbadera* en España, voz no usada en América.

ARREADOR — No es sólo el que arrea el ganado sino también el látigo, fusta ó *huasca* que emplea.

ARIRUMBA — (Del quechua) Una flor que los indios estiman como propia de los cementerios.

ASOROCHARSE — Sufrir del *soroche* en las cordilleras andinas. Es dolencia tan grave como la de *apunarse*, siendo distinta la causa que las origina.

ATRENZO — Conflicto, apuro, embarazo, dificultad. Este vocablo lo encontramos en escritores americanos del siglo XVII. Quizá es voz castellana olvidada en España, y que nosotros hemos conservado.

ATÁVICO, A — Trayendo el Diccionario el sustantivo *atavismo*, no hay por qué excluir adjetivo tan usado.

AUTOCTONÍA — *Mutatis mutandis*, repetimos el concepto anterior. El Diccionario sólo trae *autóctono*.

AUTODIDAXIA — La facultad de aprender algo sin maestro, por sí solo.

AUTONOMISTA — Partidario de la autonomía. Probablemente por olvido no está la palabra en el Léxico, pues oradores y periodistas españoles la usan un día sí, y otro también.

AVINCA — (Del quechua) *Zapallito* más fino y estimado que el grande y, en la forma, parecido á la calabaza.

AYRAMPO — (Del quechua) Planta tintórea originaria de América.

B

BACHICHA — Llamamos así al italiano de baja ralea, como *gringo* al inglés, *gavacho* al francés y *chápiro* ó *chapetón* al español.

BARCHILÓN, A — Persona contratada para cuidar enfermos en los hospitales. Esta palabra es hija del agradecimiento popular, pues se ha querido perpetuar con ella el recuerdo de un caritativo español, apellidado Barchilón, que vivió en el Perú en el siglo XVI. La palabrita tiene ya fecha de existencia y se ha generalizado en América, con tanta mayor razón cuanto que, en el Diccionario, no hay vocablo para designar á los enfermeros de hospital.

BADULACADA — Acción propia de un badulaque.

BADULAQUEAR — Hacer badulacadas.

BAGRE — Pez que se encuentra en algunos ríos de América. Figuradamente se aplica este nombre á la mujer fea y despreciable.

BALOTAJE — La votación, por balotas blancas y negras, usada en los Congresos, Universidades y otras corporaciones. Este sustantivo es de uso general en nuestras Repúblicas. Frase de fórmula en la redacción de actas es: — el *balotaje* dió el siguiente resultado: balotas blancas, tantas; balotas negras, cuantas.

BAQUIANO — Conocedor, práctico, guía que contratan los viajeros. La voz la traen historiadores de Indias.

BENEFICENTE — El Diccionario sólo admite el superlativo — No siempre hay propiedad en llamar *benéfica* á la Sociedad de Beneficencia. Una píldora pue-

de ser *benéfica*, pero no *beneficente* ni *beneficentísima*

BIENINTENCIONADO, A — Hallándose en el Diccionario *malintencionado* (dice el ingenioso doctor Tebussem) no alcanzo razón para haber omitido este adjetivo. En una cita, que del *Quijote* hace, figura *bienintencionadamente.*

BOLETO — Lo que la Academia llama *boleta* — También damos el nombre de *boleto* á una excepción, firmada por la autoridad, para libertarse del servicio militar.

BOLETERÍA — Lugar donde se venden los *boletos* para ocupar asiento en un tren, teatro, plaza de toros, etc.

BOLETERO, A — La persona que vende los boletos.

BOMBONAJE — La paja especial que se encuentra en muchos afluentes del Amazonas, y que sirve para la fabricación de los sombreros llamados de *jipijapa*, sombreros, hasta hace poco, muy estimados y valiosos.

BRAGUETA — *Hablar como el gigante por la bragueta*, decimos por el que desatinadamente repite conceptos ajenos. La locución nació de que, en la festividad de Corpus, se exhibían figurones de más de tres varas de altura, y la voz del hombre que iba dentro del muñeco salía por la bragueta. Aunque el Diccionario trae la palabra, falta la frase popular muy generalizada.

BREQUERO — El empleado del ferrocarril conocido en España por *guarda-frenos.*

BRIN — Tela gruesa y fuerte que, entre otros usos, se emplea para pantalones de marineros y soldados.

BUROCRACIA — La *colectividad* de empleados en las oficinas.

BUROCRÁTICO, A — Oficinesco — Admitida sin gran necesidad, como lo prueba Baralt, la palabra *buró*, no hay por qué rechazar sus derivadas. En España las empleó, en uno de sus discursos en el Congreso Literario, el notable orador Canalejas y Méndez. También hay que convenir en que hoy, sólo la gente que hojea libros viejos tiene noticia de los vocablos *covachuela* y *covachuelista*. Tal es el desuso en que han caído.

C

CABALLADA — Admitidos por la Academia nombres colectivos como *vacada*, *boyada* y hasta *yeguada*, no hay por qué excluir la voz *caballada* tan de preciso empleo en la milicia — *Oficial de caballada*, el que en la vida de guarnición cuida de los caballos del regimiento.

CABILDANTE — En los libros del Cabildo de Lima, desde los tiempos de Pizarro se llamó *cabildantes* á los miembros del Ayuntamiento. En las descripciones de fiestas reales, en las de autos de fe y en todos los documentos impresos de la época colonial, figuran los señores *cabildantes*, vocablo cuya formación nada tiene de violenta.

CABLEGRAMA—Telegrama trasmitido por el cable marítimo — Lo nuevo reclama la formación de la palabra que lo exprese, aparte de que entre *cablegrama* y *telegrama* es obvia la diferencia. El primero es el despacho que se trasmite por el cable marítimo,

y el segundo el que se hace por los alambres terrestres. Así cuando decimos: — *hemos recibido cablegrama* damos, á la vez, la noticia de que nos ha llegado por vía marítima — También se escribe en algunos periódicos *kalograma*, formando el vocablo de raíz griega. Indudablemente que es más español cablegrama, y el uso lo ha generalizado.

CABLEGRAFIAR — Transmitir un despacho por el cable. La Academia ha admitido *telegrafiar*.

CABLEGRÁFICO, A — Lo relativo á la *cablegrafía*, voz que también debe ser admitida.

CABLEGRAFISTA — Admitida la palabra *telegrafista*, no hay por qué excluir este vocablo.

CÁBULA — Maña, ardid, abusión. El sentido es distinto del *cábala* que trae el Diccionario.

CABULISTA — Mañoso, supersticioso.

CACHETADA — Golpe que, con la mano abierta, se da en la mejilla.

CACHARPARI — (Del quechua) La Academia, en la úlma edición del Diccionario, ha admitido la voz; pero figura mal escrita. La palabra no es *cachazpari* sino *cacharpari*. Véase la comedia de Manuel Segura, el Bretón limeño, titulada *El cacharpari*.

CACHARPAS — (Del quechua) Trebejos, cosas usadas y de poco valor. No se emplea la voz en singular.

CACHUA — (Del quechua) Bailoteo de los indios en el Perú, Bolivia y otras repúblicas.

CACHUAR — Bailar *cachua*.

CACHIMBO — Palabra despreciativa con que la soldadesca ha bautizado al cívico ó guardia nacional.

CACHUCHO — Damos este nombre á una canoa ó pequeña embarcación, generalmente usada por los pescadores. La Academia la llama *cachucha.*

CALICHE — Aunque la voz está en el Diccionario no trae éste la acepción, que en toda América tiene, de nitrato de sosa.

CALICHERA — El terreno que se explota por los comerciantes en nitrato de sosa. Este vocablo, como el de *cobadera*, que damos al lote de terreno que contiene guano, no tiene equivalente en el idioma español.

CAMAL — Lo que en España se conoce por Rastro ó Matadero de reses. Aunque el Diccionario trae el vocablo no considera esta acepción.

CAMALERO, A — El empleado en el camal y el negociante en ganado para el matadero.

CAMARETA — Especie de petardo que queman los indios en las fiestas.

CAMARETAZO — Explosión de la camareta.

CANCHA — (Del quechua) Maíz tostado y no habas tostadas, como dice el Diccionario — También llamamos *cancha* al local donde se lidian gallos y al destinado para carreras hípicas.

CANCHÓN — Corral grande ó espacio cercado que sirve para depósito de metales, posada de peones ó de desahogo en los cuarteles.

CANDELEJÓN, A — Persona tonta, cándida.

CANDELEJONADA — Tontera, insulsez, necedad.

CANGALLERO — Ladrón de metales en las minas, vendedor de objetos por poco precio.

CANTALETEAR — Repetir hasta el fastidio. Viene de cantaleta y aún de cantilena.

CANTIMPLORA — En los ejércitos sudamericanos es una prenda de equipo, por lo regular de hoja de lata, que sirve al soldado para llevar consigo, en las marchas, un litro de agua ó de aguardiente. La palabra está en el Léxico: pero falta esta acepción.

CAPITULEAR — Formar capítulo, intrigar ó conquistar votos para una elección. La Academia llama á esto *cabildear*.

CAPITULERO — El individuo que se ocupa en intrigar ó buscar votos. La Academia lo llama *cabildero*.

CARACHA — La sarna.

CARACHOSO, A — Persona que tiene sarna.

CARÁTULA — La Academia no trae la única acepción que, para los americanos, tiene esta voz. La aplicamos á la primera página en que está el título de un libro.

CARNAVALESCO, A — Lo propio ó digno del carnaval.

CARICATURAR — Hacer una caricatura.

CARICATURISTA — El que hace caricaturas.

CARAY! — Interjección tan generalizada como el *¡caramba!* que trae el Léxico.

CARIMBA — Marca que, con hierro encendido, ponían los amos á los criados. En dos reales cédulas del siglo pasado, prohibitorias de la *carimba*, se encuentra la palabra.

CARIMBAR — Marcar á los esclavos.

CARTOMANCIA — Adivinación por medio de los naipes ó cartas de la baraja. Atribuimos á distracción la no existencia de la voz en el Diccionario.

CASTICIDAD — Tanto monta decir *lo castizo de la frase* como escribir *la casticidad del estilo*. Un escritor, en la *España Moderna*, habla del *casticis-*

mo de Pérez Galdós. No me disgusta el vocablo.

CATEAR — En Bolivia, Chile, México y el Perú, que son países mineros por excelencia, es indispensable el empleo de este verbo que significa expedicionar buscando minas.

CATEO — La acción de buscar minas.

CATEADOR — El que busca minas. Estas tres voces se conocen en América, y son de uso constante, desde los primitivos tiempos de la conquista.

CAUDILLAJE — A propósito de esta palabra, dice Juan de Arona: — «Los españoles no han tenido necesi-« dad de las voces *caudillaje*, *coloniaje*, ni *escla-« vatura*, porque no han tenido en casa, en forma « especial ó histórica, un sistema de gobierno colo-« nial que dura tres siglos; ni una dotación ó enco-« mienda de negros esclavos; ni por último, una pla-« ga de caudillos y caudillejos» —El Diccionario trae sólo el sustantivo *caudillo.*— Cuando los caudillos organizan un sistema, como sucedió en la Argentina durante la tiranía de Rosas, entonces está en su apogeo el *caudillaje* gobierno ó de tiranuelos.

CAUDILLEJO — Caudillo de poco más ó menos.

CENOBIARCA — El superior de los cenovitas.

CIGARRERÍA — La tienda destinada á la venta de cigarros. En España, donde el Estado *acapara* el tabaco, se llama *estanco* á lo que nosotros *cigarrería.*

CLAUSURAR — Entre las acepciones del sustantivo *clausura* trae esta el Diccionario: — Acto solemne con el que se terminan las deliberaciones de un Congreso, etc.— No hay república de América en la que no se *clausuren* los Tribunales de Justicia, el Congreso y el año Universitario. Por *clausurar*

entendemos poner término á una serie de sesiones ó juntas oficiales. Quizá nos ha parecido á los republicanos algo chabacano el verbo *cerrar*, tratándose de corporaciones tan respetables, y hemos dado existencia al verbo *clausurar*, cuya formación, pues viene del *claudere* latino, no riñe con la índole del idioma. En cambio, luce en el Diccionario un verbo *clausular* (cerrar un período ó poner fin á lo que se estaba diciendo) que ni pizca de falta hace en el lenguaje, pues rarísimo será el escritor que haya tenido oportunidad para usarlo. El verbo *clausurar* es (dice el quisquilloso Baralt, y perdóneme mi amigo Castelar que tan opuesto se manifestó á la admisión de tal verbo) *necesario y propio, y hay que adoptarle.* En las dieciséis repúblicas de América lo conjugamos por activa y por pasiva.

COALICIONISTA — Partidario de la coalición. He aquí una palabra que, en los años de 1894 y 1895, hemos estado pronunciando cada cinco minutos los peruanos, sin habernos cuidado de buscarla en el Diccionario. Los *politiqueros* puristas se caerán de espaldas con la noticia que les doy de que el *coalicionista* no ha entrado en el reino de la Real Academia. Es verdad que, en España, todos hablan de *autonomistas y anexionistas*, menos el Diccionario.

COALIGADO, A — El caudillo, partido ó rama de partido que entra en la coalición.

COBADERA — Lote de terreno del que se extrae guano para la agricultura.

COCACHO — Golpe que se da con el puño en la cabeza.— *Frejol cocacho*, el frijol que conserva alguna dureza por mal cocido.

COCADA — Dulce que se hace de cocos. — También llamamos *cocada* á los cuadritos que, en heráldica, se conocen con el nombre de *escaques*.

COCAÍNA — Poderoso anestésico extraído de la coca.

COCAVÍ — (Del quechua) Pequeña provisión de víveres, principalmente de coca, que hacen los indios para un viaje. *Dar el cocaví* es dar dinero á un individuo, cuando se le manda en comision lejos del pueblo, para que compre lo que necesite para mantenerse durante el viaje.

COCHAYUYO — (Del quechua) Cierta alga marina muy usada en la cocina americana.

CODEAR — Falta en el Diccionario la acepción que le damos en América: — comprometer á una persona para que nos haga un regalo.

CODEO — El *codeo* se codea con lo que, en España, llaman *sablazo*.

CODEADOR — La persona que tiene hábito de *codear*.

COGOTUDO, A — Personaje del pueblo, ricacho.

COLECTIVIDAD — Admitida *individualidad*, no hay por qué rechazar á la *colectividad* ó conjunto de individualidades.

COLONIAJE — No siempre la voz *colonial* tiene el alcance de ésta. Por *coloniaje* entendemos todo un sistema de gobierno, mientras que el adjetivo *colonial* lo empleamos sólo como calificativo.

COMUNA — Falta la acepción, hoy tan generalizada, de Municipio.

CONCIENZUDO, A — La persona que no procede de ligero, sino después de estudiar reposadamente un asunto.

CONCHO — (Del quechua) Restos, heces, sedimento. *Beber hasta el concho* es como *beber hasta verte, Cristo mío*, ó como *al diablo dejarlo en seco.*

CONFIANZUDO, A — El que abusa de la confianza para tomarse libertades.

CONDOLENCIA — La expresión de nuestro pesar por algún sufrimiento ó desgracia de un amigo.

CONTRAPROBAR — El Diccionario trae el sustantivo *contraprueba*, desdeñando el verbo que es de constante uso en tipografía. En estilo jurídico también se emplea en la acepción de presentar pruebas en contrario de las exhibidas.

CONTRABANDEAR — Hacer contrabando.

COTÍN — Tela á la que el Diccionario da el nombre de *cotí.*

CORONTA — (Del quechua) El corazón del *choclo.*

COSTEO — Burlarse de una persona. Por ampliación se dice *costeársela de* ó *con fulano.*

COTO — (Del quechua) Un grueso tumor ó bulto que se desarrolla en el pescuezo. Hay, en América, pueblos donde la mayoría de los vecinos tiene esta deformidad. La voz está en el Diccionario, pero no trae la acepción que apuntamos.

COTUDO, A — La persona que tiene coto.

CORONELATO — Así llamamos al empleo de coronel, como generalato al de general. La Academia exige que se diga *coronelía.*

CRIOLLADA — Acción propia de criollos.

CRIOLLISMO — Disposición para *acriollarse*. Menéndez Pelayo ha usado la voz en su *Antología*.

CUBILETEAR — Intrigar, *maromear*.

CUBILETERO, A — Intrigante, *maromero*.

CUCUFATO, A — Lo que, en España, se entiende por santurrón ó santurrona.

CUECA — Baile popular. Véase *Zamacueca*.

CUÍ — (Su plural *cuyes*) Un conejo originario del Perú — *Parir como una cuí*, ser muy fecunda.

CUERIZA — La zurra de látigos que se aplica á alguno.

CUNDA — Persona alegre, ingeniosa, traviesa, jaranista.

CUNDERÍA — Acción de mozos *cundas*.

CURACA — Cacique, potentado ó gobernador de un pueblo. La voz la han empleado historiadores de Indias.

CURCUNCHO — (Del quechua) Jorobado, torcido.

CH

CHAMELICOS — Objetos de poca importancia, trastos de pobre. La voz no se emplea en singular.

CHAMICO — (Del quechua) Yerba que administran los indios para entontecer á una persona. También la usan como afrodisiaco.

CHAMBONEAR — Hacer chambonadas en el juego.

CHAFALONÍA — La plata ú oro que se emplea para labrar vajilla, hacer cucharas y otras piezas.

CHANCHO — El cerdo, el marrano. — *Quedar como un chancho*, comportarse ruinmente.

CHARANGO — (Del quechua) La Academia trae *charanga*, como voz de uso reciente, aplicándola á las bandas militares de escaso instrumental. El *charango* de nuestros indios es una especie de pequeña bandurria de cinco cuerdas que producen sonidos muy agudos. Probablemente la voz pasó de América á España, y en la travesía cambió la letra final. En cuanto á la pobreza de armonías musicales, allá se van la charanga y el *charango*.

CHARAMUSCA — Ni cultos ni incultos llamamos, en América, *chamarasca*, como el Léxico previene, á las virutas, briznas ó ramas secas. Nuestra voz *charamusca* es más apropiada, porque encarna algo de *chamuscar*, quemar ligeramente, tostar.

CHARQUI — (Del quechua) Carne seca en lonjas delgadas.

CHARQUICÁN — Guisado que se hace con el *charqui*.

CHAQUIRA — (Del quechua) Cuenta de vidrio ó de metal. Esta voz, como *chamico*, *charqui*, *choclo*, *chuño*, *chupo* y *charango*, se encuentra usada por cronistas de Indias.

CHEQUE — Papel de giro contra casa bancaria ú oficina pagadora.

CHICHERO, A — La persona que vende *chicha* en la *chichería*, vocablos que trae el Léxico.

CHICHIRIMICO — Hacer *chichirimico* de una fortuna equivale á derrocharla.— Hacer *chichirimico* de una persona, es burlarse de ella.— Hacer *chichirimico* de la honra, da tanto como perder la vergüenza, infamarse.

CHINGADO, A — Adjetivo que, en México y las repúblicas centro-americanas, equivale al *chiflado* de

España. También usamos el verbo *chingarse* en la acepción de desacertar, llevarse chasco.

CHINGANA — (Del quechua) Pulpería de poca importancia.

CHINGANERO, A — El ó la que administra una chingana.

CHICANA — Sofistería, embrollo de abogado.

CHICANERO, A — Sofístico, rebuscado. Aunque Baralt rechaza estas dos voces, ellas han alcanzado á imponerse en el lenguaje.

CHIVATEO — Mezcla de gritos y ahullidos que usa la caballería araucana al embestir — *Edad del chivateo*, la pubertad.

CHOCLO — (Del quechua) La mazorca de maíz cocida en agua hirviendo.

CHOCLÓN — Pequeño agujero hecho en el suelo para un juego que, con bolitas ó cocos, tienen los niños.

CHÚCARO, A — Animal arisco. Se dice, por ejemplo, caballo *chúcaro*, yegua *chúcara*.

CHUCHOCA — (Del quechua) Maíz tostado y molido.

CHUCHUMECO, A — La ramera ó mujer de vida alegre — El que frecuenta trato con *chuchumecas*.

CHUECO, A — Patizambo.

CHUÑO — (Del quechua) Harina de papas con la que se hace un alimento muy nutritivo para los niños y para los enfermos.

CHUPATOMATES — Llamamos así al adulador grosero.

CHUPE — (Del quechua) Guisado muy sabroso en el que entran leche, papas amarillas, camarones, huevos, aceitunas y otros condimentos.

CHUPO — (Del quechua) Divieso.

CHURUMBELA — La bombilla de paja, caña, madera, latón, plata ú oro usada en América para tomar el mate ó yerba del Paraguay.

CHURRASCO — Carne asada sobre las brasas.

CHURRASQUIAR — Convidar á comer churrasco.

CHUQUISA — (Del quechua) Moza alegre.

D

DEFECCIONARSE — Trae el Diccionario el sustantivo *defección*, del cual los americanos hemos formado este verbo tan usado.

DEMOCRATIZAR — Hasta el escrupuloso Baralt encuentra aceptable este verbo.

DEPRECIAR — La Academia admite *depreciación* (diminución de valor), pero no el verbo que es de constante uso en el comercio, sobre todo tratándose de acciones y de papel de crédito público.

DERRUMBE — Nadie dice, en América, *derrumbamiento* de un cerro, de una mina, de un puente, etcétera, sino *derrumbe*; pero sí decimos *derrumbamiento* de edificio, de casa, de techo, etc. ¿Por que no habrían de coexistir las dos voces? En todo caso *derrumbe* no es más que síncopa de *derrumbamiento*.

DESAPERCIBIDO, A — En la acepción de *inadvertido, a*, se ha impuesto tanto en España como en América. Un amigo, hoy ausente del Perú, á quien censuraron en cierta ocasión el uso de *desapercibido*, consagró algunos meses á recopilar citas de escritores peninsulares (entre los que había tres ó cuatro académicos) que favorecían su *lapsus plumæ*. Recuerdo que pasaban de doscientas las

citas, y presumo que, á la fecha, habrá aumentado la cifra. El criticado se proponía publicar un opúsculo sobre este tema. Si doctos é indoctos dicen y escriben *desapercibido* por *inadvertido*, paréceme que no ha de desplomarse sobre la Academia la bóveda celeste, por añadir esta acepción á la que consigna el Léxico. Aquí cabe lo de Pompeyo Gener sobre enriquecimiento del idioma con nuevas significaciones de las palabras.— Quizá llegue á pasar con este adjetivo lo que con el verbo *verificar*, al que la Academia, en el último Diccionario, le da las acepciones de *efectuar*, *realizar*, *acontecer*, transigiendo con el uso generalizado.

DESBARRANCARSE — Rodar por un barranco, lo que es distinto de *despeñarse.* No siempre en los barrancos de América, se encuentran peñas.

DESPAPUCHO — Sandez, disparate, tontería.

DESDOROSO, A — Lo que mansilla la honra.

DESPELLEJADURA — « Venís con la cara llena de ara« ñazos y las manos con despellejaduras »— leemos en los *cuentecillos* de Zahonero. Prueba esto que también en España se emplea el vocablo.

DESENTENDENCIA — Prescindencia, desapego.

DESTINATARIO, A — El doctor Thebussem que, como descendiente de un hermano del gran Cervantes, trae en la sangre condiciones de buen hablista, sostiene la conveniencia de admitir este vocablo tan usado en el tecnicismo postal y telegráfico.

DESVESTIRSE — Diga lo que quiera la Academia son acciones distintas las de *desvestirse* y *desnudarse.* El que se desnuda se despoja hasta de la ropa interior. A propósito de este vocablo, el Sr. R. Monner Sans ha publicado, en Buenos Aires, 1895, un

opúsculo titulado: — *Con motivo del verbo desvestirse.*

DIAGNOSTICAR — La misma razón que tuvo la Academia para sacar de *pronóstico*, *pronosticar*, existe para admitir *diagnosticar.*

DICTAMINAR — Dar dictamen. En la legislación de nuestras repúblicas se conjuga por mayor este verbo, cuya formación es tan correcta como la de *decretar*, *ordenar*, *informar*, etc. ¿Por qué de *dictamen* no ha de salir *dictaminar*? Salvá lo trae en su Diccionario; pero cuando lo propuse á la Academia, ésta lo rechazó por once votos contra nueve.

DIMISIONARIO, A — La persona que hace dimisión de un cargo ó empleo.

DINAMITERO, A — El anarquista que emplea la dinamita en daño social. En cuanto al verbo *dinamitar*, usado en la prensa europea, no lo empleámos en América.

DIPSOMANIA — Delirio con sed.

DISÉPTICO, A — Que exita la sed.

DISPARATERO, A — La persona que disparata. En América no decimos *disparatador.*

DISFUERZO — Algo así como remilgo, monada, engreimiento. Es un limeñismo que no tiene equivalente en el Léxico español. El disfuerzo es más propio en la mujer que en el hombre.

DISFORZADO, A — La persona que se disfuerza ó hace rogar para complacer en lo que se le pide, y que está entre si quiero ó no quiero.

DISFORZARSE — Este es un verbo que morirá junto con la última limeña. Contra el *disfuerzo* y sus derivados son impotentes las prescripciones aca-

démicas, como lo fueron los virreyes y dos Concilios para abolir el uso de la *saya* y *manto*.

DRAGONEAR — Desempeñar accidentalmente un cargo. Probablemente viene este neologismo americano de que el dragón es soldado que unas veces hace el servicio á pie y otras á caballo. *Dragonear de abogado* decimos por el que, sin título de tal y por especiales circunstancias, defiende una causa — *Dragonear de párroco* decimos por el lego que, á falta de sacerdote, bautiza en lance extremo á un recién nacido — *Dragonear de comadrona*, decimos por la que, sin ser obstetriz, asiste á una parturienta en su desembarazo — y basta de ejemplos.

DOMINGUEJO — Lo que, en España, es *dominguillo*.

E

EDITAR — Publicar, por su cuenta, un libro, periódico ó grabado. Pocos verbos más generalizados que éste.

EDITORIAL — En la prensa, sin excepción, de nuestras repúblicas, llamamos *editorial* al que, en España, se conoce por *artículo de fondo* — *Casa editorial*, la que comercia en la publicación de libros, como *casa editora* puede ser la librería que, incidentalmente, publica un libro.

EGOTISMO — Manía de hablar siempre de sí mismo.

EGOTISTA — El que siempre trae á cuento su *yo*, su persona.

ELOGIOSO, A — Merecedor de elogio. La Pardo Bazán ha usado también este adjetivo.

EMBRIONARIO, A — Lo que está todavía informe, en embrión, por ordenar ó arreglar.

EMPACARSE — No ir ni atrás ni adelante, atascarse, encapricharse. Propiamente no es un neologismo, pues el padre Acosta, en su Historia de Indias, conjugó el verbo.

EMPACÓN, A — El caballo ó la yegua que, para avanzar ó retroceder, se resiste al jinete.

EMPAJAR — Rellenar de paja un objeto, disecar un animal.

EMPAQUE — Tener *empaque* es ser persona que no se corre, que gasta prosopopeya, que habla con *aplomo* de lo que no sabe.

EMPAQUETARSE — Ponerse el vestido dominguero.

EMPAMPARSE — Extraviarse ó perderse en la inmensidad de alguna pampa de América.

EMPAVAR — Burlarse de una persona.

EMPAVARSE — Correrse, no tener flema para soportar una broma — *Comerse un pavo con plumas*, empavarse muchísimo.

EMPAVÓN, A — Persona que fácilmente se corre.

EMPECINADO, A — Obstinado, terco, encaprichado.

EMPLUMAR — Además de las acepciones que la Academia da á este verbo, tiene, en América, la de escaparse, evadirse, desaparecer, alzar el vuelo.

ENCARPETAR — Verbo usado en nuestras oficinas para significar que á un expediente no se le da tramitación, ó mejor dicho, se le ha *encarpetado*, esto es, guardado entre carpetas.

ENFLAUTADA — Extravagancia, necedad — *Salir con una enflautada*, — es decir ó hacer un disparate cuando se esperaba concepto ó acción juiciosa.

ENFOCAR — Concentrar el foco, verbo generalizado en óptica, fotografía y otros ramos del saber humano.

ENMONAR — Emborrachar.

ENMONARSE — Emborracharse, tener una *mona* (borrachera) de padre y muy señor mío.

ERPETOLOGÍA — Estudio y descripción de los reptiles.

ESCLAVATURA — El conjunto ó *colectividad* de esclavos que, en América, poseían los acaudalados. En la definición que de *esclavitud* da la Academia no cabe la de *esclavatura.*

ESCLAVÓCRATA — Defensor ó partidario del sistema de esclavatura. En España hay una sociedad titulada *Anti-esclavócrata* de la que es protector nato el señor Cánovas, académico de la lengua.

ESCOBILLAR — Entiendo que la escobilla sirve para *escobillar.* El Diccionario no trae el verbo.

ESTAMPILLA — En toda América damos este nombre á los sellos de correos. Falta esta acepción en el Léxico.

ESTERO — Terreno bajo, pantanoso, en el que se desarrollan plantas acuáticas.

ESTIVAR — Acomodar proporcionalmente la carga en la bodega de un buque.

ESTIVA — El acto de acomodar la carga.

EXCULPAR — Libertar de culpa, verbo generalizado en la jurisprudencia americana. En la causa que se siguió, en Madrid, al regicida presbítero Merino, encontramos empleado este verbo por el acusador fiscal.

EXCULPACIÓN — Liberación de culpa.

EXCULPADOR, A — Decimos *alegato exculpador*, *declaración exculpadora*, etc., etc.

EVOLUCIONAR y EVOLUCIONISTA — Como derivados de *evolución*, que el Diccionario admite, son voces generalizadas en la prensa americana, y hasta en la española.

EQUIS — Víbora que se encuentra en América, y cuya picadura rara vez deja de ser mortal.

F

FACHENDA — Fatuidad, prosopopeya.

FAMILISMO — Apego ó afecto exajerado por la familia. El Diccionario trae *familiaridad*, que ciertatamente no entraña la idea de *familismo*.

FACHENDOSO, A — Fatuo, vanidoso, presuntuoso.

FERÓSTICO, A — Don Carlos Gagini, en su Diccionario de provincialismos *costarricenses* (y no *costarriqueños*, que es el vocablo que la Academia impone, por mucho que en toda América llamemos, desde hace siglos, *costarricense* al natural de Costa-Rica) dice, y es verdad, que en nuestras repúblicas llamamos *feróstica* á la persona de un feo superlativo. Y en prueba de que la voz es también conocida en España exhibe citas de Pérez Galdós y de Fernán Caballero.

FINANZAS — La hacienda pública en lo relativo á rentas. Diga lo que dijere en contrario el señor Baralt, este galicismo se ha impuesto en América y hasta en España. No se le podrá echar de casa.

FINANCISTA — El que la Academia define *hacendista*. Ni á San Ibo lo pudieron echar del cielo ni á este galicismo proscribirlo.

FINANCIERO, A — Lo relativo á la Hacienda pública. Hay que transigir y darle lugarcito en la familia.

FOTOGRABADO — El diccionario sólo trae *foto-litografía*.

FOTOTIPIA — Hasta en España se usa la voz.

FRANGOLLO — Mescolanza, revoltijo, comida mal guisada y hecha de prisa. Esta acepción americana no está en el Léxico.

FREGAR — Entre las acepciones de este verbo falta la americana de *fastidiar*. Decimos *no me friegue usted* (ó no me *amuele* usted *la paciencia*,) por no me canse, no me aburra, no me fastidie — *Friéguese*, es otra locución popular que equivale á decir *fastídiese*, *amuélese*.

FREGADURA — Fastidio, perjuicio — Hasta hace poco fué muy popular, en el Perú, el autor de un opúsculo político titulado — *El libro de las fregaduras*.

FREGADO, A — Decimos *fulano es un fregado*, por el que tiene alguna gracia ó habilidad para fastidiar al prójimo —*Estar fregado* ó *amolado* equivale á estar arruinado, perdido.

FRITANGA — Lo que, en España, llaman *fritada*.

FORMULISMO — Sujeción á fórmulas.

FORMULISTA — El que se ciñe á fórmulas. Hasta Baralt defiende la necesidad del vocablo.

FUSIONAR — Unificar intereses, ideas ó partidos.

FUSIONISTA — El partidario de la fusión.

FUSIONABLE — Lo suceptible de fusión.

FUSILAMIENTO — El acto de fusilar. Muchísimos escritores peninsulares, desde Mora, el académico, y el General García Camba, han usado el vocablo.

FUSILADOR — El que fusila ó manda fusilar.

G

GALIQUIENTO — La persona atacada de gálico. De uso más popular es este adjetivo que su equivalente *sifilítico*.

GALPÓN — El departamento que, en las haciendas de América, habitaban los esclavos.

GAMONAL — El ricacho, el cacique del pueblo. Esta acepción americana no la trae el Diccionario.

GARÚA — (Del quechua) Ligerísima lluvia peculiar á algunos pueblos en donde, como en Lima, nunca hay aguacero ni se conoce el uso del paraguas.

GARUAR — Lloviznar.

GAUCHAJE — Agrupación de gauchos en las repúblicas del Plata, como *indiada* en el Ecuador, Perú, Bolivia, etc. Y á propósito: la definición de *gaucho*, que trae el Diccionario, no es la que los argentinos dan á ese vocablo. La Academia, en cosas de América, desbarra casi siempre. Ni el gaucho es hombre de color, ni puede llamarse vida errante la de quien tiene por hogar el *pago*.

GRAMALOTE — Yerba que, hasta sin necesidad de cultivo, crece en nuestros campos, y que sirve de pasto para el ganado.

GUÁ! — (Del quechua) Interjección del que teme ó admira, según el vocabulario del Padre Bertonio. Esta interjección, dice don Pablo Herrera, se usa en todo el antiguo virreinato del Perú, y es pro-

INCÁICO, A — Lo que se refiere á determinado Inca — La ciudad *incaica*, Cajamarca.

INCÁSICO, A — Lo que, en general, se refiere á los Incas — La ciudad *incásica*, el Cuzco.

INCOMIBLE — Lo que no se puede comer. En defensa de este vocablo, añade don Pablo Herrera, que así como, se dice *incobrable*, *impracticable*, etcétera, no hay por qué no llamar *imcomible* á lo desagradable al paladar.

INDIADA — Reunión, colectividad de indios.

INDEPENDIZAR — Desde que nos *independizamos* de España tiene vida este verbo insurjente, así como su reflexivo *independizarse*, sin que americano alguno, docto ó indocto, se cuide de averiguar si está ó no en el Diccionario. La Academia sostiene que tal verbo no es necesario, pues basta con el verbo *emancipar;* y los americanos decimos que se *emancipa* el esclavo y se *emancipa* el hijo de familia, pero que los pueblos se *independizan*. Todavía otra acepción. Diariamente oímos decir, y aún se dice en España: — fulano ha *independizado* el salón de su casa del resto de habitaciones. ¿Habrá quien diga — he *emancipado* el salón de mi casa? El académico conde de la Viñaza ha empleado nuestro verbo, según citas de Monner Sans.

INTRAGABLE — Lo que se resiste á ser tragado. El insigne cervantista doctor Thebussem emplea el vocablo en sus deliciosas *Cartas de Paca Pérez*.

INTRANSMISIBLE — En América decimos indistintamente *intransferible* ó *intransmisible* — De tan castiza cepa es un vocablo como el otro.

IRRIGAR — Falta este verbo en el Diccionario.

IRRIGACIÓN — El sistema de regadío en los campos.

IRRIGADOR — El aparato que sirve para irrigar.

INSOLUTO, A — No pagado. El adjetivo está en la Codificación de muchas repúblicas. Lo trae Domínguez, en su Diccionario, y Amunátegui Reyes añade que en todos los vocabularios latinos se encuentra *insolutus, a, um.*

INVERNAR — El Diccionario no trae la acepción americana — Enviar el ganado al invernadero.

J

JABA — El cesto en que se guarda la loza.

JALAR — A propósito de este verbo, usado en toda la América, en vez de *halar* que trae el Diccionario, dice Febres Cordero: — «No hay razón para «que al vocablo *haca* se le permita convertir la *h* «en *j* y decir *jaca*, y se desdeñe la voz *jalar* que «no procede ciertamente de una sola provincia «ó nación, sino de todo un mundo: es un *continen-«talismo*, si vale la palabra. Haya pues un lu-«garcito en el Diccionario para *jalar*, que bien lo «merece, porque abogan en su favor dieciséis na-«ciones». — El último argumento dudo que pese para los señores académicos. Dieciséis naciones abogan en favor de *dictaminar* y *clausurar*, y la Academia desestimó el argumento. — *Estar jalado* se dice, caritativamente, por estar borracho.

JEBE— En toda la América se da este nombre á la

goma elástica. El Diccionario trae la voz, pero en otra acepción.

JESUITISMO — Este vocablo existió en el Diccionario. ¿Por qué se le habrá eliminado? También nuestros periodistas emplean el verbo *jesuitisar*, que no ha admitido la Academia. — «Nuestro pueblo se *jesuitisa*» es el título de un folleto impreso en el Ecuador.

JIPIJAPA — Esta voz viene de la lengua *yunga*, y significa sombrero fabricado con la paja conocida por *bombonaje*.

JORA — (Del quechua) El maíz preparado para hacer chicha. — El Diccionario trae, en tal acepción, la palabra *sora* tan desconocida, en América, como el *cachazpari* de que ya hemos hablado.

JULEPE — Apuro, prisa — Miedo, susto.

JUSTICIABLE — Aquello en que la justicia debe intervenir para absolver ó penar.

L

LARGONA — Dar *largona* es demorar la resolución de un asunto. No decimos en América dar *largas* á un negocio.

LATINISTA — Viene del *latinizar* y del *latinismo*, que acepta la Academia, más que del vocablo *latino*. En América decimos — fulano es un gran *latinista* — por el que abusa de las citas latinas.

LIBRECAMBISTA — Partidario del libre cambio.

LINCHAR — Aplicar á un delincuente lo que, en América, se conoce por ley Lynch.

LINCHAMIENTO — El acto de linchar al criminal.

LIPES — El Diccionario llama piedra *lipis* al sulfato de cobre del que, en el siglo XVI, se descubrieron abundantes minas en el Alto-Perú (hoy Bolivia), en la provincia de Lipes. Según el padre Alonso Barba, en su importante obra de Metalurgia, se llevaron á España muestras, dándose á la piedra el nombre de *lipes* (y no *lipi*, como quiere la Academia, ni *lípez*, como escriben muchos peninsulares) en memoria de la provincia. En América decimos y escribimos, con sobra de fundamento, piedra *lipes*.

LISO, A — A las acepciones del Diccionario añadimos la de fresco, descocado, atrevido. La Academia admite la de desvergonzado, pero sólo como término de Germanía — No sea usted *liso!* dicen nuestras paisanas al galán que empieza á propasarse ó deslizarse.

LISURA — Palabra ó acción irrespetuosa. La Academia da á la voz *lisura* solo las acepciones de ingenuidad y sinceridad — Decirle á un prójimo *lisura y media* es hartarlo á desvergüenzas.

LITERATEAR — Ensayarse en escribir para el público, ocuparse en literatura sin gran competencia para ello.

LOGOMAQUIA — Disputa sobre palabras ó ideas de poca importancia.

LONDONENSE — El nacido en Londres (London). En buena filología no se le puede llamar *londronense* ni *londrinense*.

M

MACHETEAR — Dar golpes ó herir con el machete. También usamos el sustantivo *macheteo*.

MÁCHICA — (Del quechua) La harina de maíz tostatado que, á puñados, comen nuestros indios, mezclándola con azúcar y canela. También se hace *máchica* del maní ó cacahuete tostado.

MAJADEREAR — Porfiar con mucha obstinación.

MALÓN — Algarada, ataque sorpresivo de tribus salvajes sobre poblaciones civilizadas.

MAMADA — A la acepción del Diccionario agregamos la de ganga ó ventaja conseguida á poco precio ó con pequeño trabajo. Fernández Cuesta trae este neologismo.

MAMANDURRIA — El sueldo que se disfruta sin merecerlo: el provecho que se obtiene con poco ó ningún esfuerzo.

MAMPUESTO — Disparar á *mampuesto* es apoyar sobre una tapia, ventana ú objeto sólido el arcabuz ó fusil, á fin de tener puntería fija. Garcilaso, en sus *Comentarios Reales*, emplea la frase.

MANCARRÓN — Caballo inservible. También llamamos *mancarrón* á una empalizada para desviar, por corto trecho, el curso de un riachuelo ó de un arroyo.

MANGAJO — Desgarbado, desaseado, hombre sin voluntad para nada y del que se hace lo que se quiere.

MANTEQUILLERA — La vasija en que se sirve la mantequilla.

MARACA — Un juego popular y de suerte.

MARITATAS — Trebejos, objetos de poco valor.

MARGESÍ — Relación ó inventario de los bienes de alguna corporación monástica ó civil. La palabra es de uso oficial en América. Se dice y escribe *margesí* de la Sociedad de Beneficencia, margesí de la Municipalidad, margesí del monasterio ó del convento tal, etc., etc.

MAROMEAR — Vacilar para resolverse; inclinarse según los sucesos, á uno ú otro bando; estar á la de viva quien venza.

MAROMERO — Más que al que baila sobre la cuerda, llamamos *maromero* al que, en política, contemporiza con todos los partidos.

MASACOTE — Toda masa mal preparada. La Academia escribe *mazacote* ¿Por qué?

MASACOTUDO, A — Se aplica al pan, bizcocho, guisado ó pasta en que la masa está pegajosa y mal preparada.

MASATO — Fernández Cuesta trae este americanismo. El *masato* es una especie de mazamorra que de plátanos ó yucas condimentan nuestros indios, principalmente los salvajes.

MATAPERREAR — Hacer travesuras, estar de *juerga*, hacer novillos los escolares.

MATAPERROS — Granuja. La voz no se usa en singular — *Por un perro que maté me llaman el mataperros*, refrán que en España hemos también oído, y con el que se expresa que basta haber cometido una falta para que se nos atribuyan otras parecidas.

MATURRANGO — Mal jinete.

MEDIOEVAL — Muchos académicos han usado este vocablo que no está en el Diccionario.

MECHA — Chanza, burla, broma, chisme, mortificación — Fernández Cuesta trae la voz — *No es mala mecha la que tengo en el cuerpo* decimos para expresar que nos sentimos mortificados por algún chisme — *Esa es mecha*, equivale á decir filfa, mentira, cuchufleta, broma.

MECHIFICAR — Burlarse del prójimo, fastidiarlo.

MELOPEA — Recitado con música.

MICROGRAFÍA — Descripción de objetos vistos con el microscopio.

MINGA (Del quechua) Faena voluntaria de pocas horas que, en día festivo, hacen los peones en las haciendas, sin más recompensa que la de un poco de chicha ó de aguardiente. La *minga* es siempre pretexto para jolgorio en el campo.

MONTONERA — La definición académica de este americanismo es: — pelotón de tropa irregular de caballería compuesta exclusivamente de salvajes. La montonera se compone de guerrilleros más ó menos civilizados y más ó menos morales, como los franco-tiradores en Europa. No hay tales semisalvajes, vestidos de plumas, en la montonera americana.

MONTUBIO, A — Persona del monte, ordinaria, grosera, sin modales, que no pierde el pelo de la dehesa.

MOTINISTA — El que toma participación en un motín. La Academia admite solo *amotinador*, nombre que, en mi concepto, corresponde más al cabecilla del motín que á los secuaces.

MOZÓN, A — Dícese por la persona que tiene gracia para hacer una burla.

MOZONADA — Burla graciosa.

MUCAMO, A — Tan generalizada se halla esta voz, en las repúblicas del Plata, en la acepción de criado ó sirviente doméstico, que sería imposible excluirla del lenguaje.

MUCHITANGA — La muchedumbre populachera.

MULTÍPEDO — Animal de muchos pies.

MUNDOLOGÍA — Experiencia, práctica de la vida social. Equivale á la locución: *tener mundo.* Más que por americanos, hemos encontrado usada por escritores españoles la palabra *mundología.*

MUTISMO — En la acepción de *mudez* no sólo se usa en América sino en España. Pereda, en su novela *Nubes de estío*, ha empleado la voz. El *mutismo* no es cualidad de los mudos sino de los que tenemos la lengua expedita.

N

NACIONALIZAR — La Academia no acepta este verbo y exige que se diga *naturalizar*, vocablo en el que no entra la idea de nación, sino la de naturaleza — Nadie dice ni escribe, por el acto de cambiar una nave mercante de bandera, que se *naturaliza* sino que se *nacionaliza.*

NACIONALIZACIÓN. — No está en el Léxico, por mucho que la voz se lea en la Constitución de varias repúblicas.

NARCOTIZAR — Administrar un narcótico.

NEOLOGÍA — El ramo ó parte de la gramática general que trata del empleo de vocablos y giros nuevos.

NUMISMATOGRAFÍA — Ramo de la numismática relativo á la descripción de medallas antiguas.

Ñ

ÑÁÑIGO — El perteneciente á una asociación secreta que, en la isla de Cuba, han formado los negros.

ÑATO, A — Equivale al *chato, a*, de España — La *Ñata*, en América, es la Muerte.

ÑEQUE — Brío, potencia, coraje, vigor, fuerza, robustez, consistencia — *Tener mucho ñeque* es ser muy hombre, muy fuerte, muy guapo, muy enérgico.

ÑIZCA — (Del quechua) Partícula, pedacito.

O

OBJETANTE — Admitida por la Academia la voz *preguntante*, no hay razón para excluír *objetante*, vocablo muy usual en nuestras Universidades.

OBSTRUCCIONISTA — Llamamos así al que, en los cuerpos colegiados, busca siempre inconvenientes para la realización de un propósito. Al sistema de poner dificultades lo llamamos *obstruccionismo.*

OCLOCRACIA — Gobierno formado por la ínfima clase popular. Y aquí nos vienen á la pluma dos vocablos que olvidamos apuntar en la letra C, y que son muy usados por los periodistas — *Cana-*

llocracia y *canallócrata*, que expresan lo contrario de *aristocracia* y *aristócrata*.

OCUPARSE DE — No siempre hallamos que sea de corrección castiza el decir ó escribir *ocuparse en*, como impone la Academia. En la conversación familiar se dice: — hombre, llega usted á tiempo; precisamente nos estábamos ocupando *de* Vd. Aunque la Academia se oponga, nos parecería chocante decir: nos estábamos ocupando *en* Vd. — Hemos citado en las páginas preliminares del presente estudio, un discurso de Zahonero, que es un mediano hablista, en el cual por dos veces emplea el ocuparse *de*, y en nuestro pobre juicio con mucha propiedad. El doctor Thebussem, cuya competencia lingüística no puede ponerse en tela de juicio, usa constantemente en sus libros la locución ocuparse *de*. Pasa con esta locución lo mismo que con *desde el punto de vista* y *bajo el punto de vista*. Mucha tinta se ha consumido en defensa de ambas frases. Los argumentos de nuestro amigo el cubano D. Rafael Merchán nos parecen incontestables.

OCOSIAL — (Del quechua) Terreno húmedo que se deprime y en el que hay alguna vegetación.

OMÓFAGO — El que se alimenta de carne cruda.

OPORTUNISMO — Partido político formado por los maromeros, vividores, equilibristas, tejedores y cubileteros.

OPORTUNISTA — Llamamos así al que espera el triunfo de una causa para exhibirse como apóstol de ella, y hasta como mártir, aunque ni con sus oraciones hubiera contribuído al resultado.

ORFEBRE — Trayendo el Diccionario *orfebrería*, no hay por qué excluír al artífice.

ORFELINATO — Casa de huérfanos en América. A pesar de su saborcito francés, la palabra satisface una exigencia del lenguaje. El *orfelinato* es de la misma familia que el *manicomio* y el *panóptico*, consignados en el Diccionario.

ORIFICAR — Llenar con oro la picadura de una muela ó diente.

ORIFICACIÓN — La acción de orificar.

ORIFICADOR — Pequeña herramienta que sirve para orificar.

OROGRAFÍA — Descripción de montañas.

P

PACO — (Del quechua) La enfermedad á que la ciencia da el nombre de *afta*, enfermedad que, generalmente, sufren los niños en lactancia — En algunas repúblicas se llama *paco* al gendarme — *Paco-vicuña*, animal que se encuentra en las regiones más frígidas del Perú y de Bolivia, y cuya lana es muy estimada para tejidos.

PAJONAL — Terreno en que abunda la paja.

PALANGANA — Pedante, fanfarrón. Estas acepciones no las trae el Léxico.

PALANGANADA — Pedantería, fanfarronada.

PALANGANEAR — Alardear de saber lo que se ignora, ó de poseer cualidades de que se carece.

PALINGENESIA — Renacimiento, renovación.

PALISANDRO ó JACARANDÁ — Con ambos nombres se conoce, en toda América, una madera muy apre-

ciada para la fabricación de muebles. Ninguna de las dos palabras está en el Diccionario.

PANCA — (Del quechua) La hoja amarilla que envuelve la mazorca de maíz y que, entre otros usos, se emplea en lugar de papel, para los cigarrillos llamados de *panca*.

PANCISTA — Partidario de su panza. Decimos por el que no rasga sangre en defensa de ningún gobierno ni de idea alguna. También se le llama *tronchista*.

PANOFOBIA — Estado del ánimo en que predominan la melancolía y el terror.

PANEGIRIZAR — Verbo de frecuente uso en nuestra oratoria sagrada. Juan de Arona no lo considera como neologismo, pues el padre Isla lo empleó en el capítulo IX de su *Fray Gerundio*. Admitido está el verbo *historiar*, y de *historiar* á *panegirizar* (hacer el elogio ó panegírico) no hay gran trecho de camino. Si el padre Isla, en materia de lenguaje, es autoridad reconocida y recomendada por la misma Academia, no hay motivo para tildar de malos hablistas á los americanos que, en el púlpito, *panegirizan*.

PANTORRILLA — *Tener pantorrilla* es fincar presunción en algo, y conquistarse fama de cándido — *Acariciar la pantorrilla de fulano*, es halagar su vanidad — *Tener muy gorda la pantorrilla*, es ser tonto de capirote.

PANTORRILLUDO, A — Presumido, cándido. Tanto este vocablo como el anterior, no tienen en el Diccionario la acepción que, en América, les damos.

PAMPERO — Huracán de las pampas. El Diccionario llama *pampero* sólo al habitante de las pampas. El

poeta Zorrilla ha usado la voz en la acepción que aquí le damos, y que es la generalizada.

PAPORRETA — *Hablar de paporreta* es la locución que aplicamos á los que hablan de corrido, con la elocuencia del chorro de agua, y con poca ó ninguna conciencia de lo que dicen.

PATRIOTERÍA — Exageración ridícula de amor á la patria.

PATRIOTERISMO — Lo mismo que *patriotería*.

PATRIOTERO, A — Decimos artículo *patriotero*, manifestación *patriotera*, y hasta *fulano es un patriota muy patriotero*. Excusamos la definición.

PATULECO, A — La Academia trae *patojo*, voz que no usamos en América.

PAQUETE — A las acepciones de la Academia añadimos la de llamar *paquete* al que viste con lujo un tanto cursi — *Ponerse paquete*, es vestir la ropa dominguera.

PARADOJAL — Lo altamente paradógico.

PAVIMENTAR — Hacer el pavimento de un edificio, calle, etc.

PAVIMENTACIÓN — Lo mismo que pavimento, en acepción más lata.

PEDÍMANO — Cuadrúpedo, que, en los pies tiene el pulgar separado, lo que le permite servirse de aquellos como si fueran manos.

PECHUGA — Exceso de confianza. Esta acepción falta en el Léxico. Decir *¡Qué pechuga!* equivale á ¡qué llaneza! ¡qué confianza!

PECHUGÓN, A — Persona confianzuda, de poca delicadeza.

PELLÓN — Especie de almohadilla que, en toda América, coloca el ginete sobre la montura para amortiguar la dureza de ésta.

PELICHE — Petardo, pedir dinero con ánimo de no pagarlo — *Pegar un peliche* es dar un sablazo á la bolsa del prójimo.

PEPA — El hueso de algunas frutas como la palta, el mango, el melocotón, etc. La Academia trae sólo *pepita.*

PERICOTE — Ratón americano más pequeño que la rata.

PERSONALIDAD — Cuando decimos, escribe Amunátegui Reyes, que fulano es una *personalidad*, queremos significar que es sujeto de prestigio é influencia. La Academia no trae esta acepción admitida por D. Víctor Balaguer, en su libro *Añoranzas.*

PERSONERÍA — En los tribunales americanos no hay *personalidad* jurídica sino *personería.* El Diccionario no trae esta acepción.

PETROLERO. A — Este vocablo nació con los excesos de la Comuna, en Francia, y nadie rehuye pronunciarlo ó escribirlo, pues la voz *incendiario* no tiene por completo la significación de *petrolero.*

PICAFLOR — Especie de colibrí originario de América. En todas las repúblicas se le conoce con este nombre.

PICANTE — Ciertos guisos en los que domina el ají.

PICANTERÍA — El establecimiento ó fondín donde se vende el *picante.*

PICANTERO, A — Propietario de una picantería.

PICASENA — Enojo, disgusto, desazón, retraimiento.

PIRCA — (Del quechua) Pared hecha sin argamasa. Este americanismo lo trae Salvá.

PIRCAR — Hacer pared de pirca.

PISCO — La tinajuela de barro en que el productor vende el aguardiente.

PITAR — Fumar pitillos ó cigarrillos.

PIQUE — En pocas repúblicas se llama *nigua* al *pique*.

PIQUÍN — El novio, el galancete de una joven.

PIQUINEAR — Equivale á galantear.

PLANAZO — En el sentido de *cintarazo*, voz no usada en América.

PLANCHADO, A — *Estar planchado* es no tener ni un centavo en el bolsillo. Falta en el Diccionario esta locución americana.

PLATUDO, A — La persona que abunda en monedas, que tiene *monis*, palabra criolla que tampoco está en el Léxico.

PLEBISCITARIO, A — Lo que se refiere al plebiscito. En las demoracias no se puede hablar ni escribir prescindiendo de este adjetivo. A cada paso tropezamos con las actas *plebiscitarias* ó el mandato *plebiscitario*.

PRECIOSURA — Distinguimos entre *preciosura* y *preciosidad* que es la palabra del Léxico. Una madre, en América, nunca llama á su hijo *preciosidad* sino *preciosura*. Sólo tratándose de objetos que tienen precio metálico decimos *preciosidad*.

PRESTIGIOSO, A — La Academia sólo acepta este adjetivo en la acepción de *prestigiador* ó jugador de cubiletes, y no en la de persona influyente, notable, distinguida, que goza de gran prestigio — Go-

bernante prestigioso, caudillo prestigioso y autoridad prestigiosa, son locuciones de consumo diario en América. Y á propósito, ¿por qué no se habrá dado un lugarcito en el Diccionario al sustantivo *desprestigio* ni al verbo *desprestigiar*, voces muy castizas y de constante empleo?

PRESUPUESTAR — Formar presupuesto. Desde ha medio siglo está la Academia haciendo de este verbo cuestión batallona, y el tal verbo erre que erre obstinado en vivir. Lo que es en América, tiene ya carta de ciudadanía expedida por los indoctos y refrendada por los doctos. El verbo *presuponer*, en América, lo usamos sólo en la acepcinn de dar por cierta, notoria y constante una cosa para pasar á tratar de otra; pero no encarna ni despierta en el espíritu la idea de numeración ó de cifras, como quiere la Academia, la que estima el vocablo *presuposición* como sinónimo de *presupuesto*. Gracioso sería que un ministro purista, apoyándose en la autoridad de la Academia, nos saliera con *Presuposición de gastos del Ministerio de Guerra*, pongo por caso.

Tendencia natural de todo idioma es la de enriquecer su vocabulario. El Léxico inglés, por ejemplo, en el primer cuarto de nuestro siglo, era muy poquita cosa, y hoy es verdaderamente numeroso en vocablos y acepciones. Pero la Real Academia, por mucho *limpiar* y mucho *fijar*, está haciendo del habla castellana una lengua pobre, casi litúrgica. No creo que la intransigencia sistemática *dé esplendor* al idioma. Con sobra de razón dijo uno de mis compañeros en la Correspondiente de Lima, hojeando un ejemplar de la duo-

décima edición del Diccionario, que el Léxico español se parece á las camisas de algodón. Mientras más se lavan más se encogen.

POLICIACO — El agente subalterno de la policía. La voz es despreciativa.

POLITIQUEAR — Manía de hablar de política entre los de escaleras abajo.

POLITIQUERÍA — Véase *politiquear*.

POLITIQUERO, A — Persona que *politiquea*.

POLIPÉTALO — Flor que tiene muchos pétalos.

POTRERO — Terreno cercado y sembrado, regularmente de poca extensión.

PRIVADOR, A — Persona que, con facilidad, cambia de predilección en sus amigos.

PROVISORIO, A — La Academia exige que se escriba y diga *provisional*. En América el adjetivo *provisorio* tiene ya carácter histórico, pues han abundado las *juntas provisorias*, etc. Nadie ha querido jamás intitularse *Alcalde provisional*, por ejemplo. Para los americanos, la voz *provisional* tiene honores de arcaísmo. ¿Por qué no han de coexistir ambos vocablos en el Léxico?

PUCHO — (Del quechua) Lo que, en España, se llama *colilla* ó punta de cigarro. En América, nadie arroja la colilla sino el *pucho* — *No vale un pucho*, locución despreciativa tan generalizada, como esta otra — *me importa un pucho*.

PUCHUELA — Cosa de poca importancia, obsequio de pequeño valor.

PULGUERO — Habitación en que abundan las pulgas. En algunos pueblos llaman el *pulguero* á la cárcel.

PULGUIENTO, A — Persona ó animal á quien persiguen las pulgas.

PUNA — (Del quechua) Dáse este nombre á las altiplanicies más frígidas de los Andes.

PUQUIO — (Del quechua) Fuente natural de agua muy cristalina, y que llega á formar un estanque ó pozo poco profundo.

Q

QUENA — (Del quechua) Especie de flauta con que los indios del Perú, Bolivia y Ecuador se acompañan para cantar un *yaraví*.

QUORUM — El número de miembros de una corporación indispensable para *sesionar*. En todos los Congresos de América se emplea el vocablo.

QUINCHAR — (Del quechua) Levantar paredes de *quincha*. El Diccionario trae este sustantivo, pero no consigna el verbo.

QUINUA — (Del quechua) Simiente lenticular con la que se hace un guiso muy sano y alimenticio.

QUIPE — (Del quechua) Lío ó atado que cargan las indias á las espaldas, en el que llevan ropa, comestibles y, á veces, hasta al hijo en lactancia.

QUIPUCAMAYO — (Del quechua) El descifrador de *quipus* ó *quipos*, como dice el Diccionario. El vocablo lo traen Garcilaso y otros historiadores.

QUIRQUINCHO — (Del quechua) Animalito de la especie del armadillo, muy abundante en Bolivia, que tiene un carapacho como la tortuga, caparazón que los indios utilizan para el *charango*, instrumento parecido á la bandurria. — Hombre de

mal genio. — Cigarrillo que se labora con tabaco del Beni.

R

RABONA — La mujer que, en muchas de nuestras repúblicas, acompaña al soldado en sus marchas y hasta en el campo de batalla. — *Hacer la rabona*, hacer novillos un escolar.

RABUDO, A — Lo que tiene gran rabo — Los mojigatos llaman *rabudos* á los pecados mortales — *El Rabudo*, el Diablo — *Só cabello rubio buen piojo rabudo*, se lee en un antiguo *refranero* español. No me parece neologismo nuestro, sino palabra que nos trajeron los conquistadores y que hemos conservado.

RAPTAR — Este verbo lo usamos, en lenguaje jurídico, en la acepción de llevarse por fuerza ó con engaños á una mujer honesta.

REALIZACIÓN — Falta el vocablo en el Léxico.

REFACCIÓN — Mucho nos resistimos los americanos á llamar *refección* al hecho de restaurar ó componer un edificio. Y creo que tenemos razón, pues refacción viene del *refacere* latino, rehacer ó refacer.

REFRACTARIO, A — Rebelde, negativo, resistente. ¿Por qué no ha de agregarse esta acepción, tan generalizada, á las que el Diccionario trae? El uso, mal que pese á Baralt, ha impuesto la que aquí apuntamos.

REFRANERO — Libro en que se han coleccionado los refranes — La voz, aunque usada por escritores muy cultos, no se halla en el Diccionario.

REMOLER — Estar de jarana.

REMOLEDOR, A — Jaranista.

REPUBLICANEAR — Alardear de republicano.

REPUBLICANISMO — Tener palabras y acciones de republicano, tratar á los demás de igual á igual.

RETOBAR — Forrar en cuero un objeto.

RETOBO — La acción de retobar.

RESONDRAR — Dirigir á una persona palabras injuriosas. Las mujeres son las que más conjugan el verbo.

REVANCHA — En la acepción de *desquite* se ha usado, en España, por buenos hablistas como Ventura de la Vega, Mora y Ochoa. Es galicismo tan generalizado que ya no admite rechazo, tanto más cuanto que, en español, no tiene verdadero equivalente.

RIFLE — Fusil moderno, aunque la palabra no lo sea mucho, pues estuvo en boga, en Colombia, Perú y Bolivia, durante la guerra de Independencia. En la batalla de Ayacucho, el batallón *Rifles* combatió con gran bizarría.

RIFLERO — Soldado que maneja el rifle. No hay impropiedad en la voz desde que la Academia llama *fusilero* al que maneja el fusil.

RINOPLASTIA — El Léxico trae solo *rinoscopia*.

ROCAMBOR — En toda la América se conoce con este nombre el juego de tresillo.

ROCAMBOREAR — Jugar tresillo.

ROCAMBORISTA — Jugador de tresillo.

S

SABLEADOR — Así llamamos, en América, al militar que no tiene otro mérito que el de ser bravucón ó comedor de carne cruda. En España oí que los llamaban *espadones*, y, por cierto, no en el sentido de *eunucos*, que es el que el Diccionario da al vocablo *espadón* — También, como allá, llamamos *sableador* al petardista.

SABLEAR — Dar sablazos y petardear.

SALVAJISMO — El señor Batres Jáuregui defiende la palabra *salvajez*, que nadie usa en América, por mucho que la traiga el Diccionario. Entre nosotros no se dice, por ejemplo, *actos de salvajez* sino *actos de salvajismo*.

SANGUARAÑA — Un baile popular — *Dejarse de sanguarañas* es dejarse de rodeos é ir al grano.

SANGUARAÑERO, A — Persona que baila sanguaraña, la que anda con remilgos para referir algo.

SECANTE — El Diccionario bautiza con el nombre de *teleta* á lo que, cultos é incultos, llamamos *papel secante* ó simplemente *secante*.

SECRETEO — Hablar bajo y al oído de otra persona.

SECRETEARSE — El secreteo mutuo.

SENDOS Y SENDAS — El Diccionario dice que este adjetivo, usado siempre en plural, significa uno ó una para cada cual; pero es el caso que todo el mundo, así en España como en América, lo emplea en la acepción de *muy grandes*. Escriba usted esta frase: — entramos al salón tres amigos y encontramos *sendas* muchachas, con las que liba-

mos *sendos* vasos de vino. — Sólo los muy *leídos* y *escribidos* traducirán que lo encontrado fué pareja para cada galán, y que ellas y ellos bebieron á la vez, cada cual en su respectivo vaso.

SENSIBILIZAR — «Ni los quebrantos de tu señor y compañero te sensibilizan,» escribe Montalvo en el capítulo 31 de su *Quijote*. Creo que Cervantes no habría desdeñado el verbo.

SESIONAR — Celebrar sesión. He aquí un verbo de consumo diario en la prensa americana.

SIETECUEROS — Tumor dolorosísimo que se forma en algún dedo de la mano y que, con frecuencia, exige los cuidados del cirujano.

SIGNATARIO, A — La persona que firma un documento. La voz es muy usada por los diplomáticos.

SINDICATO — Corporación elegida de entre los accionistas de una empresa. Hay diferencia, y mucha, entre *sindicato* y *gerencia*, que es la voz que el Diccionario trae. En el Congreso Literario de Madrid, á propósito del comercio de libros, dos ó tres de los oradores hablaron sobre la conveniencia de establecer un *sindicato* de libreros y editores; y en el Congreso Mercantil oí también la palabra á don Segismundo Moret, gran orador y académico de la Española.

SINVERGÜENZA — El que carece de dignidad ó de vergüenza. El doctor Thebussem diserta muy atinadamente sobre la necesidad de admitir el vocablo.

SINVERGÜENCERÍA — Falta de decoro ó de vergüenza.

SOLUCIONAR — Empleamos este verbo, que la Academia no admite, en el sentido de poner término ó resolver una cuestión, un problema, un conflicto, un litigio. El uso ha hecho que, en América, demos idéntico significado á los verbos *solucionar* y *resolver*, y á los sustantivos *solución* y *resolución*.

SOROCHE — (Del quechua) Dolencia, á veces mortal, que acomete á los viajeros en la cordillera andina.

SUBVENCIONAR — A cada paso se lee la frase *subvencionar la prensa*, esto es, favorecer á un periódico con una subvención oficial ó de alguna empresa. Nada de forzado tiene el verbo.

SUCUCHO — Chiribitil, habitación pequeña, incómoda y sucia.

SUERTERO, A — En el Perú y otras repúblicas no se venden billetes de *lotería* sino de *suertes*, y al vendedor ó vendedora de ellas se llama *suertero* ó *suertera*. Por mucho que, en rigor gramatical' debiera decirse *sortero*, el gremio de *suerteros* protestaría, y con derecho, pues ha más de un siglo que, en el Perú, se halla en posesión pacífica y nunca discutida del vocablo. El virrey Gil y Lemus, en una pragmática ó reglamento que promulgó en 1792, los llamó también *suerteros*. En cuanto á la voz *sortero*, bien se está con sus acepciones de *agorero* y *adivino* que el Diccionario le acuerda.

SUPERVIVIENTE — La voz jurídica, en América, no es *sobreviviente*, como exige la Academia, á pesar de admitir el vocablo *supervivencia*.

SUSCEPTIBLE — Delicado, quisquilloso, fácil en darse por ofendido. La Academia no trae esta acepción.

SUSCEPTIBILIDAD — Disposición del ánimo para ofenderse por nimiedades. El vocablo es muy usado, pero no se halla en el Diccionario.

T

TAMBARRIA — Jarana, parranda escandalosa que tiene la gente más ruín del populacho.

TATUAR — En Occeanía y en algunas tribus salvajes de América acostumbran los indios pintarse, con colores imborrables, el rostro, brazos ó pecho, dibujando animales, jeroglíficos y otros emblemas.

TATUAJE — La acción de *tatuarse.* El *tatuaje* es hoy frecuente entre marineros.

TRADICIONISTA — El que relata ó escribe tradiciones populares, cosa muy distinta del *tradicionalista* que la Academia define. Y no me digan que abogo en causa propia al apuntar el vocablo, A nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido hasta ahora decir ó escribir *el tradicionalista Ricardo Palma.*

TRAMITAR — El verbo es de uso burocrático, en América, tratándose de expedientes. Tramitar un asunto, tramitar una solicitud, tramitar un recurso, son frases que todos, doctos é indoctos, empleamos con frecuencia sin acordarnos de que tal verbo no lo trae el Léxico.

TEJEDOR — Falta en el Diccionario la acepción que, en 1540, dió á este vocablo el Demonio de los Andes. *Véanse maromero, cubiletero, oportunista y vividor.*

TEMBLADERA — Damos, en América, este nombre á lo que el Diccionario llama *tremedal.*

TESONERO, A — Persona perseverante, incansable para realizar un propósito.

TETELEMEME — Tonto — *Hacerse el tetelememe*, simular tontería.

TIMBIRIMBEAR — Jugar en las casas de juego mal afamadas.

TIMBIRIMBERO — El que concurre á las timbas ó timbirimbas.

TINTERILLO — Picapleitos, charlatán, y pillete en una pieza.

TOCUYO — Tela burda de algodón que, por lo barata, tiene gran consumo.

TOLDERÍAS — Llamamos *tolderías* (siempre en plural) á los ranchos ó tiendas que los salvajes levantan en sus excursiones por las pampas.

TOTORAL — Sitio pantanoso en que abunda la *totora*, vocablo mal definido por la Academia, pues la totora no es solo de la laguna de Chucuito sino de muchos otros lugares de América. — *Subirse á los totorales* es una frase profundamente irónica que aplicamos á los que, habiendo sin mérito para ello subido á gran altura, están en riesgo de caer por haberse elevado sobre base tan débil como la totora.

TUTUMA — La cabeza — *Ser duro de tutuma*, ser torpe, sin entendederas.

U

ULPO — Especie de mazamorra hecha de trigo ó de maíz, con la que se alimentan los indios en muchos pueblos de América.

USUAL — Entre otras acepciones de esta voz, trae el Diccionario la de — aplícase al sujeto sociable y de buen genio — Perdone la Academia; pero nunca hemos oído decir: — don fulano es un caballero muy usual.

V

VIATICAR — Administrar el viático. Este verbo, de uso frecuente en la prensa de Madrid, en la que diariamente se lée «ha sido ayer confesado y *viaticado* don fulano de tal» — principia á aclimatarse en América, lo mismo que los verbos *obstaculizar*, *silenciar* (callar,) y *sesionar* (celebrar sesión.)

VICTIMAR — Sacrificar, matar.

VIGENCIA — *Las leyes en vigencia* es locución de uso diario.

VIVA! — Exclamación de aplauso. El vocablo *vítor* ha pasado al panteón de los arcaísmos.

VIVAR — En la época colonial siempre que se trataba de elección de abadesa ó de prior de convento, de colación de grado universitario, de algo, en fin, que significase lucha y la consiguiente victoria, los americanos *victoriábamos* ó *victoreábamos* al vencedor. Con la Independencia murieron los *vítores*, pues ya ni entre monjas se oye la palabra. Hoy se *viva* á todos y por todo: an-

tes del triunfo, en el trinnfo y después del triunfo. Los *vítores* eran hijos del éxito. ¿Hay hogaño un bochinche popular? Lo primero que pregunta el curioso es ¿á quién *vivan?* Y después los *vivas* se encargan de decirnos por quién quedó el campo. El verbo *vivar* es republicano por excelencia, y en América vivimos conjugándolo siempre. Y no me digan que es desusado en España, pues lo he oído nada menos que de boca del ilustre académico don Gaspar Núñez de Arce quien, al clausurar el Congreso Literario, terminó su discurso con estas palabras — ¡Viva España! ¡Vivan las repúblicas hispano-americanas!

VIVIDOR — Dícese por la persona amoldable á todo, y que así está bien con San Miguel como con el diablo.

VOLUPTUOSISMO — No es lo mismo que *voluptuosidad.* Castelar, en su *Nerón,* hace resaltar la diferencia.

VELODROMO — El local destinado para que hagan ejercicio los ciclistas. No hallo razón para que muchos conviertan en voces esdrújulas al *hipodromo,* al *velodromo* y al *hipogrifo.*

Y

YACIMIENTO — Criadero de algunas sustancias. Así decimos, *yacimientos* de salitre, etc.

YARAVÍ — (Del quechua) Canción amorosa y melancólica de nuestros indios. La voz la usaron muchos historiadores.

YAPA — (Del quechua) Lo que el Diccionario llama *adehala*, vocablo desconocido en América.

YAPAR — Dar la *yapa*.

YANACONA — (Del quechua) El individuo á quien el propietario de un fundo rústico arrienda, para que lo cultive, un lote de terreno.

YANACONIZAR — Dividir un fundo en lotes y distribuir éstos entre *yanaconas*.

YEGUARIZO — Decir que fulano tiene un *yeguarizo* equivale á decir que tiene gran cantidad de yeguas para mejoramiento del ganado caballar. Esta es la única acepción que, en América, damos al vocablo. La que le da el Diccionario no la usamos.

Z

ZACUARA — La espiga de la caña brava. Según Juan de Arona, la voz procede del guaraní *tacuarí*, y alega razones para preferir que se escriba *zacuara*, y no *tacuara* ni *sacuara*.

ZAFACOCA — Pendencia, desorden, revoltijo.

ZAFADO, A — Descocado, ligero de cascos, libre en sus palabras y acciones.

ZAINE — Obsequio de frutas, pastas, dulces, pañuelos, objetos de briscado y otros de poco precio que, en azafate cubierto por un paño, acostumbraban hacer las monjas á sus confesores, y las personas de la clase media á sus amigos ó parientes, en el día de cumpleaños.

ZAMACUECA — Baile popular del Perú y Chile.

ZAMACUEQUERO, A — Persona diestra en ese baile.

ZAMARRADA — Acción propia de un zamarro.

ZAPALLO — (Del quechua) Calabaza americana cuya pulpa es amarilla — *Sembrar zapallo*, dícese por el que tropieza y cae.

ZARAGATE — Persona despreciable, un quidam — También decimos *zaramullo.*

NOTA — No pretendo haber atinado siempre en la definición de vocablos, y creo que no serán pocos los que reclamen modificación ó ampliación. *Omnia sub correctione*, etc.

APÉNDICES

PRIMERO

El señor Monner Sans, escritor español residente en Buenos Aires, dice á propósito de los vocablos *desabastecer* y *desabastecimiento*: — «Nada diría á « la Real Academia, por la omisión de estas pala- « bras, si hubiese aceptado la norma de supri- « mir los sustantivos y adverbios de modo deriva- « dos de los verbos que registra en su léxico; pero la « circunstancia de dar cabida á muchos de esos vo- « cablos, me obliga á fuer de lógico, á consignarlos « todos.»

Del número de voces (1008) apuntadas por el señor Monner Sans en su notable trabajo lexicográfico, merecen ser tomadas en consideración las generalizadas ya en todas las repúblicas.

En este caso se hallan las siguientes:

Desabollador y *desabolladura* — *desbotonar* — *desacantonar* y *desacantonamiento* — *desacuartelar* y *desacuartelamiento* — *desalinear* y *desalineamiento* — *desarticular* y *desarticulación* — *desamojonar* y *desamojonamiento* — *desacuñar* y *desacuñación* — *desadoquinar* — *desafilar* — *desafortunadamente* — *descomprometerse* — *desaclimatar*

— *desaconsejar* — *desafianzar* — *desalmacenar* — *desamontonar*, *desamonedar*, y *desamonedación* — *desbridar* — *desalojo* y *desborde* (*por desalojamiento* y *desbordamiento*) — *desamortizable* — *desapropio* — *desapadrinado* — *desaforado* (privado de fuero) — *desautorización* — *descentralizar* y *descentralización* — *desapretinar* — *desorientación* — *despachurramiento* — *despancar* — *desparpajado* — *desprendimiento* y *despercudido* — *destripamiento* — *desplazamiento* — *destaponar*, *desconsiderar* y *desconsideración* — *desempernar* — *desembrutecer* — *desenfurruñarse* — *desenganchar* y *desenganche* — *desenladrillamiemto* — *desenroscar* — *desensortijar* — *desentornar* — *desentortar* — *desentumecimiento* — *deshipotecar* y *deshipoteca* — *desnucamiento* — *desyerbar* — *desgaste* — *desnivelación* — *destitular* — *descatolizar* y *descatolización* — *desfanatizar* y *desfanatización* — *desnacionalizar* y *desnacionalización* — *desmonetizar* y *desmonetización* — *desprestigiar* y *desprestigio* — *desopilación* — *desmenuzamiento* — *despavezar* — *descifrамiento* — *descoloración* — *descorchetar* — *desembaldosar* — *desempastelar* (en tipografía) — *desenlodar* — *desenfangar* — *desentablillar* — *desilusión* y *desilusionarse* — *desencarcelar* — *desentrampàrse* — *deshilvanar* — *descuartizamiento* — *descopar* — *descuajaringado* — *deschavetado* — *descristianizarse* — *desemplumar* (se *despluma* una ave; se *desemplumа* un sombrero, por ejemplo.

SEGUNDO

Mi querido colega: He leído y estudiado la colección de papeletas, que hoy le devuelvo. Tal vez no lleguen á media docena los vocablos cuya admisión no estimo necesaria. En cambio, y por si usted quisiere utilizarla, le acompaño una relación de palabras de frecuente uso, y que, á pesar de ser castellanas, no están en el Diccionario.

Muy cordialmente suyo,

J. A. DE LAVALLE.

Lima, Julio 18 de 1892.

Autoritativo, a
Bicicleta
Ciclismo
Ciclista
Comprovinciano, a
Centralista
Comité
Convencionalismo
Copartidario, a
Educacionista
Eleccionario, a
Espécimen
Equilibrista
Federalista
Humorismo
Humorista
Humorístico, a
Iniciador, a
Iniciativa
Intransigible
Locatario, a
Mercantilismo
Miriada
Notabilidad
Obscurantismo
Obscurantista
Parlamentarismo
Positivista
Propagandista
Reaparecer
Recipiendario
Reformista
Reprobable
Rudimentario, a
Unitarista
Velocipedista

TERCERO

Mi distinguido amigo: Doy á usted las gracias por haberme favorecido con un ejemplar de su *fascículo* sobre neologismos y americanismos. Ya supondrá usted, conocidas como le son mis aficiones filológicas, que devoré más que leí su trabajo. Habría querido que lo hubiera usted ampliado con el estudio de las voces que le acompaño, la mayor parte de las cuales han sido comentadas por D. Baldomero Rivodó en su libro *Voces nuevas en la lengua castellana*, publicado en 1889 por la casa Garnier de París. Le apunto sólo las palabras que, en las ocho repúblicas de América que he visitado, son de uso corriente en sociedad y en la prensa. Me parece que la circunstancia de estar tan generalizadas, es título más que suficiente para que merezcan lugar en el Diccionario de la lengua, pues no pocos de esos vocablos se encuentran usados por notables literatos españoles, y sólo por distracción han podido pasar inadvertidos ó *desapercibidos* para la Academia.

Con el afecto de siempre, le estrecha la mano su compañero y amigo,

F. C. C. Z.

Lima, Julio de 1896.

Algunas voces usuales que no estan en el Diccionario

Aserruchar (que no es lo mismo que *aserrar*) — Ameritar — Altiplanicie — Ascensor (por elevador) Aristocratizar — Alarmista — Anarquisador, a — Acreencia — Asfixiante — Altruismo y altruista —

Androginismo — Ametralladora — Aislamiento (por asilo).

Bidel ó bidet (especie de lavabo) — Biciclo ó bicicleta — Bosta — Bombástico, a — Bimetalismo y bimetalista.

Control — Constatar y constatación — Cotorrón, a — Comprimaria — Confort, confortablemente y confortable — Cortapapel — Competente (en el sentido de apto, idóneo) — Contractivo, a — Calembour (en el sentido de frase ó palabra equívoca, no tiene correspondiente en castellano.)

Dimisionario, a — Delegatario, a — Desgarrante — Diluitivo, a — Despacioso, a — Desuetud (desuso) — Deprimente — Dramatización — Diabolismo.

Exteriorizar y exteriorización (1) — Empecinarse, empecinado y empecinamiento — Empozarse (el agua) — Espetaperros — Endosatario, a — Eufonizar y eufonización — Excursionista — Enmendatura — Esbozar — Embochinchar — Electrizante — Experimentación — Estacionamiento.

Fraccionamiento — Fatigante — Finalización — Fifirriche (persona enclenque) — Florecimiento — Festinar y festinación — Fascículo — Filotelia (gusto por coleccionar sellos de correo) filotelista y filotélico, a — Fototipía.

Gasógeno (distinto de gasómetro) — Gaguear.

Influenciar (Rivodó comprueba que este verbo tiene significación distinta á la de *influír*) — Impre-

(1) El verbo *exteriorizar* lo encontramos usado por Cánovas del Castillo en un discurso que pronunció en la Unión ibero-americana, discurso publicado por D. Jesús Pando y Valle en su libro sobre el Centenario colombino.

sionable é impresionabilidad — Idealizar é idealización — Inexorabilidad — Insectología, insecticida é insectívoro — Ilusionarse — Interpositivo, a — Implantar (por establecer ó fundar) — implantación é implantador.

Hiriente — Hermanamiento — Hipnotismo, hipnotizar é hipnotización.

Jefatura.

Lija (papel de) — Limpiabotas.

Modernizar, modernismo, modernización — Macadam y macadamizar — Mormón y mormonismo — Martilleo — Meeting (lo generalizado de la palabra, hasta en España, impone ya su admisión.)

Neurópata — Neurótico, a — Notarial.

Odalisca — Obituario — Obertura — Obstaculizar.

Padrazo (á la madre muy condescendiente para con sus hijos la llama el Diccionario *madraza*) — Panfleto — Panqueque — Pretensioso, a (no es lo mismo que *presuntuoso*) — Previsible — Pormenorizar — Pasable é impasable — Papillota — Portavoz — Portapluma — Parecimiento — Primaveral — Previsivo, a — Primadona — Penique (moneda inglesa).

Rompeolas — Retaliación — Reformista — Recomendaticio, a — Rotulación.

Subsuelo — Sobrexcitar y sobrexcitación — Subjetivar y subjetivo, a — Sonriente — Superficialidad — Sumariar — Sesionar — Satanismo — Silenciar.

Tendente.

Unitarismo.

Vitrina (escaparate con cristales) — Volapuk.

Yankee (por purista que sea un escritor se halla, á veces, forzado á emplear este vocablo.)

CUARTO

El Heraldo, diario de Madrid, juzgando los *Neologismos y Americanismos* que, en 1896, publicamos en un folleto, se expresa en los siguientes términos:

El título que á su folleto ha dado el Sr. Palma, indica que en él trata dos cuestiones distintas é independientes una de otra.

La que se refiere á los neologismos y á su aceptación por el Diccionario de nuestra Academia de la Lengua, acaso no tenga sino muy relativo interés. Desde luego, nada más que el puramente literario, y aun éste no muy grande, dado el poco respeto que, en este punto, se guarda á las prohibiciones de la Academia. Pero interesa é importa mucho más al tratar de los americanismos, elegir entre el espíritu amplio y liberal que ha de abrirles camino hasta las páginas de nuestro Diccionario, y hermanarlas en ellas con las palabras de abolengo castizo, y el criterio cerrado que prefiere el aislamiento, la pérdida de toda relación con naciones independientes, en política, de nuestra patria, pero hasta ahora unidas á ella por el lazo de un idioma común.

El Sr. Palma se dirige, tanto ó más que á la Academia Española, á los americanos que sienten aún escrúpulos para abandonar la tutela de la lengua madre. No plantea la cuestión para resolverla después de detenido estudio. El estudio está ya hecho. Más aún: ha puesto de su parte esfuerzo y voluntad, acudiendo á las sesiones del Congreso literario durante

las fiestas del Centenario Colombino, en ayuda de los enemigos del exclusivismo académico, y convencido de que su afán y su tarea son inútiles, dice á los americanos : «Puesto que la mayoría académica « quiere hacer del Diccionario un cordón sanitario « entre España y América, aceptémoslo así. Cada « cual en su casa, y Dios con todos.»

Importándonos ahora tanto lo que directamente se refiere á nuestras relaciones con las repúblicas americanas, los señores académicos que, seguramente, habrán leído el folleto del Sr. Palma, pensarán en lo que significa y en la responsabilidad moral que les corresponde. Para todos podrá carecer de importancia este disgusto y apartamiento de los americanos, menos para la Academia. Si los que á ella pertenecen no sienten ahora la conciencia de su misión, creo que nunca encontrarán proporcionalidad entre los muchos méritos y los generosos esfuerzos necesarios para llegar al puesto, y la importancia de los trabajos, la influencia y las responsabilidades que con ocuparle se adquieren.

El Sr. Palma cita como mantenedores del criterio liberal nombres como los de Castelar, Campoamor, Cánovas, Valera, Balaguer, Fabié, Núñez de Arce y Castro Serrano. Los demás tendrán su criterio, y algunos arraigado por la convicción firmísima de que es inútil aplazar un hecho que forzosamente ha de venir, tarde ó temprano. Acaso crean que es muy grande el sacrificio de llenar el Diccionario con palabras extrañas á nuestra lengua, para que, al fin, sea tal la avalancha que sobre él caiga que obligue á cerrar definitivamente la entrada, abandonando la

tarea de recoger nuevos americanismos á los diccionarios que en América se formen.

Pero una regla de conducta menos pesimista, y más confiada en sus propias fuerzas, tendería sólo á impedir que esto sucediera. Para que el caso llegue es necesario mucho tiempo, una plétora de vida propia que no se consigue sino con siglos. Y como nuestra lengua tampoco se estanca, y la Academia no ha de ser una vestal encargada de velar como de su propia virginidad de la pureza del idioma, las necesidades que la vida moderna habría de crear en las naciones americanas, nuestro idioma las satisfaría también. Entiendo que no es pensar inocentemente creer que la Academia se decidirá un día á seguir este camino.

Pero, aun suponiendo que la independencia sea forzosa en plazo largo, preferible es para la Academia que se realice sin que á nadie, y menos á ella, pueda achacarse la responsabilidad. Los sacrificios no son ahora muy penosos. ¿Por qué no hacerlos en beneficio de un lazo de unión, el más íntimo, si no el único, que guardamos con naciones donde tantos recuerdos nos llaman?

Para muchos, casi para todos, las relaciones políticas y comerciales importarán más que las literarias creadas por la unidad de idioma. Pero no olvidemos que aquellas hemos de empezar á formarlas, y éstas nos la da hechas nuestro glorioso pasado, sin dejarnos otro cuidado que el de no perderlas.

A. DE TORMES.

INDICE

La Bohemia de mi tiempo 3

RECUERDOS DE ESPAÑA

Prólogo, por Rubén M. Campos..... 76
Preludio del autor..... 81

Notas de Viaje — En San Sebastián..... 83
— En Burgos..... 86
— En Huelva y la Rábida 95
— En Sevilla 103
— En Granada..... 108
— En Córdoba..... 111
— En Barcelona 115
— En la Habana..... 119

Esbozos..... — Zorrilla..... 135
— Cánovas del Castillo..... 149
— Castelar. 157
— Conde de Cheste 167
— Menéndez y Pelayo 176
— Campoamor 180
— Núñez de Arce..... 186
— Balaguer 193
— Echegaray. 197
Los lunes de la Pardo Bazán..... 203
Los sábados de Valera..... 210
— Carulla..... 219

NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS

Antecedentes y consiguientes 225
Algunas voces del lenguaje americano que no están en el Diccionario..... 242

Apéndices — Primero..... 301
— Segundo..... 303
— Tercero..... 304
— Cuarto..... 307

570

Stanford University Libraries
3 6105 002 126 6000

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(415) 723-1493

All books may be recalled after 7 days

DATE DUE

DC OCT 1995
AUG 24 1997
AUG 10 1999
JAN 13 1999